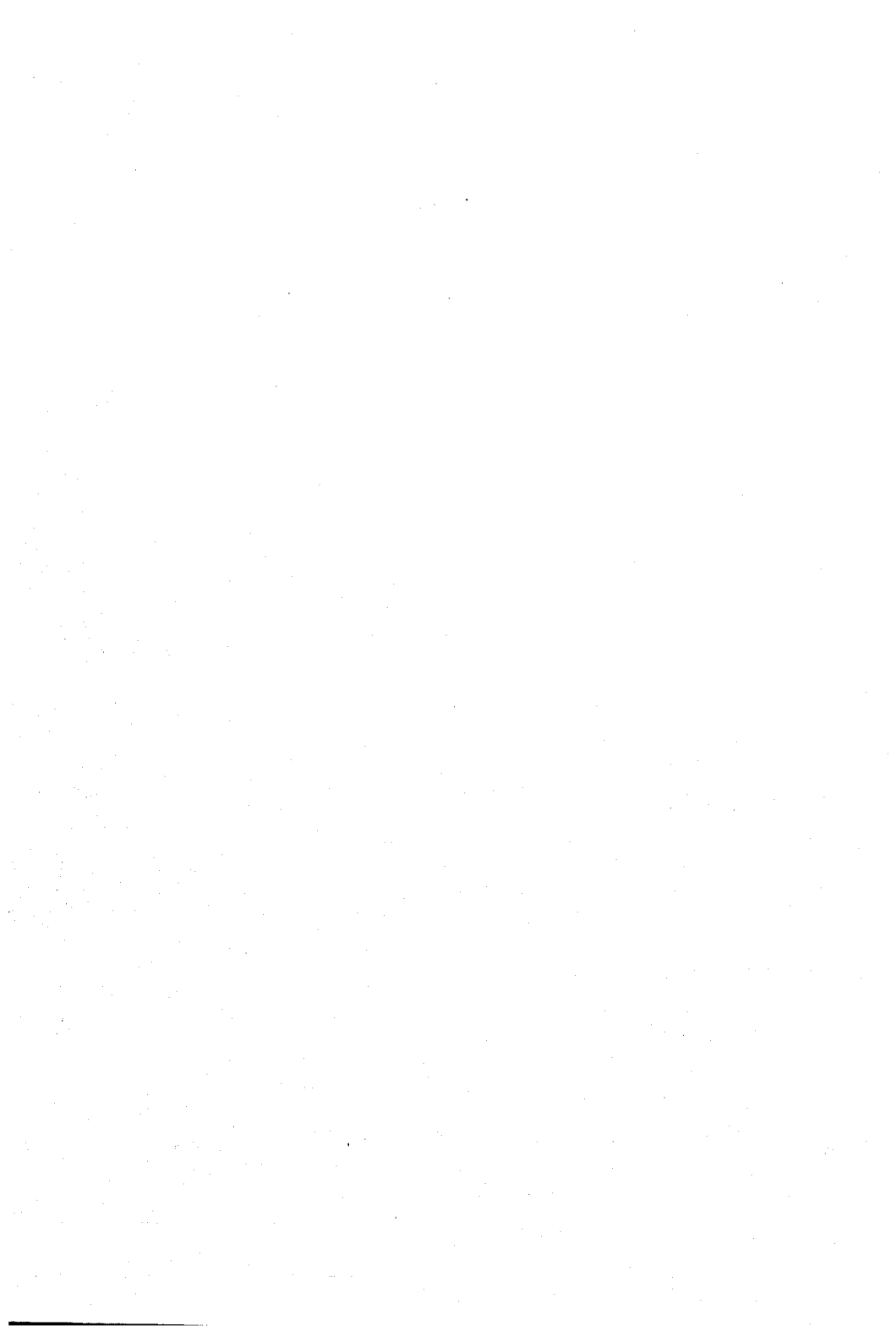


CUENTOS
ANDALUCES



2

G

R.29.786

290 (v.2)

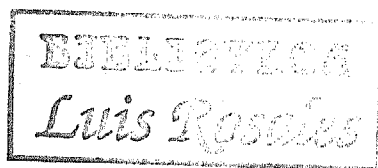
CUENTOS ANDALUCES

DE

Arturo Reyes

II

Edición Homenaje del Excmo. Ayuntamiento



MALAGA
1964



EN LA VENTA DEL TIZNAO

—Yo nací en Alcalá de los Gazules, jeché los colmillos en Estepa y me afeité por primera vez en Jerez de los Caballeros.

—Pos yo di er primer jipío en Teba, pero como los que me trujeron ar mundo eran trajinantes, pos trajinando, trajinando, se puée icir que me he críao en las provincias de Jerez, de Graná, de Málaga y de Armería.

—Pos mi *bato* era belonero, y mu hombre de bien, mejorando lo presente, y natural de Benamocarra, y se llamaba Juan Caéna, pero era más conocío por el *Panales*, poique era hombre to miel, y a mi madre le dicían la señá *Catite*.

—¡Camará!, pos tendrá osté durce jasta la perilla del ombbligo.

—¡Digo! Como que, según ice to er mundo, yo soy cuasi caramelo.

—Pos ajúntese osté conmigo, que soy to azúcar, y vamos a poner ya mesmo, entre dambos, una confituría.

—Menester era, poique lo que es el oficio no va dando ya ni pa jechá jumo tan siquiera; como que ya se alumbran elértricamente jasta en el Torcal antequerano.

—Pos no le digo a osté na del mío; yo soy albardonero y de los de punta; pero, ¡lo que pasal!, to está ca vez más peor, poique es que el que tiée una bestia la tiée, además de esmayá, como quien dice, en cueros vivos.

—La verdá es que la vía es una cuesta ca vez más empiná, y sa menester saber jasta latín pa poer arrecoger un puñao e trigo, u tres manojos de espárragos, u cuatro gotas de aceite pa jacer unas malas migas.

—Como que si no juera poique a uno no le sale de aentro, ni le rempuja la inclinación, debía uno ya haberse tirao por un mal balate.

—¡Digo! Como que si no juera poique a mí to lo que güele a caena perpetua me pone er pelo e punta, a estas horas debería yo

estar en uno e los puertos e la sierra, con el alto en la boca y la escopeta en la mano.

—No, hombre, eso no; la hombría e bien es lo primero. ¡Qué diría en el otro mundo la señá *Catite* al verlo a osté en un tan mal terreno y en tan malilla postural!

—Me paece a mí que eso lo ice osté con una miajita de *quea*, compadre.

—¿Yo? ¡Ca, hombre, ca! Esto que yo igo, lo igo con er corazón en la mano; es que a mí esa vía aperreá me da mieo. Como que yo no sé cómo se podrá vivir a sarto e mata, y sobre to cómo puée jechar un *rengue* sosegao el hombre que tiée una mota en la conciencia.

—Ni yo tampoco lo compriendo. ¡Camará!, que hay cosas que na más que de pensallas le dan a uno repelusnos y escalofríos.

—¿Y tiée osté en su *cubril* muchos gazapos, compadre?

—Milenta mil mal contaos, y tos entoavía con ombligüero. ¿Y osté tiene muchos gurripatillos?

—Milenta mil millones. Si no se puée ya ni mirar a las jembras, si es que yo no jago más que mirar a la mía, y entoavía no la he mirao, y ya está escupe que te escupe.

—¿Y cómo puée osté llevá tanto grano pa tanto pajarico?

—Ahí verá osté. ¿Y osté cómo se arregla, compadre?

—Pos ahí verá osté; como osté se arreglará fijamente: ¡comiéndose jasta las crines!

—Y ahora, ¿hacia aónde se camina?

—Pus pa El Burgo. Yo soy argo pariente der cura; mejor dicho, de una parienta der cura..., la Olores, la hija mayor de los *Amar-gosos*, una jembra que de un estornúo parte un ladrillo y comba un plato...; pero mujer de bien, eso sí, mu mujer de bien, y aparte de unos belenes que tuvo con Perico el del *Borge* y con los *Panchos e Granaíllo*, no se le conoce na no limpio en sus jarapos.

—¿Y qué? ¿Osté no va allí más que a su calor?

—Voy poique siempre que voy er cura me da argo pa qué me vaya pronto der pueblo, poique como siempre que voy me esmejoro, er cura, que me estima bien, me ice que aquel clima me sienta mal, y lo que pasa, como el hombre tiée güen fondo, pos me alivia... Dios se lo pague..., ¡que a ese güen señor pa jacer obras e caría lo echó su madre a este mundo!

—Pos mie osté: no cría Dios dos cosas más desiguales. Yo tamién tengo un pariente que es cura, y lo del parentesco es por con-durto de una sobrina suya que es tamién argo parienta mía, y pasa to lo contrario: siempre el hombre está a güertas con que me quée

en er pueblo sin más obligación que jacer to lo que él y la parienta me manden.

—Pos, ¡camará!, yo no sé en qué está osté pensando. ¡Pos si ese negocio es más bonito que la Girarda!

—Calle osté, hombre. ¡Osté sabe lo pesailla que es la Curra y el mar genio que tiée er cura!

—Y eso qué importa. ¿Tiée osté más que tener resirnación cuando platique con ella y que ser humirde cuando le platique el otro?

Y sólo el Supremo Hacedor sabe hasta cuando hubiera durado el diálogo de nuestros dos benditos protagonistas de no haber penetrado en aquel momento en la Venta del Ventolera, que así designan en Humaina y Roalabota el lugar donde aquellos dos nobles patricios platicaban, un nuevo personaje, hombre ya pasado, plegado, arrugado y casi del todo torcido por más de setenta navidades, vestido típica y pobremente y envuelto el escuálido busto en una manta que debió empezar a prestarle sus servicios, sin duda, allá en sus ya más que remotas, remotísimas mocedades.

El ventero, que había estado escuchando el diálogo mantenido por el albardonero y el hijo de la señá *Catite*, panza arriba sobre el empedrado suelo y con un albardón por almohada, medio incorporóse a la entrada del nuevo personaje, y

—¡Ah!, que es usté, tío *Cantales*—exclamó, tumbándose de nuevo sobre el no muy bien mullido lecho, después que hubo conocido al recién llegado.

Este paseó una mirada por el interior de la cocina, y

—Que Dios te bendiga y tamién a la compañía—exclamó, avanzando lentamente hacia el ventero.

—¿Y de aónde viée usté a estas horas, a pique de un repique?

—Pos na, que me entretuve una miaja en el lagarillo del *Sere-nito*, y aluego que me han entretenío tamién en la Jaza de los Pica-pica el sargento del puesto con dos de los suyos, que, según parece, van esta noche a cazar alondras con los cencerros.

—¿Y en qué te entretuvieron esas palomas torcaces?

—En preguntarme jasta con qué me quito la caspa, ¡camará!... ¡Y que no preguntan los *gachones* con mucha fantesía! ¡Y no le contestes, y te zumban una de tortas que se te cae jasta el apellío!

Lo dicho por el tío *Cantales* parecía haber interesado en grado sumo a los nacidos en Teba y en Alcalá de los Gazules, y

—Oiga osté, agüelo—preguntóle éste al tío *Cantales*, con acento un tantico inseguro—, ¿jacia aónde irigían el ala esos güenos mo-

zos? Poique es que yo me tengo que dir, y quisiera tirar por el mesmo camino que ellos y dir a su amparo, que no quisiera yo que cuatro chavicos que llevo me los manoseara el *Muleto*, ese mal nacido, que, según icen, trae de cabeza a toitos los del tricornio.

—No me miente osté ar *Muleto* tan siquiera, que se me quita er jálito—exclamó el de los albardones, incorporándose como asustado, al oír que podía tropezarse con aquél en su camino—; no me lo miente osté, ¡que me ha puesto osté que me ajogo en una saliva!

—Y que no es sólo el *Muleto* el que anda ahora por estos andurriales—exclamó el dueño de la venta con acento lleno de ironía—; que no es ése sólo, que si antes teníamos un cangro en er partío, ahora tenemos dos cangros, poique, según parece, se ha corrió jacia acá dende la serranía e Ronda el *Niño del Vizcaíno*.

—¡Virgen Santa e los Dolores!—exclamó el descendiente del tío *Panales*, con asustada expresión—. ¡Er *Niño der Vizcaíno*! Ahora sí que me voy yo tamién en busca de los del correaie amarillo y no me aseparo de ellos jasta que entremos en poblao.

—Esos mozos no se meten con los probes, y lo que es yo no les tengo mala voluntá—exclamó el tío *Cantales*, encogiéndose de hombros—. Y tan no les tengo mala voluntá que yo, que no me los he trompezao entoavía, si me los trompezara ahora mismo, pongo por caso, y yo hubiera visto como he visto a los del tricornio, les diría: “Oye tú, *Muleto*, y oye tú, *Niño*, a ver si sus largáis de aquí, que sus va a goler la cabeza a pórvora y sería un contra Dios que sus pasara cosa de tan mal arate.”

Y al decir esto sonrió irónicamente el viejo, mirando con ojos radiantes de malicia a los para él, sin duda, desconocidos.

Estos posaron la interrogadora mirada en el tío *Cantales*; después miró el de Alcalá de los Gazules al hijo ilustre de Teba, sonrieronse disimuladamente ambos, y:

—Qué, ¿mos vamos pa allá en amor y compañía, no sea cosa que vayamos a tener un mal tropiezo por esos malos caminos?—preguntó el primero al segundo.

—Pos mie usté, no ha pensao usté malillamente, poique la verdá es que está la noche una miajita primatérica y siempre ven más cuatro ojos que dos, y siempre puéen más que un retaco dos retacos.

Y minutos después salían ambos próceres de la venta saltando las bardas del corral, y decíale el tío *Cantales* al ventero con acento tranquilo y reposado:

—¡Camará, y que mo de poner pies en porvorosa! Pos ni que fueran esas dos criaturitas el *Muleto* y el *Niño del Vizcaíno*.

El ventero miró, con expresión socarrona, al tío *Cantales*, se ras-
có la cabeza después y canturreó:

“Yo soy un hombre cabal,
y lo soy por dos razones:
porque me gustan las jembras
y protejo a los ladrones.”

(ESPAÑA. Rev. de la Asoc. Pat. Esp. B. Aires, 23-IV-1906.)

EN EL POLO NORTE

I

No empiecen a tiritar nuestros lectores, que no nos proponemos conducirlos a tan glaciales latitudes; que para llegar al Polo de nuestra narración no se hace preciso ir más allá de los límites del barrio de Capuchinos, que antes de traspasarlos nos tropezaremos y nos detendremos, si es que en esto no tienen inconveniente alguno los que nos leen, en el ventorrillo que el señor Currito Cárdenas hubo de bautizar, al establecerse en él, con el título con que encabezamos esta verídica historia.

El día en que aconsejados por la curiosidad pasamos los umbrales del citado ventorrillo, que se eleva dando vista a la población, a los montes y al cementerio, ya el señor Curro habíase ido, a causa de un segundo acosón hemipléjico, al último indicado lugar, y Paco Cárdenas, su sobrino, era el que oficiaba de experto timonel en aquel barco, para el cual parecía que no había hecho la Divina Providencia más que mares en bonanza.

Y bien merecía su propietario que Dios le mirase con ojos de misericordia, pues con sobra de razón pregonaban cuantos le conocían su ingénita bondad y su honradez sin tacha y su varonil entereza, que sólo sacaba a relucir cuando, ahito de razón, tenía que probarle a alguno de los muchos mozos de *ácana* que frecuentaban su "mo de vivir" que cuando eran llegadas las ocasiones, sabía él también jugarse a cara o cruz la integridad de la gallarda persona.

Ya hemos dicho que era el suyo uno de los pocos ventorrillos de ésta nuestra tierra natal donde la buena fortuna había olvidado un punto su índole veleidosa y tornadiza, y gusto da penetrar en el establecimiento y ver cómo, a los rayos del sol, relucen las pintadas cuarterolas; la siempre bien fregada solería; las paredes, cuyo intenso blancor manchan acá y acullá y no muy artísticamente por cierto, algunas mal trazadas siluetas de bebedores en grotescas actitudes; el pequeño mostrador forrado de cinc, en uno de cuyos ex-

tremos tientan a los inapetentes algunas fuentes de anchoas aliñadas y otros no menos tentadores aperitivos entre los que juzgamos dignos de mención, un Montánchez legítimo a medio consumir y las más gordas aceitunas que dieron hasta hoy, sin duda, los olivares sevillanos.

Y si gusto da ver lo ya descrito, no lo da menos ver la estantería, llena de botellas, adornadas con vistosísimas etiquetas; estantería que cubre el fondo del establecimiento menos en la parte central, donde un pasadizo da acceso a un patio dividido, por cañas y enredaderas, en reducidos cenadores, donde, en los meses del estío, buscan refugio apropiado y misterioso amores de contrabando y negocios no acreedores a muy lisonjeros adjetivos.

Paco Cárdenas, en el momento en que lo sacamos a relucir, podría contar veintisiete o veintiocho años, y era de regular estatura, algo metido en carnes, una miajita crecido de abdomen, de tez trigueña, de rostro oval, con grandes y dulces ojos melados, pelo oscuro y boca riente y femenil y que siempre ligeramente contraída dejábale algo al descubierto la limpiísima dentadura.

Cariacotecido y meditabundo andaba nuestro hombre el día en que penetramos en el ventorrillo, y razón más que sobrada tenía nuestro hombre para andar con el cuerpo desazonado, pues al ir el día anterior al pueblo a decirle a Clotilde una vez más que no habíase casado él como Dios manda y la Santa Madre Iglesia dispone, para vivir en su casa más solito que la una, habíale respondido aquélla con acento de enérgicas inflexiones:

—No y no, y catorces veces no. Yo no me voy del pueblo; yo no dejo a mi madre ni manque me lleves en un automóvil; bien te lo dije antes de que nos casáramos, y si a la fuerza me llevaras contigo cien veces, otras cien yo te cogería las vueltas y otras cien me volvería.

—No; si yo de ti no quiero na a la fuerza—habíale respondido él—. Si yo lo que quiero es que te vengas de buena voluntad; si esto que a mí me pasa no le pasa a nadie; esto de que yo viva en un majuelo y mi paloma en un olivar, eso no lo manda un *divé*, y yo me voy a morir de *ducas* y de jachares si tú tardas mucho en venirte conmigo; porque yo no pueo vivir sino teniéndote a la mía verita, y arrullándote y queriéndote, y respirando lo que tú respiras y mirándome en las niñas de tus ojitos serranos.

Y al decirle aquello que le había subido desde el corazón a la boca, hubo un momento en que se creyó victorioso, porque oyéndolo, a Clotilde habíasele demudado el semblante y habíansele llenado los ojos de dulces e intensas claridades; pero aquello duró

solamente un segundo, y aquella tarde tuvo, como tantas otras, que regresar a Málaga lleno de sombras el corazón y de sombras el pensamiento.

Y pensando en su malita fortuna estaba nuestro mozo, cuando apareció en una de las puertas del ventorrillo el señor Cristóbal Heredia, uno de los decanos de los rabadanes del pueblo donde Clotilde lucía sus ardientes incentivos.

—¿Qué es eso, señor Cristóbal, le pasa algo a mi Cloto?—exclamó Cárdenas, avanzando precipitadamente hacia el recién llegado.

—No te asoliviantes, zagal, no te asoliviantes—repúsole aquél con reposadísimo acento—, que no le pasa naíta a tu rosita treimpana.

—¡Camará, y qué vuelco que me ha dao, al verle a usted, el corazón! ¡Como casi nunca tengo yo la suerte de que entre tanto bueno por mis puertas, y hacía ya tantísimo tiempo que no venía usted por aquí!—exclamó Paco, estrechándole la mano que aquél le tendía.

—Pos no tiées que asustarte de naíta, ¡camará!, que tiées menos corazón que puée tener una paloma zurita.

—Y entonces, ¿cómo ha sío eso de que usted se acuerde de que yo vivo en el mundo?

—De eso siempre me acuerdo yo; pero como siempre que vié uno trae los minutos contaos, ¡pos velay tú! Pero esta madrugá vine con un puñao de armendras, y como jasta mañana no cierro el trato, pos me dije yo: “Ya que hoy tengo tiempo, pos voy a empleallo en lo que más sea de mi gusto”, y diciendo esto, le apreté la cincha a los brodequines y aquí me tiées ya pa que me convíes tú o pa que yo te convíe.

—Pero que mu bien pensao que ha estao eso, y le agradezco el favor, porque un favor es: que no siempre se encuentra manque se busque con candiles un hombre con quien tener un rato de plática, un hombre como usted, con pesqui y con experiencia y con el corazón en la mano.

—Pos mira tú: en quitando lo del pesqui, lo que es en experiencia y en güen fondo no quieo yo que haiga naíde que me quite la bandera.

—¡Pus por qué lo digo sino porque me lo sé de memoria! Y oye tú, Pepe—añadió Paco, dirigiéndose al mozo, que con las mangas de la chamarreta arrolladas ocupábase en enjuagar copas y vasos en una de las piletas del mostrador—, a ver si nos llevas al patio dos copas y dos botellas y dos petates, por si las botellas nos jacen traición, que esas charranas son algunas veces mu malas y traicioneras.

Y cuando ya nuestros dos amigos hubieron dado fin a las dos citadas traicioneras, con más de una propina que hubo de agregarles el mozo, dejó Paco escapar un suspiro y exclamó con expresión melancólica:

—Por esto no me gusta a mí beber, señor Cristóbal; porque a mí el vino to se me vuelve tristeza y puñalás que me peguen.

—Esa tristeza es propiamente tu perdición; esa tristeza es la que a ti te pierde, y eso no soy yo solo quien lo dice, sino que lo decimos tos en el pueblo, porque toítos estamos al cabo de la calle de to lo que a ti te pasa; como que cuando tú te casaste tos lo ijimos: güena y bonita y jacendosa y honrá es la Cloto, pero larga, y más que larga le va a venir al probe Paco, porque Paco es güeno, porque pa güeno lo parió una estrella, que una estrella fue por lo bonita la que a ti te trajo al mundo, y al probe la va a venir larga Cloto, porque Cloto está mu mimá, mu realenga, mu acostumbrailla a jacer su gusto, y aluego..., aluego... Tú no te vayas o afender; aluego que tos creemos que si mucho te quíee a ti la zagala, quíee más, pero que muchísimo más, a aquella de quien mamó los calostros.

—Dígamelo usted a mí, a mí, que he peleao con ella más que peleé en la manigua porque se venga conmigo, conmigo, con su hombre, con el que pa eso se casó con ella. Pero ¡que si quieres! ¿Sabe usted lo que me contesta siempre? Pos lo que me contesta siempre es que como su madre dice que la sombra de su difunto no sale del pueblo, ella no se va del pueblo manque la jagan catite; y que como su madre no sale del pueblo manque la jagan catite, ella no se va de la verita de su madre ni manque la jagan merengue. ¿Usted se entera?

—¿Y tú por qué te viniste del pueblo? ¿Por qué no te queaste allí pa no pasar tantísimas esazones?

—Porque no podía ser, por dos motivos: porque yo no podía seguir de aquella manera, porque yo no he nacio pa zángano ni pa vivir a costa de mi mujer y porque mi tío, cuando me mandó llamar, lo hizo porque tenía medio cuerpo muerto y no tenía a naide más que a mí que velara por sus cuatro ochavos, y a mí mi tío, que Dios tenga en su santa gloria, me había servido de padre y de madre, y si no me sirvió de nodriza fue porque le faltó con qué, porque yo cuando andaba a gatas me quedé solito en el mundo, sin más calor que la suya, y este negocio, bien llevao, es un cortijo en la vega; pero traspasao u mal vendió no vale ni lo que muele un silguero; y mi tío me hizo estas reflercciones, y después de hacerme estas reflercciones se me queó un día hecho un pajarito entre las manos, y como no era cosa de echarlo to a roar y de tirar el negocio, y mucho

menos cuando Cloto está acostumbrada a tener sombrilla cuando llueve y yo necesito tener agenciao pa que cuando ella se encuentre sin más sombra que la mía pa que no eche de menos ni gloria santa porque ya sabe usted que su madre se está comiendo lo que dejó su difunto, pos, naturalmente, pasó lo que tenía que pasar, que es lo que, como usted comprenderá, a ella y a mí nos convenía.

—Pero, hombre, ¿qué malita que fue la tentación que te dió a ti de darte a jechar los perros en aquellas abulagas?

—Casolidá, señor Cristóbal, casolidá; que lo que tiée que pasar, pasa. Yo si fui al pueblo fue pa rematar un trato que tenía ya jecho mi tío, que en gloria esté, y ví allí a mi Cloto, y apenas la ví me quedé como perlático, y qué quíee usted. Ella me puso por condición pa casarse conmigo que no se había de mover de su jornacina, y yo, que estaba que echaba más jumo que una calera, entré con toas como la romana del diablo, con la esperanza de que aluego, con tres *cimbelás* y tres trinos de chamarín la metería en la malla y haría ella mi gusto. Pero ¡qué si quíees, camará! Me salió la jaca jaco y galgo el pachón, y aquí me tiée usted pagándole tos los días dos velas a Santa Rita, que dicen que es la abogá de toítos los imposibles.

—Pos to lo que a ti te pasa, te pasa cuasi porque tú quíees, porque lo que es a mí, yo te juro que lo que es a mí no me pasaba.

—¿Que no le pasaba a usted? Pues dígame usted cómo se jacen esas migas, porque ya sabe usted, una de las obras de misericordia es enseñar al que no sabe.

Y durante largo rato siguieron hablando el viejo y el mozo, hasta que aquél puso fin a la conversación levantándose y diciendo:

—Y lo dicho, dicho. Y ya verás tú como a la corta u a la larga va a salir el sol pa ti y te vas a alegrar con to el corazón de haberme conócío, y vas a dir pregonando por toas partes, que soy cuasi un jechicero; pero sa menester que me pagues el favor dándome hoy de comer y de beber to lo que el cuerpo me pía.

—¡Vaya! Y por lo pronto me voy a coger un “castellano” pa con arroz que pesa quince veces tres quintales—repúsole Paco, dirigiéndose al corral con el semblante ya menos ensombrecido y menos melancólica la mirada.

II

Cuando el señor Cristóbal penetró al día siguiente en el pueblo jinete en su *Careto*, con las alforjas bien repletas de encargos y abierta la enorme sombrilla de seda roja para resguardarse del sol,

variando el itinerario que tenía por costumbre seguir se dirigió hacia la calle donde Cloto vivía.

“Pué que esté cosiendo en la ventana”, pensó el señor Cristóbal. Y no se equivocó, por cierto, en sus presunciones, pues al pasar vió en ella a Cloto, bella, limpia, cuidadosamente peinada e inclinada sobre la costura, mientras su madre, a su lado, las gafas sobre la corva nariz, daba fin con manos vertiginosas a una calceta, y la señora Robustiana, su tía, peleaba a cabezadas con el sueño en una algo y más que algo deteriorada poltrona.

—¡Dios guarde a lo más bonito que Dios puso en la provincia! —exclamó el señor Cristóbal refrenando el paso de su pacífica calbaldura.

—Venga usted con Dios, y muchas gracias por el requiebro—repúsole sonriendo Clotilde.

—De Málaga, ¿eh?—le preguntó con voz cascada la señora Dolores.

—De Malaguita, de Malaguita la Bella, es de aonde me trae este condenao, al que se le van aflojando ya mucho los corvejones.

—Y qué, ¿ha visto usted al pasar a mi Paco?

—Vaya, no sólo lo vide, sino que anoche anduvimos juntos y cuasi, cuasi de huelga. ¡Y vaya si se canta tu hombre, camará, cuando se mete en jarina, que se cantó anoche unas carceleras que jicieron un alboroto!

—¡Como que canta como los mismísimos ángeles!, ¿verdá? —exclamó orgullosa Clotilde.

—Conque de huelguécita, ¿eh?—refunfuñó la señora Dolores dando un punto reposo a sus manos esqueléticas y renegridas.

—De cuasi huelga—repúsole el viejo sonriendo maliciosamente—; poique pa huelga le faltó cuasi lo más necesario.

—Pos mire usted: yo no creía que mi hombre estuviera de humor de huelgas ni pa jacer gorgoritos. ¡Como siempre que viée a verme parece que tiée el corazón engurruñao!

—To es jacerse a una cosa, y como a la fuerza dan garrote, y como Dios nos ha dao el entendimiento pa pensar y pa refflecionar, tu hombre se habrá dicho que de lo malo sale lo güeno, y que to menos la muerte tiée cura, y que los tiempos hay que tomarlos conforme vienen, y lo que él me decía ayer en confianza...

—¿Y qué era lo que le decía a usted ayer en confianza mi Paco? —preguntóle Clotilde al viejo con expresión ya menos sonriente.

—Pos te diré. El hombre me decía que él diera los ojos de su cara por tenerte a la verita suya, pero que comprende que toa la razón la tiées tú manque él no te lo diga, porque le duele tener que dar su brazo a torcer; pero él comprende que tu madre jace bien

en no querer dirse del lao de la sepultura de su marío, tu padre, que de Dios haiga; y además dice que no jaces tú na demás, sino mu bien y mu requetebién, en no permitir en asepararte de la que te echó al mundo, porque la que no es güena hija no puée ser nunca ni güena mujer ni güena compañera.

—¿Eso..., eso dijo?—exclamaron casi al unísono y con expresión de asombro las tres mujeres.

—Eso dijo. Pero tengan ustées en cuenta que eso me lo dijo el mozo en confianza. Así, pues, señá Dolores, y usté, señá Robustiana, y tú, Clotildilla, por tu salí que no te sus vayáis a dir de la lengua con él, mía que tu Paco tiée el genio mu súpito y el haberos yo dicho lo que sus he dicho podría costarme a mí un ojito de la cara.

—No tenga usté cudiao—exclamaron las tres mujeres, y el señor Cristóbal

—En eso confío—murmuró—. Con que hasta la vista, señoras, —y taconeando fuertemente en los ijares de su cabalgadura se alejó rápidamente de la entreabierta ventana.

* * *

Siete u ocho días transcurrieron antes de que Paco Cárdenas volviese a visitar a Clotilde, lo que hizo un domingo en que cielo y tierra lucían sus galas más espléndidas, en que el sol llenábalo todo de luz y calor, en que parecía de zafir el horizonte y de cristal purísimo el espacio; en que piaban alegremente las golondrinas y en que las gentes discurrían por las calles en sonoro y animado bulle bulle y llamaba a los fieles con sus melancólicos tañidos la campana de la iglesia.

Y penetró Paco en el pueblo luciendo su gallarda apostura sobre su caballo, que ostentaba de vivos colores el flamante aparejo redondo; y llegó a casa de Clotilde, la cual habiéndole visto desembocar en la calle, esperábalo ya con cara un tanto mohína y ceji-junta en la puerta. Saltó en tierra lleno de agilidad, y díjole a su mujer, sonriéndole cariñosamente, al par que ataba el caballo por la brida a los hierros de la ventana:

—¡Dios te bendiga, salero, y qué ganitas que tenía yo ya de ver tu cara morena!

—Pero ¿por qué no metes el caballo en la cuadra?—le preguntó aquélla con acento malhumorado.

—Pos no lo meto porque me tengo que dir en seguiíta. Hoy no debía haber venío, pero si paso un día más sin verte, me da el tifus o el cólera, o se me salta uno de los bordones del corazón.

—¿Que tiées que dirte deseguí?—le interrogó Clotilde, sin hacer caso de sus cariñosas frases.

—Sí, mujer; pero no te enfades, ¿eh? Es un compromiso, compromisos y cosas que tenemos tos los hombres. Pero vamos pa entro. ¿Aónde está tu madre y por aónde anda tu tía?

—Aquí estoy, hijo mío, aquí estoy—exclamó aquélla saliéndole al encuentro presurosa.

Paco, ya en el zaguán, dio una cariñosa palmadita en el hombro a la señora Dolores, y ciñéndole con el brazo la cintura a su mujer, le dijo:

—Pero ¿qué es eso? ¿Qué manera es ésa de recibir al hombre que más te quiere? ¡Pos ni que te debiera yo el alquiler de la casa!

—Pos sí, señor, que me lo debes; que tengo yo que ajustarte a ti unas cuentas, y sobre to, que no quieó yo que te vayas hoy, sino que te quedes hasta mañana. ¿Tú te enteras?

—Pero, mujer, ¿no te digo que no puée ser? Si pudiera ser, ¿necesitaría yo que me lo pidiera dos veces esa boquita granate?

—Pero ¿qué compromiso es ése tan grande que tienes tú?

—Pos na, un negocio que tengo que arrematar con unos amigos.

—¿Con unos amigos o con alguna amiga?

Y esto lo preguntó Clotilde con el semblante ligeramente contraído.

—¡Amigas! ¡Pa qué quieco yo más amigas que tú! Yo no la había de encontrar ni más bonita ni más güena.

—Di que sí—exclamó la señora Dolores—, di que sí. Más bonita la puée encontrar cualisquiera detrás de ca mata y debajo de ca piedra; pero en lo tocante a lo segundo, ¡lo que es en lo tocante a lo segundo, en eso sí que no ha nació la que le lleve la palma!

—¡Dígamelo usted a mí! Pero, vaya, nos sentaremos un ratillo, me fumaré dos cigarros, le daré gusto a mis ojos mirándote esa maravilla que Dios te puso por cara y..., ¡y jarre que jarre! Pero no te enojos, que yo te prometo que volveré en cuantito pille un rayito de luz, y que me estaré aquí to el tiempo que hoy te tengo que regatear manque como ice la copla:

El corazón se me salga
por darte gusto a los ojos.

Y una hora más tarde, y después de depositar el beso de despedida en labios de su mujer, montó Paco de nuevo en su caballo y se alejó, no sin volver la cabeza repetidas veces para ver a Clotilde, que en aquella ocasión no se asomó a la puerta, como tenía por costumbre.

III

Un mes transcurrió sin que a Cloto le fuese fácil desarrugar el entrecejo. Las visitas de Paco eran cada vez menos frecuentes, y además de menos frecuentes, más rápidas, aunque cada vez más expresivas y cariñosas, al parecer. Aquello habíala llegado a preocupar grave y hondamente; su marido empezaba a no echarla mucho de menos, y si no la echaba tanto de menos, aquello sería por algo, y aquel algo, sin duda, no podía ser otra cosa que una mujer. ¡Una mujer! Sí, indudablemente aquello que ella sospechaba era cierto, y a ella no debía extrañarle, porque la verdad era que Paco vivía solo, completamente solo, y Paco era joven y buen mozo y se cantaba como una alondra y tenía siempre cinco duros en el bolsillo y...

Y Clotilde, pensando en aquello, perdía poco a poco el apetito y el sosiego y tenía siempre llena la cabeza de celosas cavilosasidades que el señor Cristóbal parecía querer aventar muchas veces, diciendo:

—¡No seas asín, mujer, no seas tonta, que estás tonta der to! Tu hombre no es capaz de faltarte, tu hombre no ve más que por los ojos de tu cara, y manque es verdá que si él quisiera mujeres, mujeres tendría más que tordos los olivares, porque el zagal es muy simpático y tiée mucho rocío y mucho don de gentes, hablando en plata, y la verdá es que entoavía no se ha escurrió en naíta, y si se ha escurrió, yo te juro a ti que lo que es yo no me he enterao.

Y, como es natural, de cada palique con el señor Cristóbal salía Clotilde con el corazón más y más dolorido y más y más negro el pensamiento, lo que fue agriando de modo tal su carácter, que llegó un día en que su madre hubo de decirle con acento quejumbroso:

—Mira, hija mía, yo te lo digo: esto no puée seguir asín; a ti te ha salío un zarzal en ca poro, y pa darte los güenos días va jaciéndose necesario jasta ponerse careta. Angeles que pintemos tu probe tía y yo, demonios que te parecen, y si to este sinvivir que de pronto se mos ha metío por las puertas, y toíto este jerre que jerre es por mo de Paco, de tu Paco, a quien bien podían...

—Deje usté a mi Paco quieto, que demasiaio güeno es mi Paco que no se mefe con naide—exclamó con voz irritada Clotilde, interrumpiendo bruscamente a su madre.

—No te sofoques, mujer—repúsole ésta—, que yo no diba a ofender a tu Paco. Y, en fin, que si to esto que pasa es porque tú tiées ganas de dirte con tu marío, pos bendita, con él, de Dios vayas, manque a mí se me parta el corazón y se me pudra la sangre.

—No tiée usté razón, madre, pero que ni chispa de razón en lo

que dice. Por no separarme de la vera de usté, yo, que quiero a mi Paco más de lo que yo creía, estoy aquí, y de aquí no me mueve un terremoto. Pero tan y mientras yo estoy aquí, él me va perdiendo el cariño, y tan y mientras él me va queriendo a mí menos, yo a él le voy queriendo más, y más y más, y yo ya no vivo, sino que vivo muriéndome, ¿usté sabe?, muriéndome, y a to esto yo sin chistar tan siquiera.

Y fueron pasando días y días, y uno por la mañana:

—Dentro de un rato tendrás ahí a tu hombre—dijo a Clotilde el señor Cristóbal penetrando en la casa; y

—¿Va a venir?—exclamó aquélla, en cuyo semblante puso sus misteriosas irradiaciones la alegría.

—Sí que va a venir, pero hoy también va a ser de méico su visita, poique, según me ha dicho, tiée que dir al casorio de un amigo.

A Clotilde un color se le iba y otro se le venía oyendo al viejo, y cuando aquél hubo concluído, díjole procurando ocultar su profunda inquietud:

—Vamos, mejor; asín se divertirá más. Y usté, usté, que dice que me quíee tanto y más cuanto, usté le habrá aconsejao fijamente que no sea tonto, que la vía es corta y que hay que aprovecharla, que el que sabe vivir va con una mano por el suelo y otra por el cielo; que lo que disfrute eso será lo que se encuentre, ¿verdá, señor Cristóbal, que usté le habrá dicho toíto eso a mi marío?

Y la voz de Clotilde al decir aquello resonó sorda y vibrante, y a la vez se le llenaron de lágrimas los hermosísimos ojos.

—Válgame la Verónica, mujer, y qué jabón que me están dando —exclamó, conmovido por el llanto de la muchacha, el señor Cristóbal—. ¿Y yo cómo había de pensar que a ti había de rejalearte el que tu hombre se divirtiera un rato de güena manera con varios de sus amigos?

—¡Con sus amigos! ¡Si se creerá usté que yo ya no me sé de memoria que si mi Paco no viée más que de higos a brevas es porque alguna mala mujer me lo está engriyendo! ¡Si se creerá usté que yo estoy tonta porque sufro y callo y no digo esta boca es mía! ¡Si se creerá usté que estoy en el limbo como los niños llorones!

—No le haga usté caso, que está loquita perdía—díjole al viejo la señora Dolores, mirando de modo adusto a su hija.

—¡Sí, loca! No me haga usté caso, ¿pa qué?, si yo estoy loca, pero que loca del to, pero que loca de remate.

—Vamos, mujer, no seas asina. ¡Camará, y con la ovejita mansa! ¡Vamos, mujer, que me has dejao jecho to una peana! Y vamos a ver; ¿a ti quién te ha dicho to eso, quién ha sío el que le ha alevantao ese falso testimonio a quien no se lo merece?

—¡Si necesitaré yo que nadie me lo diga! Paco, mi mismo Paco me lo ha dicho; él, él mismo, con su manera de hablar y de mirarme y de portarse conmigo. ¿Se piensa usted que si me quisiera como me quería haría él lo que hace? No, señor Cristóbal, no y cien veces no, no lo haría; y si lo hace es porque ya no me quiere, y si no me quiere es porque tiene puestos en otra mujer sus ojos.

—Pos mira, te voy a hablar a la *barda*, como si fueses el confesor. Yo creo que estás dequivocá hoy por hoy; yo creo que estás dequivocá der to, pero yo te digo una cosa, y esta cosa es que cuando se tiée una jaza, una güena jaza y no hay en ella espantajos, está muy expuesto el amo a que se coman el trigo los gorriones. Eso es lo que yo te digo, y al buen entendedor con media palabra basta. Pero en eso allá tú, porque a mí no me gusta meterme en camisa de once varas, y más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena; pero que te coste a ti que a veces penas se lloran que pudieron haber sío alegrías, y, en fin, perdona si en algo te ofendí sin querer y no me tomes tirría, que yo te quiero a ti bien y me sabrían a retama tus rencores.

Y el señor Cristóbal, sin atender a lo que Clotilde y la señora Dolores le decían, salió precipitadamente de la casa.

V

—No te vayas hoy; por Dios y por su Santísima Madre te lo pío —díjole Clotilde con acento tan dulce, tan suplicante, a Paco, que éste tuvo que echar mano a todo el repuesto de sus energías para responderle:

—Si no puée ser, chiquilla, si es que tengo un compromiso mu grande.

—Eso es que ya no me quieres tú; eso es que quíees a otra, a otra que te está esperando.

Y a la idea de que pudiera ser cierto lo que tan rotundamente ella afirmaba, no pudo reprimir el sollozo.

—No llores, mujer, no llores. Yo te juro que yo no quieo a ninguna mujer más que a ti; a ti, prodigio; a ti, que eres el recreo de mis ojos.

—No, no; to eso es mentira. Tú me engañas, porque te da lástima, y si es verdá dame gusto y queáte, queáte hoy, Paco, queáte hoy y otro día haces lo que tú quieras. Pero hoy no, Paco, hoy no. Mira que si te vas me vuelvo loca; mira que cuando vuelvas me vas a encontrar amortajaíta y con cuatro velas; mira que tengo celos, mira que...

—¿Celos tú? ¿Y de quién? ¡Como si a Dios, después de hacer tu cara, le hubieran quedao fuerzas ni voluntá pa hacer otra cara como la tuya! Vamos, mujer, no seas tú asín, y si no te doy gusto, créelo, por tu salusita te juro que si no te lo doy es porque tengo empeñá mi palabra, y los hombres no faltan a su palabra.

Clotilde quedósele mirando con honda, con tristísima, con desesperada expresión de ira, de celos, de ternura, y tras algunos instantes de angustioso silencio, dijo impetuosamente:

—Pos bien: yo te he dicho que no quiero que tú vayas a esa fiesta, pero vas a dir, te vas a salir con la tuya; pero no del to, porque lo que es solo... solo no vas tú..., yo te lo juro. Solo no vas, porque yo no quiero que vayas solo.

—Si yo nunca voy solo a ninguna parte, chiquilla; si yo siempre te llevo a ti colgá de mi pensamiento.

—No; pero es que ahora no me vas a llevar en el pensamiento; es que hoy me vas a llevar contigo.

—¿Y cómo te vas a venir conmigo, chiquilla, cómo te vas a venir conmigo, si yo he venío a caballo?—exclamó Paco sin poder casi ocultar la alegría que se le desbordaba en el alma.

—¿Que cómo? ¡Pos mu bien: a la grupa de tu caballo!

—Pero, chiquilla, ¿quién te va a traer mañana? ¿Te vas a venir solita?

—Eso ya lo veremos; si no me vengo mañana, me vendré pasao, y si no otro día, y si no, cuando tú quieras. Pero lo que es solo, solo no vas tú hoy a esa fiesta, porque no, porque no me da a mí la repotentísima gana.

Y una hora después, en tanto que el señor Cristóbal les veía partir con el júbilo retratado en el rugoso semblante desde un corte de terreno, en las afueras del pueblo, y las dos viejas lloraban silenciosas, cada una en un rincón de una de sus habitaciones, mirándose mutuamente de cuando en cuando con insondable tristeza; a los rientes rayos del sol, en un ambiente primaveral y bajo un cielo radiante, cruzaba la polvorienta carretera flanqueada por ventas blanquísimas, por copudos árboles y por apiñados pencares, al airoso trote castellano de su gallardo *Cartujeño*, Paco Cárdenas, a cuya cintura aferrábase Clotilde con ansias de amor y de caricias, luciendo rojo pañuelo de crespón de largo flecaje, falda que dejábale al descubierta los pies casi invisibles, primorosamente calzados y, a modo de riquísimo joyel, el puñado de flores nítidas y carmesíes con que se hubo de adornar al partir la oscura y rizada y espléndida cabellera.

ALMA ANDALUZA

—Pero Juan, por la Virgen Santísima, ¿por qué has vinío?—exclamó Dolores, mirando con expresión de miedo y asombro a su hermano.

—No podía, hermana, no podía—repúsole éste con voz apagada—; me estaba picando un alacrán en el corazón. Desde que me dijeron que, valiéndose de que yo no podía pisar estas lindes, le había vuelto a poner los puntos a mi Rosalía Antoñico el *Ecijano*, no podía pegar los ojos ni respirar tan siquiera, y desesperaíto ya, esta mañana comprendí que si no venía se me diba a romper el pecho, y cogí la escopeta, monté en mi *Tordillo*, le metí espuela, y na, que aquí me tiées. Pero no te apures tú, que el potro lo he dejao en la choza del *Mejorana*, y pa entrar aquí lo he jecho por el corral. Como que pa no verme, ni la luna me ha visto, porque la tapó una nube.

—Pero si es que no has debío venir; si es que lo que te han dicho no es verdá; si es que el *Ecijano*, desde que tú te juiste, no ha güerto a cruzar con Rosalía ni una mirá, ni una sola.

—De eso no me platiques—exclamó bruscamente, frunciendo el ceño el *Petaquero*.

—Pero si es que manque fuera asín; manque fuera verdá que el *Ecijano* la había mirao, ¿a ti qué te importa que la mire jasta que se le sequen los lagrimales? ¿Qué te importa a ti que él la mire, si tu Rosalía, desde que tú tuviste que dirte al monte, no vive más que pensando en si se pondrá u no se pondrá bueno Joseíto el *Retamales*?

—Me han dicho que, felizmente, está mejor Joseíto.

—Sí que está mejor, y, según dice el méico, Dios mediante, se pondrá güeno del to. Pero eso, esgraciámente, tiée que traer cola: su hermano Alfonso el *Posaero* ha jurao que te tiée que cobrar con usura la puñalá que le pegaste a Joseíto.

—El se la buscó, que yo no le quería malillamente; pero yo no

podía pasar por otro punto; que no me podía yo quear sin cobrarme aquel guantazo.

Y al recuerdo del ultraje recibido centelleáronle a Juan los enormes ojos oscuros, y tras algunos instantes de silencio continuó:

—Mira, Olores, lo que sa menester es que yo platique con mi Rosalía, que tengo yo ya mucha hambre de mirarme, manque no sea más que un minuto, en las niñas de sus ojos.

—Pero ¿no comprendes tú que si te ve cualisquiera que no te quiera bien, a los dos minutos te están jaciendo un saludo los del correaie amarillo?

—¿Y te crees tú que habiendo yo vinío al pueblo na más que pa ver a mi Rosalía, me voy yo a dir sin miralla ni platicalla?

—Pero ¿no comprendes tú—insistió Dolores—que este pueblo le cabe a cualisquiera en la palma de la mano y que son muchos los ojos que te espían?

Se encogió de hombros el *Petaquero*, y

—Mira—le respondió—: no te emperres en lo que no puée ser, y si me quíees jacer un favor, te vas ahora mesmito a ca de mi Rosalía y le ices que dentro e un rato estoy yo allí, en la puerta de su corral, esperando a que salga la estrella que más reluce.

—No; lo mejor será que yo vaya en busca suya y que se venga conmigo—dijo, pensativa, Dolores.

Y minutos después salía de la casa Dolores, no sin poner antes una mirada recelosa en los vecinos, que, sentados en las puertas de sus respectivas viviendas, disfrutaban de la fresca brisa de la noche, saturada de los perfumes que arrancara a su paso por las altas cumbres y por las pintorescas vertientes de las floridas montañas.

* * *

—Sa menester que te vayas a escape, Juan, pero que a escape—exclamó Antonio el *Cartameño* con voz jadeante, penetrando como una tromba en la habitación donde, en unión de Dolores, dialogaban, susurrantes y apasionados, Rosalía la de los *Mimbrales* y Juanico el *Petaquero*.

Miró éste sorprendido al recién llegado, y sin perder la serenidad e intentando tranquilizar con una sonrisa a la hembra adorada, preguntó a aquél con acento reposado:

—Pero ¿qué es lo que pasa, Antoñico, pa que yo tenga que salir como una bala?

—¿Qué quíees que pase? Que te ha visto saltar por la tapia del corral Pedrote, el mozo de la posá de Alfonsico el *Retamales*.

—¿El de la posá del hermano de Joseíto?—preguntaron, asustadas y simultáneamente, ambas mujeres.

—El mesmo que viste y calza, y menester es no jechar en orvío que ese mozo le tiée mucho que agradecer a Alfonso el *Posaero*.

—Pero ¿a ti quién te ha dicho que a mí me ha visto Pedrote?

—Pos me lo ha dicho *Cachorrito*, que se trompezó con Pedrote jace una miaja, y como el Pedrote diba como el que va por los Santos Olios, pos *Cachorrito* le preguntó que aónde diba resollando como un fuelle, y el otro le dijo que diba en busca de su amo, por si su amo quería tirar a una liebre a la que le tiée la mar de gánitas y a la que él había visto por casolida meterse en una camá, y como el *Cachorrito* es un vivo, al trompezarse conmigo, pos el hombre me contó lo que yo sus he contaó, diciéndome que me lo contaba por si a mí me convenía.

Todos los allí reunidos habían ido palideciendo a medida que hablaba el *Cartameño*. Rosalía había fruncido la frente; Dolores miraba a su hermano con expresión asustada; el *Petaquero* dominó sus inquietudes, y

—Güeno—exclamó, incorporándose—; pos entonces lo mejor que hago es coger el *avichucho* y dirme a recoger mi *Tordillo*, y dentro de na que me busquen, que cualisquiera encuentra un tordo entre tantos olivares.

—No, eso no puée ser. Si Pedrote le ha avisao a Alfonso, éste fijamente se lo habrá dicho al cabo, y el cabo fijamente le habrá dao orden a las parejas de jacerte una encerrona.

—Pos probaré fortuna—dijo serenamente el *Petaquero*—; y con que yo puea jechalle los calzones encima a mi *Tordillo*...

—Pero y si no puées jechárselos, ¿aónde vas a buscar abrigoero? Se encogió ligeramente de hombros Juan, y

—Allá veremos qué es lo que pasa—murmuró, y cinco minutos después saltaba, ágil como un gamo y sigiloso como una sombra, por encima de la albarrada que defendía el corral de la pobre vivienda de su hermana Dolores la *Veterana*.

* * *

—¿Y cómo ha sío eso?—preguntó Rosalía, con la cara radiante de gozo, a Antofico el *Cartameño*.

—Pos, hija, que Juanico sabe más que un letrao y que el Alfonso es un hombre cabal y con un corazón más grande que dos canchales.

—Pero cuéntame cómo pasó la cosa, que estoy que me muero de alegría.

—Mía, te lo contaré toíto: Juan, al salir de la casa, se fué erecho como un tiro pa el chozón del *Mejorana* en busca de su jaco; pero como antes de llegar le dieron en la nariz malos olores, pos el mozo, como sin su *Tordillo* no podía llegar a la sierra antes de que clareara, y como pa dir a la sierra tiée que atravesar cuasi toa la campiña, y a la luz del sol en la campiña estaba vendió, pos en lugar de *acubrilarse* aquí o allí, aonde fijamente argüen le hubiera visto al amanecer, pos el mozo se gorvió al pueblo y se metió, saltando el muro, en la posá, en la mismita posá de Alfonsico el *Retamales*.

—¿En la posá de Alfonso?—exclamó, mirando asombrada a su interlocutor, Rosalía.

—Como te lo digo: en la posá de Alfonso—repitió sonriendo el *Cartameño*.

—Pero ¿mi Juan está loco de remate?

—¡Qué ha de estar loco tu Juan! Tu Juan sabe jasta latín, y la prueba la tiées en lo que pasó: en que, al verlo elante de él, el Alfonso lo primero que jizo fue tirarse a la cara la vizcaína; pero tu Juan soltó la escopeta, tiró el cuchillo y le dijo al *Retamales*:

—Aquí estoy; me tiéen tomás toas las salías del pueblo y no pueo arrecoger mi jaco, que lo tengo en el chozón del *Mejorana*; y al verme sin salía, pos me dije yo: “Lo mejor que jago es dirme a ca de Alfonso, porque el Alfonso será mu capaz de matarme cara a cara, pero no es capaz de vender a un hombre perseguío que, buscando amparo, se le meta en sus *cubriles*.”

—¿Y Alfonso qué dijo a eso?

—Pos Alfonso, según me han contaó, se mordía los puños de rabia que le dió; pero como el hombre es un hombre, pos lo que pasó fué que tan y mientras los civiles se han pasao la noche dando tiritones en el Chaparral, nuestro Juan se la ha pasao durmiendo como un lirón en la posá del Alfonso, y esta mañana, al amanecer, tan y mientras las parejas venían al pueblo, Juan se despidió del posaero, que le ha prometío no parar jasta hacerlo más peazos que piñas tie-ne un pinar, y se fué al chozón y trincó su *Tordillo*; y na, que a estas horas dará gusto verle correr por esos montes e Dios con su escopeta en la mano.

(EL IMPARCIAL, sección de los lunes. Madrid, 14-III-1910.)

EL CANGRENA

La venta de los *Garañones* yacía en silencio; la luna, que rompía por entre blanquísimas nubes, iluminaba dulce y serenamente la perspectiva; la carretera que blanqueaba serpeando ora por las faldas, ora por las cumbres de los montes; la venta de muros en-calados y de blanca chimenea, por la que escapábase el humo en ondulante espiral; la parra, la añósima y reducida parra, que cubría la puerta con un a modo de caprichoso dosel de pámpanos sostenidos por recias estacas; las chumberas, que servíanle al edificio a modo de pintoresco cancel, y los frondosísimos algarrobos, que erguíanse acá y acullá cabeceando y simulando rumor de romper de olas cuando el viento movía su ramaje verdinegro en que la luz de la luna parecía tejer maravillosos calados de argentería.

Todavía algunas rectas de luz que se divisaban al través del maderamen de la puerta y de las ventanas delataba que los famosos *Garañones* aún no habíanse entregado al reposo, cuando el rápido galopar de un caballo turbó la quietud del paisaje, y momento después jinete en una yegua pía de gran alzada y de pintoresca montura, apareció en el camino Currito el de los *Pinares*.

Llegado que hubo éste a la venta, detuvo en firme refrenando con la mano izquierda el poderoso galopar de su yegua, y

—Gracias a un *divé*—murmuró con voz fatigosa, al par que, apoyándose en el cuello del animal y sacando el pie del estribo, saltaba a tierra cuidando de que no recibiera golpe alguno su brazo derecho, que descansábase en un pañuelo sujeto a su cuello en forma de cabestrillo.

—¿Quién va?—preguntó en aquel instante desde el interior de la venta una voz de hombre bronca y desapacible, mientras dos perros ladraban furiosos al recién llegado.

Este acercóse con paso torpe a la puerta de la venta, y

—Abra usted, señor Curro, que es un amigo necesitao er que llama.

—Pa necesitao yo, y pa amigo un retaco; que a estas horas no

abro yo sin que me metan antes por debajo de la puerta la céula de vecindá.

—Abra usted ya, le digo, o le meto una bala en el ojo a la cerradura.

—Pos por el mesmo camino te meto yo a ti dos en cualesquier parte menos en la faltriquera.

—Déjese usted de cosas, tío Curro, que soy moro de paz y que vengo sortando más sangre que un egollao.

—Pos asín suertes más sangre que tinta un calamar no te abro, que no quieo yo tener visitas de los del tricornio; que no quieo yo na con gente tan cumplimentera.

—Güeno, pos quéé usted con Dios, y si arguna vez le jace a usted farta un amigo pregunte usted por mí y píame usted lo que quiera —exclamó Curro, disponiéndose a montar de nuevo en su fatigada yegua.

—¿Y por quién tengo yo que preguntar cuando necesite yo de su presona?—preguntóle el señor Curro con acento irónico.

—Pos pregunte su mercé por Currito el de los *Pinares*.

Y todavía no había concluido el recién llegado de pronunciar su nombre y el mote hecho por él famoso en toda la serranía, cuando sintióse el ruido que hacía el ventero al desatrarancar rápidamente la puerta, y

—Pos haber empezao por ahí—exclamaba momentos después abriendo de par en par la puerta de la venta, en cuyo fondo luminoso destacábase briosamente la figura del viejo, flaco, anguloso, de tez rugosa y acaballada nariz, de mejillas sumidas y ojos enormes y brillantes; abrigada la cabeza por un pañuelo de hierbas, atado sobre la nuca, que mal aprisionaba las greñas blanquísimas que caíanle sobre la rugosísima frente, y luciendo calzón negro de punto que sujetaba en las rodillas con negros y mugrientísimos cordones; calzas de dudosa blancura y tosca urdimbre; enormes zapatos de baqueta, una anchísima faja que cubríale casi desde la ingle al sobaco, camisa del mismo color que las calzas y un chaleco abierto que parecía haber pertenecido a otro dueño de torso menos amplio que el del, por aquel entonces, único representante de la gloriosa dinastía de los imperecederos *Garañones*.

Detrás del *Garañón* apareció ante los ojos de Currito el hogar alumbrado por los rojizos resplandores de la alegre fogata, a cuyos resplandores brillaban, como de oro quemado, los peroles que decoraban el alero de la enorme chimenea, y destacábanse como iluminados por un incendio la limpísima mesa de pino colocada en el centro, las sillas de anea colocadas acá y acullá; los grandes vasares que amenazaban desplomarse al peso de la loza de alpujarreña

estirpe, la cantarera en que los cántaros trasudaban en cristalino goteo, y junto al hogar, con las manos en los ijares, mal abrigada por un pañuelo de los de tomate y huevo, que ceñíasele al escuálido busto, una chaquetilla oscura y una falda de la misma tela, la señora Rosario la *Velonera*, ilustre consorte del famosísimo ventero.

Currito, después de despedir de modo no muy cordial con la punta del pie a uno de los perros que hubo de acercársele más de lo que el instinto de conservación permite, avanzó hacia el ventero murmurando con voz un tantico desapacible:

—Pos diga usted que pa que usted abra a cualesquiera sa menester un repique.

—Y si no dices quién eres, ni con repique. Pero, ¡camará!, quién diba a pensar que te dibas tú a dejar caer por estos vericuetos, cuando jace ya lo menos tres años muy largos e cola que no se sabe de ti na más que por los escopetazos que tiras.

Currito no contestó al ventero, y entregándole a éste las bridas de su cabalgadura, díjole con acento un tanto imperativo:

—Jágame usted la mercé de llevar esta probetica a la cuadra y de enmantarla, que viee chorreando la probe, que bien se lo merece, que si no es por ella a estas horas estoy yo tan necesitao de usted como de mí el lucero matutino.

Y dicho esto penetró en la venta Currito y se dirigió hacia donde la señora Rosario lo contemplaba, inmóvil y moviendo la cabeza, como en señal de desaprobación y disgusto.

—Qué, señá Rosario, ¿parece que no le gusta a usted mucho mi visita?

—Asina me jagan caldo los pisaores si no quisiera que no te hubieras acordao der santo de nuestro nombre, que sabe Dios si nos traerás tú más esazones que resoplíos er verano.

—Pos to se puée arreglar, agüelita—repúsole, encogiéndose de hombros, Currito y sentándose junto al fuego—. Al puesto de los del tricordio se llega en tres soleares; pos se llega usted al puesto y le dice usted al sargento: “En mi *cubril* está el de los *Pinares*, y...”

—Eso lo ices tú—exclamó interrumpiéndole en airada actitud la vieja—poique tú sabes mu bien que ese vino no es er que se guarda en esta boega, que si no, no lo dirías.

—Pos naturalmente que sí... Pero ¿me quisiera usted jacer el favor de traerme una miajita de agua fresca que yo me lave este brazo y que vea si es mucha la compostura que necesita?

—Pero ¿es que vienes jerío?—preguntóle, acercándosele llena de solicitud, la señora Rosario y fijando en él una mirada compasiva.

Currito asintió con la cabeza, y mientras la ventera dirigiase ba-

reñeo en mano a la cantarera, sacó, no sin que su semblante se contrajera dolorosamente, el brazo del improvisado cabestrillo, y

—Aspérate—exclamó la señora Rosario, soltando el barreño lleno de agua cristalina delante de Currito, mientras el *Garañón*, que regresaba de la cuadra, dirigíase de nuevo a cerrar y colocar en la puerta la formidable tranca.

Las manos flacuchas y los dedos tembladores de la vieja desataron con cuidadoso primor el pañuelo que hubo de ceñirse Curro al sentirse herido, descosió, valiéndose de las tijeras, la manga del marsellés y la de la camisa, las dos tintas en sangre, y

—Menos mal que la bala salió por la puerta falsa—exclamó la vieja fijando sus ojillos grises en el antebrazo de Curro.

Media hora después reposaba éste repantingado en un sillón y no sin tener a manos su, en él temible, por lo certero, retaco de dos cañones.

—Qué, ¿te pica eso mucho?—preguntóle la vieja con acento afectuoso.

—Ca, cuasi na. Si tiée usté en los deos un cirujano, y ese ungüento que me ha puesto usté parece cosa de jechicería; apenitas me lo puso usté, picó espuelas el escozor, y na, como si ese sitio no fuera de mi presona.

—¿Y ahora se puée saber, si no es un secreto, cómo y por qué te han despellejao la zamarra?

—Pos sí, que se puée saber, es decir, lo puéen saber ustedes, con la condición de que al que se vaya de la lengua le relleno er corazón de plomo.

—Pos mía tú, no lo digas, no sea cosa que se me vaya a resfalar la lengua y...

—No, con ustedes no hay cudiao de errá. Esto que me han jecho me lo tengo mereció.

—Pero ¿quién se ha aterminao contigo, camará? ¿Es que ha resucitao el Cif?

—No, el que me ha puesto asina ha sío el tío *Cangrena*, el del cortijo de la *Tulipana*.

El *Garañón* y su consorte se miraron rápida y furtivamente; ya no tenían que indagar más; sabíanse de memoria lo hecho por el de los *Pinares* con Rosa, la hija del *Cangrena*; sabían que éste había jurado no comer pan a manteles hasta cobrarse lo que éste le era en deber, y

—¡Por bicha e los moros!—refunfuñó el viejo moviendo la cabeza.

Currito le contempló en silencio algunos instantes, y

—Ese bruto que tira cuasi como yo, y aonde pone el ojo pone la bala, y si no ando vivo me la planta en mitá der pecho.

—Pero ¿es que te tiró a traición?

—Er *Cangrena* no tira a traición. Ese ha jurao, y ha jecho bien, matarme y me matará, poique yo a él no le mato ni manque me aspen; pero me matará de cara al sol o la luna... El *Cangrena* es un lobo, pero no es capaz de tutearse con Judas Iscariote.

Y quedaron todos en silencio, y ya el sueño empezaba a llenar de pesadez los párpados de los allí congregados y empezaba a pali-decer el fuego cuando

—Abre, abre a escape, *Garañón*—gritaron porraceando la puerta.

—¡El *Cangrena*!—exclamó, abriendo enormemente los ojos el *Garañón*, mientras decíale la vieja con enérgica actitud:

—No abras, Curro, que ese lobo viene rabioso.

No pensó, sin duda, de modo igual el de los *Pinares*, pues, incorporándose rápido en la silla y sin vacilar un instante llegóse decidido a la puerta, la desatrancó con la mano libre y

—Pase usted, tío *Cangrena*—exclamó con voz serena y serena expresión.

El tío *Cangrena* se detuvo, miró hosca, sombría, amenazadoramente a Curro y le repuso con voz ronca y jadeante:

—Te he visto ampararte de la venta, pero a la par que yo te ha visto también un guarda, y ese guarda ha dao er soplo ar puesto, y como no quieo que tú pueas pensar que yo soy capaz de elatarte, vengo a dicírtelo, con que vete por la puerta der corral, que ya te encontraré yo y procuraré no marrar la puntería.

Y dicho esto dió media vuelta el viejo y a poco se perdía entre los matorrales del monte cercano, en que la luna tejía maravillosos encajes de luz y de cristal con sus argentadas melancólicas claridades.

(ESPAÑA. Rev. de la Asoc. Pat. Esp. B. Aires, 10-II-1907.)

LA MORUCHITA

I

Manuel Cárdenas, el *Tulipa*, y Marcelino Benítez, el *Llerena*, salieron del refidero de gallos orgullosos de los triunfos conquistados por sus respectivas jacas.

—Bien se ha portao la retinta, *chavó*. Y mire usted que en la última pelea le atizó con picardía la del *Vivona*.

—¡Es que mi jaca sabe jasta latín! Como la de usted, pongo por caso, que peleó también como los mismísimos ángeles. Y a propósito de la de usted: ¿a quién se la ha dejao usted pa que la cure?

—Pos al que usted le ha dejao la suya: al *Quiqui*, que en eso de curar es un fenómeno.

—¡Vaya si lo es! ¡Pollo he visto yo curao por sus manos con la mitá de la cabeza de cartulina!

—Sí, que es verdá eso. Y oiga usted, compadre: ¿ahora aónde vamos a dir a lastrarnos el entresuelo?, porque lo que es hoy no tengo yo ganas de cazuela de papas ni de fideos tallarines.

—Mire usted, compadre: si a usted le parece bien, ahora mismito *trincamos* un descubierto pa mejor lucir la presona, nos sentamos en él como si estuviéramos en un escaparate, nos vamos al ventorrillo del *Cuco*, nos metemos en uno de los camarotes, tocamos las palmas, viéer *Toli*, y a la media hora le estamos hablando de tú al lucero de la mañana. ¿Qué le parece a usted lo que yo platico?

No debió parecerle mal la proposición de su compadre al *Llerena*, pues una hora más tarde, sentados frente a frente en uno de los compartimientos del ventorrillo, y ya ambos algo calamocanos a consecuencia del inacabable trasiego de Montilla con que hubieron de dar convoy a las sabrosas viandas, decíale el primero al segundo con acento todo ternura:

—Vamos a ver, compadre: ahora que estamos aquí más solitos que dos ermitaños, ¿me quíee usted jacer el favor de decirme por

qué se le altera a usted tantísimo el pulso ca vez que se le platica de casorios?

El *Tulipa*, en quien jamás la embriaguez ondeaba triunfante del todo sus pendones, repúsole, al par que golpeaba de modo automático con los dedos sobre el tablero de la mesa:

—Mire usted, compadre, ya sabe usted que de eso no hay que platicarle a este cura; que a mí no me lleva al encerraero ni el mismísimo Patriarca de las Indias.

—Es que—díjole el *Llerena*—no toas las cartas son triunfos, y un día puéen salirle a usted las contrarias y se puée usted arrepentir ese día; y lo que sa menester es que no venga el arrepentimiento cuando se le haiga desenrizao a usted ya la pluma y se vea usted más solo que una parmera, y ca vez que necesite usted que le jagan una vinagrá, tenga usted que recurrir al sereno.

—¡Ca, hombre! Eso no me puée pasar a mí tan y mientras yo tenga mi vieja y mi *Morucha* en mis *cubriles*.

—Sí; pero como la señá Frasquita no va a vivir lo que un loro embalsamao, y a la *Moruchita* ya van dejando de amarilllearle las boqueras, y el mejor día le dan tres pitás, y tururú y me alegro de verte güeno!

—Vamos, compadre—exclamó el *Tulipa* haciendo un gesto de desagrado—, que parece que le pagan a usted pa que me ponga usted la boca como la tuera. Lo mejor que hace usted es no ser más machacón ni más permazo, que yo no he nació pa que me meta en el cepo ninguna *gachí*, y además que hoy, pa trompezarse con una a la que se le puea visar el rol, sa menester estar emparentao jasta con San Judas Tadeo.

—Hombre, eso es desagerar; que yo no tengo na que ver con ese santo que usted dice, y yo me trompecé con mi *Pecosa*, y Julián el *Talabartero* se trompezó con su *Tarumba*, y Joseíto el *Talegones* se trompezó con su *Butibamba*, y...

—Y San José se trompezó con la Santísima Virgen, ¡mía qué Dios!—dijo, interrumpiendo bruscamente a su compadre, el *Tulipa*—. Eso no quíee decir na; que si usted me mienta a mí ésas, que son la flor y nata de las mujeres de bien, yo pueo mentarle a usted unas trescientas, y trescientos mil millones que son el cólera, y er tifus, y la peste, y er gómito, y jasta er mal de San Lázaro.

—Se le ha orvíao a usted la sarna, y er colorín, y er mal de la temblaera, compadre.

.....

—¡Arza, *Pipi*; baja la capota, que nos vamos de matute!

—¿Y ahora aónde voy a llevar yo la flor del romero y la flor de la siempreviva?

—¿Aónde vamos, compadre?

—Pos llévanos a ca der *Billetero*.

—¡Pos más vivo!

Y el *Pipi*, que ya había tomado posesión de su altísimo sitio, hizo crujir, ondeándolo, el látigo sobre el lomo del caballo, y momentos después decíale a su hermana Paca, Trini la *Ventorrillera*:

—Por ahí va el *Tulipa*, que ca vez está más güen mozo el *gachó*, y mía tú que ya debe andar el hombre dándole coba a los cuarenta.

—Es que un hombre a los cuarenta—exclamó el esposo de Trini—está en la flor de la edá y en la flor de las valentías.

Al oír Trini, que acababa de cumplir por aquel entonces los diecinueve, la afirmación de su esposo, un cincuentón panzudo y encanecido, sonrió maliciosamente, dió media vuelta, puso al descubierto su talle maravilloso al arreglarse unas flores que brillaban como de sangre sobre el negror de su pelo luciente, y dirigiéndose hacia el interior del ventorrillo cantando y haciendo resonar las yemas de sus dedos como crótalos de plata:

“A los diez semos capullos,
y a los veinte semos flores,
y a los cuarenta debieran
llegar los enterraos.”

II

Al hablar el *Llerena* a su compadre de las conveniencias del matrimonio, no habíalo hecho a humo de paja; que era cosa casi olvidada de puro sabida en el barrio que Remedios la *Pelirrubia*, hermana de Clotilde, su mujer, hacía ya mucho tiempo que andaba suspirando por el *Tulipa*, el cual ya no había cometido con ella desaguisado alguno por aquello, seguramente, de que la amistad tiene valladares que solemos respetar en tanto y cuanto no se nos va la chaveta.

Como no era el amor de la *Pelirrubia* ningún secreto para el matrimonio, andaba éste, desde que en aquélla se iniciaran tan pícaras calenturas, peleando como leones por echarla fuera de aquel tan peligroso camino; pero como cuando el querer se nos mete en el corazón se nos aletarga el entendimiento, ocurrió que una tarde, ya cargada la *Pelirrubia* hasta el moño del constante sermoneo de

su hermana y de su cuñado, díjole a la primera, poniéndose los puños en los ijares, echando hacia atrás el torso y con la mirada relampagueante y retadora:

—¿Me quiées jacer el reverendo favor de dejarme a mí ya, que me tiées más frita que un plato de calamares? ¿Me quiées jacer el reverendísimo favor de no meterte más en lo que a ti no te importa?

—Pero ¿no comprendes tú, desgraciá que eres—repúsole aquélla—, que por esa veredita no se va más que aónde no florece la vergüenza? ¿No comprendes tú, en tus cortas luces, que a mí se me tiée que importar to lo tuyo y que yo no pueo dejar que te espampanes sin decirte oste ni moste? ¿No se acuerda usté ya, señora, de que yo vine al mundo en la misma fragata en que vino usté y con el mismo velamen?

—Sí, que me acuerdo; pero por lo que tú más quieras en el mundo, que no me jurgues más en esta pupa que me ha salío en la tablita del pecho; mía que esta pupa no se me cura a mí con cuatro dale que le da y cuatro jerre con jerre.

—Pero ¿no comprendes tú, loca perdía, loca der to, loquita de remate, que prendarse de ese *gachó* es como prendarse de la luna? ¿No comprendes tú que a esa primita no hay quien le meta un plomo en un ala, y además, no comprendes tú, inocente, que te estás queando en cueros vivos delante de ese hombre, y que pa que los hombres nos tomen voluntad sa menester no darle gusto a sus ojos?

—Toíto eso me lo sé yo, Clotilde; pero no lo pueo remediar. Yo no sé que tiée ese mal bicho que me tiée jechizaíta, y yo, si ese *gachó* a mí no me quiere, yo me muero. ¡Vaya si yo me muero de la pena!

Y al dècir esto, arrojóse la *Pelirrubia* sobre una silla, procurando ocultar sus lágrimas y reprimir sus sollozos.

Clotilde se puso pálida, y dirigiéndose a su hermana llegó a ésta, apartóle dulcemente las manos del semblante, le secó el llanto con un pico del delantal, y díjole con acento conmovido:

—¡Vamos, niña, por Dios y por su Santísima Madre, no seas asín; no me llores más, por los ojitos de tu cara!

—Déjame que lllore, déjame que rabie, déjame que me muera...

Cuando aquella tarde se enteró el marido de Clotilde, por ésta, de lo ocurrido, exclamó con acento malhumorado:

—¡Por vía e Dios, que to lo moja y to lo seca! ¿Y qué quiées tú que yo le jaga? Si con lo que eso se cura no lo venden en las boticas, y al compadre no hay quien lo meta en el jaulón ni manque le pongan ángeles y serafines por cimbeles.

Al día siguiente, ya anochecido, sentáronse ambas hermanas en la puerta de la calle a disfrutar del relente.

La noche era de luna, y como casi todas las de Málaga en estío, noche de brisas cálidas, de olores de albahacas y jazmines; noche de cantos dulces y melancólicos y de acordes de guitarra; noche de horizontes purísimos y de límpidas lejanías; noche, en fin, en que parecía entonar todo un cántico al amor y a la molicie, molicie a la que se entregaban en los umbrales de sus casas vecinas y vecinos, casi en ropas menores ellos, y ellas al aire brazos y parte del seno, y luciendo casi, merced a las sutiles perfidias de las telas estivales, las curvas que delataban su hermosura y gentileza las muchas que de hermosas y de gentiles podían hacer alardes tentadores.

Remedios y su hermana sentáronse en el escalón, un tanto inquieta la segunda por la tardanza del *Llerena* y pensando, como siempre, la otra en aquel pícaro *Tulipa*, que tan a mal traer la traía, con sus arrogantes hechuras y con su semblante redondo de algo agitanadas facciones, y de mejillas en que siempre azuleábale la barba, de boca sensual y de ojos magníficos, graves y tristes, velados por larguísimas pestañas, y de pelo negro y rizado que empezaba a dejar entrever el reluciente cráneo por entre los clarísimos mechones.

Remedios, tocada la rubia crencha de claveles blancos, reclinada contra la pared y los brazos cruzados por bajo del seno, rígido y valiente, entreteníase en evocar las ocasiones en que, enloquecida por su cariño, había intentado en vano romper con retos peligrosísimos el hielo en que parecía vivir encarcelado el corazón del *Tulipa*.

—¡Cómo tarda esta noche mi señor don Marcelino el *Llerena*!

—Entoavía es trepano, mujer. Estará tal vez con el *Tulipa*.

—¡Qué consuelo! ¡Con el *Tulipa*! ¡Con el *Tulipa*! ¡Qué ginitas que tengo yo ya de que reviente el *Tulipa*!

Calló la enamorada de éste por prudencia, y ambas hermanas permanecieron silenciosas durante algunos minutos.

—Por ahí viée tu archiduque—díjole, deteniéndose delante de su puerta, la señora Angustias la *Vendedora*.

—¿Y viée solo u viée acompaña el caballero?

—Pos viée con su compadre, y además me parece a mí que viée con un retén de *chatos* en la barriga.

—¡Sería una novedá! ¡Asín está el hombre, que cuando sua, sua solera, y cuando escupe, escupe espíritu de vino!

Y mientras la señora Angustias alejábase pensando en que no

debieran beber los hombres más que limonadas purgantes, incorporóse Clotilde, mirando iracunda hacia una de las esquinas, por la que acababan de desembocar en la calle su ilustre esposo, cogido del brazo de su no menos ilustre compañero.

—¡Lo de siempre, jaciendo puntas de festón con los *pinreles*! ¡Qué jartica que estoy ya! ¡Como que esto no es haberse casao con un hombre, sino con una damajuana!

Cuando el *Llerena* y el *Tulipa* llegaron delante de la casa del primero, adelantóse éste lenta y torpemente hasta coger con mano insegura por un brazo a su mujer, y después de luchar por conseguirlo y conseguir al fin guardar un punto el equilibrio, canturreó con voz balbuciente:

“Eres más bonita
que los clavelitos blancos
que abren por la mañana.”

—En qué horita más guasona nos echó el cura las bendiciones —exclamó Clotilde, sujetando a su marido, que parecía amenazar el quicio de la puerta con las narices.

—¿Y eso por qué? Mía, Cloto, que yo no he bebío esta noche más que una miajita de toronjÍ y de corteza de cidra... ¿Verdá, compadre?

Este, intimidado por el furioso mirar de la *Pelirrubia*, permaneció silencioso, mientras Marcelino, con los ojos desmayados, el labio inferior casi colgante como un péndulo, el pelo sobre la frente en desordenados mechones y el sombrero en la coronilla, continuaba diciendo dirigiéndose a su mujer:

—ToronjÍ..., ¿sabes?... ToronjÍ y corteza de cidra. Y no me mires más de ese mo, Clotilde, mira que me va a dar lo que a mí me da, salero.

—Vergüenza y lástima era lo que te debía dar a ti; que no vendrán aluego tus amigos a sajumarte la sala.

—No hay que meterse en desconcharme a mí las paeres, comadre, que yo no tengo la curpa, que es que hoy le ha cogío a éste er cuerpo asín; porque lo que es hoy, si lo hemos bebío, lo hemos bebío en cuentagotas.

—En cuentatiros... Vamos ya pa aentro; anda ya, prenda mía, anda ya. Los ratitos güenos pa las emperatrices del Coto, y esto pa mí, pa mí solita.

—Pa ti to, ¿sabes? Pero que pa ti to. ¿Tú te enteras?

Clotilde, juzgando oportuno poner término a aquella escena,

que podía despertar la hilaridad entre sus convecinos, cogió brusca y enérgicamente a su hombre por ambas solapas de la chaqueta, y momentos después de haberlo tumbado de un empujón en la cama, desatábale los brodequines, mientras aquél, con los ojos ya casi del todo cerrados, seguía balbuciendo a modo de inaguantable estribillo:

—Pa ti to, ¿sabes? Pero que pa ti to. ¿Tú te enteras?

Remedios, que durante el diálogo anterior no había desplegado sus labios ni apartado sus ojos del semblante del *Tulipa*, díjole a éste con acento dulce y trémulo:

—Siéntese usted, hombre, siéntese usted, y descanse usted una miajita.

—Lo que yo voy a hacer ahora mismito es izar el ancla antes que venga mi comadre, que está esta noche más quemá que un cirio.

—Eso se le pasa ensegua. Siéntese usted, y verá usted cómo se le pasa.

—No, que me tengo que dir, señora.

—¡Pus ni que fuera usted piloto y estuviera tocando el barco la sirena!

Ya estaba casi decidido a sentarse Manuel, cuando vió avanzar por el patio a Clotilde, y adivinando sus belicosos propósitos:

—Vaya, que yo me voy—dijo, y dando media vuelta alejóse rápido y gallardo, mientras aquélla, viéndole alejarse, murmuraba con iracundo acento:

—Yo no sé qué tendrán algunos *gachones*, ni qué santo será el santo a que le rezan pa no emborracharse ni manque se beban un río.

III

—Güeno, guárdalo to pa que no lo vea Manué.

—Ya está to guardao. Pero mire usted que yo no le digo lo de la feria, agüelita.

—Se lo diré yo, y ya verás tú como consiente.

La sala en que tenía lugar esta conversación entre la madre y la sobrina del *Tulipa* estaba modestamente amueblada con un sofá, dos butacas y varios sillones tapizados de cretona; una mesa consola en que un ejército de cachivaches de porcelana y dos mariposeros dorados daban guardia de honor a una Virgen, que parecía naufragar entre un remolino de plata y de terciopelo; varios cuadros en que majos y majas recordaban, en graciosas actitudes, una indumentaria típica y pintoresca, ya en desuso, y un espejo, en cuya

enorme luna veíase todo el que llegaba a mirarse en él como aquejado de una erupción tan imponente como repentina.

Y como en esta verídica narración ha de ocupar lugar de preferencia la *Niña de Terciopelo*—que así, más que por su nombre y más que por el mote con que la designaba Manuel, era conocida en el barrio la sobrina de éste—, conviene repetir a los que nos lean lo que nos hubo de decir con relación a ella, y en contestación a varias de nuestras preguntas, la señora Rosario la *Tripicallera*, una a modo de crónica viviente del barrio, que nos dijo:

—¡Pos si la historia de esa *gachí* es más conocía que la rúa, caballeros! ¡Si sa menester estar difunto pa no saber que a esa niña la parió Dolores la *Repintá*, que era hija de la señá Frasquita y mujer de Antoñico el *Tomatera*, y que la Dolores se murió apenas puso en er mundo su encargo, y que el *bato* endosó la niña a la agüela y se metió en un trasarlántico y hasta hoy, pos entoavía no se ha llegao a saber si encontró una mina en el Perú o si en la travesía le tiraron a la mar pa que se lo comieran los boquerones!

Y ya que están al tanto de la historia de la muchacha, diremos a los que nos leen que en el momento en que sacamos a escena a Carmen acababa ésta de cumplir los dieciocho años, y si bien de algo reducida estatura, era, en cambio, de formas arrogantisimas, de tez bronceada, de enérgicas facciones, de ojos grandes, febriles y apasionados, de cejas negrísimas que, uniéndoseles en el entrecejo, daban a sus ojos algo de viril expresión, y de pelo rizado, abundantísimo y reluciente.

Muchas veces la señora Frasquita, de quien era los pies y las manos la muchacha, cuando su hijo recogíase a la hora en que lo suelen hacer los hombres poco trasnochadores, cosa que ocurría muy de tarde en tarde, y dedicábase a matar el rato charlando con su sobrina; muchas veces, repetimos, la pobre vieja murmuraba suspirando, al par que se recreaban sus ojos en aquel para ella gratísimo panorama: “¡Qué lástima, Señor, qué lástima que tenga ya cuarenta años mi Manué y que le tenga tanta tirria al casamiento!”

Ya se había asomado Carmen al balcón más veces que hojas tenía el más frondoso de los rosales que lo embellecían, cuando...

—¡Ya está ahí Manolo!—exclamó con acento alborozado, dando un brinco y poniendo al descubierto, al brincar, casi del todo la tentadora pantorrilla:

Momentos más tarde penetraba en la casa el *Tulipa*, el cual, después de darle un papirotazo en la nariz a Carmen y de tomarle la cara a la vieja, exclamó, arrojando el rondeño sobre el sofá y quitándose la flamantísima chaqueta:

—¡Camará, y qué diíta! Así me voy queando; como que no hay pelo que resista estas calores—y al decir esto se pasaba sonriente la mano por la incipiente tonsura.

—¿Pos de aónde vienes tú ahora?—preguntóle su madre, contemplándole con cariñosa complacencia.

—De la mar de partes—repúsole aquél, al par que cogía una silla y sentábase en ella cerca del balcón—. Hoy he jechao er día ar negocio, y le he vendío al *Clavicordio* to el fruto de la viña.

—¿Y en cuánto se lo has vendío por fin?

—En cuasi na: en cinco mil y pico de reales.

—No es mucho que digamos, pero no es poco, si es que el tiempo se blande.

—¡Toma, pus por eso he jecho la venta, por no tener que pasarme to er verano mirando toas las noches las estrellas!... Y oye tú, *Moruchita*: ¿tú qué me cuentas, mujer, desde esta mañana?

—¿Qué quíees que te cuente? ¡Como no te cuente el cuento del gato rabón!...

—Mira, Manuel—díjole a éste su madre con acento zalame-ro—: si a ti una niña que tú quieres muchísimo te pidiera un favor, ¿le harías tú el favor a esa niña que tanto quieres?

—Eso sería según y como me pillara el cuerpo.

—¡Di que sí, tonfo, que verás tú como va a ser cosa mu de tu gusto!

—Yo no digo que sí sin saber de lo que se trata.

—Mira—exclamó la *Moruchita*, acercándose a él en actitud resuelta—: la que te tiée que peir el favor es mi presonita, ¿sabes?

—Ya me sospechaba yo que la del favor tenía que ser esa misma presonita que tú dices.

—Pos bien: ya sabes, esa presonita soy yo, y er favor que yo te quiero peir es que me llesves esta noche a lucir el garbo en la feria.

—Ya ves que no es la cosa tan difícil como tú te pensabas—díjole la señora Frasquita.

Manuel, que habíase quedado un tanto meditabundo, repúsole, no con aire muy complacido:

—Pos no se crea usté que es cosita tan mollar. No, señora, que no lo es, porque esta noche estaba yo citao con unos amigos.

—¿Amigos u amigas?—preguntóle con extraña gradación de voz la *Moruchita*.

—No, señora, que no es con ninguna amiga, sino con mi compadre el *Llerena* y con Paco el *Tonelete*.

—¡Ah, ya, con er *Llerena*! Pos entonces no he dicho na, que

allí debes tú pasar mu bien el rato, porque la *Pelirrubia* es la mar de simpática y la mar de graciosa, y no quiero yo que por mo de mí le tengas tú que dar contravapor a tu gusto.

El *Tulipa* contempló a Carmen con los párpados entornados, y exclamó tras brevísimo silencio:

—No es der to esaboría la Remedios; no, señora, que no lo es. Pero yo no estoy citao con el *Llerena* en su casa, sino en ca der *Tonelete*.

—Pero ¿es que tiées que firmar argún protocolo?—preguntóle la vieja con acento contrariado.

—No, señora, no es na de protocolos. Pero, en fin, no se hable más de la cosa, que ahora mismo iré a decirle ar *Tonelete* que no me aguarden esta noche.

—¡No, qué disparate; no fartaba más que tú te sacrificaras por mí, por tan repoquilla cosa!

—Sí, hombre, anda y avísales, y verás qué sorpresa te tenemos prepará pa cuando vuelvas.

—No; que antes coma, que se le va a enfriar la comida.

Cuando media hora después de haber salido a ver al *Tonelete* regresó Manuel a su casa, preguntóle a su madre:

—¿Y la *Moruchita*, por aónde anda? ¿Está dándose entoavía de piedra pómez?

—Sí, señor, de piedra pómez. Pero ya he concluío de darme de piedra pómez—exclamó aquélla, abriendo de par en par las puertas de la alcoba y apareciendo en su umbral, no ya descubierto el pie, no ya con el pelo cayéndole en apretadísima trenza sobre las espaldas, sino luciendo un vestido de cola, de percal finísimo; el cabello recogido en altísimo coco, atravesado en su vértice por una reluciente agujeta; un rico mantón de Manila, blanco y grana, de larguísimos flecos, atersado sobre los hombros y recogido en el arrogante seno juvenil por un puñado de claveles, resplandecientes los magníficos ojos, encendida la tez, los labios preñados de sonrisas y tan gentil y gallarda que, no pudiendo contenerse el *Tulipa* al ver aquella metamorfosis esplendente, exclamó con acento brioso y apasionado:

—¡Por vía e la Malena, y qué requetebonita que eres!

Carmen avanzó, contoneándose y volviendo la cabeza para poderse ver mejor la cola del vestido, y llegado que hubo frente a Manuel, plantóse ante él en picaresca y tentadora actitud, y preguntóle, sonriendo irónicamente:

—Si es que tiées que jacer esta noche con tu compadre er *Llerena* en ca der *Tonelete*, por mí no te sacrificues, que yo iré a la feria con la agüelita.

Manuel la contempló complacido, y subiendo los hombros hasta colocarlos casi a nivel de sus orejas, arqueando hacia adelante el busto, exclamó con aquel timbre de voz con que tantas veces había sabido llegar a lo más profundo y sensible del corazón de muchísimas mujeres:

—Por los *sacaís* charranes de tu carita morena, que esta noche no me cambio yo ni por toíto el Apostolao.

Y momentos después salían de la casa Carmen y Manuel, mientras no sólo ya la señora Frasuquita, sino casi todo el vecindario, asomábase a puertas y a ventanas para ver cómo se recogía la cola por primera vez la *Niña de Terciopelo*.

IV

El real de la feria ocupaba toda la calle de la Trinidad y parte de una de las riberas del río, seco a la sazón, en cuyo cauce destacábanse, mal alumbradas, las cónicas buñolerías, rematadas por vistosas banderolas y vestidas de percalinas de vivos colores y de sábanas orladas de limpiísimos encajes.

En la calle y en la ribera del río, adosados al muro y a los edificios, veíanse, a la luz de numerosos mecheros de gas, las pintarrajeadas casetas donde los vecinos más graves y sesudos evocaban, entre chato y chato de manzanilla, sus más o menos plácidas y remotas mocedades; numerosos arcos llenábanlo todo de viva luz azulada; cabalgaba en los amputados corceles de madera de los tióvivos la infancia trinitaria, al son de una murga capaz de poner el pelo de punta al menos filarmónico de los mortales; amenazaban los balcones desplomarse al peso de tanta buena moza como en ellos lucía su garbo y sus atavíos, y al alegre bullir de la muchedumbre resonaban en sonora confusión risas y voces, músicas y piropos, y coplas populares y acompasados palmoteos.

El *Llerena*, que había decidido honrar aquella noche a su familia con su presencia, en vista de la inesperada ocupación de su compadre, convirtió el portal y el patio de su casa en sala de recepción, y en el momento en que hacemos llegar a él a los que nos leen, ya estaban allí congregados los más íntimos amigos del matrimonio, y a los fulgores de la luz artificial y a los argentados de la luna, que daba cristalinas tonalidades a los verdes pámpanos que cubrían el patio a modo de espléndido dosel, podían verse, entre otras hembras de menos famoso renombre, a Toña *la de los Lunares*, a Enriqueta *la Saladita*, a Pepa *la Mendruguito* y a Dolores *la de Antequera*, de palique con la *Pecosa* y con la dolorida enamorada

de Manuel, y juntos con el *Llerena*, de jácaras y risas, a varios de los de más cartel de los próceres del barrio.

Ya disponíanse los allí reunidos a que saliera a relucir la indispensable guitarra, cuando llegaron Carmen y el *Tulipa*, cuya entrada fue casi un acontecimiento.

—¡Camará, compadre, y lo que se trae usted a la verita!

—¡Josú, María y José, y qué niña más requetegraciosa!

—¡*Chavó*! ¿Aónde ha cogío osté esa ortava maravilla?

—¡Vaya si está que tira de espaldas la *gachí*, Manolo!

Carmen fue casi destefnida a puro beso, y ensordecida a puro requiebro; el camino, desde su casa hasta allí, había sido una carrera triunfal.

—¿Qué le toca a usted ese prodigio?—preguntóle a Manuel, Toño *el de los Garbanzos*.

—¿Esta? Esta es la hija de mi hermana Olores, a la que Dios tenga en su santa gloria.

—Pus por muchos años, *chavó*, y que no la vea yo más, porque voy a tener necesidá de que me sangre el barbero.

Remedios había acogido con una mirada fría y escrutadora a Carmen, mirada a la que ésta correspondió con otra más yerta aún y con una desdeñosa sonrisa.

—Y qué, ¿esta noche no se toca manque no sea más que el almirez en esta casa?—preguntó a poco Manolo, dirigiéndose al *Llerena*.

—Esta noche, como toas, se hará aquí lo que usted mande—repúsole Remedios, mostrándole una silla desocupada junto a la suya.

Algunos instantes después, todas habíanse acomodado a su gusto, cada hembra con su correspondiente caballero al lado, menos la *Moruchita*, que oficiaba de gallardísima divisoria entre Clotilde y su marido.

Remedios sentíase llena de gozo al ver a su lado a Manuel; acostumbrado éste a rendir admiración, de boquilla por lo menos, a toda hembra que estuviera de recibo, exclamó, dirigiéndose a su enamorada, no sin hacer antes firmísimos propósitos de no perder prenda en el amoroso torneo:

—¿Sabe usted, niña, que ca día que pasa está usted más regraciosa, y más barnizá, y con más ange en la cara?

—¿Eso es to lo que ha aprendío usted hoy pa decírmelo esta noche?

—Esas cosas no se aprenden, señora; esas cosas me nacen a mí en el sótano, ¡salero!

Carmen tenía los ojos clavados en Manuel, y cada vez que éste

inclinábase, galán y amartelado, al parecer, hacia la *Pelirrubia*, apoderábase de ella una vaga inquietud, un nervioso desasosiego, y de buena gana hubiérale dicho cuatro verdades a la *Pelirrubia*. ¡Cuidado con el descaro de la mujer! Aquello era una sinvergonzonería, aquello era comerse con los ojos a un hombre; con razón habíánle asegurado a ella que Remedios estaba más loca por su pariente que Joseíto el *Ierezano*.

Ya Juan el *Bomba* había cogido la guitarra y empezaba a templanla con toda la debida prosopopeya, cuando:

—¡El *Cositas*!—exclamó alegremente, al ver asomar a aquél en la puerta, Pepa la *Mendruguito*.

A la exclamación de la muchacha, todos miraron hacia la puerta:

—¡Adelante, adelante!—exclamaron todos casi al unísono; y avanzó aquél, sonriendo, agradecido a la concurrencia; y llegado que hubo adonde todos estaban, dijo, al ver incorporarse a algunos de aquellos próceres de la Trinidad:

—¡Que no se moleste nadie por mí, que yo no me lo merezco!

Manuel y Carmen miraron al recién llegado; el primero no le conocía casi, y la segunda no le había visto en su vida.

El *Cositas* aceptó la silla que le ofreciera el dueño de la casa junto a Carmen, y tras hacer un extraño al ver a ésta, y tras clavar en su semblante sus ojos intensos y acariciadores, díjoles, no sin saludar antes con una amable sonrisa a la *Pecosa*:

—¡Pos si llego yo a saber esto, señora, me traigo un botiquín en la faltriquera!

—Oye tú, *Cositas*: toma eso, que aonde estás tú no pinta na el hijo de mi madre que esté en gloria—exclamó el *Bomba*, alargándole la guitarra.

—¡En güenas manos está, que no son mejores las mías!

—¡Toma ya, guasón; pos no faltaba otra cosa que, estando tú ahí, le diera yo un mal rato a estos señores!

El *Cositas* tomó la guitarra, y a poco mariposeaban sus dedos, ágiles y vertiginosos, sobre el cordaje, arrancando a éste vagas y quejumbrosas armonías.

—¡Vamos, caballeros, una miajita de compostura!—gritó la *Mendruguito*, que no apartaba un punto sus ojos del *Cositas*, al cual tenía hacia muchísimo tiempo metido en el alma tal como era: esbelto y gallardo, algo flacucho y con su carita suave y descolorida, de grandes ojos garzos, de boca de fino dibujo, de labios pálidos y de pelo rubio, lacio y reluciente.

A la voz de la *Mendruguito* enmudecieron todos, menos el *Tulipa*, que decía a la *Pelirrubia* en susurrante acento:

—No tiée usted razón. Yo no vengo aquí catorce veces al día por mo de una señora que tengo yo dentro de mí, y a la que no quiero yo que se le ensucien las bajeras.

Carmen parecía estar como sobre carbones encendidos; aquello era inaguantable. Manuel, engolfado en su, sin duda, sabrosa plática, apenas si se acordaba de ella; en cambio, el *Cositas* parecía que íbase a quedar dormido mirándola.

Resonó la guitarra, maravillosamente tañida por éste.

—¡Que cante la *Mendruguito*!—gritó la *Pecosa*, arrollándose los encajes de la manga para mejor acompañar a aquélla con su rítmico palmoteo.

—¡Sí, sí—gritaron casi todos a la vez—; que cante la *Mendruguito*!

Esta no se hizo rogar, y aprovechando la entrada que le ofreciera el *Cositas*, salió templándose con voz dulce y quejumbrosa.

—¡Mi niña! ¡Olé, mi niña!—gritó el *Manganote*, entusiasmado.

La *Mendruguito* echó hacia atrás la cabeza, entornó los párpados, entreabrió la boca de corales, dejando ver la dentadura de marfil, y cantó con voz cadenciosa:

“¡Ay, qué penita, serrano;
que se te aflojan los deos
cuando te aprieto las manos!
Puée que argún día,
malita hora,
puée que argún día,
vengas a mí arrepentío
de tus malitas partías.”

—¡Viva tu pare, y viva tu mare, y viva la Constitución, salero!—gritó el tío *Marañas*, colocándose delante de la cantadora, procurando resistir en gallarda postura la carga de los ochenta y pico de años que pesaba sobre sus ya casi fosilizadas costillas.

La *Mendruguito* paseó una mirada de triunfo por entre los que la jaleaban, y después fueron a posarse sus ojos en los del *Cositas*, que seguía con los suyos clavados en los de Carmen.

—¡Josú—dijo ésta, ya un tantico amostazada—, pos ni que tuviera yo en el perfil un museo!

—Si la ofende a usted que la mire, ¡pos usted perdone, señora!

Carmen se sintió arrepentida de su brusquedad al oír el tono humilde y sentido del muchacho, y le repuso, sonriente:

—¡Ca, no, señor, es una broma! ¡Pueé usted estarse mirándome hasta que pite er sereno!

—Pos que Dios se lo pague a usted, porque si no hubiera tenía que ponerme un pañolito en los ojos. Por más que ni por ésas: yo ya estoy condenao a estar viendo siempre esa carita gitana.

—¿Y eso?...—preguntóle Carmen, mirándole con interrogadora expresión.

—¡Toma!—repúsole el *Cositas*, encogiéndose de hombros—, porque yo ya la tengo a usted pa siempre dentro de mí como un ramito de flores.

V

Cuando salieron de casa del *Llerena*, tanto el *Tulipa* como la *Niña de Terciopelo* llevaban caras de pocos amigos; a Manuel no habíale sabido bien del todo la actitud risueña y comunicativa adoptada a última hora por la *Morucha* para con el *Cositas*; a Carmen habíale llenado de indignación la adoptada por él desde un principio con la hermana de la *Pecosa*.

—¡*Chavó*—exclamó Carmen tras algunos instantes de silencio—, yo no sé por qué se venderá tan cara la vergüenza en este barrio!

—¿Y eso por qué lo dices tú, *Moruchita*?

—Pos lo digo porque yo no he visto en mi vía lo que he visto en él esta noche.

—Pero ¿qué ha sido lo que en él han visto esos dos *tunelas* que Dios te puso en la cara?

—Pos he visto a una mujer peírle a un hombre que la quiera como quien pide er Santolío.

—¡Vamos, niña, que eso es que tú lo has ensoñado tan y mientras te estaba marnetizando el *Cositas*! Y a propósito del *Cositas*: ¿qué es lo que te parece a ti el *Cositas*?

—¡Qué me ha de parecer! Que es un muchacho mu simpático y que toca muy requetebién la guitarra.

El *Tulipa* calló; no le convenía seguir por aquel camino. Hacía ya mucho tiempo que venía él notando en Carmen algo que, si bien acariciaba su vanidad, llenábalo también de hondísimas preocupaciones.

Al pasar por una de las a modo de índicas pagodas situadas en el cauce del río, díjole a Manuel, sujetándole dulcemente por un brazo, una gitanilla adornada de modo típico y pintoresco:

—¡Por los *sacais* de tu carita morena, salao, que entres en mi ermitica y que cates mis buñuelos!

—¡Vamos, déjanos pasar, *Caramelito*!

—Quita y no seas tú nunca guasón, ¡güen mozo!

—No, mujer; si es que a nosotros se nos agría la masa frita.

—Por eso no lo hagas tú, que tenemos nosotras un aguardiente que cura jasta la cangrena. Vamos, hombre, entra ya y no seas roñoso. ¿No estás viendo que a tu mujer se les están jaciendo *tarpes* los *piños* por catar los de mis sartenes?

Carmen y el *Tulipa* sonrieron; en las mejillas de aquélla parecía pronta a saltar la sangre.

—Esta niña no es mi mujer, *Caramelito*.

—Pus peor pa dambos, poique ni tú podrías encontrar *gachí* más requetegraciosa ni ella mocito más juncal ni más pinturero.

—¡Díos te lo pague, mujer; y vamos pa allá, que me has jurgao en er corazón!

—Gracias a un *divé*, salao; que ganarte a ti es más dificutoso que tomar una trinchera.

Y *Caramelito* se apresuró a conducir triunfante su presa al interior de la ahumada buñolería.

* * *

Dado que hubieron fin a la buñolada con el más prosaico apetito del mundo, salieron tío y sobrina de la tienda, coreados por los requiebros del alegre bandurrio de gitanas, y cuando llegaron a su casa, díjole la señora Frasquita a Carmen, no sin haber cambiado con ella previamente una rociada de besos:

—Vamos a ver: ¿cómo se ha portao contigo esta noche tu caballero?

—¡Superior; pero que superiorísimamente!

Aquella noche se durmieron muy tarde Carmen y la señora Frasquita. Cuando aquélla se hubo desnudado, fuese a la cama de su abuela, situada casi junto a la suya, sentóse a sus pies, con las rodillas casi debajo de la barba, y luciendo a la medrosa luz de una mariposa el principio del aterciopelado seno y los brazos redondos, oscurecidos por un vello suavísimo, exclamó, contestando a una pregunta que su abuela acababa de hacerle:

—¡Calle usted, agüelita, calle usted! No puée usted figurarse cómo está la *Pelirrubia* por Manolo. Está loca, ¡pero que loca de remate!

—Eso dice toíto er mundo.

—¡Pos es natural! ¡Como que ella lo pregona como quien pregon a jureles!

—¿Y qué ha sío eso der *Cositas* con que te ha venío embromando Manué?

—Pos na, que como Manué, al llegar a la casa, me sortó como quien suerta un paquete, y al llegar el *Cositas* la única que no tenía un hombre a la vera era yo..., pos, naturalmente, pegó la hebra conmigo.

—Pos no es esaborío der to ese chavalete.

—¿Le conoce usté, agüelita?

—¡Ya lo creo que le conozco!

—Y no es feo der to. ¿Verdá que no es feo?

—¡Qué ha de ser feo! Y además de no ser feo, que tiée muchísimo ángel y muchísimo rocío.

Cuando Carmen, después de contarle a la señora Frasquita todos los detalles del paseo, se metió en su cama y empezó a sentir ungidos sus párpados por el sueño, dos figuras albergáronse en su imaginación: la de Manuel, que llenábasela casi toda con sus viriles arrogancias, y la del *Cositas*, que, casi perdido en una misteriosa penumbra, repetíale con voz dulce y querellosa:

—¡Yo ya la tengo a usté pa siempre, pero que pa siempre, dentro de mí como un ramito de flores!

VI

Cuando Manuel y Carmen se fueron de casa del *Llerena*, dijo el *Betunes*, con ponderativo acento:

—La verdá es que está la chavala que embiste de rebonita.

—Pos a mí me parece—exclamó la *Mendruguito*—que esa niña está pidiendo a voces una mano de albayalde y tres palmos más de estatura.

—¡Pos pía usté algo, *chavó!* ¿Por qué no píe usté que la bañen en zargatona?—dijo zumbonamente el *Cositas*.

—Hombre, yo creo que no he peío na fuera de su lugar; pero si es que a usté le ha dolío, pos usté disimule, caballero.

—¿Y quién te mete a ti en camisa de once varas?—díjole a la *Mendruguito* su madre, mirándola de modo capaz de intimidar a un centinela.

—Vamos, que yo con lo que he dicho no le he cuarteao a nadie un tabique; que eso será que le habrá cogío al *Cositas* el cuerpo de mala postura.

—Eso será; que le habrá cogío en mala postura el cuerpo—repetió zumbonamente Antoñito el *Madroñera*.

El *Cositas*, que habíase puesto pálido, acercóse a aquél y le preguntó con acento trémulo:

—¿Usted también es de los que creen que me ha cogió el cuerpo en mala postura?

El *Madroñero* adivinó un enganche inmediato en los ojos del *Cositas*, pero como no era hombre a quien se le cortara fácilmente el resuello, le repuso en tono de queda:

—Hombre, yo no creo más que en Dios y que en su Santísima Madre.

—¡Vamos, caballeros, esto ya se arremató!—dijo el *Llerena*, llevándose a otro de los extremos del patio al *Cositas*.

Cuando éste llegó a su casa aquella noche, preguntóle su hermana, al verle más taciturno que de costumbre:

—¿Qué te pasa a ti esta noche, niño, que parece que has tenío que hipotecar una finca?

—¡Cállate, mujer; tú no sabes! Es que esta noche me he trompezao en ca del *Llerena* con una *gachí* que me ha quitao toítas las tapaeras der sentío.

—¿Y quién ha sío ésa que se ha cargao contigo tan remalita faena?

—Una pariente de un tal Manuel el *Tulipa*.

—¡Ah, pues a ésa la debe conocer madre mucho, porque conoce muchísimo a su abuela!

El *Cositas* apenas si pudo conciliar el sueño durante toda la noche, y apenas hubo vuelto Dios a echar sus luces sobre la tierra, arrojóse nuestro héroe de la cama y, entreabriendo la puerta de su cuarto, asomóse al corredor y dejó escapar un prolongado silbido.

—¡Pos no has madrugao tú mucho, niño!—exclamó, abriendo la puerta con el abdomen y penetrando en la sala, la señora Malena la *Quejumbrosa*.

—Como que no he dormío cuasi, y ojito de la cara hubiera dao yo porque hoy amaneciera más temprano.

—¿Y eso por qué?

—Porque estaba rabiando por echar con usted un ratico de pалиque.

La señora Malena, que ya tenía noticias por Rosario de la impresión que causara en el corazón de su hijo la agitanada hermosura de Carmen, díjole, después de haber contestado a sus inacabables preguntas:

—¡Vaya, hombre, vaya! ¡Quién pensara que te diba a meter a ti en el casillero la sobrina del *Tulipa*!

—¡Calle usted, madre, que esa *gachí* debe ser toa liría y toa goma laca! ¡Como que desde que la vi la tengo der to, pero que der to, pegaíta a mi pensamiento!

Una hora después salía el *Cositas* de su casa poniendo cátedra de limpio y de pinturero con un traje de algo achulado corte, pa-vero gris, cuello bajo de piqué, sujeto por un pasador de oro, y pulidos brodequines.

—¿Vas de boda?—preguntóle al verle pasar por delante de su barbería el *Pollo de la Sultana*.

Detúvose el *Cositas* junto al *Pollo* y le dijo, al par que se ponía de un choclazo en la coronilla el sombrero:

—Voy a ver si consigo jacerle *catite* el corazón a la *gachí* más regraciosa y más rebonita que cimbra el talle desde aquí jasta el Torcal de Antequera.

—Pos pa eso sa menester que yo te dé una miajita de pomá de rosa en er pelo.

—Pos más vivo—exclamó el *Cositas*—; que hoy quisiera yo ser, como dice la copla:

“... Un *gachó*
más reduce que un panal
y más rumbo que er sol
y más rico que la mar.”

VII

Cuando el *Tulipa* se sentó a la mesa en unión de su madre y de su sobrina, díjole a ésta en tono de cariñoso reproche:

—¿Sabe tú, nena, que va a ser menester lucirte a ti más menos que se luce un relicario?

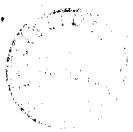
—¿Y eso por qué?—preguntóle la vieja, a la vez que Carmen hacía un gesto de asombro.

Manuel apuró una copa de amontillado, y después de secarse pulcramente la boca con una blanquísima servilleta, repuso, encarándose con la muchacha:

—Porque eres una ruina, *chavó*; porque la otra noche por poquito si por mo de ti se arma la de Dios es Cristo en ca de mi compadre, entre el *Cositas* y Antofico el *Madroñera*.

—Pero ¿eso cómo? ¿Y por qué?—preguntóle algo inquieta la muchacha.

—Pus porque, según me han contaó, cuando nosotros nos vini-mos, la *Mendruguito*, que estaba *chingatta* de muerte porque el *Cositas* se había amartelao contigo, al ver que te piropeaba el *Betunes*, encomenzó a blanquearte el perfil y a aumentarte la estatura.



—¡Qué lástima, hombre, qué lástima! ¡Como ella es tan regraciosa! ¡Pos si tiée una nariz que es un sacatapón y dos *pinreles* que son dos tronchos de coles!

—Pos bien: a pesar de to eso, empezó a peir que te echaran tapas y medias suelas; y el *Cositas*, a quien sin duda no le supo la cosa a merengue, le sortó una chufia, y Antofónico el *Madroñera*, al que le gusta la *Mendruguito* más que un flan, le sortó al *Cositas* otra chufia; y er *Cositas*, que, según parece, tiée pórpora en la sangre, se fué pa el otro con las de Caín, y total, que si no se armó fué porque mi compadre, que es un vivo, metió el capote y le quitó el bicho al *Madroñera*.

Carmen, que había escuchado a Manuel, disimulando su complacencia, exclamó como si se sintiera profundamente contrariada:

—Pus por la salú mía que lo siento; pero ¿quién le manda ser tan desigente a Pepa la *Mendruguito*?

Media hora más tarde, cuando ya entreteníase en acicalarse el *Tulipa* en su cuarto, penetró en él su madre y díjole, sentándose en el borde de la cama:

—Vengo a que platiquemos de una cosa mu formal tan y mientras está la niña en el patio regando las macetas.

—¿Y qué cosa es ésa de que tenemos que platicar nosotros?

—Pos de la niña es de quien yo quiero que platiquemos.

—¿Y qué le pasa a la niña? ¿Es que se le está cayendo el dorao?

—No, señó; sino que, según parece, al *Cositas* le ha entrao el querer por tos sus poros, y desde la noche en que vió a la niña en ca del *Llerena*, no se asepara de este aguaero ni pa vestirse de limpio.

—¿Y qué dice a eso la *Moruchita*?

—Ella, pos na. Pos si ni se acuerda cuasi en to el día de que el *gachó* está patrullando en la calle más que en las carreteras los civiles.

—Pos mejor; ya se cansará y agüecará el ala ese mozo.

—¡Ca! ¡Cansarse! Y no te creas tú que el mocito es de los que se duermen, que a estas horas tiée Carmen ya en su poder una carta mu requetebién escrita, en la que le pée jasta por la Virgen de la Pena que le premita platicar manque no sea más que un minuto, con ella, por la ventana.

—¿Y ella qué le ha respondió?—preguntóle Manuel a su madre con inquieta expresión.

—Pos ella no le ha contestao na entoavía, porque no ha querío hacer na sin que tú le refrendes el pasaporte.

—¡Ah, ya!—exclamó Manuel, respirando a pleno pulmón.

—Pos sí, señor, eso es lo que hay—continuó la vieja, clavando sus ojos en los de su hijo—. Y como la cosa, si no es una cuenta en el Banco, tampoco es un puñado de higos brevaes, y el *Cositas* parece que le tiée voluntá, y además la mujer que se case con él no tendría que ayunar más que en vigilia...

—Pero qué priesa que le ha entrao a usté de pronto por casar a la *Moruchita*.

—Es que la *Moruchita* es ya una mujer hecha y derecha, y además lo que se llama una mujer de su casa, porque lo mismo te borra que te cose, que te plancha, que te barre, que te friega y que te espuma el puchero.

—Si yo no digo que no sea asín; si lo que yo digo es que eso de casarse no es puñalá de pícaro, ni muchísimo menos.

—Es que yo ya estoy mu vieja, Manué, y que el día menos pensao toco la corneta y me voy al otro barrio. Y er día que eso pase, ¿me quíees decir tú qué va a ser de la *Moruchita*?

—¿Pos qué va a ser de ella sino lo que sea de mí?—exclamó Manuel en tono de ardentísima protesta.

—No me has entendío; eso que tú dices me lo sé yo a clavito pasao; pero es que sa menester que te fijas en que tú no tiées más que cuarenta años y en que la *Moruchita* tiée ya dieciocho, y que si sus quedarais solos, pos la gente echaría el juicio a volar y...

—Sí..., eso sí—dijo el *Tulipa* interrumpiendo bruscamente a su madre—; es verdá to eso que usté dice. Pero—continuó tras algunos instantes de meditación—si eso pasara, que Dios no quiera que pase, ya veríamos de arreglar la cosa, porque con mandar a la *Moruchita* a vivir con su prima Mercedes, pos na, se acabaron las habladurías.

—Pus pa eso muchísimo mejor es que se case, si es que encuentra un hombre que le ponga dulce el paladar a la muchacha.

Manuel quedó silencioso; la idea de perder la *Moruchita* le espoleaba el corazón, pero también le asustaba pensar en otras cosas. Para él no era un secreto el propósito que misteriosa y casi inconscientemente acariciaba su madre, como tampoco lo era la inclinación que por él empezaba a sentir la *Morucha*; pero la *Morucha* era un amanecer, y él, en cambio, estaba ya entre dos luces, y cuando ella estuviera en todo el esplendor de hermosura, él estaría ya llorando y gimiendo por sus pasadas gallardías.

—Vamos, hombre—díjole su madre interrumpiendo sus cavilaciones—, ¿qué te parece a ti lo que yo te digo?

—Pos na, que tiée usté muchísima razón en toíto lo que dice—repúsole Manuel con sordo, con irritado acento.

—¿Entonces no te parece a ti mal que se le ponga el visto bueno a las pretensiones del *Cositas*?

Tornó a quedar silencioso Manuel; dolíale mucho poner aquel visto bueno; oponíase tenazmente a que lo hiciera algo que se le debatía aún sin contornos y aún sin relieves precisos en el corazón; pero como no era cosa de dar la llamada por respuesta:

—Pos bien—dijo, por fin, con voz sombría—: ¡se le pondrá el visto bueno!

—Y oye tú: ¿si el muchacho apretara y quisiera casarse pronto?

—Pos si el muchacho apretara y quisiera casarse pronto..., pos na..., se le encarga que avise con tiempo pa que se le puea dar bien de barniz a la camita camera.

Y esto lo dijo Manuel como si estuviera apuñalándose el corazón con sus palabras; y todavía no había acabado de decirlo, cuando le hizo volver el rostro, lleno de inquietud y de zozobra, un sordo ruido que acababa de resonar tras la entornada puerta, algo semejante a un sollozo estrangulado al nacer por una voluntad poderosa, por una voluntad firmísima, por una voluntad de acero.

VIII

El *Cositas* sentíase ebrio de alegría desde que recibiera la carta de Carmen; y cuando llegó ante la ventana, cuando vió brillar los ojos negros de aquélla entre los verdes matujos y las cárdenas campanillas de las enredaderas; cuando la divisó con la tez encendida, el pelo graciosamente recogido, contorneando el seno arrogante y juvenil por un pañuelo de crespón, cuyos flecos fingían hilos de sangre sobre el blanquísimo delantal; cuando llegó frente a la que en tan pocos días había hecho dueña absoluta de todo su ser, una turbación extraña se apoderó de su corazón, y

—Güenas noches—murmuró trémulo y balbuciente.

—Güenas noches—repúsole Carmen con voz en que la burla parecía haber encontrado su más cadencioso refugio.

Cuando una hora después húbose alejado el *Cositas*, quedóse Carmen en la ventana abismada en profundas meditaciones: el *Cositas* no le era más que simpático; a su lado no sentía ella aquel languidecer dulcísimo, aquel aflojamiento de coyunturas, aquel arder de la sangre que sentía cada vez que Manuel posaba en ella su mirada llena de voluptuosidades y cansancios; pero Manuel había-le dado a beber hieles aquella mañana al ponerle el visto bueno a las pretensiones del *Cositas*, y esto no se lo perdonaría ella nunca, aunque bien sabía que aquello habíalo hecho él pisándose las en-

trañas, porque a clavito pasado ella sabía que Manolo peleaba desesperadamente por no dar a torcer su brazo, y jamás se le borraba a ella de la imaginación la cara pálida, el mirar de fiera sedienta y suplicante con que la contemplara una vez en que, protegido por la casualidad, hubo de sorprenderla desnudos algunos de sus virginales hechizos, expresión que no pasó para ella inadvertida, no obstante las hondísimas turbaciones del momento.

Aquella noche, al bajar a la ventana, dolíale todavía el corazón acordándose de la no vencida entereza de su pariente, y en vano la envolvió el *Cositas* en una ola de requiebros y arrullos vehementísimos y apasionados; ella, a su conjuro, sentíase no conmovida y sí solamente acariciada en su vanidad; y cuando aquél, rendido y querelloso, suplicábale una frase decisiva que le llenara el corazón de hojas y flores, respondíale ella con acento frío y desmayado:

—Hombre, no sea usted súpito, que no se ganó Zamora en una hora.

Cuando se alejó el *Cositas* quedóse ella en la ventana—repetimos—con la cabeza apoyada en los cristales; la luz del cercano mechero dábale misteriosa tonalidad a sus ojos ardientes y soñadores.

Poco a poco fué quedando la calle desierta y silenciosa; vecinas y vecinos empezaron a retirarse a sus respectivas viviendas; el señor Juan el *Cerote* dormitaba en el umbral de su casa, acariciando sobre sus rodillas un perrillo de pelo rizado y ojos lacrimosos; Candelaria la *Carambuco* despedíase en la puerta de la suya de *Tovaló el Naita*; el sereno, que había colocado el farol en el suelo, departía amigablemente, apoyándose en el chuzo, con el tendero de la esquina.

Dieron las doce en el reloj de la cercana iglesia y arrancó el sereno a su silbato una a modo de lúgubre y prolongadísima lamentación.

Ya se disponía Carmen a subir a despertar a su abuela, cuando un hombre se detuvo delante de la ventana diciendo:

—¿No hay aquí un alma caritativa que le dé lo que le jace falta a un pobre desamparao?

Carmen reconoció al punto a Manuel, y:

—Usted perdone, hermanito—repúsole sonriendo llena de jovialidad—; pero to lo que tenía se lo he dao a otro probe que también lo necesitaba.

Manuel quedóse un tantico desconcertado; habíase creído encontrar a la *Moruchita* llena de rabia y de pena, y al notar la placidez de su rostro y el timbre risueño de su voz:

—Pos entonces ábreme la puerta—le dijo con acento desabrido.

—¿Y cómo es eso de que tú te recojas a la hora en que se recogen los palomos? ¿Es que no has estao esta noche en ca del *Llerena*?

—Sí que he estao en ca del *Llerena*; por cierto que estamos convidados a dir mañana con ellos a dar un paseo al lagarillo del *Ventolina*.

—¡Pos iremos! Digo, si es que tú quieres llevarme.

—¿Y qué va a decir el *Cositas* si viene y se encuentra sin su tesoro?

—Ya le mandaré yo un recaó al *Cositas*.

Manuel penetró en la casa y empezó a subir las escaleras detrás de la *Morucha*, que le precedía con el velón en la mano; seguía la contemplando con voluptuoso deleite su cuerpo gallardo y elástico, la curva de su cadera, redonda y fuerte; los remolinos de pelo que se le rizaban sobre la nuca, y contemplando aquellos encantos empezó a sentir cómo su sangre golpeábale en las sienes con acelerado ritmo... Sintió como si una mano invisible y poderosa le empujara hacia Carmen para que besara aquellos rizos lucientes que se le arremolinaban sobre el cuello..., aquellos hombros de espléndida curvatura...

—¿Qué te pasa?—preguntóle aquélla, volviéndose de pronto, como si hubiera creído sentir tras ella el jaderar de una fiera embravecida.

—¡Na! ¿Qué quíees que me pase? Na me pasa—repúsole Manuel, imponiéndose de modo brioso a sus sentidos exaltados.

Carmen, que habíase puesto pálida, siguió escaleras arriba, lenta, muy lentamente, mientras aquél murmuraba con acento ronco y reconcentrado:

“Pos, señor, me está dando el corazón que me va a venir larga, mu larga, pero que mu larga, la *Niña de Terciopelo*.”

IX

La tarde era un derroche de luz; lucían el horizonte su azul más intenso; el ambiente, su más límpida transparencia; el campo, sus más bellos matices.

Casi todos nuestros conocidos discurrían, unos alegres y decidores, y otros tristes y malhumorados, por una de las pintorescas cañadas del lagar del *Ventolina*, que destacase sobre una cumbre, blanco y riente, entre sombrosas acacias y copudos algarrobos.

Carmen, vestida con una falda de coco, tan dúctil que delataba la redondez de su pierna escultural; una chaquetilla blanca adornada de amplísimos encajes; terciado al hombro, a guisa de capote de paseo, un pañuelo de crespón finísimo; casi del todo cubierto de flores silvestres el pelo, que se le emancipaba indomable de las doradas horquillas y de las vistosas agujetas; de pie sobre una roca en uno de los más peligrosos declives, llamaba en su ayuda al *Cositas*, que trepaba hacia ella con agilidad de acróbata.

Clotilde y el *Llerena*, en recatada actitud ella, y él como si pretendiera tomar posesión de la finca toda con sus cuatro extremidades, descansaban al sombroso amparo de unos almendros, mientras la *Pelirrubia* asediaba incansable con sus intencionados decires a Manuel, que entreteníase en puntear en la guitarra unas melancólicas soleares, sin tener ojos más que para espiar a la *Moruchita*, ni cejas más que para fruncirlas cada vez que aquélla tenía una frase amable o una amable sonrisa para su gentil enamorado.

—Pero ¿se puée saber qué es lo que a usté le pasa esta tarde? —preguntóle la *Pelirrubia*, ya sentida de lo inútil de sus amantísimas provocaciones.

Manuel se hizo el sordo; era aquélla la centésima vez que le preguntaba lo mismo. Remedios no insistió, mordiéndose los labios y se alejó de él casi con las lágrimas en los ojos.

—¿Qué es eso? ¿Se ha desazonao usté con Manuel? —preguntóle el *Cositas*, que acababa de dejar en sitio seguro a Carmen.

—¿Yo? ¡Ca! Yo no me desazono con nadie; es que Manuel está hoy mu malito, y es que debe haberle picao la tarántula, y como yo no soy el médico de su gusto..., pos velay usté.

Y al decir esto la *Pelirrubia*, se posaron sus ojos celosos y amenazadores en los de la *Moruchita*.

—¡Pos me parece a mí—dijo ésta—que el mejor médico de Manué lo tiée usté metío entre sus párpados, señora!

—Me da a mí el corazón que no; que usté es la que tiée en su mano la medicina y los dutores.

—¡Ah, pos si es como usté dice voy correndito a ponerlo en cura!

Y dicho esto, salió disparada hacia donde el *Tulipa* seguía tocando soleares; llegó junto a él, dejóse caer a su lado jadeante, y díjole con voz entrecortada por la fatiga:

—Oye, tú, ¿qué te pasa a ti hoy, que dice la *Pelirrubia* que estás la mar de malito?

Manuel clavó sus ojos negros, llenos de pesadumbres y reproches, en los de la *Moruchita*.

—Remedios está en el limbo, como los niños llorones—le repuso, sonriendo amargamente.

Carmen le miró con interrogadora fijeza, y

—Vamos, dime lo que tiées y no seas tú nunca tonto perdío—díjole con voz dulce y hondísima, al par que dejaba que se le asomara la verdad, la apasionada verdad, a los hermosísimos ojos.

Manuel la contempló como si quisiera beber con los suyos toda la ardiente ternura de los de la *Moruchita*, y sus manos quedáronse como dormidas sobre el cordaje de la guitarra.

—¿No es verdá que parecen mismamente dos enamoraos?—preguntóle al *Cositas* la *Pelirrubia*, con acento incisivo.

Estremecióse el *Cositas*; tenía razón la *Pelirrubia*: Carmen y su pariente parecían dos enamorados.

—Pos es verdá—dijo pretendiendo en vano sonreír—; mismamente parecen lo que usté dice.

—El que quiera merendar, que se venga con nosotros—gritó en aquel momento Clotilde, que empezaba a sacar de una cesta lo suficiente para que pudieran todos satisfacer su apetito.

La merienda fué silenciosa; sólo el *Llerena* y Clotilde demostraron una vez más su amor a la *gandalla*. El *Cositas*, que habíase tornado sombrío, amenazaba con dejarlos a todos sin catar el contenido de la bota.

—Hombre, tome usté resuello—díjole Manuel—; que si sigue usté así, vamos a tener que llevámo-lo a usté tendío en unas parihuelas.

Revolvióse iracundo el *Cositas*, y

—¿Es que quíee usté también pa usté hasta el solera, compadre?—preguntóle con agresivo acento.

Manuel le miró como sorprendido, y

—Por mí, puée usté beber hasta que a San Juan le dé hipo—repuso, encogiéndose de hombros.

Cuando la merienda hubo terminado:

—Ahora, pa desengrasar—dijo el *Llerena*—, vamos a que toque el *Cositas* y a que Carmen se cante unas murcianas, que se las canta que ni la *Niña de los Claveles*.

—¿Y quién le ha dicho a usté que yo canto?

—Vamos, coja usté ya la guitarra—dijo la *Pecosa* al *Cositas*.

—Este, que apenas si podía guardar del todo el equilibrio, y que se había dedicado a mirar de modo casi trágico, ora a Manuel, ora a Carmen, cogió la guitarra y balbució al par que daba comienzo a temprarla de modo habilísimo, como siempre:

—Güeno, tocaré; pero con la condición de que cante la *Niña de Terciopelo*.

—Usté disimule; pero no puée ser eso—repúsole ésta con acento desdeñoso.

—¡Vamos, mujer, una copla tan siquiera! Sea usté complaciente—díjole con sorna la *Pelirrubia*.

—¡Verán ustés como canta!—exclamó el *Cositas*; y dirigiéndose a Manuel, continuó—: Usté, que to lo puée con la *Niña*, píale usté que cante, hombre; píaselo usté, que seguramente lo hará si es usté el que se lo píe.

Manuel se encogió de hombros, y:

—Güeno, se lo peiré, pa que por mí no quede—dijo—; pero me parece a mí que nanai, que manque se lo pía yo no canta tampoco, ¿verdá que no, *Moruchita*?

Esta arrojó sobre su pariente una mirada que, a haberla puesto en el tocador, hubiera hecho perder a éste el punteado, y aprovechando la primera entrada que éste le ofreciera, cantó:

“Dambos el uno del otro
tenemos que ser, serrano;
ni que tiremos pa arriba,
ni que tiremos pa abajo.”

No obstante lo maravillosamente que fue cantada la copla, no correspondió el éxito al mérito de la cantadora.

Manuel sentíase ebrio de orgullo y correspondía a las miradas de la *Niña* con las *suyas*, ya rudas y descaradamente apasionadas.

El *Cositas* tenía cara de muerto; sus manos se crispaban sobre el mástil arrancando a las cuerdas notas ásperas y chillonas, y levantándose lentamente, se acercó también lentamente a la *Moruchita* y díjole con voz en que parecía vibrar una amenaza de muerte:

—Ahora otra copla por mí, ¿sabe usté? Por mí y pa mí. ¡Pero que pa mí solito!

—¿Yo? ¡Ca, no, señó! Yo no canto ya más ni manque me lo pía usté vestío de Nazareno.

Algo brutal, algo terrible resbaló por los ojos del tocador, que, embriagado por el vino y por los celos que se le retorcían como serpientes en el corazón, como arrebatado por una ráfaga de locura, avanzó, lívido y descompuesto, hacia Carmen, enarbolando a guisa de martillo la reluciente guitarra.

—¿Qué es eso?—rugió el *Tulipa*.

Y momentos después caía rodando el *Cositas* en el arroyo, no sin que la precediera, hecha pedazos, la guitarra, en cuyo mástil hacía ondular la brisa de la tarde la moña de raso orlada de múltiples cintas de vistosísimos colores.

X

Abrió Carmen el balcón de par en par y penetró por él en la estancia una ola de vida; el sol llegó victorioso hasta el lecho en que yacía Manuel pálido, demacrado, con la barba casi del todo crecida y en actitud melancólica y pensadora.

Manuel parpadeó medrosamente al sentir heridos sus ojos por el radiante resplandor del día, y pareció percibir como embebecido los rumores de la calle, el chillar de los chiquillos, el pregonar de los vendedores ambulantes y el charlar de los vecinos, y posando sus ojos hundidos y melancólicos en la *Moruchita*, que le contemplaba a su vez con inefable ternura, exclamó con voz débil:

—Gracias a un *divé*, niña, que me ha güerto a dar el sol en la cara.

—Pos aprovecha, porque en cuantito pase un rato ya estoy yo cerrando el balcón; que aquí ahora no es nadie más que el médico el que manda.

—Hijo, tu compadre, que acaba de pasar por la puerta, dice que va a llegarse a la esquina y que vendrá juyendito—dijo en aquel momento, penetrando en la sala, la señora Frasquita.

—Ese es de los amigos de *chipé*, de los de oro de ley.

—Mira, Manué, que no te conviene tanto sol, porque con tantísimo sol se ve to lo feísimo que te has quedao.

—Pos a pesar de lo feo que me he quedao, no me fartará quien me quiera, ¿verdá, *Moruchita*?

—¡Y qué sé yo! Por más que ahora caigo en que tú dirás eso por la *Pelirrubia*.

Manuel hizo un gesto de hastío, y:

—Déjame a mí de pelirrubias, que bastante tengo yo ya con mi pelinegra, serrana.

Carmen le contempló pensativa; parecíale un sueño lo ocurrido, un sueño abrumador y terrible, una trágica pesadilla de treinta días mortales, y temblaba al recordar la noche aquella en que llevarán ensangrentado a Manuel a la casa, víctima de la venganza del *Cositas*, de aquel *Cositas* que de modo tan poco valeroso habíale asestado a su rival tan tremenda puñalada.

Carmen no había vivido durante aquellos días de horribles temores, abrumada por el arrepentimiento al reconocerse causa de aquella casi traición de su rencoroso enamorado, sin que hubiera conseguido serenar un punto su espíritu hasta la noche aquella en que al enjugar el copioso sudor de la frente al herido, éste, lívido y delirante, entreabrió penosamente los ojos, púsolos en ella con aterradora inconsciencia, y después, como si de pronto iluminara su cerebro un chispazo de luz, llenóse de lucidez su mirada, y procurando en vano sonreír, díjole con voz doliente y suplicante:

—Si no quieres que me muera, dame un beso, *Moruchita*.

Carmen gozaba recordando cómo bebiera las palabras del herido; cómo, en el alma agonizándole de amor, acercó su semblante al de aquél hasta soldar casi sus labios a los suyos, y cómo le preguntó con acento empapado en lágrimas y estallante de pena:

—¿Me perdonas, Manuel? ¿Es verdá que tú me perdonas?

Desde aquella noche habíase iniciado la mejoría en el paciente, el que en el momento en que lo volvemos a sacar a relucir veíalo todo como si su ser acabara de resurgir de nuevo a la vida.

—¿Te sientes bien der to, hijo mío?—preguntóle su madre, al par que le arreglaba las almohadas.

—Mejor que nunca; lo que me pasa es que me parece que yo ya no soy el mismo que era; que me ha vuelto al revés la puñalá del *Cositas*. Y oye tú, a propósito, ¿es verdá que se ha díó ar moro el *Cositas*?

—¡Eso dicen!

—Pos me alegro; asín puée ser que argún día me lo trompierce yo cara a cara.

Y al decir esto le brillaron a Manuel los ojos rencorosos y sombríos, y sus dedos se crisparon sobre la blanca cobertura.

En tanto que madre e hijo hablaban, habíase dedicado la *Moruchita* a trasladar al balcón algunas macetas de geranios y claveles, y colocádolas que hubo, dirigióse al *Tulipa*, diciéndole al par que le sonreía llena de gozo:

—Ya ves que te estoy poniendo la sala mismamente como si fuera una jaula de rui señores.

—Otra cosa, y no macetas, es lo que yo necesito.

—¿Y qué cosa es esa?—preguntóle su madre con maliciosa expresión.

Manuel quedóse mirando como tonto a la *Moruchita*, y:

—Pos lo que yo necesito es un bársamo que me tiée que dar la *Moruchita* en su mismísima boca granate endispués de que nos diga lo que le dé la repotente gana de decirnos el cura de la parroquia.

Carmen se puso encendida, y para ocultar sus emociones se dirigió al balcón, echóse de pecho sobre el barandal, y dejó escapar un suspiro, que ahogó, con su voz quejumbrosa y de gratísimo timbre, *Pipiricuando* el florero, que, parado en una de las esquinas, al brazo una enorme cesta de flores de tonos vivísimos, y con la mano a modo de tornavoz en un carrillo, canturreaba:

“Niñas bonitas, niñas serranas,
yo traigo flores tempranas
pajizas y carmesíes;
yo traigo las rosas finas,
claveles y clavellinas
y ramitos de alelís.”

(EL CUENTO SEMANAL. *Madrid*, 2-VIII-1907.)

EN LA CAMA Y EN LA CARCEL...

No era el convencimiento que tenía Curro de que aquella pícara enfermedad concluiría por llevárselo en la tertulia al camposanto, lo que le causaba más pena. Su pena más profunda causábasela su pensamiento, que le decía:

—Ya puedes despedirte, medio cojo, medio manco, medio ciego y medio paralítico de todito cuanto era tu gusto y tu recreo. Dile ya adiós para siempre a tus tan jaleadas gallardías, a los ímpetus belicosos de tu carácter, a la banca donde pagaban sin regateos la habilidad suprema de tus manos; a las hembras de tronío que al verte pasar entornaban graciosa y maliciosamente el párpado y decíanse las unas a las otras con ponderativas expresiones:

—Valiente vivo va por ahí. ¡Aónde caiga ese aguacero!

Muchos días llevaba en cama y pocos, bien pocos, amigos habían ido a darle un apretón de manos; esto demostrábale al pobre Curro el *Cachete* que su dolencia debía de ser de las que concluyen por pedir a voz en grito los auxilios espirituales; además, la *Gorgoritos* ibase convirtiendo en otra para él. Cuando le llevaron, a puñados casi, al darle el ataque los amigos a su casa, según le decían, por poquito si se desmaya la *Gorgoritos*, creyendo que se trataba de una puñalada en el hígado o en una ingle o en mitad de la tabla del pecho; pero cuando se enteró de que se trataba de un simple ataque de parálisis, se templó algo su congoja.

Después, durante varios días, no tuvo queja de ella el *Cachete*: la *Gorgoritos* no separábase de su lado más que para ocuparse al galope de sus más indispensables quehaceres domésticos; no se acostaba, dormía a ratos en una mecedora junto a la cama, confortábale el espíritu hablándole de cosas agradables, entretiéndole con los chismes de la vecindad, y hasta, desde una tarde en que él púsose mohíno al verla encorsetada y con flores en el pelo, había renunciado a toda coquetería y veíala siempre de trapillo y sin avalorar con adorno alguno sus irresistibles encantos.

Después había notado el *Cachete* un cambio brusco en su con-

ducta: la *Gorgoritos* estaba alegre, brillábanle los negrísimos ojos como en los días más felices, como en los días aquellos en que él cantábale sus amores en murcianas y soleares en el *hondilón* del *Canela*; además, procuraba acercársele lo menos posible; siempre tenía un motivo para justificar su alejamiento; era mucho lo que tenía que hacer; la pólvora íbase acabando de modo alarmante; ya las reservas estaban casi todas en casa del boticario; además, las cuatro joyas de alguna valía estaban a buen recaudo en casa de agüelito y pronto, de seguir la cosa como iba, tendrían que irse el uno al hospital y la otra a que le diera el relente en Martiricos.

Curro comprendía todo esto, presentía algo que le llenaba el corazón de frío, y una tarde en que a solas con sus amarguras pensaba lleno de ira y sentimiento en el desvío de la hembra que tan mal le pagaba sus sacrificios:

—¿Se puée pasar?—preguntó desde la puerta el señor Juan el *Cachiporra*, el cual, al oír la voz gutural y ronca del paciente dándole la solicitada venia, penetró en la estancia con paso torpe y lentísimo, como si costárale ya trabajo arrastrar el peso de su piel arrugada y de su ya caduca osamenta, y llegado que hubo junto a Curro, posó en éste sus ojillos grises con expresión de piedad infinita y exclamó con acento quajumbroso y sin poder ocultar sus impresiones:

—¡Por vía e la Malena, Curro de mi corazón, y lo que son las enfermeaes y cómo se ha comío la tuya lo mejor de tu presona!

Curro, no obstante la alegría que le causaba la inesperada visita de su viejo pariente, no pudo evitar, al oírlo, un gesto de desagrado.

—Sí, estoy muy cambiao. ¡Pero que de plata en cobre!—murmuró con acento ronco y sombrío.

Sentóse el *Cachiporra*, y tras mirar de hito en hito durante algunos instantes al enfermo con aire preocupadísimo, díjole a éste con acento un tantico tembloroso:

—¿A que no sabes tú por qué he vinío yo hoy? Y pos bien—continuó al ver que el enfermo permanecía silencioso—: si yo he vinío, he vinío porque la *Gorgoritos* acaba de dir a mis *cubriles*...

—¿A su casa de usté?—exclamó Curro, incorporándose bruscamente en la cama—. ¿Pos aónde está la *Gorgoritos*?

El tío *Cachiporra* se hizo todo orejas para poder entender lo que el *Cachete* le decía con voz gutural y ronca, y con los ojos bajos y alisando con las uñas el ribete del mugrientísimo sombrero y con acento un tantico emocionado le repuso:

—Pos sí, a mi casa. Y es natural y eso no tiée na de extraño: la probe ha llegao aonde ha podío llegar..., y no hay reló ar que no se le arremate la cuerda... Y como no era cosa de dejarte solo..., por

eso fue a mi *cubril* y me dijo: "Yo no pueo aguantar más y me largo a Cáiz... y..."

Y el tío *Cachiporra* tuvo que cerrar los labios en aquel momento: el *Cachete* habíase incorporado rígido, descompuesto, en lucha tremenda con su organismo en ruinas; de una manotada había despedido de sí la cobertura y descubierto su cuerpo escuálido y sudoroso, haciendo desesperados esfuerzos por arrojarle de la cama.

En las *jieles*, como él decía, vióse el pobre señor Juan para meter en cintura al *Cachete*, el cual, vencido al fin, se dejó caer sobre el lecho, y un sollozo profundo brotó de su garganta, y las lágrimas surcaron sus demacradas mejillas.

II

El señor Juan, al salir de la casa de Curro, dirigióse a casa de Rosario, la abandonada mujer del *Cachete*. Rosario vivía en calle de los Cristos, cerca del lavadero donde se ganaba honradamente la vida desde la noche aquella en que su Curro hubo de izar el ancla para irse a vivir con la *Gorgoritos*.

Rosario, a querer, hubiera podido vivir sin tener que pasarse los días, lloviera o venteara, sobre uno de los lebrillos del lavadero; el *Cachete* había querido pasarle un diario, pero a la primera remesa habíaselo devuelto ella con un mandadero al que ella habíale pagado previamente el mandado.

Y a querer también, hubiera podido vengarse Rosario de su marido, que como dueña y señora que era de su cuerpo gentil y lleno de tentadoras arrogancias, de ojos oscuros, grandes y acariciadores; de pelo rubio y abundantísimo, de tez ligeramente atezada y, además, de una cara llena de ángel y de rocío, de una voz grata y rítmica, fueron muchos y de los de más cartel los mozos del barrio que habíanse dedicado a *cimbelearla* sin lograr elevar sus pendones en la inexpugnable fortaleza.

Rosario, que había nacido para ser buena y que no lograba arrancarse del corazón la imagen del único hombre amado, refugióse en brazos de su madre a llorar sus amarguras, y cada vez que algún rondador empezaba a zumbarle en los oídos promesas tentadoras y acariciadores propósitos, revolvíase iracunda y desdeñosa, y respondíale de modo tal que no quedábanle ganas a ninguno de sus pretendientes de volver con el recado.

Y desdeñando ofertas y llorando sus pesadumbres en los brazos de su vieja, ganándose el sustento en el corralón de Los Cristos seguía Rosario, cuando una noche en que, rendida por el trabajo y acongojada por la enfermedad del *Cachete*, de la cual desde un

principio había tenido noticia, dormitaba reclinada contra la pared sin osar hablar a su madre de lo que le dolía en el corazón, empujó suavemente la puerta de la sala el *Cachiporra* y sin, en aquella ocasión, solicitar el necesario permiso, colóse de rondón en ella, con el sombrero encasquetado hasta casi los ojos, las manos en los bolsillos de la cien y cien veces zurcida chaqueta y la cara triste y la expresión meditabunda.

—Que Dios se las dé a usted mu güenas—exclamó la señora Frasquita con acento malhumorado—. ¡Pos ni que entrara usted en un gallinero!

—¿Qué es lo que le trae a usted por aquí?—preguntóle Rosario, algo alarmada por la inesperada visita del *Cachiporra*.

Este sentóse sin responder entre ambas mujeres, y después, dirigiéndose a la segunda, díjole con acento triste y embarazada actitud:

—Vengo a platicar contigo. Yo sé que tú tiées er corazón del de dieciocho quilates, y como lo sé..., pos velay tú..., por eso he vinío.

—¡Pos como no platique usted más claro, agüelito!

—Más claro platicaré. ¿Tú sabes de aónde vengo ahora mismito?

—Der Coto de quitarse la caspa—refunfuñó la vieja con acento desapacible.

—¿De aónde viene usted?—preguntóle, mirándole con angustiada expresión, Rosario.

—Pos vengo de jacer una obra de caría, de visitar a un enfermo—repúsole el anciano sin parar mientes en lo dicho por la vieja.

—¡Pos que se alivie u que se muera u que se lo lleve el río! A mosotras qué nos importa—exclamó ésta mirando con ojos centelleantes al recién llegado.

—¿Y cómo está ese enfermo?—preguntóle Rosario tras brevísimo silencio y con voz trémula y como asustada por la presentida respuesta.

—Mal, mu mal, pero que mu mal que está el pobretico mío. A mí, al verle, me han dolío las entrañas; quien le conoció, no le conoce: está jecho un espartico, to en la cara se le güerven ojos y orejas, y aluego como se ve er probe sin naide que le consuele ni le cuide, y se morirá solito en su rincón..., solito, pero que más solo que un palmar, pero que como un perrito abandonao.

—Pero ¿qué me está usted diciendo?... ¿Morirse? Pero ¿está pa morirse? ¿Y dice usted que solito?... Pero ¿y esa mala mujer y esa malita jembra?

—Tú lo has dicho..., ésa es una mala mujer, una malita jembra; en cuantico ha visto la cosa sin compostura... ha agüecao el ala y

se ha díó esta misma noche a Cáiz... ¡Probetico Curro, probetico e mi corazón, probetico!

Un silencio preñado de penas imperó en la estancia. Rosario lloraba silenciosamente; la vieja indignábase contra su corazón, en que la piedad vencía a sus justísimos rencores; el señor Juan acariaba el triunfo.

* * *

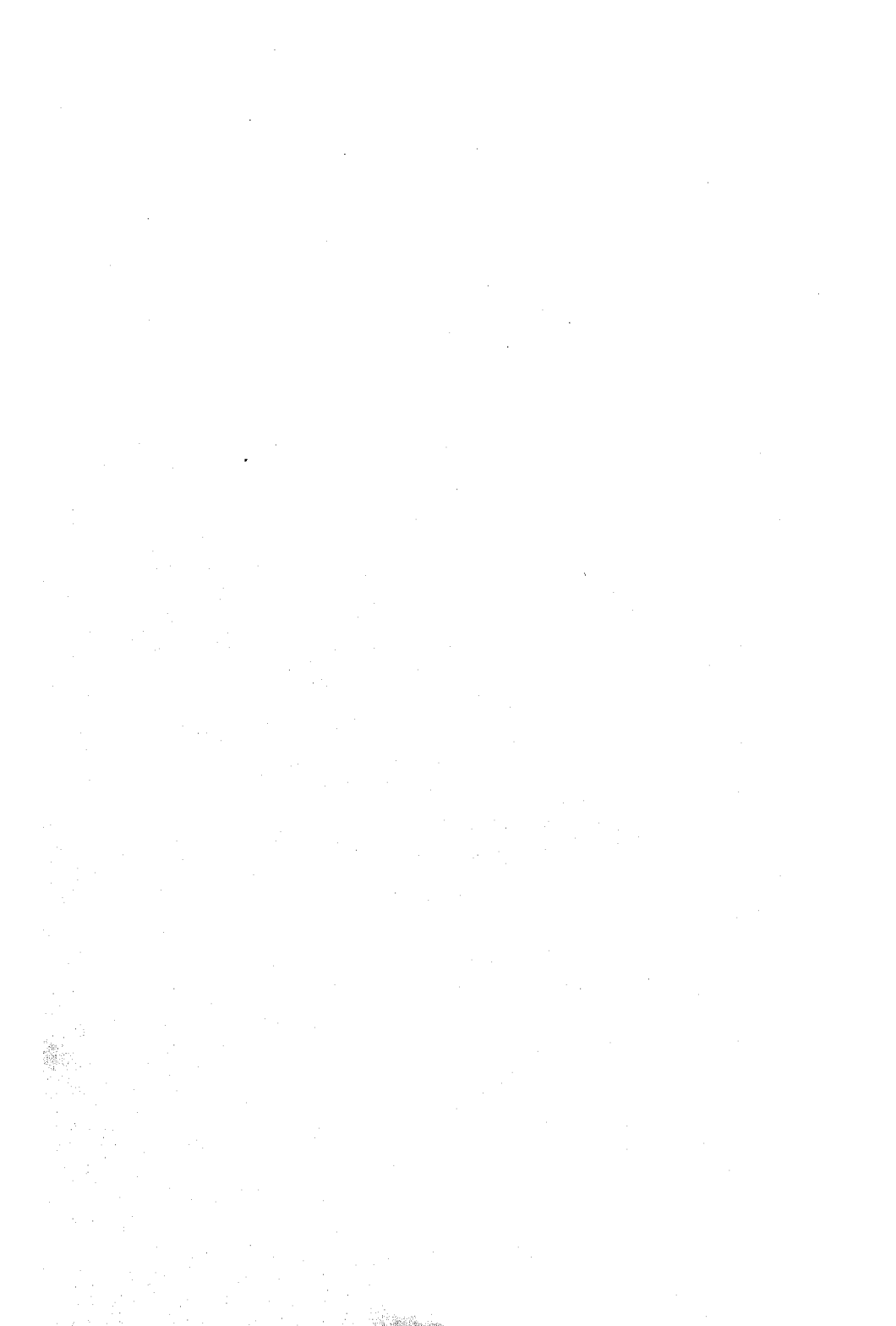
Curro el *Cachete* habíase quedado dormido por fin, aún llena de sollozos la garganta, de lágrimas los ojos y pensando en Rosario, en aquella que tanto le quería, y en la *Gorgoritos*, en aquella a la que tanto quiso.

Y dormido seguía, agitado aún en sueños por el tremendo martillar de sus pesadumbres y su abandono, cuando abrióse silenciosamente la puerta de la sala, por cuyo balcón penetraba la luz de plata de la luna invadiéndolo todo con sus celestes claridades, y entró en ella Rosario. Pálida y temblorosa, acercóse al lecho, y tras contemplar el semblante del hombre amado durante algunos instantes,

—¡Pobretico, pobretico mío!—exclamó, no pudiendo aguantar los impulsos de su pena y su cariño, y aprisionando a Curro entre sus brazos, besóle con desesperado ahínco en la sudorosa y calenturienta frente.

Y abrió sus ojos Curro, y a la luz de plata de la luna vió el rostro bellissimo y conmovido de la que fue su compañera, y no pudo proferir una frase, y se reclinó llorando en su seno, mientras también en la puerta de la sala enjugábase los ojos el señor Juan el *Cachiporra* en la manga de la zurcidísima chaqueta.

(ESPAÑA, Rev. de la Asoc. Pat. Esp. B. Aires, 21-X-1906.)



¡Y QUE VIVA LA ALEGRÍA!

I

Pepa fijó sus ojos con iracunda y doliente expresión en el semblante huraño de Currito y permaneció silenciosa y sombría durante algunos instantes.

Por la reja abierta de par en par penetraba como un torrente de luz de oro llenando de tonos risueños la estancia y abrigando los muebles, que, si humildes, delataban la índole pulcra y hacendosa de su gentil propietaria.

Esta no habíase cuidado aquel día del acicalamiento de su persona, y aparecía con la negrísima melena encrespada sobre la frente; mal velado el busto sin encorsetar por amplio pañuelo encarnado; la falda sin almidonar dibujaba el contorno de sus piernas robustas, y sus pies, sus pequeños pies, jugueteaban en usadísimas chinelas.

El rostro de Pepa delataba algo doloroso y sombrío; sus negrísimas cejas uníanse merced al fruncimiento de su frente; grandes manchas violáceas circuían sus ojos febriles; su tez morena, oscurecida por el suavísimo vello en los bordes de las mejillas y en el labio superior, tenía tonos intensamente pálidos, y en su boca, en su preciosa boca de labios finos y nítida dentadura, una irónica y amarga contracción delataba la tempestad que desatábase en su pecho.

Paco, más que colérico, parecía contrariado; no obstante lo cual, no habíale faltado humor para engalanarse con su traje gris de los días de fiesta, con su camisa de pechera bordada, su botonadura de oro de pega; con el grueso calabrote lleno de baratijas del mismo metal; sus zapatos de charol con caña de color, y su sombrero flamante de sevillano abolengo.

Algunos minutos llevaban de silencio cuando Pepa lo interrumpió diciendo:

—Pos ya lo tenemos to hablao. Con que cuando tú quieras, cuan-

do a ti te dé la repotente gana, manda por to tu petate, ¡y a volar! A que no te vean más mis ojos.

Paco levantó la cabeza, miró fijamente a la *Pelusita*, y repúsole con turbado acento:

—Yo no creí que tú fueses a tomar la cosa de tan malilla manera; yo creí que tú tendrías más reflexión. Ya te he dicho que yo no quiero a nadie en el mundo más que a ti, y a ti será a quien yo seguiré queriendo con toas las veritas de mi alma manque me case no digo yo con Lola, sino con Santa Rita de Casia. Ya te he dicho por qué me caso con ella: mi padre se ha emperrao, mi madre se ha emperrao tamién, y tos están emperraos y se saldrán con la suya, pero lo que no podrán conseguir nunca, ni ellos ni nadie en el mundo, será que yo me aparte de tu verita, gitana.

—Es naturá, to eso es mu naturá—dijo Pepa con infinita amargura—, es mu naturá to eso. ¡Quién soy yo pa que tú te cases conmigo! ¡Una cualisquiera! Una *guillaíta* que se había criaio en pañales mu probes, pero tan honraos u más que los tuyos, y cuando ya estaba criá, y cuando ya mi padre se había muerto, y vivía yo con mi probe vieja, trabajando pa vivir como Dios manda, vinistes tú con tus manitas lavás... ¡Y a qué hablar de aquello! Yo, que tenía dieciséis años, creí to lo que me dijiste, y mi vieja se me murió a poquito, no sé de qué, porque si el médico dijo que de un tifus, yo creo que se me murió de la pena; y de entonces acá he vivió jechita una esclava, ayunando un día sí y otro no, vestía de percalina en invierno, y en verano, en cueros vivos, sin tener a veces un mal jergón aonde recostar mi cuerpo. Pero to los tiempos no son iguales: tú has adelantao en tu oficio y ya ganas cuatro pesetas y lo que cae, y ya tiées un terno pa los domingos, y te afeitas toas las semanas, y nunca te falta el tabaco. Y ya se ve: un hombre en esas proporciones no puée pasarse la vía con un trasto como yo, y como la Lola tiée cuatro ochavos en la punta de un pañuelo, ¡velay tú!, te debes casar y te casarás con ella, porque es lo que tú te dirás: cuando a Pepa me la pía el cuerpo, allí la tendré siempre que quiera, que pa eso Pepa me quiere, y Pepa aguantará carros y carretones. Pero en eso cabalmente es en lo que tú te equivocas de medio a medio, porque en cuantito traspases las puertas de este *cubril*, yo te prometo que te arranco de mi corazón de un bocao, y que endispúes de mascarte te escupo y te pisoteo, y no vuelvo a cruzar palabra con la tuya ni manque me llames a gritos cuando estés en tu agonía. ¿Tú te enteras?

Y al decir aquello le relampagueaban los ojos, le jadeaba el aliento y se le crispaban las manos a Pepa la *Pelusita*.

Paco, que la había escuchado comprendiendo que era preciso

esperar a que se amortiguara un tanto la borrasca que acababa de desatar en ella el anuncio de su proyectado enlace, incorporóse suspirando, estiróse la americana y, echándose el sombrero sobre la sien izquierda, dijo:

—Jasta endispués—dijo—; jasta que se te pase el berrinche y haigas reflexionao y comprendas que es tu bien y el mío esto que yo te propongo.

Y Currito salió de la habitación no sin que resonara en sus oídos la voz vibrante y seca de Pepa, que le decía:

—Anda, vete, ladrón, que amortajao te vean pronto los ojitos de mi cara.

II

Paco salió con la mar de ganitas de embestirse con el primero que se le pusiera delante. No habíale mentido a Pepa al decirle que era ella la única mujer a quien quería, pero su casamiento con Dolores era un negocio más redondo que una bola. Casándose con Dolores, su Pepa podría vivir como los propios ángeles, su Pepa, ¡pues no quería él mucho a su Pepa!

Y pensando en esto caminaba tropezando con todos o casi todos los transeúntes, cuando de pronto detúvole por el brazo Antoñico el *Virutero*, diciéndole con acento irónico:

—¿En qué vas pensando, *chavó*? ¿En la resaca?

—¡Hola, Antoñico! En busca tuya diba precisamente, a platicar contigo una miaja, a ver si tú, que eres hombre de luces y de güenas intenciones, y además amigo mío de los de verdá, puées darme una linterna pa el camino.

—Me apuesto un millón contra un carrete a que me vas a platicar de tu Pepa.

—De mi Pepa y de la que no es mi Pepa, de mi Pepa y de la Dolores, de dambas voy a platicar contigo; de dambas, que me tiéen ya que no atino ni con la puertá de mi casa.

—Ya supongo lo que es; que Pepa se habrá comío la partía de que tú quíeres, o de que tú estás conforme, con que te den las vi-ruelas, porque eso de casarse con la Lola es más peor que una enfermea de las de juntas de méicos.

—No es que ella se ha comío la partía; es que como la cosa apremia porque el *bato* de la Lola ha dicho que porra entro u que porra fuera, y que de hoy no pasa el que yo tome un camino, pus yo quise tantear el terreno. Y yo no sé, pero he pasao un ratito de los de órdago, y aquí me tienes más loco que una yegua loca y sin saber a qué carta quearme.

—Pos pa mí eso está más claro que el sol—repúsole, encogiéndose de hombros, el *Virutero*—: yo me casaba a tenazón con la Dolores.

—¿Y por qué te casabas tú con la Dolores?—preguntó Currito a Antonio, mirando a éste lleno de profunda sorpresa por la por él inesperada salida de aquél, siempre y hasta entonces campeón decidido de la *Pelusita*.

—Pos hombre, yo te diré—repúsole Antonio con cierto aire de turbación—: yo me casaba con la Dolores porque estoy ya jartico de dormir en un entre catre y cama, y me está pidiendo ya el cuerpo una camita camera.

—Déjate tú hoy de bromas y háblame con el corazón en la mano.

—Pos hombre, yo te diré: yo en tu lugar me casaba con la Dolores, porque manque la Dolores tenga tres perritas gordas, no va a encontrar quien se case con ella, porque esa *gachí* tiée por cara una cornucopia y un cuerpo que es un taburete, y casarse con ella es jacer una obra de misericordia de las que manda nuestra Santa Madre Iglesia, y como además esa *gachí* tiée pa que te puéas desayunar tos los días con chocolate de la Riojana y bizcochos de la Española...

—Yo no lo hacía por mí; a mí un beso de mi Pepa me alimenta más que una caja de Somatose. Yo lo hacía por ella...

—Pus por ella también lo debes jacer, porque a ella lo que le sobrarán serán hombres en cuanto tu agüeques el ala, porque como es más bonita que el sol y tiée más rocío que las flores y no hay *gachó* que no se hirnotice oyéndole cantar aquello de

Si pasas por la ermitica
del Cristo del Desengaño...

—Pero ¿no comprendes tú, mal bajío, que eso que tú me dices no lo pueo consentir yo ni manque me den de comer en una fuente de plata?

—Pos entonces, ¿tú qué quieres? ¿Ser der moro y en er moro haber nació? Y sobre to que ahora me atrevo a decírtelo: me parece a mí que a Pepa no le llamas tú ya der to como antes; que a tu Pepa no le sabrá mal del to que tú le quites el grillete, y que si tú hoy te apartas de su calor, no harás más que madrugar más que ella.

—Pero ¿tú en qué piensas pa pensar asín de mi *gachí* y pa decir lo que estás diciendo?—preguntóle Currito al *Virutero* con voz que estaba anunciando tormenta de modo más infalible que el mismísimo Zaragozano.

—Hombre, te diré: yo pa decir lo que digo no tengo fundamento arguno, y sin embargo yo creo que tengo algún fundamento.

—Pero ¿es que tú has visto algo en mi Pepa que te haiga soliviantao?—preguntóle Currito lleno de ansiedad y con voz casi temblorosa.

—Hombre, te diré: yo a ti te debo platicar como si fueras el confesor; y yo, tan y mientras tú estabas en Osuna el mes pasao, tan y mientras tú no jacias más que pensar en ella y que escribirle tos los días cartas como memoriales, tan y mientras...

—Tan y mientras, ¿qué?—preguntóle con voz sombría y con impaciente expresión Currito.

—Tan y mientras... Yo siento tener que darte este mal rato, pero tan y mientras, yo te pueo asegurar que yo me enteré de que tos los días, tos sin faltar uno, platicaba ella dos palabras, dos palabras na más, pero al fin dos palabras, con un *gachó* que a mí me ha dicho muchas veces que con gusto se jaría to er catite na más que por endulzarle el velo del paladar a tu Pepa.

III

—¡Que no te abro te digo!

—Vamos, mujer, ábreme ya y no seas guasona; mira que si no le aviso al guardacalle.

—Que no te abro ni manque traigas un piquete.

—Abreme ya, esaboría, que por mo de ti acabo de tirar a la calle una fortuna.

—¿Una fortuna? ¡Por mo de mí una fortuna!

—Una fortuna. Supónte tú que vengo de ca de Dolores, de decirle a la Dolores que yo no me puéo casar con ella ni con nadie más que con una que es más malita que un tiro, y que se ha emperrao en que yo esta noche me la pase de palique con el sereno.

—Pero ¿es de verdá eso que me dices de Lola?—preguntóle Pepa con voz ahogada por la emoción.

—Mira qué graciosa que eres. Pos si fuera mentira, ¿no te habías tú de enterar mañana por la mañana?

Y algunos minutos después preguntábale Currito a Pepa con celoso acento, al par que parecía quererle fotografiar los ojos con los suyos febriles y apasionados.

—Pero antes de na necesito yo que tú me digas con qué hombre platicabas tú tos los días tan y mientras estaba yo en Osuna el mes pasao.

Pepa frunció la frente, quedó pensativa durante algunos momentos, y

—¿Yo? No sé..., no recuerdo... Yo no hablé con ningún hombre tan y mientras tú estuviste fuera de Málaga—repúsole con acento firme y sereno la *Pelusita*.

—¿Con ninguno? Mira que a mí Antoñico no es capaz de decirme una cosa por otra, y Antoñico, a pesar de la mucha güena voluntad que a ti te tiene, me ha dicho que te vieron platicando con un *gachó* que no ha querío decirme quién es, y ese *gachó* dice Antoñico que es un hombre que jura que se jaría to él catite na más que por sentirse en tu boca.

—Pos que te diga quién es el *Virutero*, porque lo que es yo no me he enterao.

Y con tal expresión de verdad hubo de decir esto Pepa, que al día siguiente decíale Currito al *Virutero* con voz ronca y mirándole con expresión retadora:

—Eso que tú me dijiste de mi Pepa no es verdá. Mi Pepa, tan y mientras yo estuve en Osuna, no platicó con ningún hombre.

Antoñico miró socarronamente a su amigo y le repuso con acento irónico:

—¿Que no platicó con ningún hombre? ¡Pocas veces, *chavó*, poquitas! Cuasi tos los días y mientras tú estuviste fuera.

—¡Pos ahora mismito me lo vas a decir delante de ella!

—¡Vaya! Ahora mismito, y veremos a ver si tu Pepa tiée cara pa decir delante de mí que tan y mientras tú estuviste en Osuna no platicó ella cuasi tos los días dos palabras, na más que dos palabras, que fue lo que yo te dije, con el cartero del distrito.

—¡Con el cartero!

Y una sonrisa brotó en los labios de Currito, que exclamó con acento en que el júbilo vibró con inflexiones risueñas y argentinas:

—La puñalá que te den, y el mal rato que me has dao.

Y cogiendo por el brazo a su amigo, continuó, lleno de alborozo:

—Vámonos, hombre, vámonos a La Alegría del Barrio a liquidar dos cañeros, ¡y que viva la alegría!

A LA SOMBRA DE UN CHAPARRO

El sol caía a plomo sobre la desierta carretera; lucía el cielo su más deslumbrante azul; la montaña, los tonos más brillantes y más rojizos de sus laderas, el verde más lozano de sus viñedos y el oscuro más intenso de sus retorcidos olivares; ora medio escondidos entre los repliegues del monte, ora sobre sus bien soleadas cumbres, destacábanse acá y acullá los blancos caseríos sombreados por copudos algarrobos...

El pobre jamelgo enganchado a la polvorienta diabla manotea con todos los músculos en desesperada tensión y el pescuezo estirado por dominar uno de los repechos, mientras que con el látigo en una mano y con la otra aferrada a uno de los rayos de las ruedas pugna el *Bellotero* por ayudar al pobre animal en su desesperado esfuerzo.

—¡Riaá, riaaá, *Poderosa*; riaá, riaá, niña de mis ojos; riaá, riaaá, prenda mía!—grita el *Bellotero*, sin que su voz logre prestar al pobre penco los vigores que necesita.

—Esto no puée ser, hombre—exclama, saltando del vehículo un mozo bien plantado, de rostro curtido, ojos relampagueantes y luciendo rico traje de los más típicos de Andalucía.

—¡Y qué le jago yo! ¡Riaá, riaaá, *Poderosa*!

—Deja a la *Poderosa* que tome resuello u dale una miajita de somatose, ¡camará!, que es lo que le está jaciendo muchísima falta. ¡No ves que la pobre, si la sigues achuchando, va a morir sin tesar, entre tus brazos?

—Pero si es que yo no sé lo que hoy le pasa a este bicho. ¡Si este animal tira más que la “yunta de las ánimas”!

—Pos déjala que escanse una miaja, y tan y mientras jecharemos un cigarro.

—Pos lo jecharemos.

Y mientras el *Bellotero* colocaba a la sombra que proyectaba sobre el camino una cortadura del monte al animal, el desconocido

sentábase al pie de uno de los árboles que brindan, acá y acullá, en el empinado camino, un sombroso refugio al caminante.

Y sentado, momentos después, a su lado, el *Bellotero*, preguntábase mientras vaciábase en la palma de la mano tabaco en cantidad suficiente no ya para hacer un cigarro de grueso calibre, sino para rendir al fumador más empedernido:

—¿Y se puée saber, amigo, y usté isimule la curiosiá, a qué va su mercé a jacer en Triquitraque?

—Pos en busca de corcho que voy—repúsole en tono de zumba el desconocido.

—¡Ah! Entonces, ¿es que su mercé trafica en corcho?

—Sí, señó, que aquí aonde usté me ve, tengo en Sivilla una fábrica de tapones.

El *Bellotero* miró al desconocido con expresión incrédula; aquello de la fábrica de tapones habíale sonado a *quea*, y rascándose sin necesidad la cabeza, exclamó con acento lleno de ironía:

—Pos míe usté: pa mí que lo que es corcho no farta en estos manchones, y menos en Triquitraque.

—Y a propósito de Triquitraque, ¿cómo andan los *Ventolinás*?

—Er señó Paco, superior... Como que jace ya la mar de tiempo que no dice esta boca es mía.

—Pero qué, ¿murió el pobre señor Paco?

—¡Pos sa menester venir de la luna pa preguntarlo! ¡Pos no jace ya fecha que agüecó el ala y se fue a la otra vera der río!

—¿Y la señá Frasquita?

—Esa entoavía parpaguea, pero jechita la mar de dobleces. ¡Como que está que cabe en un canutero!

—Y Rosario, ¿qué ha sío de ella?

—¿De quién? ¿De Rosario? Esa sí que está que jierve de güena moza, ¡camará! Como que no se le puée mirar un rato seguío, porque se le jace a uno la lengua estopa y la saliva goma laca. ¡Es mucha jembra la Rosario!

—¿Y se mantiene sortera?

Y esto lo preguntó el forastero como se pregunta algo que se teme saber.

—No, señó; que está casá desde jace mu poquito: tres u cuatro meses hará que se subió a la bolina. ¡Como que ya tenían brotes las cepas!

—¡Ah, conque se ha casao!—exclamó el desconocido con voz sorda, arrugando entre sus dedos el cordobés que mantenía sobre sus rodillas, mientras una ráfaga tempestuosa resbalaba por sus negríssimos ojos.

—¡Vaya!—continuó el *Bellotero* sin parar mientes en lo que a su compañero le ocurría—. Y con un mozo que, mejorando lo presente, nunca le podrá pagar a Dios lo que Dios le dio a manos llenas: güenas rentas, güen corazón, güen tronco y mejores ramas. Pero si usted le conocerá; si con quien se ha casao ha sido con Currito, el hijo de los *Tramoya*, los de Echevarría.

—No, no le conozco. Pero la Rosarito, ¿no tenía un novio?

—Sí que lo tenía, y por mo de ese novio ha pasao la probe más fatigas que un asmático. Porque como cuando su novio, un zagaleta más vivo que un rayo, según dicen, tomó el portante y se largó en busca de fortuna a Chile u al Perú, ella le prometió esperarlo diez años largos e talle..., pos velay usted..., Cuando se le arrimó Currito, pos le dijo a Currito que perdonara por Dios. Pero como Currito tiée para comer y pa que le cante un ciego, y del novio que se le había díó no tenían noticias ningunas, y ya se les había muerto el señor Paco, y se habían quedao diciendo aquello de “hoy ayuno y mañana no me esayuno”..., pos velay usted. La señá Frasquita empezó a apretar más que un tornillo pa que la Rosario apechugara con Currito, y Rosarillo le contestó que de casarse con argüien se casaría con él, pero que no lo jacia hasta que pasasen los diez años que había prometío esperar al otro. Y Curro se conformó, y na, que pasaron los diez años, y como el que se había díó ar Perú no ha dicho pío tan siquiera..., pos velay usted..., la Rosario ya hoy es toica entera del hijo de los *Tramoyas*, Currito el *Abulaguero*.

Al desconocido, a medida que el *Bellotero* hablaba, habíasele ido poniendo lívido el semblante, y cuando aquél hubo dado fin a su pintoresca plática, exclamó con acento en que había puesto sus más roncás inflexiones la pena:

—¡Jizo bien! Pero y si el zagaleta, su novio primero, no la hubiera olvidao y hubiera agenciado pa compartirlos con ella cuatro maraveíses y ahora vorviera del Perú, ¿qué es lo que harías tú en lugar del zagaleta?

—Pos míe usted: si a mí me pasara eso, pos agüecaría el ala y me iría en busca de otra paloma, porque Rosario ha cumplío como güena aguantando diez años de carencias y pesaumbres, y si ahora la probe está tranquila, ¡no sería yo, en el pellejo del zagal, el que le quitara el vivir a gusto con su marío entre sus cuatro paeres!

—Y eso, eso mismo haría fijamente el zagal si volviera alguna vez de las Indias... Pero mira tú: ¿sabes que ya no tengo más ganas de seguir pechos arriba? Con que vámonos pa abajo, que ya vorveré otro día.

—Pero si la *Poerosa*, en descansando una miaja, es capaz de llevarnos al pico del Tenerife,

—¡No, eja ya hoy al animal y vámanos ya pa abajo, que ya se me ha quitao la gana de dir a Triquitraque!

Y cinco minutos después...

—¡Ríá, ríaaá, *Poerosa!*—gritaba el *Bellotero*, a la vez que crugía hábilmente el látigo.

El caballo desherrábase galopando por las pendientes más suaves, y el desconocido, graves y sombríos los negrísimos ojos, arrojaba sobre los rojizos montes una de esas miradas con que solemos despedirnos de una alegría que se va o de una esperanza que muere. (ESPAÑA, Rev. de la Asoc. Pat. Esp. B. Aires, 2-X-1905.)

EL NIÑO DE LOS CAIRELES

I

La aparición de Isabelita la *Rocío* en el Huerto de los Claveles dió tela que cortar a las hembras más envidiosas del barrio y motivo para que los mozos de más cartel de las cercanías entonaran al unísono un canto en honor de la bellísima unigénita de Rosario la de los *Jazmines* y de Antoñico el *Macareno*.

Y entre todos los que entonaron un canto en honor de Isabelita la *Rocío*, distinguíase por la ponderativa vehemencia con que loaba sus excelsitudes estéticas el *Niño de los Caireles*, un chaval cuyo semblante hablaba elocuentísimo de su abolengo gitano, con su tez oscura y sedosa, sus grandes ojos de renegreantes pupilas, sus labios gruesos y encendidos, su dentadura nítida, sus anchas cejas, su ligeramente acaballada nariz de flexibles y titilantes cartílagos y con la hirsuta melena que desbordábasele en anillados mechones por bajo de las alas del amplísimo sombrero.

Y como si estas dotes no fuesen bastante a acreditar lo glorioso de su estirpe, distinguíase el más gallardo protagonista de esta verídica narración por su apego a la típica indumentaria, por el garbo con que sabía lucir el entallado marsellés, el ceñidor azul, el pañuelo carmesí que le servía de corbata, la blanca pechera de la camisa, primoroso alarde de maternos desvelos, y el pantalón de pana, que moldeábale estallante la cadera y le caía graciosamente abotinado sobre los relucientes y pulidos brodequines.

No se necesitaba, oyendo hablar al de los *Caireles*, ser un mago de Asiria ni un hechicera de la Tesalia, para comprender que los indiscutibles méritos de la *Rocío* habían acariciado en lo más honrado del corazón a Joseíto, el cual, en el momento en que lo sacamos a relucir, decíale a Toñuelo el *Carambuco*, uno de sus más íntimos camaradas, detenido con él delante del Picadero:

—Lo que te digo, *chavó*: no jagas tú por ver a esa *gachí*. Mía

que cuando yo la vide, mi potro y yo nos queamos como tontos de remate.

—Y oye tú, ¿es rubia, u es morena, u es entreverá esa ortava maravilla?

—Más rubia que el sol y más blanca que el arminio, y con unos *sacais* que son dos amaneceres, y con una boca que es el ojo de una aguja, y con un cuerpo archisuperior, y con un argo en toa ella que troncha y que mata y que pone er pelo de punta.

—¿Y de cuál de las cinco partes del mundo ha vinío ese fenómeno?

—De Sivilla, de la propia Sivilla, del barrio e la Macarena, es de aonde se ha vinío con su pare y con su mare y con toas las simpatías, y según dice el *Capacha*, que las conoce, a lo que han vinío ha sío en busca de un solar y de *parneses* con que mercar el solar, y de *parneses* con que pagar la escritura.

—Pos si a lo que han vinío aquí ha sío en busca de *parneses*, me da a mí el corazón que van a tener que dirse otra vez a la Macarena.

—No, porque, según parece, si se han descolgao por aquí ha sío al calor de un primo del *Macareno*, de un mu amigo que fué de mi padre, al que Dios tenga en su gloria, del señor Curro el *Ferrolano*.

—Acabáramos, *chavó*; eso ya tiene otra pinta. Y si es verdá que a ti te gusta tanto esa tórtola, ya puées dir montando y tirándote a la cara la escopeta si no quíees que a esa tórtola se la coman las primitas.

—Ya se guardarán mucho las primitas de jurgarle a una de las plumas del ala tan siquiera a la tórtola de mi gusto.

—Eso sa menester, que se guarden, lo cual entoavía no se ha visto. Pero, en fin, platicando de otra cosa, ¿a qué víees tú a estas horas ar Picaero?

—A sacar la potranquilla del *Lele*, a ver si a fuerza de alborotar en el empedrao de la calle aonde vive esa *gachí*, consigo yo que se asome a la ventana.

—Pos entonces yo pongo proa a la mar si tú no me necesitas.

—Pos que un *divé* te acompañe, Antoñuelo.

—Y que a ti no te abandone, Joseíto.

Y tras estrechar la mano de su camarada, alejóse el *Carambuco* murmurando:

“Me parece a mí que ya le ha caío que jacer a este *gachó*, mucho más de lo que el *gachó* se figura.”

II

Cuando, ya montado en la potranquilla del *Lele*, pasó el *Niño* por delante de la casa de los *Macarenos*, no se abrió la reja, como esperaba; en vano hizo descomponerse a su briosa cabalgadura, y al cabo de diez minutos de inútiles escarceos hurgó, ya desesperanzado, con la espuela en el ijar a la potranca, que arrancó al galope por el polvoriento camino.

Y mientras el *Niño* alejábase tan cejijunto como cariacontecido, Isabel, sentada delante de su madre en el patio de la casa, decorado con un enorme lebrillo de lavar, una orza de no más reducidas proporciones y varias macetas de geranios en flor, decíale a aquélla con voz de argentinas vibraciones:

—Verás tú como si en Sivilla mos dolía como diez, aquí mos va a doler como veinticinco, lo menos.

El sol, un espléndido sol otoñal, bañaba con sus vívidas fulguraciones el reducido patio; sus paredes, de un intenso bláncor; las macetas, en las que brillaban las flores como resplandecientes rubíes; la figura, algo macizada por los años, de la mujer de Antofico el *Macareno*, y la de su hija, que no obstante su desaliño, ratificaba de modo irrefragable con sus juveniles encantos la apología que de su hermosura hiciera momentos antes, hablando de ella con el *Carambuco*, el *Niño de los Caireles*.

Durante algunos momentos quedaron silenciosas madre e hija, hasta que ésta, como queriendo abandonar el curso de una poco grata meditación, exclamó tras exhalar un resonante suspiro:

—¡Si habrá visto mi pare al *Ferrolano*!

—¡Pos de juro que lo habrá visto! Y lo que sa menester es que el *gachó* lo haiga recibío como Dios manda que se reciba a la gente.

—Y lo recibirá bien, ¡vaya si lo recibirá bien! ¿No ves tú que yo le he ofrecío dos libras de aceite a la Virgen de la Paloma?

—Sí, pero como el hombre no sabe tan siquiera cómo tu padre tose cuando le da en el galillo, y además mardita la obligación que tiee de carenar nuestro barco...

—Es que como a él le corre por las vénas la misma sangre que a mi madre, y como además, según dicen, es un hombre muy rumoso...

Rosario se encogió de hombros, y madre e hija volvieron a quedar en silencio, silencio que fue interrumpido bruscamente por un recio aldabonazo en la puerta.

Un instante después penetraba en el patio el señor Antofico el *Macareno*, hombre enjuto, nervioso, de bizarra apostura, de sem-

blante de flácidas mejillas y descarnadas facciones, de ojos grandes, de boca algo sumida y de pelo escaso y obscuro.

Penetró en el patio el *Macareno* mohino y silencioso, y sentándose en el borde del florido arriate, no sin antes plantarse con amanerada destreza de un *choclazo* el sombrero en la coronilla, sacó la petaca y dió comienzo a liar un cigarro mientras ambas mujeres le contemplaban con expresión interrogadora.

—Pero ¿se puée saber, caballero, si has visto u si no has visto por fin al señor Curro el *Ferrolano*?—le preguntó su mujer, no pudiendo contener por más tiempo su impaciencia.

Se encogió aquél de hombros, y así que hubo encendido con toda parsimonia el cigarro, exclamó, a la vez que arrojaba por boca y nariz tres espirales de blanco humo:

—Pos sí, señora, que he visto al señor Curro el *Ferrolano*.

—¿Y se puée saber qué es lo que de esa entrevista ha resurtao?

—Pos lo que ha resurtao es que cuando yo le propuse lo de la calderería a medias, me dijo que él tiée un tímpano que es una sensitiva, y que no le conviée, por lo tanto, un negocio en el que hay que dar tantos golpes.

—¡Qué delicao que es el hombre! ¿Y tú no le dijiste naíta?

—Pos naturalmente que le dije; le dije que sentía tantísimo lo del tímpano, y endispués encomencé a darle unto y más unto, y total, que me prometió colocarme en uno de los talleres del ferrocarrí pa prensipio de semana.

Rosario miró a su marido con incrédula expresión y, encogiéndose de hombros, canturreó:

“Yo nací pa guarda vía
del ferrocarrí de Utrera;
y qué malita es la vía
en la vía que me espera.”

—No, eso sí lo hará; y, sobre to, lo hará si ustedes le aprietan una miajita aluego cuando venga, que vendrá el hombre a conocer a la familia.

—Pero ¿es que ha dicho que va a venir?

—¡Pos de juro que vendrá! D'aquí a un rato fijamente. ¿No ves tú que yo le he apretao pa que venga más que un cólico miserere? Rosario e Isabel se miraron consternadas.

—Pos anda, hija, anda y arrecógete ese pelo y ponte otro vestío, y arremójate el cutis que te salgan los colores.

—¿Y tú no? ¿Tú vas a recibirlo en enaguas blancas?

—No, hija, que tamién voy a ponerme de recibo.

Y ambas mujeres se dirigieron hacia el interior de la casa, mientras el *Macareno* se entretenía en ver desvanecerse las blancas espirales de humo de su cigarro en el ambiente soleado y cristalino.

III

Cuando el señor Curro el *Ferrolano*, después de aguantar durante una hora la cháchara de su pariente el *Macareno*, vió salir por fin a éste de su casa, dirigióse a la cocina en busca de la señora María Pepa, la única persona que con él vivía desde el instante fatal en que le jugara la mala *chanáita* de irse al otro mundo su mujer, Doña *la Primorosa*, una chavalina que, tan hondamente dolorido y tan lleno de ella hubo de dejarle el corazón a su hombre, que éste juró, al poner por última vez sus labios en su carita de cera, que nunca mujer alguna ocuparía el vacío que ella dejaba en su hogar, juramento que había cumplido, ayudado de su vieja nodriza, a la que profesaba tanto cariño como si por su mediación hubiera venido al mundo y en el mundo siguiera luciendo los restos de sus ya lejanos juveniles esplendores.

—Oye tú: ¿pa qué es pa lo que te quería tu pariente?—le preguntó la anciana al verle penetrar en la cocina, donde el cobre, que brillaba como de oro sobre el alero de la chimenea, los limpios vasares orlados de encajes de papel de los colores más vivos, la vajilla primorosamente ordenada en el platero, las rojas hornillas siempre acabadas de fregar, los bien encalados muros; todos los detalles, en fin, pregonaban su índole de mujer ordenada y hacendosa.

El *Ferrolano*, después de posar una mirada complacida en las cacerolas puestas al fuego y de olfatear su bien oliente y humeante contenido, le repuso a la vieja con voz de irónico dejo:

—¿Pa qué querías tú que me buscara? Pa que le guarde los títulos de propiedad de su cortijo en la vega.

—Pero ¿ese gachó no se las buscaba en Sivilla?

—Allí se las buscaba; pero, según dice, allí jace muchísimo calor en verano, y el hombre se ha dejao caer por aquí por temor al sarpullío.

—Y oye tú: ¿es verdá lo que me han dicho que tiée una chavala que es tó un primor de primores?

—Eso me han dicho tamién, que es más bonita que un cromo, y aluego voy a ir a enterarme de si es verdá que es el dulce tan redulce como dicen.

—Y cómo habías de dejar tú de dir tratándose de jarapos.

El señor Curro no respondió nada a la vieja; se fue a su habitación y se dejó caer sobre una algo desvencijada poltrona. El mobiliario no hablaba con mucho encomio del buen gusto de su dueño, pero sí dejaba adivinar que no era éste hombre a quien los vientos contrarios de la fortuna hubieran azotado en el largo y, sin duda, plácido deslizarse de su vida.

Y si el mobiliario acusaba un vivir sereno y sin ahogos en el señor Curro, éste no hablaba tampoco más que de cosas gratas con el tranquilo y risueño mirar de sus ojos garzos y grandes, con su expresión plácida y sonriente y con la doble barba, que le daba algo de canonical a su semblante redondo y mofetudo, de facciones finas, de tez trigueña y de boca casi siempre albergue de una sonrisa apacible y maliciosa.

No obstante los pocos gratos surcos que dejaron en él el tiempo vivido, su fama de hombre acomodado, su afición a gastarse parte de sus rentas y parte de las utilidades que le dejaba su constante chalaneo, su cháchara agradable y pintoresca y su renombre de en un tiempo ya remoto galanteador invencible, hacían que aún algunas de las hembras de más trapío del barrio no tuviesen a desdoro el oficiar para con él de amables samaritanas.

Y, tranquilo y feliz, cuidado y mimado con maternal ahinco por la señora María Pepa, a la que sus setenta y pico de navidades no habían aún quitado del todo los bríos; colgándose a la bandola alguna que otra paloma zurita de las de plumas más tornasoladas; chalaneando casi por recreo, jugándose todas las noches, lloviera o venteara, al tute en el *hondilón* del *Chafarote* uno o dos cañeros del jugo menos católico de las vides montillanas; paseando alguna que otra vez en *Lucero*, un jaco digno de ser montado por el mismísimo apóstol, y visitando casi diariamente a algunos de sus amigos, vivía nuestro renombrado prócer andaluz, cuando quiso, su buena o su mala fortuna, que le diera la buena o mala tentación de abandonar las márgenes del bello Guadalquivir al para él hasta entonces desconocido pariente, Antofónico el *Macareno*.

IV

Bien comido, bien bebido y bien acicalado, salió a la calle el señor Curro y se dirigió, contoneándose gallarda y reposadamente, hacia la barbería famosa del famoso *Miriñaque*, a la que, según aseguraban sus numerosos parroquianos, podían bajar a servirse los mismísimos serafines, además de por la habilidad suma del maestro, por ser la suya la barbería que mejor golpe de vista presentaba de

todas las del barrio, con sus paredes limpiísimas, con sus amplios y relucientes sillones de caoba, con sus grandes espejos de marcos dorados con purpurina, con su gran banqueta forrada de yute y con la indispensable guitarra, con la que entretenían su espera los que llegaban y sus ocios el barbero, gran tañedor, según opinión de los más doctos del barrio.

Cuando el señor Curro penetró en la barbería, empleábase el famoso *Miriñaque* en descañonarle un carrillo a uno de sus más viejos clientes, el cual, cada vez que la navaja atentaba un punto contra la integridad de su piel, exclamaba con voz lastimera y tornando los ojos a la techumbre con expresión cómicamente resignada:

—¡Qué se le va a jacer! ¡Más padeció en la cruz er Nazareno!

Saludó sonriente el *Ferrolano* a la víctima y al verdugo, y, después de contemplar durante algunos instantes reproducidas en el espejo su figura, su amplio traje gris, de algo achulado corte, su rondeño de alta copa y de algo recogidas alas, y el gran calabrote de oro que le relucía sobre el desabrochado chaleco, descolgó la guitarra y, sentándose en la banqueta, dió comienzo a templarla, no sin colocar previa y primorosamente el cigarro sobre el borde de una silla.

—Qué, ¿aprendió usted ya la farseta del *Tovías*?—le preguntó el *Miriñaque*.

—Cállate, *chavó*. Si yo soy pa esto más torpe que un recluta de los de Jímera de Liba.

—Esto sí que no lo aguanta el señor Paco el *Melindres*—exclamó en aquel momento el que se dejaba desollar por el barbero, incorporándose bruscamente y mirando al señor Curro con expresión iracunda y retadora.

—Pero, hombre, ¿qué es lo que pasa?—le preguntó el barbero sorprendido.

—Pus lo que pasa es que yo podré sufrir que tú jagas conmigo una carnicería; pero lo que es oír tocar la guitarra al señor Curro, lo que es eso, no lo aguanta el hijo de mi madre, que esté en gloria.

Sonrió zumbonamente el *Ferrolano*, y dijo, soltando la guitarra sobre la banqueta:

—Está bien, hombre, está bien, y arrieritos semos, y no tenga usted cuidiao, que más largo es el tiempo que la fortuna.

El *Miriñaque*, para entretener al poco diestro tañedor, dió comienzo a contar y comentar las noticias más frescas de las que por el barrio corrían desde aquella mañana.

—¿Sabe usted lo de la hija de la Agueda?

—¿Se ha metío a mujer de bien por casolidad?

—¡Ca! Lo que pasa es que er *Roña* ya la ha dejao por Pepilla

la del *Tarugo*, porque, según dice, el último *churumbel* que le ha traído la Agueda es to una miniatura de Joseíto el *Barreno*.

—Eso no tée na de particular. Y si no, vamos a ver: ¿por qué te parece tú tanto a tu pare?

—Hombre, a propósito de parentesco: no sabía yo ni naide sabía que tuviera usted una sobrina de las de ole con ole.

—Toma, como que yo cuasi lo ignoraba también; no te diré más sino que yo no la conozco entoavía.

—Pos yo tampoco la he visto; pero jace un rato estuvo aquí el *Niño de los Caireles* y agua se le jacía la boca al *gachó* na más que de platicar de ese proigio.

Cuando el *Ferrolano* salió de la barbería, como sentíase ya más que impaciente por conocer a la hija famosa de Antofico el *Macarreno*, se dirigió a la casa de éste murmurando:

—Vamos a ver si es verdá u si no es verdá que esa *gachí* se merece una salita pintá al temple y una camita dorá y un mosquitero de tul y una colcha de damasco.

Y mientras el señor Curro dirigíase hacia el Huerto de los Claveles, no sin detenerse acá y acullá en chispeantes coloquios con tal o cual moza de rumbo, le preguntaba Isabel a su madre, poniéndose delante de ella en actitud digna de ser immortalizada por cinceles y por buriles:

—Qué, ¿estaré ya de recibo?

La verdad era que estaba Isabel pidiendo una moldura de oro, con su falda de percal celeste adornada de nítidos entredoses, con su delantal blanco, con su pañuelo de crespón que se le atersaba sobre el seno rígido y tembloroso, y con el cabello abullonado sobre la nuca y encrespado sobre la frente, y luciendo en él, como colocadas entre sus ondas por un artífice inspirado, algunas flores de pétalos purpurinos.

—Estás—repúsole su madre, tras contemplarla como arrobada durante algunos momentos—pa que al que te mire le dé un síncope, si es de ley. Y hazme el favor de no asomarte a la reja, no sea cosa que si te ve el chavalillo que te arrulla se pasme del sobresalto.

Isabel sonrió y murmuró, pensativa:

—La verdá es que el Joseíto es más salao que la mar y más bonito que el oro.

Rósario hizo un mohín desdeñoso y exclamó:

—Pos lo que es a mí no me lo parece; como que es cuasi tan subió de color como el *Pollo de los Billares*.

—No me miente usted a mí ese hombre, que, además de tener mal ange y malos los centros, es un *gachó* to fantesía y to malos y más que malos propósitos.

—Pos no te creas tú que sea santo de mi gusto, que tampoco yo lo pueo ver, sobre to dende que me dijeron que había jurao no permitir que te casaras con naide.

—Esos son faroles, y si no, ya verás tú como cuando llegue la hora, si llega, no dejo yo de casarme con el hombre que más me guste, por mo del de los *Billares*.

—Con tal que no sea con ese *calé* cuasi en babero que te ronda...

—¿Y qué tiée de malo ese *calé*? Pos sa menester que sepas tú que no cierro yo los ojos nunca cuando lo veo, al asomarme a la ventana.

—Oye tú, Rosario, y tú, Isabelilla, que por ahí viée ya el pariente—dijo en aquel momento el señor Antonio, penetrando rápido en la habitación.

Ambas mujeres se dirigieron hacia la puerta y miraron recatadamente hacia la calle.

—Aquel que viée andando como si trujera al hombro el capote de paseo—dijo el señor Antonio.

—Pos tiée güen postín el hombre, ¿verdá, tú?—dijo Rosario, dirigiéndose a su hija.

—Sí que no lo tiée malo der to—le repuso ésta, retirándose al interior para no ser sorprendida en la puerta por su famoso pariente.

V

Cuando el *Niño* penetró en su casa, su madre, Rosalía la *Mira-flores*—un tiempo sin rival hermosura de la gitanería malagueña—, entreteníase en hacer prodigios con la aguja, sentada en el centro del reducido patio, al que servía, a modo de dosel, un verde parral, por entre cuyas florecientes pámpanas deslizaba el sol sus rayos, bañando en su luz la figura de Rosalía, una cuarentona de hermosas y algo viriles facciones, de ojos grandes y dormilados, de labios gruesos y purpurinos, de espléndido cabello encrespado a modo de reluciente melena, de talle aún reducido y elástico, de seno voluminoso, de pierna redonda y fuerte, a juzgar por las pérfidas delaciones de la falda de coco color de rosa adornada de amplísimos volantes atreñillados de negro; de pie breve y pulido, y vestida y adornada, además de con la falda de percal, con una chaquetilla de la misma tela, que desaparecía casi bajo el amarillo pañuelo que contorneaba sus tentadoras arrogancias; con una gargantilla de coral que ceñíase en múltiples vueltas a su cuello redondo y atezado; con grandes arracadas de cordobesa labor que pendían de sus orejas, de una pequeñez inverosímil, y con una peineta calada de carey

que brillaba al sol que la hería como un arabesco de oro entre las ondas anilladas de su magnífica cabellera.

—Que Dios te bendiga, mare—dijo, penetrando en el patio, Joseíto y posando en aquélla una mirada triste y acariciadora.

La *Miraflores* posó la suya llena de intensas ternuras en su gallardo retoño, y

—¿De aónde viéen ahora los ojitos e mi cara?—le preguntó con voz dulce y zalamera.

—De darle una miajita de talón a la potranquilla del *Lele*, que ca día está más resabía y más peor y con más rabia al castigo.

—Como que por eso te la ha endosao a ti el *gachó*, que es un catedrático como el *Tole*, que ha venío a deshacer el trato de los dos muletos que le vendiste, porque dice que los dos están la mar de mal educaos.

—¿Mal educaos? ¿Si querrá el *gachó* que cuando lo vean los muletos le pregunten por la familia?

Durante algunos instantes quedaron en silencio madre e hijo. Este empezó a pasear meditabundo por el reducido patio, y aquélla, tras extender los esculturales brazos en un gracioso desperezo, le preguntó, sonriendo maliciosamente:

—¿Qué te pasa a ti, mi niño, que jace ya dos o tres días que tiées la carita morena que hay que peirle el “quién vive”?

—¿Yo? ¡Qué voy a tener yo!... Naíta tengo.

—Pero ¿tú no sabes que tu maresita, además de ser la vendeora más de punta de toíta España, es cuasi una jechicera?

—Por lo regraciosa, sí que lo es catorce veces lo menos.

—No, por otra cosa. Y si no, ven acá tú y dame tu mano, que te voy a dicir la güena ventura.

Joseíto sonrió, y acercándose a su madre le presentó su mano, diciéndole:

—Güeno, pos vamos a ver si me adivinas de verdá la *duquita* de muerte que está pasando el *gachó* que más te quiere.

Rosalía, recordando su primera juventud, aquella juventud suya tan llena de escaseces como de pasiones y de alegrías, durante la cual tantas veces hubo de ganarse el sustento oficiando de gentil y popular pitonisa, cogió entre las suyas la mano de su hijo, y tras examinarla con afectada solemnidad durante algunos instantes, le dijo con voz melódica y quejumbrosa:

—Oye tú, resalao; oye tú lo que a ti te va a platicar la gitanica, que lo que de su boca va a salir va a ser to un chorrito de verdaes. Tú tiées en mitá der corazón una penita en flor y una esperanza en capullo, dende una tarde en que se recrearon los *clisos* e tu cara en los de una *gachí* con los suyos como soles, algo quebraílla de color,

con el pelito rubio y anillao, con la boca más rechica que una tumbaga, con er talle de avispa, con er pecho que es un cofrecito de marfil, con los *pinreles* como dos sarcillos; una *gachí* que cuando abre la boca, aonde ella está no se güele más que a romero; una *gachí* que tiée liria en el metal de la voz y liria en toa su presonita gitana.

—¡Ay, mare, que me va pareciendo a mí de *chipé* eso de la jechicería!

—A ti, al ver a esa paloma—continuó la *Miraflores* sin parar mientes en la interrupción de aquél—, se te mudó la color y se te paró la sangre en las venas cuasi, y la *duquita* que dende entonces te jiere a ti en mitá der pecho como un puñal de tres filos, es que ese primor de primores no entorna los párpados cuando te mira, y la esperanza en capullo que a la verita de tu pena te florece, es que tú sabes que esa *gachí* no le ha tomao voluntá a ningún otro hombre entoavía. Pero alégrate tú ya, corazón mío, porque lo que la gitánica está leyendo en la parma de tu mano es, salero, que día llegará, mu pronto, en que esa pícara castellana se pondrá amarilla y con ojeras na más que de pensar en tu cara, en tu garbo y en tus andares, y ese día no ha de tardar más de lo que tardan en morirse los claveles y en blanquear la albacaca.

Joseíto, a medida que su madre había ido como iluminando su horizonte con sus azules profecías, había ido, a su vez, desarrugando el entrecejo.

—¡Ay, mare, que de amarguita como la tuerca que la tenía, me has puesto tú la boca más reducee que un caramelo!

—Y ahora—continuó la *Miraflores*, posando en su hijo una mirada preñada de maternales halagos—, ahora que ya la gitana te ha dicho lo que te tenía que decir, y te ha puesto la boca tan durce como la miel, a ver si tú se la pones también a ella durce con el azúcar que tú sabes, que es el azúcar de su gusto.

Joseíto rodeó con un brazo el cuello de su madre, y exclamó, posando una granizada de besos en sus bronceadas mejillas:

—Toma, y toma y toma, que me has llenao de flores el corazón y de flores toíto er pecho.

—¡Camará, que la vas a destefñir!—exclamó en aquel momento, penetrando en el patio, el señor Juan el *Tardío*, un *calé* medio tábiro, todo hueso, piel y tendones, que había tenido la alta honra de sostener sobre la pila bautismal al legítimo descendiente, según podían certificar los libros de la parroquia, del difunto Joseíto el *Calderero* y de Rosalía, la un tiempo sin rival hermosura de la gitanería malagueña.

Apartó ésta dulcemente a su hijo, y exclamó, dirigiéndose al recién llegado:

—Qué, compadre, ¿vió usted por fin al *Tolete*?

—Le vi y se arregló la cosa, gracias a que me trompecé al señor Curro y a que el señor Curro me jechó el hombre una mano.

—¿Y le dijo a usted el señó Curro si vendría aluego, si no vendría?

—No, no me dijo na. ¡Pero como ahora el hombre, con la llegó de los de Sivilla, no tiée tiempo ni pa quitarse la caspa...!

—¡Pos no le ha entrao mu fuerte al *gachó* eso de visitar a la parentela!

—¡Es que como la Rocío es una *gachí* que pega más que la goma laca!...

—Pero ¿es que el señor Curro le está tirando los chambeles a la Rocío?—le preguntó Joseíto con voz trémula.

—Hombre, te diré. Yo de eso no estoy enterao a ciencia cierta; pero como al señor Curro le gusta tanto lo güeno, y la de Sivilla es toa de canela de Ceylán y toa de azúcar de pilón...

La *Miraflores* había puesto algo pálida oyendo al *Tardío*, que continuó como si se gozara en comentar la índole mujeriega y apasionada del *Ferrolano*.

—Pero ya se le pasará. A él esas cosas no le duran más que lo que al león la calentura.

—Pos que de salú le sirva—exclamó, irónica y desdenosamente, la *Miraflores*; y después, dirigiéndose a su hijo, le preguntó—: ¿Tíees tú ya ganas de comer, prenda mía?

—¿Yo? ¡Ca! Ahora no como; ahora voy a ver si me trompiezo por ahí con Tofiuelo el *Carambuco*.

Y Joseíto salió del patio sin poder evitar que su rostro reflejara la zozobra que habían puesto en su espíritu las palabras de su padrino al tratar de la repentina afición del *Ferrolano* a visitar a los recientemente trasplantados desde el barrio de la Macarena al Huerto de los Claveles.

VI

—¿Sabes tú, Isabel, que cuando el señor Curro te mira parece que se quea como si estuviera embarsamao?

Y esto se lo dijo Rosario con picaresca expresión a la *Rocío*, que, inclinada sobre el lebrillo, porraceaba briosamente la ropa, y la cual, al oír a su madre, se secó las manos en el delantal, y después de colocarse el pañuelo del cuello a la cabeza para mejor defenderse de los rayos del sol, le repuso:

—Pos bien poía el güen hombre desembarsamarse, que no está ya el *gachó* pa tomar esas posturas.

—¿Y por qué no ha de estar pa tomar esas posturas? ¡Pos apenas si tiée simpatías el *Ferrolano*!

—No, antipático yo no digo que lo sea; pero tamién tiée una panza que está pidiendo un saludo, y ya es la mar de farta la que le están jaciendo dos corchetas en los carrillos.

—¡Menos corchetas! Como que te parecerá a ti mejor ese diputao en Cortes que te pasea la calle como si fuese el sereno.

—¡Güena diferencia va, *chavó*! Pus no es mu gracioso ni mu bonito ese diputao a Cortes que tú dices.

—Pero, hija, por Dios y por su Santísima Madre; si es que ese *gachó* no tendría precio pa tinta china.

—Güeno, será una miajita subió de color; pero es la mar de bonito y la mar de pinturero, y tú no sabes lo bien que canta lo que dice...

—Pero ¿es que tú sabes ya cómo canta lo que dice?—preguntó la señora Rosario interrumpiéndola, llena de asombro, a su hija, la cual, algo desconcertada, le repuso:

—Te diré... Como hier tarde se arrimó a la reja, y no era cosa de darle un escopetazo...

—¿Y por qué no me has dicho tú a mí eso jasta ahora?

—¡Pus porque como la cosa no tiée naíta de particular..., pos velay tú!

—¡Que no tiée naíta de particular!... Pos suponte tú que se enterara el *Ferrolano*.

—¿El *Ferrolano*? ¿Y qué le puée importar al *Ferrolano* que yo platique u no platique con quien a mí me dé la repotentísima gana?

Rosario miró a su hija de hito en hito, y después murmuró con marcada expresión de reproche:

—Güeno, pos manque no le importe al *Ferrolano*, me importa a mí, ¿sabes?; a mí, que no quiero que tú güervas a platicar con ese *gachó* en to lo que te quea de vía. ¿Tú te enteras?

—Sí que me entero—le contestó Isabel, y sus manos pequeñas y enrojecidas tornaron a porracear rabiosamente la ropa, salpicándose toda de jabonosas espumas.

Cuando, ya terminados sus quehaceres, fuése a su habitación, se dirigió a la ventana y posó una mirada al través de los blancos visillos, en la radiante perspectiva.

Delante de ella, una vez salvado el a la sazón seco cauce del río, destacábanse llenas de risueños verdores algunas huertas mal abrigadas de las grandes avenidas por un muro débil y ruinoso; algunas añosísimas palmeras daban algo de oriental al paisaje, en

el que se confundían en conjunción esplendorosa, bajo un cielo de zafir, con los tonos ardientes de los campos floridos, la nota blanca de los lagares y la multicolor de las accidentadas laderas en que eternamente parecen jadear a modo de retorcidas greyes, los frondosos olivares.

Los ojos de Isabel espaciábanse complacidos por la radiante lejanía, cuando de pronto vió avanzar a los lejos a Joseíto, erguido como una estatua sobre la típica silla jerezana de su briosa cabalgadura, sosteniendo junto al pecho, con ambas manos unidas y en alto los codos, las fuertes riendas, la cabeza algo inclinada hacia adelante y haciéndole marcar el paso a su caballo con ritmo lento y de insuperable elegancia.

Joseíto llegó frente a la reja donde en aquel momento una mano furtiva levantaba rápida los visillos, y pudo ver, al través del limpiísimo cristal, el rostro de la Rocío, que parecía decirle, con el dulce mirar de sus ojos de antílope enamorado: "Ven esta noche si quieres, que yo sé mu requetebién que lo prometido es deuda."

VII

La noche era apacible e invadíalo todo la luna con sus argénteas claridades, cuando Joseíto, llegando frente a la ventana de Isabel, se detuvo. La calle estaba solitaria; los vecinos, jornaleros en su mayoría, buscaban en el sueño un paréntesis consolador a la fatigosa brega diaria; sólo algún que otro transeúnte desfilaba, de vez en cuando, por junto a nuestro enamorado; éste sentíase febril; su pensamiento era un hervidero de ilusiones, de incertidumbres y esperanzas; la naciente afición del *Ferrolano* a la Rocío habíale llenado el corazón de sombríos presentimientos; el *Ferrolano* era algo a modo de una institución dentro de su hogar, sobre el que venía proyectando sombra bienhechora desde tiempos para él casi desconocidos, y razón tenía su madre al decirle, como le decía, que si aquél intentaba tomar aquella graciosísima fortaleza, hacíase preciso que al intentarlo se encontrase con que ya él había izado en ella sus victoriosos pendones.

Y algunos minutos de espera llevaba ya nuestro chaval delante de la ventana, cuando, entreabriéndose ésta sigilosamente, una voz melódica y susurrante resonó como una caricia en sus oídos:

—No dirá usted que yo faltó a mi palabra.

—Ha jecho usted bien, poi que de no salir me hubiera yo díó a to vapor, y esta misma noche, aonde se arremata la pena.

—Hombre, por Dios y por su Santísima Madre, que no es la

cosa pa tanto; y sobre to, que si yo me he asomao es na más que pa decirle a usté que se vaya, porque yo no estoy por darles una esazón a los que mejor me quieren, ni por amanecer mañana, si los del resguardo me ven, con to el cuerpo dolorío.

—Yo no me voy ni usté se va, poi que si usté se va, mañana amanece entre cuatro velas el *Niño de los Caireles*.

Y con una inflexión de voz tan dulce, tan suplicante, tan hondamente sentida hubo de decir esto Joseíto, que más de dos horas eran transcurridas cuando decíale a éste la *Rocío*:

—Pos hágame usté el favor de dirse ya; que si no se va usté ahora mismo, lo que es otra noche no me da a mí, por mo de usté, tanto el relente en la cara.

Isabel, sin darse cuenta de ello, había dejado que ganase el primer reducto Joseíto. La voz de éste había resonado en su alma con, para ella hasta entonces, desconocidas cadencias; además, su rostro juvenil y atezado, mientras hablaba con ella, brillaba como lleno de poderosas fascinaciones; sus enormes ojos fulguraban pasionales y bravíos; en sus pupilas hondas y febriles centellaba algo poderosamente avasallador; la sangre, abrasada por el deseo, coloreaba sus tersas mejillas; su boca entreabierta daba paso a un hálito viril y calenturiento.

Isabel habíase sentido, oyéndole y mirándole, como envuelta por una de las espirales de aquel a modo de torbellino de ansiedades y de ternuras, y cuando aquél, todo trémulo, más que pedirle hubo de mendigarle una sola flor que prender en su pecho enamorado, también trémula, también balbuciente, con la tez encendida, bajo los ojos y trenzando y destrenzando los flecos de su pañuelo de talle con dedos temblorosos, habíale dicho con voz tímida:

—Yo sería la mar de gustosa; pero...

Cuando Joseíto se alejó de la reja, no sin volver la cara una y otra vez hasta perderla de vista, sentíase con alocados impulsos de brincar, de gritar, de correr y de dar a los cuatro puntos cardinales la fausta nueva del glorioso triunfo alcanzado por él sobre la *Rocío*.

VIII

El día en que el señor Curro el *Ferrolano*, deseoso de conocer la tan decantada hermosura de la gentil sevillana, hubo de llegar por vez primera a casa de ésta y de encontrarse frente a frente con ella, abrió los ojos hasta casi hacerse sangre en los lagrimales, se persignó con unción evangélica, quitóse airosamente el paverio y, al par que buscaba un punto de apoyo como para no caer desplomado, díjole a la muchacha:

—¡Camará, pos di tú que verte a ti es cuasi morir de repente!
—¿Será preciso avisarle al confesor?—preguntóle aquélla, sonriendo.

Rosario, halagada en su maternal orgullo, exclamó:

—¡Ay, qué desageradísimo que es usted y qué requetegracioso!

—¿Desagerao? ¡Lo que es una lástima es que tenga yo ya tan poco de recibo la dentaura!

—Pero ¿es que le han entrao a usted ganas de morderle a la familia?

—Yo ya no estoy pa esas hombrías; pero es que hay cosas que asoliviantan a un cuatro veces difunto.

La conversación tomó en breve giro más serio, y mientras los macarenos y el *Ferrolano* hacían una poca de historia retrospectiva, Isabel entreteníase en mirar por la ventana a una golondrina que desde uno de los alambres del telégrafo parecía, más que trinar, sostener una acalorada disputa con alguna otra de sus aladas compañeras.

Durante todo el tiempo que duró la conversación, no dejó el señor Curro de estudiar con furtivas miradas de hombre experto los encantos de la *Rocío*: su cara algo redonda, sus ojos oscuros llenos de poderosas emanaciones, la pequeñez absurda de su boca algo deprimida, lo gracioso e insignificante de su nariz, la tersura de su frente, el correcto dibujo de su barba y el maravilloso de su cuerpo grácil, esbelto y elástico, lleno de tentadoras curvaturas.

El señor Curro había sentido, estudiando sus hechizos, respirar como en tiempos mejores la gran bestia adormecida por los años que llevaba en la sangre y que tantos desafueros había hecho cometer en su larguísimo reinado; y cuando, tras despedirse de los macarenos, no sin prometerles antes una nueva visita para el siguiente día, llegó a su casa, fué al patio, sombreado por dos frondosas higueras, se despojó de la americana, libró su vientre de los despotismos de la trinchera, y tumbándose en una butaca de lona colocada para su exclusivo uso a la sombra de uno de los copudos árboles, y entornando los párpados, sumióse en una honda y grave meditación.

El *Ferrolano* pensaba en la *Rocío*, y la razón y el deseo libraban en él una vez más una de sus eternas escaramuzas.

“No seas tú lila—decíale el deseo con acento persuasivo—; esa *gachí* es la más regraciosa que tú te has trompezao por las vereítas del mundo, y si tú consigues embragarla a tu querer, de envidia van a palmar toftos los hombres, y manque aluego Dios te castigue, ¿qué te importa a ti que te castigue Dios, si besar a esa *gachí* en

los labios y beberse su aliento tiée que ser cosa más mejor que la gloria prometía?”

Y cuando el señor Curro, a las pérfidas insinuaciones del deseo, sentía que una dulce y vaga sensación voluptuosa recorría su cuerpo, erguía en él serena y lúcida la razón, y decíale con voz de frías e irónicas inflexiones: “No seas tú loco, guasón, y piensa en que no tos los tiempos son iguales; en que con los años lo más verde amarillea; en que a las abejas lo que les gusta es la ramita en flor y no la rama sin flores; en que tú no estás ya na más que pa que te falten al respeto las mocitas más *baries*; en que ya en ca carrillo tiées más vereítas que pastores un nacimiento; en que mu pronto llegará er día en que podrás dormir la siesta con la barba apontocá en el ombligo, y en que ese *gachí* con que te están *cimbeleando* los parientes entoavía no ha cumplío diecisiete primaveras, y que si te queas enreao en las púas de ese rosál, estás en peligro de acabar tus días como sería un dolor que los acabara un sujeto de tus prendas personales.”

Y oyendo cuanto decían en su polémica misteriosa el deseo y la razón seguía nuestro famoso chalán, cuando llegóse a él la señora María Pepa, y posando en él una mirada interrogadora, le preguntó:

—Qué, ¿por fin visitaste a la gente de Sivilla?

—Sí, señora; como que ahora mismito he güerto de sus *cubriles*.

—Y qué, ¿la *Rocio* es por fin tan bonita como la gente pregona?

—Una barbaridá de bonita.

—¡Pos si es asín, me parece a mí que er tímpano se te va a dir acostumbrando a los gorpes!

—No, eso no; pero sí haré por colocar en un taller al *Macareno*.

Seis o siete días eran transcurridos desde que tuviera lugar la escena que acabamos de narrar, cuando, penetrando en el patio una tarde, díjole a su nodriza con expresión de triunfo el *Ferrolano*:

—Gracias a un *divé* que ya coloqué en el ferrocarrí a Antoñico el *Macareno*.

—Pos deja tú que se enteren en el barrio, donde tos a una dicen que si esa gente han tiraó el ancla en esta badía ha sío na más que con la sana intención de endosarte a la chavala, con o sin el consentimiento del cura; y sobre to, a la que se podrá oír será a la *Miraflores*, que está, según dicen, que trina: primero, por lo que tos sabemos, y segundo, porque como su Joseíto está por la Isabel que ni vive ni asosiega...

—¿Que Joseíto está que ni vive ni asosiega por la Isabel?

Y esto lo preguntó el *Ferrolano* poniéndose grave y arrugando el entrecejo.

—¡Vaya!... ¡Pero si yo creí que tú lo sabías!

—Yo qué diba a saber que estuviera el mozo brincando por su presona.

—Pos así está, jaciendo casi pucheros por ella.

—Pero a ti eso, ¿quién te lo ha dicho?

—¡Pero si eso está a chavo y a cuarto! ¿Que quién me lo ha dicho? Pos la mar de gente...: el *Rape*, la *Chirrina*, la *Tojeña*, el *Pupi*, la *Tolosa*... ¡Qué sé yo! Toíto er censo.

El *Ferrolano*, que habíase puesto sombrío y cejjunto, tras algunos instantes de meditación, exclamó, dirigiéndose de nuevo hacia la puerta de la calle:

—Pos mira tú: eso que tú dices que dicen me ha llegao tan a lo vivo, que ahora voy yo a enterarme de si es verdá u no es verdá eso de que esté loco por la Isabel el *Niño de los Caireles*.

IX

Cuando el señor Curro penetró en la casa de Rosalía, díjole ésta, fingiéndose cómicamente asombrada:

—¡Pero es posible, Señor, es posible! ¿Tú por aquí? ¡Virgen de las Angustias! Un *divé* quiera que no se lleguen a enterar los macarenos.

El *Ferrolano*, al que no se le había aún desarrugado la frente, dijo al par que se sentaba:

—¡Qué quiées, mujer!...

“Es que he estao malito en cama
con el curita a la vera...”

—No es mala enfermeá la que te han farturao a ti desde Sivilla.

Y la *Miraflores*, encendiéndose en santa cólera al pensar en las eternas traiciones del hombre preferido, se incorporó violenta, y ora poniéndose los puños en los ijares, ora blandiéndolos sobre la cabeza del *Ferrolano*, gritó con voz iracunda:

—Y no se te cae a ti naíta al suelo de vergüenza, so mal castellano, de ponerte a tirarle el *chambel* a la *Rocío*, cuando tú ya pa moverte necesitas una polea y pa resollar un fuelle, y sobre to, que es una charraná que está pidiendo un calabozo eso de que tú, sabiendo que Joseíto está tarumba por esa *gachí*, te pongas en mitá de su camino pa ganársela por *parneses*.

El *Ferrolano*, que había aguantado el aguacero sin pestañear si- quiera, dijo cuando Rosalía hubo puesto fin a su belicosa plática:

—¿Te quieres tú callar? ¿Quiées tú sentarte? ¿Quiées tú oirme? ¿O quiées tú que salga de estampía y no pare jasta que me dé el “alto” un centinela?

La *Miraflores* juzgó oportuno hacer lo que el *Ferrolano* decía, y exclamó, acompañando la acción a la palabra:

—Ya estoy callá..., ya estoy sentá..., ya te oigo.

—Pos bien—dijo aquél, no sin dejar escapar antes un resonante suspiro—: dime si es verdá eso de que José está prevelicao por mi parienta la *Rocío*.

—La *chipé*. ¡Más loco que una campana!

El señor Curro, a la rotunda afirmación de la *Miraflores*, se mordió los labios, suspiró de nuevo y continuó tras una breve pausa, durante la cual sus ojos se llenaron de melancólico desaliento:

—Pos bien: es mucha verdá que yo en estos seis u siete días que te he fartao he dío a ca de los *Macarenos*; es mucha verdá que a mí me gusta la Isabelilla cuasi tanto como tú; es mucha verdá que jasta pensé en tirarle el *chambel*, pero tamién es mucha verdá, y yo por mi muerta te lo juro, que jasta jace un ratillo que me lo dijo María Pepa, no me he enterao yo de lo de Joseíto, y que yo al saberlo, lo primero que jice fue quitarle al *chambel* los anzuelos, y que ya no quería yo a la *Rocío* ni manque me la engarzaran en diamantes y en rubies.

—¿Y eso dices tú que me lo juras por tu muerta?—le preguntó ansiosamente Rosalía.

—Por mi muerta te lo juro.

Un suspiro de satisfacción brotó de los bermejos labios de la *Miraflores*, que continuó:

—¡Camará, y qué *duquitas* de muerte que me has hecho pasar! ¡Cuándo querrá Dios der cielo que tú te recojas a güen vivir, y de que ca mujer te parezca un terremoto!

—Y oye tú: ¿a la Isabel le gusta u no le gusta el Joseíto?

—¡Pos no le ha de gustar! ¿A quién no le gusta un durce?—exclamó radiante de orgullo la *Miraflores*; y después, ya serena y sonriente, preguntó al *Ferrolano*:

—Y vamos a ver: ¿qué te parece a ti de eso de los quereles del chaval y de la chavala?

—Pos te diré: a mí la chavala me parece de finos metales; pero, en cambio, la que la trujo al mundo y el que medió en el *chapú*, no me güelen ni a tomillo ni a romero; y la verdá es que no quisiera yo que siguiera Joseíto por esa trocha en tanto y cuanto yo no me entere bien de qué es lo que se traen en el arca esos *gachones*.

—Pos más difícil es eso de lo que a ti se te figura, porque el chaval está en to er celo, y cuasi toas las noches platica de matute con la Isabel por la ventana.

—Pos eso es una cosa esaboría, porque esa *gachí* tiée una gota

de miel en ca poro; pero, en fin, qué se le va a jacer; tendremos pasencia y que trabaje él la partía a la luz e la luna, que yo la trabajaré con la luz que él no *habillela*.

—Pero ¿es que tú vas a seguir en esas lindes?

—¿Pos no he de seguir tratándose de quien se trata? ¿No comprendes tú que quiero yo enterarme de si la *Rocío* es capaz, gustándole Joseíto, de rendirse a mis dineros?

A Rosalía no le supo aquello a gloria, sin duda, porque volviendo a fruncir la frente, murmuró:

—Es que como esa *gachí*, según tú dices, tiée una gota de miel en ca poro...

—¿Y qué me importa a mí ya que tenga no una gota, sino un panal en ca uno? Pa mí ya esa *gachí* como si fuera mismamente un relicario.

—Pero ¿y si ella se rindiera a tus *parneses*?

—Si eso pasara, ni pa él ni pa mí—dijo con grave entonación el señor Curro.

—Pero es que, además, Joseíto ya está cabreándose contigo, y como él no sabe na de lo que no debe saber, y tiée un genio tan súpito y... tan poquísimos aguantes...

—No tengas tú cudiao, que si a mí se me arrancara el chotillo por derecho, ya lo capearíamos al alimón, y si ahora tiée que pasar algunas *ducas*, que las pase, que puée ser que si la *Isbael* se lo gana, concluya por encontrarse el chaval con toas las de la ley con la *Isabelilla* a pasto.

X

No carecía de fundamento la inquietud de la *Miraflores*, que llenábase a Joseíto la cabeza de belicosos propósitos cada vez que pensaba en que pudiera el *Ferrolano* llevarse en el pico la alondra, la dulcísima alondra de sus amores.

Esta, a quien la charla apasionada y la juvenil hermosura de aquél habíansele ido metiendo en la sangre y en el corazón, se vela y se deseaba para contenerlo cuando la ira tomaba en él alarmantes proporciones.

—Pero, hombre, ¿a ti qué te importa que el *Ferrolano* se destiña u no se destiña por mí, si pa mí ese *gachó* con toítas sus escrituras no vale lo que una pestaña de los ojos de tu carita morena?

—Pero es que los que a ti te trujieron al mundo son unos to agonía, que no te dejan vivir pa que tú parlamentes con el *Ferrolano* y a mí me des la arsoluta.

—Primero, que eso que tú dices no es verdá; y segundo, que, manque fuera así,

“Yo soy reina de mi gusto
y en mi gusto naide manda.”

—Es que tú no conoces como yo al señor Curro, y yo sé que ese *gachó* no dejará de trabajar la partía (si no puée contigo, con los tuyos) pa quitarme la única flor de mis jardines. ¡Y si eso pasara, si a mí me quitara mi tesoro el *Ferrolano*!...

Y los dientes nítidos del *Caireles*, al decir esto, rechinaban siempre, y siempre le brillaban los ojos con expresión siniestra y amenazadora.

Isabel faltaba descaradamente al octavo mandamiento al asegurar que el señor Curro no hacía por conquistar su corazón. El señor Curro no dejaba de poner en juego, para con ella, su vasto repertorio de astucia de viejo galanteador, y muchas veces, siempre que encontraba oportunidad, solía decirle con voz acariciadora y mirándola con aletargada pupila:

—La única pesaumbre con que hoy yo voy por la vía es con la de que mi madre me echara tan pronto ar mundo; porque de haberme jechao una miajita después, no sabes tú los proigios que estaría yo jaciendo a estas horas por ganarte, por que fueses tú la mía compañerita; y si tú fueses la mía compañerita, en un fanal y vestío con túnicas e brocao había yo de tener el recreo de mis ojos.

Isabel oía todo aquello como quien oye llover, y concluía siempre por decir burlaburlando:

—Pero como a su madre de usté le pareció la cosa tan urgente...

Los *Macarenos* ardían en cólera cada vez que oían alguna de las chirigotas con que su heredera mantenía en respeto al señor Curro, y cuando quedábanse con ella a solas, eran de oír las pintorescas peroraciones con que la Rosario intentaba encarrilar a su hija por el carril de su gusto.

Y mientras los codiciosos progenitores de Isabel esforzábanse inútilmente en catequizar a ésta, empleábase la *Miraflores* casi todas las horas del día en consolar, despistar y refrenar a su hijo, al que le decía por tarde, noche y mañana, con monótona insistencia:

—Hombre, no seas tú de tan malito pensar. ¡Cómo va a ponerle la proa el señor Curro a esa goletilla de náca!

—Pos se la pone, marecita, se la pone. ¡Y si no fuera por lo mucho que a ese *gachó* le debemos!...

Y el rostro, y la mirada y la actitud de Joseíto, siempre que decía

esto o cosa parecida, hacían palidecer a su madre, la cual repetía también diariamente al *Ferrolano*:

—¡Mira, Curro, que al chaval se le va gastando el seguro, y er día menos pensao va a dar el muchacho un estallío!

Y en este estado estaban las cosas, cuando una noche Isabel, después de la diaria nocturna entrevista con Joseíto, y cuando, después de haberlo perdido de vista, disponíase a cerrar la ventana, un hombre saltó ágil por encima del muro situado frente a su vivienda, y, acercándose rápido a ella, le dijo con voz incisiva y fatigosa:

—No cierres tú, salero, que quieo yo esta noche jecharte una serenata.

Isabel miró, pálida y sombría, al recién llegado, y murmuró con acento trémulo y con expresión asustada:

—¡El *Pollo de los Billares*!

XI

—¿Usté aquí?—balbució Isabel, mirando, llena de asombro y de ira, al recién llegado.

—Yo mismo; yo, que soy hombre que cumple lo que promete.

—Pero yo qué tengo que ver con usté, ni qué tengo yo que hablar con usté, ni usté quién es pa arrimarse tan siquiera a mí ventana—exclamó bruscamente la *Rocío*.

El *Pollo* la contempló con mirada torva, y tras un breve silencio, dijo con voz de irónico y amargo dejo:

—Tiées razón; yo no soy quién pa mandar en tu presona; pero soy quién pa cumplir los juramentos que hago, y además—añadió dulce y apasionadamente—que ya sabes tú que yo no pueo vivir sin ti, y que sin ti no vivo yo, y que pa mí contigo serían las hojas flores y hojas las ramas, y que yo no pueo dejar que tú seas pa ningún otro hombre; que no puées tú figurarte el contravapor que me he tenío yo que dar esta noche pa no acusarle a ese chaval las cuarenta. Pero es que ese chaval es un chaval, y como a mí no me gusta pelear con chavales, pos me jeché la galga, lo que no gorveré a jacer si tú mañana mismo no le dices que no güerva más por aquí, porque si güerve le mato.

Isabel miró al de los *Billares* con sombría fijeza, temblaron sus labios, y no encontrando, sin duda, frase con que castigar el injustificado despotismo de aquel hombre, cerró brusca y rápidamente la ventana.

Una ráfaga de cólera contrajo el semblante del de los *Billares*, que levantó un punto la mano crispada sobre la reja; pero logrando

dominar su ira, y tras vacilar un instante, se alejó, murmurando con voz ronca:

“Me parece a mí que ya he perdido yo jasta el billete de güerta.”

Isabel no pudo cerrar los ojos durante toda la noche; durante toda ella no dejó un punto de ver en su imaginación al de Sevilla, su rostro bronceado como el de *Caireles*, de ojos hermosos y pérfidos, de labios finos y de mejillas demacradas, y parecióle, durante toda la noche también, estar oyendo cómo aquél le repetía, con voz irónica y de amenazadora entonación:

“Lo que no gorveré a jacer si tú mañana a la noche no le dices a ese chaval que no güerva más por aquí, porque si güerve le mato.”

Isabel recordaba todo cuanto un tiempo hubieron de decirle los apologistas del de los *Billares*, de su índole alocada, cínica y pendenciera, y recordándolo sentíase llena de miedo por lo que con él le pudiera ocurrir a Joseíto, y llena de angustias, y dando vuelcos y más vuelcos en la cama, aguardó la llegada del día, y apenas la indecisa luz del amanecer empezó a iluminar el espacio, se arrojó, calenturienta, del lecho.

—Oye, tú, ¿qué es lo que hoy a ti te pasa?—le preguntó su madre, mirándola sorprendida.

—Na, madre, na; que he tenido un mal ensueño esta noche.

Cuando aquella tarde llegó, como de costumbre, el *Ferrolano* a la casa, también hubo de preguntarle:

—¿Qué te pasa a ti, salero, que tiées tan armá en corso esa carita graciosa?

Isabel procuró sonreír, y le repuso, sacudiendo ligeramente los hombros:

—Qué quíée usted que me pase, na. Es que a mí me ponen de estas jechuras los terrales.

Durante media hora charlaron Rosario y el señor Curro de cosas pueriles. La primera, que se desvelaba siempre por neutralizar el desdénso indiferentismo de su hija para con el pariente con su verbosidad tan chispeante como pintoresca, habló como una descosida, y ya empezaba a languidecer la conversación cuando penetró en la casa el señor Antonio con aire seriote y meditabundo.

—¿Por qué has tardao hoy tanto? ¿Es que al salir del taller te han llevao a la grillera?

—¡Ca! Que al salir me trompecé con uno de Sivilla que me jizo entrar a tomar unas cañas en ca de Joseíto el *Trompeta*.

—¿Uno de Sivilla?

—Un mala hora: el *Pollo de los Billares*.

Rosario cruzó con su hija una mirada preñada de inquietudes, y después exclamó con acento rencoroso:

—¡Qué lástima que al pasar el tren que lo trujo no se hubiera jundío el túnel de la Canasta!

—Pero ¿quién es ese de los *Billares*?—preguntó, lleno de curiosidad, el *Ferrolano*.

—Un mal ánge; uno de los que cobran el barato en to el barrio de Triana.

—Un pérdis y un charrán, y un bocón de cuerpo entero—gritó Rosario.

—Un perdío y un charrán no diré yo que no lo sea; pero en lo de bocón, eso es ya jarina de otro costal: que el mozo es de los que le meten un acosón al lucero matutino.

—Pero ¿usté por qué le tiée tan malilla voluntá a ese de los *Billares*?—preguntó a Rosario el señor Curro.

—Pos se la tengo—repúsole aquélla con voz sorda—porque es más malito que er tétano y, además, porque le tiée puestos los puntos a mi Isabel, que no puée verle ni en pintura, y el mu pendón ha jurao que al hombre que ella quiera no le da más tiempo, en cuantito se entere, que pa que se ponga a bien con Dios y pa que se vista de limpio.

—Pus por lo que sé, no es tan malo ese caballero—murmuró irónicamente el señor Curro, procurando disimular sus inquietudes.

—Y no es lo peor que lo haiga jurao, sino que ese mal hombre es mu capaz de cumplir lo que promete—dijo con voz sombría el *Macareno*.

—¡Por vía del que crucificaron en el Gólgota!—dijo el *Ferrolano*. Pero, en fin—continuó, sonriendo forzadamente, dirigiéndose a la *Rocio*—, la verdá es que los ojitos de mi cara diera yo por ser el que tuviera que matar el *Pollo de los Billares*.

XII

—Por tu pare, por tu mare, por lo que tú más quieras en el mundo, que dejes de venir en unos días; mira que mi *bato* está que arde desde que la otra noche nos sorprendió de palique, y no quieo yo amanecer una mañana con el cuerpo con más colores que un loro.

—Pero si es que yo creo que en eso que tú me dices no tiée tu *bato* arte ni parte; si es que me parece a mí que quien en tu casa riza y desenriza la vela es el señor Curro el *Ferrolano*.

—Yo te juro que no. Por los ojos e tu cara que en mi casa no riza ni desenriza naíta ese caballero.

—Pero manque no sea asín, ¿no comprendes tú que yo *parmo* si paso tres días sin verte?

—Pero si yo *parmaría* también si no te viera en tres días; si lo que yo te pío no es que no nos veamos, sino que no platiquemos en tanto y cuanto se le pase la picazón a los míos.

Prodigios tuvo que hacer la muchacha para medio convencer a su gentil enamorado, y cuando una hora después se metió aquélla en la cama, quedóse a poco dormida, pensando gozosa en que había logrado conjurar, por lo pronto, el riesgo gravísimo que amenazaba a aquel pícaro *calé* que de modo tan despótico habíasele ido metiendo en el corazón con sus apasionados decires, con su bizarra apostura y con sus ojos, que tan adormidos como adormecedores, tan ardientes latitudes hacían recorrer a su amantísimo pensamiento.

Y mientras Isabel entregábase al reposo, decíale el señor Curro a Rosalía, sentados ambos en la puerta de la casa de la última:

—Oye tú, que sa menester que platiquemos de lo que más mos duele antes que venga Joseíto.

—Pos si precisamente estaba yo rabiando porque se fuera el *Topacio* pa decirte que José está ca vez más peor y más rabioso y más lleno de celeras por mo de un caballero toíto panza y to mofletes.

—Pos ese caballero toíto panza y to mofletes está hoy que le quita el hipo a cualquiera.

Y tras breves instantes de sombrío silencio, dió principio el *Ferrolano* a narrar a Rosalía cuanto le hubieron de decir horas antes del *Pollo de los Billares* en casa de los *Macarenos*.

—¿Y qué crees tú que se debe jacer?—le preguntó, asustada, Rosalía cuando aquél hubo puesto fin a su relato.

—Lo que sa menester es que yo, mañanita mismo, pía pa mí la Isabel, y que sea conmigo con quien se trompiece el de los *Billares*.

—Es que no quieo tampoco que se trompiece contigo—exclamó con vehemente expresión la *Miraflores*.

El *Ferrolano* miró a ésta con ojos llenos de gratitud, y le repuso:

—No tengas tú cudiao por mí, chalaíta der to; que ese lobo a mí no me muerde, que él sabe mu bien que yo estoy enterao de una malita faena que se cargó y no ha pagao entoavía con un amigo mío en Alcalá de los Gazules.

—Pos si es asín—objetó Rosalía, mirando con aire incrédulo al *Ferrolano*—, ¿por qué no platicas tú con él y le aconsejas que deje en paz a Joseíto?

—Porque eso sería darle que hablar más a las gentes, y además, que de este móo que yo digo mos podremos enterar ya de una vez de quién es el que manda en el corazón de la chavala.

La *Miraflores* quedó perpleja durante algunos instantes, y viendo su perplejidad el *Ferrolano*, continuó:

—Además, que si yo le hablara al de los *Billares*, podría enterarse Joseíto, y suponte tú si Joseíto se diba a conformar con que el otro le diera cuartel porque yo se lo mandara.

—¿Y si la Isabel te dice y les dice a sus padres que no se casa contigo ni manque la jagan compota?

—Pos si dice eso, le pondré yo boca arriba toas las cartas a la Isabel, y ya verás tú cómo entonces empieza a gritar que es a mí al que quiere con tos sus cinco sentíos.

—Y si, lo que no creo yo, ¿apechugara contigo por ser el ama de tu gaveta?

—Eso no pasará; pero si pasara, ya te lo he dicho: entonces pa el gallo de la Pasión o pa el *Pollo de los Billares*.

—¿Y si a Joseíto, al enterarse de la cosa, sin saber que es un *paripé*, se le va der to la chaveta?

—Pos lo encerraremos en un sótano.

—¿Y si embiste contra ti?

—Que me embista. To menos decirle la verdá, porque decirle la verdá sería llevarle a un despeñero.

XIII

—¡Yo no me caso con el señor Curro ni que me jagan catite!

Y los ojos de Isabel, al decir esto, relampagueaban llenos de ira, y su voz era un grito de guerra formulado por una trompeta de oro y de cristal.

—Tú te casarás con el que a nosotros mos dé la repotentísima gana. ¿Tú te enteras?

—Eso no puée ser. Ustedes podrán tirarme al pozo, si quieren; pero lo que es cargar yo con el señor Curro, eso no puée ser; que yo, de casarme, no me caso más que con Joseíto, con mi Joseíto. ¿Tú te enteras?

—Pero ¿no es un dolor que pudiendo tú vivir de aquí alante como las propias rosas, a la vera de un hombre de bien y güen mozo y con *parneses*; con un hombre por el que están brincando las mejores mozas del barrio, lo desprecies tú por ese charrán, que bien podía ser más agraeció y tener más consencia y acordarse más de que to lo que es se lo debe al *Ferrolano*?

—De eso mesmamente era de lo que el *Ferrolano* se debería acordar a toas las horitas del día y de la noche—exclamó Isabel con acento amargo y reticente.

Rosario inclinó los ojos ante la mirada resuelta de su hija, y murmuró, convirtiendo los ojos a las vigas de la techumbre:

—Y críe usted hijos pa esto, y quítese usted la vía por ellos, pa que aluego le den a usted este mal pago.

Y cubriéndose con las manos los ojos como para ocultar las lágrimas, quedó silenciosa, no sin dejar escapar de vez en cuando un hipo quejumbroso.

Isabel la contempló durante algunos instantes en silencio; pero no pudiendo resistir el impulso de una a modo de mano invisible que la impulsaba hacia su madre, se acercó a ésta lentamente y le dijo con acento conmovido:

—Vamos, marecita, que no es la cosa pa tanto.

—Vete de mi vera, so mala; vete de mi vera, que si a mí me hubieran dicho lo que diba a pasar, no hubiera sólo yo la que te trajera al mundo.

En vano agotó Rosario el vasto arsenal de sus hasta entonces invictas armas para vencer la obstinación de su hija, que a cada nuevo acosón de aquélla, decíale con voz firme:

—De eso no hay na que hablar. Yo, de casarme, no me caso más que con José, con mi José, con el *Niño de los Caireles*.

—Pos bien—díjole ya desesperada aquélla—: no te casarás con el *Ferrolano*, pero no te casarás tampoco con ese *gachó*, que es to betún de Judea. Y eso que me dices tú a mí, se lo vas a decir tú también al señor Curro, que dentro de na vendrá pa platicar contigo por la ventana.

—Por eso no se apure usted, que yo saldré a la ventana, y toíto lo que yo a usted le he dicho, se lo golveré a repetir al *Ferrolano*.

Cuando una hora más tarde éste, después de haber hablado con la *Rocío* por la reja, penetró en la casa, díjole Rosario apresuradamente:

—Ya comprenderá usted, señor Curro, que nosotros no tenemos la culpa de que Isabel tenga un mahacate por mollera.

—¿Y eso por qué es por lo que usted me lo dice?

—Pos se lo digo porque yo estoy que me ajogan con un torzal, porque usted pa mí es Dios uno y trino, porque no sé lo que diera yo por estar en el pellejo de mi hija pa estarme diciéndole a usted que sí desde ahora hasta que se me arrematara la cuerda.

—Pero, ¡camará!, u yo estoy tonto der to u es usted la que está tonta perdía. ¿A qué vienen esas cosas cuando a mí me ha dicho Isabel que yo soy pa ella el sol y la luna, y que lo único que siente es lo que va a tardar el cura en dicirme: “Esposa te doy y no sierva”?

Y el señor Curro remedó el tono solemne con que le hubieron de decir las mismas palabras allá en sus ya, por su desgracia, remotísimas mocedades.

La de los *Jazmines* abrió ojos y boca de modo desmesurado, y exclamó:

—Pero ¿es posible, señor Curro, lo que me está usted diciendo?

—Y tan posible—dijo en aquel instante, asomándose al umbral de su sala, la hembra más bonita que hasta por aquel entonces había parido madre, según decían, cabe el río más famoso de los que retratan el cielo andaluz en sus lípidos cristales.

XIV

Joseíto sentíase profundamente inquieto y desasosegado; era la hora en que solía hacer resonar en los oídos de Isabel la monótona, la invariable, la dulcísima canturía de su cariño; era la hora en que todas las noches sus ojos adormecíanse posados en la mujer querida; en que el perfume cálido que de ella emanaba abrasábale la sangre juvenil y poderosa; en que su pensamiento desnudaba procaz y lleno de sensuales codicias aquel seno valiente que ante él ondulaba afanoso y estremecido; en que todo lo veía como al través de aquella mujer a quien los cielos habían dotado, sin duda, de la condición divina de radiar como el astro, de abrasar como el fuego y de aromar como las flores.

Durante media hora paseó errabundo por el barrio; la charla y zumbas de sus amigos le aburrían de igual modo que las de las mocitas que, envidiosas y despechadas, claveteaban en él como en un alfilerito sus pérfidas reticencias y sus aceradas mordacidades.

Al pasar por delante de Antonia la *Castañera*, que sentada delante de una mesilla, al pie de un reverbero, ocupábase en avivar la llama del renegrido anafe, luciendo su rostro achatado y picaresco, su pelo lacio tocado de enhiestos claveles, y su vestido de urdimbre tan pobre como vistosa, le dijo:

—Oye tú, *Caireles*, ¿es verdá que ha vinío de Sivilla uno que cura los agrios?

—A ver, explícame tú eso mejor; que yo me entere—repúsole Joseíto, acercándose a ella y mirándola con torva expresión.

Antonia, que al ver la cara que había puesto Joseíto sintióse arrepentida, se encogió de hombros y le repuso:

—¡Qué querrás tú que yo te explique, salero!

Joseíto se alejó pensativo. Por más que hacía no acertaba a comprender las palabras de la *Castañera* ni la expresión compasiva con

que otras mujeres habíanle mirado al verle pasar solitario de calle en calle; y como su inquietud parecía tomar más y más cuerpo lejos de la mujer amada, dirigióse hacia donde ésta vivía por el polvoriento cauce del río.

Cuando llegó frente a la vivienda de Isabel se detuvo; y como desde donde estaba podía ver sin ser visto la reja, sentóse sobre una de las desigualdades del terreno y posó la mirada en el bien encalado albergue del ídolo de sus ensueños de amor, de la mujer que había pulsado por vez primera en su pecho el mágico cordaje, hasta entonces mudo, de sus ardientes pasiones.

La noche era apacible y luminosa; centelleaban las estrellas en un cielo purísimo; un viento ligero llevaba entre sus flotantes tules las fragancias de los campos vecinos; el cauce partía la población como una recta de silencio, y en alas de la brisa llegaban hasta Joseíto cien vagos rumores, entre los cuales resonaba, de vez en cuando, el melancólico tañido de alguna vihuela o la cadencia sentimental de alguna copla gitana.

Durante una hora permaneció allí nuestro héroe, y ya se disponía a regresar más tranquilo al barrio, cuando un hombre se detuvo ante la ventana de Isabel, tamborileó con los dedos en los cristales y sintió nuestro héroe hasta sus oídos el rumor que hacía al entreabrirse la ventana.

Un sudor frío y angustioso cubrió su frente, y tras un instante de asombro y de incertidumbre, un grito inarticulado brotó de sus labios, y corrió Joseíto vertiginoso hacia el muro, que escaló, frente a la casa, con agilidad de acróbata; posó una mirada ansiosa en la reja, y

“El Ferrolano”, murmuró con voz ronca, con voz vibrante de rencor, al par que se dejaba caer desde lo alto del muro, y tras buscar en su cintura y en los diagonales bolsillos del marsellés, con manos crispadas, algo que sin duda no pudo hallar, corrió de nuevo vertiginoso por el cauce polvoriento y solitario.

Procuró Joseíto serenarse antes de penetrar en su casa, en cuyo umbral, sentada en un escalón en compañía de una de sus comadres, disfrutaba del fresco relente de la noche la *Miraflores*.

—¿Qué es eso? ¿Cómo tú aquí tan temprano?—exclamó ésta al ver a su hijo, el cual le repuso, procurando ocultar la tremenda emoción que le envolvía a modo de siniestra ráfaga:

—Na, que se me orvió al salir un encargo de Pepillo el *Cucufate*.

Y peneorando en su casa subió de dos brincos las escaleras, penetró en su cuarto, tomó de la alacena algo que ocultó rápido en un bolsillo, y ya disponíase a salir de nuevo, cuando, destacándose de la sombra del corredor, Rosalía le preguntó con acento tembloroso:

—¿Aónde vas tú, Joseíto?

—Ahí, al arregolver, que me está esperando el *Cucufate*.

—¿Y cuál es el encargo del *Cucufate*?

—Uno—repúsole aquél, ya vibrante de impaciencia y procurando ganar la escalera, lo que no pudo conseguir a causa de que su madre, cogiéndole enérgicamente de un brazo, le preguntó con acento sordo y mirándole con expresión asustada y sombría:

—Dime la verdá: ¿a qué has venío tú? ¿Se trata del *Ferrolano*?

—Pos bien, sí; del *Ferrolano*—rugió el *Caireles*, forcejeando por arrancarse de las manos de la gitana—; del *Ferrolano*, de quien yo te juro que esta noche me cobro toíto lo que me debe.

—Ya te guardarás tú de jurgar ni al pelo de la ropa al *Ferrolano*—le dijo la *Miraflores* con voz reconcentrada y mirándole sombría y amenazadoramente.

—¡Yo mato esta noche a ese hombre!—repuso Joseíto con voz siniestra y decidida—. ¡Yo te juro que le mato!

Y de tal modo hubo de decir esto el de los *Caireles*, que Rosalía quedóse un momento como petrificada; irguióse después en imponente actitud; sus enormes ojos se posaron en los de aquél, despóticos y altaneros y, soltándolo de pronto, le dijo con voz dura, con voz que tenía algo de apóstrofe y de anatema:

—Pos bien, anda y mátale, si puées; pero sa menester que antes tú sepas que tú, entiéndelo bien, Joseíto, entiéndelo bien, que tú no puées matar al señor Curro el *Ferrolano*.

Y lo que la vergüenza y el maternal bochorno impidieron decir más claramente a la *Miraflores*, se lo dijeron a Joseíto sus ojos con imponderable elocuencia.

Joseíto debió leer, sin duda, de modo claro y preciso en ellos, pues mirando a su madre como asustado, quiso decir algo que no acertó a balbucir siquiera; se retrató en su semblante una pena infinita y un infinito desconsuelo, y, tras breves instantes de un imponente silencio, un sollozo, un ronco sollozo, hinchó su pecho robusto y brotó ronco de su garganta, y volviéndose y apoyando contra el muro la calenturienta frente, rompió a llorar como si de pronto se le hubiera deshecho en lágrimas todo el corazón, y todos sus celos, y todas sus esperanzas.

XV

La noticia, la gran noticia, corría ya de boca en boca por el barrio. El señor Curro se casaba con Isabel la *Rocío*; aquél, en perso-

na, iba pregonándolo por valles y por laderas, y no eran pocas las que, al comentar el desigual enlace, profetizaban un porvenir nada envidiable al famosísimo *Ferrolano*.

—Asín pagará algo de lo mucho malo que ha jecho cuando le cimbraba el talle.

—Pos que se ande con tiento el *gachó* con la *Miraflores*, porque lo que es esa *gachí* es mu capaz de cualisquier desavío.

—Pos el probe de José estará pa que le tomen la filiación, poi que la verdá es que lo que le pasa tiée un trago.

—¡Vaya si lo tiée! Ayer lo vide, y pena me dió verle: al tobillo le llegaban las orejas.

—¿Y es verdá eso que dicen de que un sivillano que ha vinío no ha vinío más que por la Isabel, y que es un *gachó* que milagríto será que no meta la pata en lo del casorio?

—Eso son pamplinas. Cualesquiera se atreve a jurgarle al macho a la baticola.

—Pos a mí de quien me da lástima es del *Caireles*.

—Mira, hablando de Roma..., por allí víe Joseíto—dijo en aquel momento una de las vecinas.

No se había ésta equivocado; acababa aquél de desembocar por la esquina de la calle, pálido y cejijunto como se le veía siempre, desde la noche en que su madre le impidiera, más que con los labios, con una mirada, tomar venganza de la traición de Isabel y del *Ferrolano*.

—Adiós, Joseíto—díjole al verle pasar por delante de ella la *Pelirroja*, con acento afectuoso.

Joseíto la saludó con una forzada sonrisa, y siguió su camino hasta penetrar en el *hondilón* del *Chafarote*.

—¡Tú, Perico, tráeme dos cálices!—dijo al tabernero, sentándose junto a una de las mesas desocupadas.

—El de la amargura es el que te han jecho a ti beber, hijo mío—murmuró casi mentalmente aquél, hundiendo en la pileta de cinc del mostrador los desnudos brazos para enjuagar en ella los cálices pedidos.

Cuando el de los *Caireles*, diez minutos después, disponíase a abandonar el establecimiento, penetró en éste, gallardeándose con afectada jactancia, el *Pollo de los Billares*, el cual, al notar la presencia del un tiempo su rival, posó en él, al paso, una mirada irónicamente compasiva y gritó, sentándose junto a otra de las mesas desocupadas:

—A ver, ¿quién quíe ser el alma caritativa que le dé de beber a un probetico sediento?

El *Chafarote*, que, inclinado sobre el mostrador, observaba distraído el juego del *Nene* y del *Serenito*, dos de sus más conspicuos parroquianos, exclamó:

—Allá va el alma caritativa.

A la voz del de los *Billares* levantó la cabeza uno de los jugadores y dijo, dirigiéndose al recién llegado:

—Véngase usted, Ramón, si no lo tiée usted a menos, con nosotros.

—A más—repúsole aquél, acercándosele a la mesa, siempre con amanerado contoneo.

—¿Y quién es el que mal le quiere que por aquí le envía?—le preguntó, al par que arrojaba una carta sobre la mesa, el *Nene* al de los *Billares*.

—Pos he vinío a jacer hora, a ver si pillo en una garita que yo me sé a un centinela, al que apenas conozco.

—Pero ¿es que tiée usted que darle el santo y seña pa esta noche?—le preguntó chuscamente el *Serenito*.

—Pueé ser que por lo menos le jaga yo enterarse, como a otros, de lo dificultoso que es el meterse en la banca en que yo tallo.

—Pos no es ese centinela a quien usted señala—dijo el *Nene* con acento socarrón—de los que no dan er arto.

—Pos eso mismamente es lo que a mí mejor me sabe—repúsole el de Sevilla sonriendo jactancioso—. A mí me gustan las mujeres con mu poca ropa, y los hombres, con muchísima *cundinga*. Y porque si no, porque se trataba de un chavalete, en lugar de visarle el ros, yo en persona le dije a la Isabel que no quería ver más al Joseíto arrimao a su ventana.

—Que está ahí el Joseíto—díjole el tabernero en voz baja al de los *Billares*.

—Ya lo sé—le repuso éste con un movimiento desdeñoso.

Y al notar que los jugadores callaban, como sintiéndose molestos por su charla provocativa y retadora, continuó:

—Y si es que a arguno de ustedes le ha molestao lo que yo he dicho...

El *Serenito* quedóse mirándole del modo que solía hacerlo cuando sentía la mecha cerca de su santabárbara, siempre bien repleta de explosivos, y tal vez hubiérale contestado de modo fulminante a no acercarse en aquel punto al grupo el de los *Caireles*, preguntándole al de los *Billares* con acento sordo y sombrío:

—¿Decía usted que usted ha sío el que le ha prohibío a la Isabel el que platique conmigo por la ventana?

—Eso mismo que usted dice.

—¡Ah! ¿Conque fué usted...? ¿Conque es verdá lo que me han dicho esta mañana...? ¿Conque es usted el de Sivilla?

Josefeto miraba como sin verle al de los *Billares*. Las palabras de éste acababan de encender, aunque mortecina, una luz en el ara oscura y desierta de sus muertas ilusiones; las palabras de Ramón habían hecho acudir de pronto en tropel a su memoria cien detalles hasta entonces por él inadvertidos; los anzuelos en los que parecía querer engarzar misteriosamente una esperanza su madre; la resignación con que había acogido la noticia del proyectado enlace de Isabel con el señor Curro; la decisión inesperada de éste de solicitar para mujer a la *Rocío*, cuando hacerlo era correr a un enganche seguro con el temible baratero de Sevilla; el súbito olvido de Isabel de sus sagrados juramentos; éstos y cien detalles más, en fin, cayeron a modo de granizada de luz sobre su pensamiento, y estremecido y anhelante exclamó de pronto, dirigiéndose a su rival, que le miraba sorprendido:

—Una pregunta, na más que una: ¿qué día le dió usted la orden a Isabel de que no golviera a platicar conmigo por la ventana?

—El mismo en que llegué, el día antes de la última vez que platicó usted con ella.

Un furtivo relámpago iluminó un momento el semblante de Josefeto, el cual continuó con voz acerada:

—Pos bien: yo le juro a usted que si me hubiera enterao de lo de su mandato, me hubiera hecho amarrar a la reja de la *Rocío*.

—Yo le hubiera a usted desamarrao—díjole fríamente Ramón—, o le hubiera dejao a usted allí en la misma postura en que de aquí a un ratillo dejaré, si no se va, el señó Curro el *Ferrolano*.

—Ni usted me hubiera dejao allí, ni usted dejará allí tampoco a ese hombre que usted dice.

Y el rostro del *Caireles* contrajóse de un modo violento, centellearon amenazadoras sus hondas y negras pupilas, y su mano crispada hubiera caído sobre el rostro del de Sevilla a no decirle éste con voz glacial, al par que lo sujetaba brioso por la muñeca:

—No me parece éste el sitio mejor pa que platiquemos nosotros; eso ya lo arreglaremos esta noche u cuando haiga dicho al señor Curro lo que tengo que decirle, que es cosa que me interesa.

Y frío y reposado, mientras el *Nene* y el *Serenito* procuraban conducir hacia la puerta a José, se volvió a sentar el *Pollo*, y exclamó, sonriendo apaciblemente, al *Chafarote*:

—Hombre, tráeme otras dos, que de tanto hablar se me ha secado la garganta.

XVI

—¡Qué doló, qué doló de criatura!

Y la señora Pepa la *Farotona* tornaba al cielo los ojos húmedos y dolientes y los brazos nudosos y renegridos como sarmientos, mientras un abigarrado grupo de hembras y de rapaces la interrogaba curioso, dolorido y alborotado.

—Pero ¿es verdá que ha sío el de los *Billares*?

—Sí, hija, el de los *Billares*.

—Y diga usted, señá Pepa: ¿lo han cogío u no lo han cogío?

—¡No lo han de coger, si el Joseíto lo dejó alicortao y alicortao de verdá! Como que el probetico le tiraría con las ansias de la muerte.

—¡Y to por mo de Isabel la sevillana!

—Y diga usted, señá Pepa: ¿le han dao ya la noticia a la probe de Rosalía?

—Sí, hija, y dicen que está que parte los corazones, y tan loca de pena, que se ha necesitao pa sujetarla to un retén, y Pepe el *Pupí*, que fue uno de los que la sujetaron, ha salío con una dentellá en un pómulo que se ha tenío que llevar la túrdiga en el bolsillo.

—¡Probe Rosalía!—gimoteó la señora Gregoria la *Tomícera*.

—Pa probe Joseíto. ¡Qué lástima de chaval, tan regracioso y tan pinturero como era!

—¿Y usted le ha visto, señá Pepa? ¿Usted le ha visto?

—Ya lo creo que sí; a dambos, a Pepe y al charrán del de los *Billares*, al que cuando yo llegué se lo llevaban pa la Casa de Socorro sentao en una silla.

—En una bayoneta le hubiera sentao yo endispués de haberla afilao por el filo y el contrafilo, por cobarde y por traicionero.

—No, eso no—dijo Juan el *Machacante*, que acababa de incorporarse al grupo—; traicionero no, que dambos han peleao como dos hombres que eran.

—Pero si Joseíto era un chavalillo cuasi.

—Pos no arremetía mu de *chipé* el chavalete, ¡camará!, que se comía al de los *Billares*, y cuando éste le mojó ya estaba él cuasi pidiendo los Santos Oleos.

—Y oiga usted, señor Juan: ¿es verdá que la cosa ha sío por mo de la de Sevilla?

—Eso dicen, y según me ha contao el *Churumbela*, ya dambos habían tenío palabras en ca del *Chafarote*, y cuando el Joseíto salió de ca del *Chafarote*, como sabía que el otro tenía que pasar por frente a la Pirindola, pos se puso a esperarlo frente a la Pirindola, y en cuanto le vió llegar se fué pa él, le dijo que metiera mano al jierro, y toma tú y dame tú, y ésa pa mí y ésta pa ti. Y lo que pasa, que cuando ya el de los *Billares* tenía agenciá una de las de órdago por debajo del ombligo y dos de las de dos meses y un día, ya casi

cayéndose el *gachó*, metió el brazo, y na, que el probe de Joseíto dió un berrío y una voltereta y pataplum, se acabó lo que se daba.

—Y diga usted, señó Juan—preguntó a éste Dolores la de las *To-mizas*—, ¿no se lo han llevao entoavía de la Pirindola?

—Entoavía no, pero se lo van a llevar en seguía.

—Pos yo voy a ver si le veo.

Y pocos minutos después contemplaba Dolores con ojos conmovidos, no sin haber tenido que abrirse paso a rumbo de valentía por entre la apiñada muchedumbre, el cuerpo de José, que exánime sobre el polvoriento camino, destacábase con los brazos en cruz, de par en par los magníficos ojos, en los que aún parecía destellar un relámpago de ira y de braveza, entreabierto los labios exangües, que dejaban ver la nítida dentadura, sobre la frente la hirsuta y negrísima guedeja, el perfil afilado, la tez espantosamente pálida, empapada en sangre tan roja como el pañuelo carmesí que ceñía la garganta, la blanca pechera de la camisa y parte del ceñidor azul, y todo él bañado en una radiante oleada de sol que hacía brillar con vívidos cambiantes los alamares de plata que adornaban su marsellés de terciopelo, y en los cuales se hubo de inspirar, sin duda, el que llamara por vez primera a Joseíto el *Niño de los Caireles*.

(EL CUENTO SEMANAL. *Madrid*, 3-VI-1908.)

HOMBRES DE BANDERA

La escena representa el interior de un *hondilón* en forma de túnel; en cada una de las laterales se eleva triple hilera de cuarterolas sobre renegridos caballetes; en el centro, unas cuantas mesas de pino rodeadas de sillas de Vitoria; en el fondo, un pequeño mostrador con tablero de cinc.

En el momento en que penetramos en el *hondilón*, el señor Paco el *Canela*, hombre de cincuenta otoñadas, rostro mofletudo y bronceado y de un gallardo empaque, se entretiene en ordenar los limpisimos *chatos* junto a la dorada cafetera. Toño el *Niño de las Tabarras*, sentado junto a una de las mesas, retrepado en la silla, con el pavero echado hacia atrás, canturrea con voz de simpático timbre uno de los tangos más en boga; Joseíto el *Cangrena* levanta la cortina encarnada que resguarda, en la puerta, de los rayos del sol, el establecimiento y arroja en el interior una mirada escrutadora, y al ver al de las *Tabarras*, penetra en decidida y arrogante actitud y se dirige hacia la mesa donde aquél se acompaña, en su canto, tamborileando con los dedos sobre el borde de la mesa, sobre la cual habla de modo elocuente de su afición a la de Sanlúcar un ya desocupado cañero.

ESCENA UNICA

Paco el *Canela*.

Toño el *Niño de las Tabarras*.

Joseíto el *Cangrena*.

EL CANGRENA.—A la paz e Dios, señores.

EL CANELA.—Para servir a usted, caballero.

EL CANGRENA.—(Acercándose a la mesa junto a la cual está sentado Antonio y urgándose cortésmente el ala del pavero.) ¿Por casualidad es usted Antoñico Urdiales, más conocío por el *Niño de las Tabarras*?

TOÑO.—(*Incorporándose y urgándose también el ala del sevillano.*) Sin casolidá; ése que usté dice soy yo, pa lo que usté guste mandarme.

EL CANGRENA.—Por muchos años. ¿Y usté no sabe quién soy yo?

TOÑO.—Como usté no me lo diga...

EL CANGRENA.—Pos yo soy Joseíto Oliveros, más conocío por Joseíto el *Cangrena*.

TOÑO.—Pos que quiera un *divé* que no mos caiga nunca su mote de usté en ninguna parte de nuestras presonas respectivas, caballero.

EL CANGRENA.—Es que yo soy el *Cangrena* de Cazalla.

TOÑO.—Pos ya me es usté la mar de simpático, pero que la mar de simpático.

EL CANGRENA.—Por lo dél aguardiente, ¿verdá?

TOÑO.—Como que el de la tierra de usté es mejor, pero que muchísimo mejor entoavía, que el paliano.

EL CANGRENA.—Lo que yo voy viendo es que usté no se ha enterao bien de quién soy yo.

TOÑO.—¡Camará, pos si me lo ha dicho usté ya dos veces, y las dos cuasi seguías!

EL CANGRENA.—¿Y sabe usté que yo no soy hombre de mucho torno y que a mí no se me puée jurgar a las ancas porque respingo en seguía?

TOÑO.—Eso no quíee decir más sino que tiée usté mu sensible ese sitio que usté dice.

EL CANGRENA.—¿Y usté sabe a qué he venío yo de Cazalla de la Sierra?

TOÑO.—¡Y qué sé yo! Tar vez a recrearse mirándome las jechuras.

EL CANGRENA.—¡Camará, que tiée usté cosas que parecen jechicerías!

TOÑO.—Como que yo tengo un *pesqui*, según dicen tos, que no me lo merezco.

EL CANGRENA.—Ya me lo habían dicho a mí también; y las ganas que tenía yo de jechar un palique con usté y de beberme dos cañas con usté y de lo que Dios quiera que pase entre usté y el hijo de mi madre, la señá Rosalía, ¡la de Jerez de la Frontera!

TABERNERO.—(*Enjuagando las cañas en la pileta.*) Allá va el señor Paco, que tiée mejor corazón que la mismísima Samaritana.

EL CANGRENA.—Muchas gracias. Y ahora, y tan y mientras, me va usté a jacer un favor, y ese favor es dicirme qué es lo que le debe a usté mi Cloto; porque como la Cloto es como si fuese mis-

mamente mi mujer, pos, naturalmente, lo que ella debe es este cura el que lo tiée que pagar; y yo no pueo permitir que nadie piense que yo no pago lo que debo, ni que nadie me jurgue a mi niña, ni me la pellizque, ni que la miente tan siquiera.

TOÑO.—Y to eso lo dice usté por mí, ¿verdá?

EL CANGRENA.—Pudiera ser, hombre, pudiera ser que fuera por usté lo que yo digo.

TOÑO.—Eso tiée de malo beberse dos copas con una mujercilla como Toño el *Talabartero*.

EL CANGRENA.—A mí no me ha dicho naíta Toño el *Talabartero*; a mí eso me lo ha dicho una gitana que lo adivina to na más que con mirarle a uno el sitio de las sangrías.

TOÑO.—No es mala *calé* la que a usté le ha dicho to eso; pero, en fin, lo que yo le digo a usté es que la culpa no la tiée el *Talabartero*, sino yo; yo, que la otra noche estuve una miajita de *tre-montana* y me lo trompecé en ca der *Quiqui*, y el hombre me convió, y a mí me dió fatiga de jacerle un desprecio, y lo que pasa: a mí cuando se me sube er solera al palomar, se me sale por la boca lo que tengo en el reservao; y como es verdá que su Cloto de usté me debe una partiíta de quinquillera que me jugó, y la cual yo me tragué de lila, pos naturalmente, el *Talabartero* encomenzó con las e Caín a tirarme de la lengua... Pero, en fin, como yo no le he alevantao ningún falso testimonio a su Cloto de usté, y como además yo soy hombre al que le gusta pisar tos los terrenos aonde le llevan..., pos na se ha pirdío. Aquí estoy a su disposición pa to lo que usté guste mandar; pero antes de que yo vaya con usté aonde usté quiera, me quisiera llegar en un voletón a darle un recaíllo urgente a Toño el *Talabartero*.

TABERNERO.—(*Colocando dos relucientes cañeros sobre la mesa.*) Aquí está esto, que es cuasi gloria divina.

EL CANGRENA.—¿Y pa qué quíee usté buscar al *Talabartero*?

TOÑO.—Hombre, le diré a usté: yo quieo buscar a ese *gachó* pa lisiarlo de un ala antes de que mosotros ajustemos esas cuentas que a usté se le ha metío entre ceja y ceja ajustar con mi presona.

EL CANGRENA.—Pos yo dentro de un rato le diré a usté aónde puée dir a buscar a ese mozo; pero antes quisiera yo que me contara usté eso que le pasó a usté con la niña de mi gusto.

TOÑO.—Yo, cuando no he bebío mucho, no cuento nunca a ningún hombre lo que me pasa con las mujeres; pero le pueo contar a usté una historia que puée que no le esazone a usté el cuerpo que yo se la cuenta.

EL CANGRENA.—Pos más vivo, porque eso de las historias son cosas por las que yo prevelico.

Toño.—Pos entonces allá voy yo, y cuento y cuento que era una *gachí* más requetebonita que er cielo y que se llamaba María de los Dolores, pongo por caso, que es el nombre de la Madre de la pena, y esta *gachí* tenía más gentes que le jicieran la ruela que madroños un madroñal. Y entre tos los que le tiraban los chambeles, relucían más que los otros tres puntos, a uno de los cuales le llamaban el *Calzones*, que era un *gachó* más malito que su mote de usté; otro que se parecía a usté como se parecen dos chícharos, y otro que tenía la mar de pareció conmigo, cuando yo entoavía no había jechao esta miajita de panza que me tiée siempre con el chaleco desabrochao.

EL CANGRENA.—Pos sabe usté que me va interesando a mí ese cuento, sobre to por lo de los parecíos.

Toño.—Pos verá usté, la tal Mariquita de los Dolores, que era una *gachí* que sabía más que los siete sabios, estaba que jacía pum, como las gaseosas, por uno de aquellos *gachones* que yo digo, por el que se parecía tanto a usté, que era un hombre con toa la barba y que no venía aquí más que de cuando en cuando, porque vivía en un pueblo de la provincia, aonde el *gachó* se las buscaba contrabandeando como Dios manda; es decir, cara al sol y jugándose a pares y nones la vía entre tomillos y abulagas to el año, en la pícara seirranía.

EL CANGRENA.—Pos mire usté, ya me va gustando a mí ese *gachó* que tenía tanto pareció conmigo; y el que se parecía a usté tampoco creo yo que me hubiera desazonao el cuerpo conocerle.

Toño.—Calle usté, hombre; el que se parecía a mí era un probetico de mu güena índole y sin naíta de malicia; un angelito, dicho sea esto sin agraviar a los presentes.

EL CANGRENA.—¿Y a ése que se parecía a usté le gustaba también la María de los Dolores?

Toño.—¡Josús, más que a un zángano las cormenas!

EL CANGRENA.—¿Y al *Calzones* tamién?

Toño.—¿Al *Calzones*? Tanto le gustaba al *Calzones*, que, según yo me enteré endispués, una noche que la vió en la ventana se arrió a ella, y porque ella le dijo que no se había criaio en tan regüenos pañales pa que con su presona se recreara un *gachó* que golía tanto a lo que él golía, el hombre encomenzó a pegar brincos y a jurarle a la muchacha que *gachó* que se arrimara a ella, *gachó* que debía dir pensando en ponerse bien con Su Divina Majestad por conducto del cura de la parroquia.

EL CANGRENA.—¿Y era el *Calzones* hombre capaz de cargarse esa faena?

TOÑO.—El *Calzones*, al que Dios lo tenga en su santa gloria, era un lobo con un corazón más negro que la endrina y más duro que un martillo.

EL CANGRENA.—¿Y qué fue lo que le contestó la María de los Dolores?

TOÑO.—La María de los Dolores se calló; y como el que a ella le alegraba las niñas de los ojos era el que tanto se parecía a usted, y el que se parecía a mí no le golía a claveles ni a jazmines ni a matitas de heliotropo; y como además sabía que el *Calzones* era un perro de presa, pos la mu señora de to mi respeto, pa quitarle de su atajo el bicho al hombre que más era de su gusto, se jizo el ama del otro *gachó* con sólo tres mirás traicioneras, y asín que se jizo el ama, pos al alma mía lo echó a pelear con el *Calzones*, y tan reque-tebién jugó la *gachí* la partía, que cuando el otro, el del pueblo, el que se parecía a usted como se parecen dos chícharos, vino en su busca, estaban ya el *Calzones* en la *trena* y el que se parecía a mí en el hospital, y cuando dambos pisaron la calle otra vez, bajo fianza, se encontraron con que la tórtola de su gusto había agüecao el ala y se había díó con el que se buscaba los garbanzos cara al sol, dando caballás por toíta la serranía.

EL CANGRENA.—¿Y qué fue entonces del *Calzones*?

TOÑO.—El *Calzones*, el probe, se murió de repente, de una puñalá que le dieron estando paseándose a la luz de la luna, en el camino de Ardales.

EL CANGRENA.—Pos mire usted, ¿sabe usted que estoy pensando que el que se parecía tanto a usted tenía razón pa estar más negro que el jollín y con ganas de cobrarle algo a la tal Mariquita?

TOÑO.—Tenía razón. Pero yo, que le conozco mucho, sé que ya no le guarda rencor ninguno, y si no fuera porque él es hombre al que, por la tremenda, no se lo lleva nadie a ningún lao, casi podría dicirle yo a usted que lo único que dice de Mariquita, cuando se va de la lengua, es que esa *gachí* le debe a él una malita faena que se cargó con su presona gitana.

EL CANGRENA.—Pos mire usted, más razón que nadie tiée ese que tanto se parece a usted; y si a mí me tocara algo la Mariquita, lo que yo le diría mu a gusto a ese *gachó* era: “Oiga usted, mozo güeno, mi Mariquita está en deuda con usted y aquí estoy yo pa pagar; y yo pago de dos maneras: una (que no me gustaría) bailándome con usted una mazurca en un sitio solitario, y otra, que es la que me gustaría más, diciéndole a usted: “Aquí está mi mano, y cuando yo se la doy a un hombre antes me pongo encimita del pulpejo el corazón. (*Le tiende la mano.*)

TOÑO.—Y yo, si fuera el que tanto se parece a mí, le apretaría a usted esa mano de este mo y de esta jechura.

TABERNERO.—¡Camará, caballeros, que me han tenío ustés un rato con el corazón encogío y cuasi con el pito de carretilla en la boca!

EL CANGRENA.—Pos véngase usted pa acá y tráigase, de camino, otros dos cañeros, que ésos los pago yo.

TABERNERO.—El que los paga soy yo, y que vivan los hombres de *chipé* y los hombres de pelo en pecho, los que Dios ha jechao al mundo con toíta la bandera.

(ESPAÑA. Rev. de la Asoc. Pat. Esp. B. Aires, 18-XII-1908.)

CURARSE EN SALUD

I

Antonio el *Caperuza* acababa de levantarse, cuando dos recios golpes asestados en la puerta de su habitación le hicieron gritar con acento de zumba:

—¡Falta el repique con los pitones, caballero!

—Abre ya, guasón, que es *mangue* er que llama, y *mangue* no quiere lastimarse esas cosas que tú dices.

Antonio, al oír la voz del señor Candelario, sin preocuparse mucho ni poco de su casi paradisíaca desnudez, abrió la puerta, no sin decir en tanto que la abría:

—¡Camará, usté por aquí! ¡Vaya unas madrugás que se mete usté en el cuerpo!

—Cállate, hombre, si es que he pasao la noche sin dormir y amarillo y con ojeras.

—¿Y eso por qué, señor Candelario? ¿Ha tenío usté dolor de tripa?

—Dolor de clavo, dirás tú, y aciertas si lo dices.

—¿Y qué es lo que le trae a usté por este palomar a estas horas?

—Pos te necesito pa un chapú, y vengo a que me sirvas, y si no me sirves, me voy a estar dándote puñalás desde hoy al oscurecer hasta mañana temprano.

—¿Y en qué le pueo yo servir a usté pa que no haga usté esa perrá conmigo?

—Vístete, y asín que te vistas mos iremos a matar el gusanillo, y endispúes que matemos el gusanillo platicaremos de lo que tenemos que platicar.

—Pos a vestirme, *chavó*, y to lo vivo que usté se lo merece.

Y mientras el *Caperuza*, después de lavarse como el aseo ordena, vistiase sus prendas de buen tejido y corte un tantico, y un tantico más, achulado, observábalo su amigo con extraña fijeza, como si quisiera enterarse hasta la saciedad de que habíalo dotado Dios

o su representante Santa y Pródiga Madre Naturaleza, de gallarda apostura, de cuerpo enjuto y elegante, de pelo negrísimo, como las corridas cejas y el ligerísimo bigote; de ojos grandes y febriles, de tez oscura, fresca y de rojos desvanecidos en las mejillas, de facciones briosas y correctas y de labios gruesos y salientes y de encendido color.

El *Caperuza*, a quien la insistente mirada de su amigo habíale llamado la atención, exclamó de pronto, plantándose delante de él mientras se rodeaba el ceñidor azul de seda a la esbelta cintura:

—¿Se puée saber si se le ha perdío a usté algo y lo tengo yo por casolidá en argún poro de mi presona?

—No, hombre, es que te estaba reconociendo, y la verdá es que, teniendo en cuenta tus méritos, se necesita ser más valiente que el *Ci pa* encargarte lo que yo te voy a encargar dentro de un rato, si Dios quiere.

—Pos que me jagan albóndigas si lo entiendo a usté, señó Candelario.

—¡To se andará, hombre, que no nos han de faltar ni pieses ni brodequines!

Y media hora más tarde, después de haber matado el gusanillo en casa del *Liendres*, decíale el señor Candelario al *Caperuza*, sentado frente a éste en una de las mesas del café del *Tulipanes*:

—Pos voy a decirte el favor que yo necesito que tú me jagas.

—Pos más vivo, que tengo yo ya ganitas de saber de lo que se trata y de servirlo a usté como manda Dios y la Santa Madre Iglesia.

—Pos se trata... Mírame primero bien..., como si fueras a retratarme.

—Por mirao—exclamo el *Caperuza* después de hacer lo que su amigo le indicara durante algunos segundos.

—Y bien, ¿qué tal te parezco yo?

—¡Hombre, a mí me parece usté mu requetebién! Pero ¿es que va usté a pedirme a mí la conversación?

—Mira: lo que yo te voy a pedir es un favor mu grande... Yo tengo en mi casa un espejo, y esta mañana me fuí al espejo y le dije al espejo: "Mira, espejito, yo tengo cincuenta y dos años, tres meses y catorce días; yo de tos esos años cuasi cuarenta me los he pasao bebiendo cencia y mundología por montes y llanuras; jasta la presente me he mantenío más libre que una golondrina, tengo un armacén de semillas que me da pa vivir como los propios ángeles, y como los propios ángeles seguiría viviendo si no me hubiera metío en un mal fregao, u sea en empezar a perder los papeles por una chavalilla de la cual pudiera yo ser tatarabuelo, y como la chavalilla me dice que está por mí cuasi como yo estoy por ella, yo quiero, es-

pejito, que tú me digas si tengo yo ya perfil pa que ésos no sean infundios y paripés y collares de abalorios.”

—¿Y qué fue lo que le contestó a usté el espejito?—preguntóle sonriendo el *Caperuza*.

—Cállate, hombre—repúsole el señor Candelario con acento sombrío—. El espejo, como tiée de cristal el corazón, no se anduvo por las ramas, y el mu charrán me dijo, sobre poco más o menos: “Señó Candelario, si usté quíee que yo le platique la fija, le diré a usté que las jechuras de usté ya no están de recibo, que es mucha la panza de usté pa un hombre solo, que tiée usté una calva que reluce más que una jarra alpujarreña, que encima de ca ojo tiée usté dos onzas de filete lo menos, que ca uno de sus carrillos parece una faltriquera” y, en fin, hijo mío, la mar de barbaridades que me dijo el pícaro espejo.

—Es que hay espejos que le alevantan un farso testimonio al mismísimo sol que reluce—exclamó el *Caperuza* con acento compasivo.

—No, si yo sé que no. Y como sé que el espejo me platicó en plata, pues en cuantito me dijo lo que me dijo, me dije yo: “Mira, Candelario, tú estás mu grave, pero que mu grave; la *Chicharito* tira más de ti que la resaca, y eso de que la *Chicharito* esté por tus peazos me parece a mí que nanai, que es grilla, y si te dejas llevar por la afición que le tiées y la conviertes en la mujer del Candelario, será mu posible lo que puée ser mu posible, ¿sabes tú?” Y cavila que te cavila en esto, me dije yo: “Vamos a ver, Candelario, si tú fueras a mercar una tumbaga, pongo por caso, lo primerito que tú harías antes de soltar los *parneses* sería llevarla al platero pa que la tocara en la piedra y enterarte de si era de oro de velón o si de oro de ley. Pos bien: el caso es el mismito. Yo voy a comprar y va a costarme esa *gachí* dambas alas der corazón, pero antes de embarcarme en eso que lo mismo puée ser un mal falucho que un güen bergantín goleta, quisiera yo saber si esa *gachí* es la verdá u no es la verdá lo que me pinta a toas las horas del día.” ¿Tú te enteras?

—Me paece a mí, señó Candelario, que ya voy yo *chanelando* lo que usté quiere de mi presona.

—Como que es mu fácil de comprender: lo que yo quiero es que un verdón de los de paso le suelte tres veces la carretilla a mi *Chicharito*, y si es verdá que la *Chicharito* me tiée a mí ley, no va a ser buffo el que te va a meter, y si por el contrario son músicas ratoneras las que se trae conmigo, pos a la segunda vez que tú le entornes los *clisos* te canta la gallina y...

—Eso es: ella me canta la gallina y usté me mete un crujío que mudo jasta la ternilla de la nariz.

—Ca, hombre, ¿no ves tú que yo siempre salgo ganando? ¿Que te la llevas?... Güeno..., una medicina que sabe mal y que me degüerve la salú... ¿Que no te la llevas en er pico? Pos aseguro de incendio, porque si no te la llevas tú, no se la lleva ni to el apostolao. ¿Tú te enteras?

—¿Y se puée saber por qué ha de ser el hijo de mi madre el que se cargue esa faena?

—Pos te diré, hombre. A ti cuasi te he visto nacer; tu padre, que esté en gloria, y yo éramos cuasi gemelos; tú no eres capaz de engañarme, tú eres un mozo de los que aletargan a las mujeres con la pupila y además que tú eres forastero, a ti no te conocen aquí ni sabe nadie lo amigo mío que eres y dentro de un mes agüecas la pluma y..., en fin, que si tu padre jizo que te trajeran a ti al mundo no fue más sino pa que le jicieras este favor al mejor de sus amigos.

II

Varios días llevaba *chambeleando* sin éxito Antonio el *Caperuza* a la *Chicharito*, cuando ésta díjole una noche al señor Candelario:

—¿No sabe usté que me ha salío un novio que debe de ser de la dinastía de *Pichote*?

—¿Un novio? ¿Eso qué tiée de particular? Como que si tú no tiées un millón es porque yo no me pueo jacer un millón de peazos.

—Pos er que me ha salío ahora es un *gachó* al que no se puée mirar sin jecharse sal en la boca, de soso que es y de mal ange que tiene.

—Pero ¿quién es ese protector de las salinas de Cáiz?

—¡Yo qué sé! Un tonto perdío que parece recién barnizao y que se mira el perfil jasta en los charcos; un *gachó* que por no ajar-se la ropa parece jasta embarsamao.

Cuando el señor Candelario recibió al día siguiente la visita del *Caperuza*, que iba a darle cuenta de cómo iba el negocio, díjole, procurando ocultar el gozo que se le desbordaba en er corazón:

—Ya sé que la cosa no se presenta mu con cascabeles pa ti... Son las mujeres más rarillas que toíto er mundo... Cudiao que se necesita tener una venda en los ojos... Pero, en fin, tú sigues *cimbeleando* como si tal cosa, y veremos a ver si ella cambia de opinión.

—No, pa qué, si la cosa está probá... ¡Pa qué seguir el negocio!

—Hombre, no seas tan súpito. ¿No me merezco yo que una *gachí* se defienda por mí tres días con sus tres noches tan siquiera?

—Es que a mí eso no me conviene; es que es mucha mujer la

Chicharito, es que tiée unos ojos esa *gachí* que le ponen a cualesquiera el pelo de punta, y no quiero yo que juga jugando se me enreen los *pinreles* y se me enree el corazón, y... usted está por medio..., y usted pudiera pensar y me...

—¡Ca, hombre, ca! Si te gusta la *gachí*..., duro con ella, que er que la sigue la mata... ¡Digo..., no faltaba más!... Tú trabajas la partía, y si la *gachí* cae, pos mejor pa ti, y yo no me ofendo; to lo contrario. Y es más, si te la ganas, yo me comprometo a ser er padrino de tu boda.

Y esta oferta la hizo el señor Candelario acordándose de cuanto habíale dicho la *Chicharito* de su nuevo pretendiente.

Este, cuando salió de casa de aquél, iba alegre como un repique; la mala partida que simbolizaba para él tirarle los *chambeles* de verdad a la *Chicharito* ya no lo era, ya podía dejar de hacerse el tonto de remate con ella. Con razón decía de él la Dolores aquello que tanta seguridad habíale dado el señor Candelario. Verdad que él no había obrado con absoluta lealtad; el encargo que habíale dado el viejo era de los de no te menees, porque si a la Dolores le daba por no armar en corso el corazón ni la cara y recibirlo con palmas y olivos, no parecíale a él cosa de las que enorgullecen a los hombres el ir a cantarle al viejo las deferencias que pudiera merecerle a una mujer.

Esto habíale hecho desear en un principio que la Dolores le mandara al Espigón a espurgarse o a quitarse la caspa a la Escollera.

Y al objeto de realizar sus deseos, ya que no podía hacer desaparecer sus encantos juveniles, al hacer su presentación en la calle donde vivía la *Chicharito*, colóse el sombrero hasta las orejas, puso cara de tonto, fingióse rígido de articulaciones y no tuvo para aquélla más que sonrisas estúpidas y miradas tan insistentes como indiscretas.

Dolores, cuando se vió objeto de las amantes miradas de aquel Don Chalaura, como dieron en llamarle los habitantes de la calle del Peregrino, se le rió en su cara y no perdía ocasión en que darle con la ventana en las narices, no obstante los consejos de la casera, una hembra de una vez, que al segundo día de ver al *Caperuza* de guardián en el recinto, díjole a la *Chicharito*:

—Pos, hija, no me parece a mí que ese mozo se merece tus desprecios, que comparao con quien yo sé, es una mata de claveles de bengala.

—Pero ¿tú te has fijaq bien en ese *gachó*? ¿Tú no has visto que si por guasones pensionaran a los hombres, no sabría ese *gachó* dónde guardar los *parneses*?

—No te diré yo que tenga cara de haber inventao na, pero lo que es mal mozo no lo es. Fíjate tú, y verás como tiene unos ojos y unas hechuras que no se las merece.

Y se fijó Dolores, y no pudo por menos de decirse para su chapona: “Es verdá lo que dice la casera, que tiée güenos ojos y güen perfil y güenas hechuras, y que comparao con...”

Dolores no quiso seguir pensando; habíale acudido en aquel momento a la imaginación la cara del señor Candelario, con sus rugosos párpados, su respetable abdomen y sus enormes carrillos, y sin pensarlo habíale sonreído al *Caperuza*, sin que en aquella ocasión se asomaran el desdén ni la ironía a sus labios purpurinos y fragantes.

III

Dolores estaba sentada en su ventana dedicada a la costura, no sin que con más frecuencia de la que al señor Candelario convenía dirigiera a hurtadillas su mirada hacia el sitio en que solía el *Caperuza* hacer el centinela.

Tardaba más que de costumbre aquel día el *Caperuza*, y ya empezaba a impacientarse Dolores, cuando: “Cómo se parece a él ése que viene por lo alto de la calle”, murmuró al divisar a Antonio, el cual, dichoso y contento por lo que aquella mañana hubo de decirle el viejo, avanzaba no con aire de palomino atontado ni con el sombrero calado hasta las orejas como otras veces, sino airoso, suelto, con el legítimo cordobés inclinado a lo truhan sobre la sien izquierda, andando con paso gallardo y rítmico y con el rostro radiante de expresión y de malicia.

Dolores se restregó los ojos; aquél no podía ser el pelmazo de todas las tardes; aquél era otro hombre sin duda, y en esta creencia se hubiera quedado si el *Caperuza*, al llegar frente a la ventana, no se hubiera detenido en firme, y avanzando hacia ella no le hubiera dicho con acento suplicante y acariciador, al par que se llevaba respetuosamente la mano al ala del sombrero:

—¿No le parece a usted, maravilla, que ya he hechō bastantes méritos pa que yo me entere de cómo trata usted a los hombres que se quedan por mo de usted sin sentío?

Y dos horas eran transcurridas cuando...

—¿Vuelvo mañana, delirio?—preguntábale el *Caperuza* a la *Chicharito* mirándola con ojos centelleantes y apasionados.

Y Dolores vaciló un punto al acordarse del señor Candelario, de aquel pobre viejo para el cual un desengaño sería peor que una pu-

ñalada trapera; pero al acordarse de él se acordó de su imponente abdomen, de sus enormísimos mofletes, de su luciente calva, y miró después al *Caperuza* y...

—¿Ueno, pues vuelva usted mañana—le repuso, incorporándose gallardamente.

Y aquella noche, cuando el señor Candelario se retiró a su casa, después de su última entrevista con Dolores, sentóse en su gran sillón de brazos y murmuró con acento henchido de pena:

—Buena será pa mí la medicina, pero ¡cómo me rejelea en los labios y en el corazón, cómo me rejelea!

Y al decir esto, dos gruesas lágrimas se abrieron paso por entre sus párpados y resbalaron lentamente por sus rugosas mejillas.

(ESPAÑA. Rev. de la Asoc. Pat. Esp. B. Aires, 16-IV-1906.)

EN LA FUENTE

I

La mañana era espléndida; doraba el sol el brillante escenario, y una brisa fresca nos compensaba de las abrasadoras del expirante estío.

—Buenos días—exclamó Dolores la *Jarampera*, colocando su cántaro sobre los bordes del pilón de piedra, donde aguardaban turno, en correcta formación, los de sus compañeras, que sentadas sobre el muro que sirve de parapeto al Arroyo de los Angeles en sus poco frecuentes crecidas, charlaban alegremente luciendo al sol, a más de los atractivos con que las dotara el Supremo Hacedor de todas las cosas, sus vestidos de pobre urdimbre y de tintas tan vivísimas, que bien podían competir con los de las fragantes flores con que adornaban sus bien alisadas cabelleras.

—¿Cómo tan tarde? ¿Es que has estao esta noche de imaginaria?—preguntóle la señora Rosario la *Lechuguina*, una de las más caracterizadas ex buenas mozas del barrio, hembra que apenas si conservaba ya huellas visibles de sus pasados esplendores.

—Calle usted, si es que esta mañana, casi entre dos luces, se me vino a la reja mi pájaro bobo y pegó la hebra, y como cuando empieza nunca arremata, ¡pos velay usted!

—Y hasta ahora no ha izao el ancla ese guasón de cuerpo entero, ¿verdá?

—¡Que si quieres! Allí está aguardándome. ¡Cualquier día se va él sin que yo le dé la consirna!

—Y oye tú, a propósito de tu Don Perma—díjole la señora Rosario, llevándose aparte a la muchacha—. ¿Me quieres tú jacer el favor de decirme ya de una vez si tú quieres o no quieres al *Niño de los Espolones*?

—¿Que si yo quiero a mi *Niño*? ¡Qué pregunta, *chavó*! ¡Pus no lo he de querer! ¡Más que a mi vía! ¡Señá Rosario, más que a mi vía!

—Pus entonces, so arrastrá, ¿por qué eres como eres? ¿Por qué te gusta tanto jacerle perder el punteo a toítos los que te salen por carceleras o por siguierrillas gitanas? ¿Por qué le has de jacer cara a toíto er mundo? ¿No comprendes, loca der to, loquita perdía, loquita de remate, que eso es jacer méritos pa que un día tenga el de los *Espolones* un enganche con cualquiera y pase una esaborición entre dambos y al uno le tengan que racionar en la cárcel y al otro que respuntearlo en donde to lo mangonean los forenses? ¿No comprendes tú que eso es cargarse lo que se llama una malita faena?

—Pero ¿a qué viene to eso, señá Rosario? ¿Quién la ha pensio-nao a usté hoy pa que me alevante tantísimo farso testimonio?

—Es que como te quiero mu bien, muchas veces sueño con tu presonita, y esta noche pasá he ensoñao contigo.

—¿Y qué es lo que ha ensoñao usté, señá Rosario?

—Pos lo que he ensoñao ha sío que un tal don Paco, un injerto de *litri* y de matón, un mozo más malo que un tiro en la ingle, un mixto de gótico y macareno, que lo mismo se baila un chotis que se da dos cortes u dos mil con el lucero matutino, un martes en día trece, una mala hora, en fin, te había puesto los puntos, y que tú, sin saber con quién te dibas a gastar los cuartos, y por vaniosa que eres, empezabas a darle cuartel, y yo, naturalmente, al ensoñar esta malita cosa, como es mucha la voluntá que te tengo, pos empezó a re-jelearme la boca saliva, y si no hubieras vinío hoy por agua a la fuente, hubiera díó yo en busca tuya, pa decirte lo que te digo, que sa menester que cortes por lo sano, no vaya a ser cosa que aluego resurte más grande lo roto que lo hilvanao. ¿Tú te enteras?

—Por enterá, señá Rosario, y estimando. ¡Y yo le juro a usté que en quantito se me vuelva a arrimar ese mal guitarra, se le va a saltar la prima y se le van a aflojar los bordones!

—Eso es lo que sa menester, y asín no pasará lo que podría pasar, que no es el de los *Espolones* ni manco ni triste, y menos tratándose de tí, que eres pa él las alas de su corazón y la alegría de su pensamiento.

—Tiene usté razón, muchísima razón. Pero yo le prometo que de hoy pa lante no va usté a tener que darme más buenos consejos, señá Rosario.

—Pos vámonos ya pa allá, que está ese enjambre que rabia por enterarse de lo que estamos platicando.

Y la señora Rosario miró a hurtadillas el animado corro de mozas, todas las cuales, sin duda, hubieran dado un ojo de la cara por enterarse de lo que hablaban la señora Rosario la *Lechuguina* y Dolores la *Jarampera*.

II

Ya habíale tocado el turno a Dolores, y ya había ésta colocado su cántaro bajo el chorro cristalino que arrojaba por entre sus labios de piedra una maltratada cariátide, cuando...

—Por allí viene don Paco—dijo Pepita la *Bullanguera* al ver desembocar por la esquina al famoso injerto de *litri* y de marqués de quien, de modo tan poco lisonjero, acababa de ocuparse la señora Rosario la *Lechuguina*.

—¿Qué será lo que traerá por estos aguaeros ese pajarraco?—exclamó la *Tripicallera*.

—Pos pa comerse la partía de lo que busca no sa menester preguntárselo a ninguna jechicera—repúsole, al par que miraba maliciosamente a Rosario, una chavalilla escuálida y de ojos negríssimos y luminosos.

—Buenos días, prodigios—exclamó en aquel momento don Paco llegando frente al pintoresco grupo, y después, dirigiéndose lenta y gallardamente hacia Lola, se detuvo ante ésta, echóse el sombrero atrás y díjole, entornando los ojos y poniendo en su voz las más dulces y acariciadoras de sus inflexiones—: ¡Lo que yo he corrido por llegar a tiempo de que me dé beber en su cántaro la más graciosa de toítas las Samaritanas!

Dolores fue a contestarle, pero tropezaron sus ojos con los de la señora Rosario, posados en ella con severa expresión, y dando media vuelta dijo con acento desdeñoso y sin dirigirse, al parecer, a don Paco:

—¡Vaya una mañanita con mal *arate*, *chavó*! ¡Vamos, ven tú acá, prenda mía!

Y esto se lo dijo al cántaro, disponiéndose a sacarlo del enorme pilón de piedra.

—¡Eso sí que no lo consiente mi persona!—exclamó en aquel instante don Paco, y abalanzándose a la muchacha, arrancó de sus manos el cántaro y se lo colocó torpemente en la cintura.

Una explosión de risas acogió el inesperado arranque de aquél, el cual, sin entretenerse en disfrutar el éxito de su galante humorada, salió calle arriba, sordo a la voz de Dolores, que le gritaba:

—¡Pero, hijo mío, que aluego no voy a tener yo con qué pagarle el mandao!

—Déjalo, tonta, eso te jallas—díjole la *Tripicallera* con acento irónico.

—¡No; yo que he de dejarlo!—gritó, poniéndose repentinamente pálida Dolores—. ¡Qué he de dejarlo yo!

Y al decir esto, fue a salir en seguimiento de don Paco, cuando le dijo, deteniéndola por un brazo, la *Lechuguina*:

—Sí, déjalo, mujer; déjalo que se lo lleve.

—Pero no ve usted que el de los *Espolones* está en mi casa aguardándome y que si ve llegar a ese *gachó* con el cántaro se va a armar una que ni la del Gurugú, señora.

—Déjalo. Vamos a ver, ¿me vas a pagar daños y perjuicios si yo te arreglo este mal negocio?

—Er corazón, si me saca usted con bien de esta mala encrucijata.

—¿Y no le volverás tú a dar alas a esa balita perdía?

—¡No, señora; antes me paso al moro!

—¿Me lo juras?

—Por toíto lo que usted quiera, señá Rosario; por toíto lo que usted quiera.

.

Y algunos minutos después, cuando ya el famoso don Paco, jadeante y cubierto de sudor, veía destacarse a lo lejos el pequeño balcón lleno de flores y enredaderas, donde solía ver luciendo sus gallardías a la hembra de sus pensamientos; cuando ya divisaba cercano el fin de la fatigosa caminata y disponíase a gozar de su triunfo, vio, lleno de asombro y de ira, pasar por su lado, suelta y gallarda, rápida y sonriente y llevando su cántaro al cuadril, a Dolores la *Jarampera*.

—¡Pero qué es esto, *chavó*, qué es esto! ¿De quién es ese cántaro?—exclamó con acento colérico.

—De quién ha de ser sino de usted y mío—repúsole la señora Rosario, deteniéndose junto a él y mirándole con implacable ironía.

—Por argo hice yo que me prometiera Dolores pagarme daños y perjuicios—exclamaba momentos después la *Lechuguina* contemplando con filosófica resignación el cántaro hecho pedazos, mientras, corrido y maldiciente, alejábase don Paco coreado por la mal disimulada rechiffa de los vecinos, que en el arroyo de la calle comentaban en pintorescas agrupaciones, de modo chispeante y graciosísimo, la corrida en pelo que acababa de sufrir uno de los más caracterizados injertos de chulo y de marqués de los barrios de Andalucía.

(EL LIBERAL. Madrid, 3-XII-1904.)

EL CONSEJO DEL TORRIJAS

I

—¿Qué buscará el *Pijota* por esta calle, que me lo vengo trompezando desde hace unos días más veces que flores da un carambuco?

Dolores sonrió de modo malicioso y repúsole a su marido, al par que colgaba del perchero la cazadora que aquél acababa de quitarse:

—¿Qué querrás tú que busque por aquí sino que le den un desengaño?

José posó sus grandes ojos con expresión interrogadora en los de su mujer, y tras breves instantes de silencio le preguntó:

—¿Es por ti, por casolidá, por quien viée por aquí ese caballero?

Se encogió desdeñosamente de hombros Dolores, y tras hacer un gracioso mohín, le repuso:

—¡Y lo que a ti te debe importar que venga u no venga por mí ese Don Quita Sentíos!

Miró José silencioso a su mujer, y tras pasear su mirada amante y acariciadora por su semblante, donde por divino decreto parecían haberse dado cita los tonos más suaves y aterciopelados con los más frescos y purpurinos, por su pelo ebánico y rizado, por su pecho arrogante y mórvido, por su talle elástico y cimbrador y por su redonda cadera.

—Pero ¿es por ti u no es por ti por quien viene ese Don Fantésia?—volvió a preguntarle con acento donde la inquietud empezaba a poner sus trémulas reflexiones.

Dolores se acercó al *Viruta*, sentóse sobre sus rodillas, le ciñó el cuello con su brazo escultural, y díjole, enlazando casi con las suyas sus pestañas y rozando con los suyos fragantes los labios rojos y sensuales de su marido.

—Sí, señor, por mí, por mi presona; por mi presonita gitana es por quien viée por aquí don Periquito el *Pijota*.

—Pos menester es que ese *gachó* se entere de que no se puée pasar por esta linde sin estar a pique de dejarse el corazón en el camino—murmuró sordamente Joseíto.

—Eso es lo que tú debes jacer, *chavó*: ponerte de uñas por que ese Don To Panza se pasee u no se pasee por esta calle, como si en la calle, que es de toíto er mundo, pudieras tú sembrar a tu capricho lo que a ti te dé la repontentísima gana. ¿No comprendes tú que nadie puede evitar que ese caballero se pasee y mire u no mire lo que sea más de su gusto?

—Pero es que ese *gachó* puée permitirse alguna vez...

—Ese *gachó*—dijo Dolores, interrumpiendo bruscamente al *Viruta*—ya se guardará muy mucho de permitirse naíta; primero, porque ya tengo yo güen cuidao que no me vea ni de canto, y segundo, que si el hombre se aterminara (que no se aterminará) a decirme pío tan siquiera, ya sabría yo decirle: “Pero venga osté acá, so guasón, so mal *arate*, so sin rocío, ¿no comprende usté que yo no voy a dejar toíto un sol por una estrella del rabo; que tengo yo pa mí sola cuasi un San José, que es el que manda en mi voluntad y en mi corazón y en toítos mis pensamientos, que es el único hombre que cuando me mira me marnetiza, y que usté comparao con él no vale lo que vale una corcheta?”

Cuando Joseíto, media hora después, entraba en casa de su compadre el *Torrijas*, iba tan cejijunto y sombrío, que hubo aquél de preguntarle:

—Pero oiga usté, compadre, ¿por casolidá acaba usté de trompezarse con el viático en el camino?

—Yo, no, señó. ¿Por qué me lo pregunta usté, compadre?

—Pos porque me parece que viée usté de recómdarle el alma a alguno de la familia.

—Lo que traigo yo es negra la sangre de pensar que voy a tenerle que dar un crujío que le parezca tres por lo menos a Periquito el *Pijota*.

Quedóse mirando Curro el *Torrijas* a su amigo con picaresca expresión, y, tras un breve silencio, le repuso:

—Usté no le dará ningún crujío a Periquito el *Pijota* tan y mientras Periquito el *Pijota* no salga de ponerse la mano en el corazón y de dar suspiros al viento.

—Luego está usté enterao de lo que pasa y usté no me ha dicho naíta—dijo el *Viruta* con acento de reproche y posando una mirada agresiva en su compadre.

Este se encogió de hombros y le contestó con acento indiferente:

—Sí, señor, yo estoy enterao de toíto, que toíto me lo ha contaó a mí la comadre.

—¿Y usted cree que no debo yo darle al *Pijota* un acosón en el sitio que más le duela?

—Hombre, eso según y como sea el acosón. Si es dir a buscarle la boca y jacer to lo posible por romperle el terno con que Dios lo mandó al mundo, eso me parece una faena esaboría, porque eso no se jace sino cuando las cosas mos muerden en los centros; pero como gracias a un *divé* mi comadre es güena catorce veces pares, y manque cierre los ojos no deja de ver, tan y mientras usted tiée los suyos de par en par... ¿Usted *chanela* bien lo que yo le estoy platicando?

—Pero ¿usted cree—exclamó el *Viruta* con acento irritado—que puée aguantarse eso de que un *gachó* más o menos fino de talle venga y le ponga sitio al nío aonde tiée uno su paloma?

—Yo no digo que eso se puea aguantar; lo que yo digo es que por tan poquilla cosa no se le jace a naide un boquete ni se arma un estrupicio, y si usted fuera hombre que siguiera un güen consejo, yo le prometería a usted que, sin que se enturbiara el agua, dentro de na ese *gachó* no se arrimaba ni amarrao a la esquina de la calle aonde usted tiée sus *cubriles*.

—¿Y eso cómo?—preguntóle lleno de sorpresa el *Viruta* a su compadre, el cual, sonriendo, le dijo:

—Antes necesito yo que usted me diga si va usted a jacer u no toíto lo que yo mande.

—Sí, señor, porque como usted tiée la mar de veces más *pesqui* que yo, y me estima usted de *chipé*, usted no es capaz de aconsejarme naíta que no sea cosa de las que manda Dios y la Santa Madre Iglesia.

—Pos entonces esta noche, que como en toas las de San Juan, habrá peleles en la calle aonde usted vive, le dice usted a la comadre que se ponga en la puerta con las vecinas, y usted en lugar de quearse en su casa se va usted a dir a pasar el rato aonde yo le diré, y tan y mientras yo me quearé cerquita de la comadre.

—¿Y pa qué voy yo a pasar la noche apartao de mi querencia?

—¿Usted va a jacer lo que yo le diga, sí u no?

El *Viruta* meditó durante algunos momentos, pensó en que su compadre era el amigo que más le quería y el más leal y con más entendimiento de todos, y le repuso:

—Está bien, compadre, está bien; yo jaré toíto lo que usted me diga manque sea tirarme a un pozo.

II

La calle Alta, como todas las principales del barrio, presentaba un brillante golpe de vista merced a las fogatas que en ella ardían, iluminando con sus rojizos resplandores los nutridos grupos de vecinas y vecinos que en las puertas de sus respectivas viviendas reían y charlaban, contemplando cómo, pendientes de las cuerdas tendidas de balcón a balcón, columpiábase alguna que otra pareja de peleles grotescamente ataviados, cuyo auto de fe inmediato exigían a voz en grito los rapaces, que en bandurrios corrían y saltaban, no sin riesgo, por encima de las alegres candelas.

Mozas y mozos, típicamente vestidos, recorrían la calle, mientras acá y acullá cien amarteladas parejas, caldeadas por el amor, decíanse con los ojos lo que el natural recato en ellas y la prudencia en ellos impedíanles traducir rudamente en sus apasionados decires.

Cuando Curro penetró en la calle, ya adornada con sus trapitos de cristianar y tirando de espaldas de bonita, charlaba animadamente Dolores con la casera en la puerta de su casa sin dignarse corresponder con una sola mirada a las casi dolientes del *Pijota*, que, situado en la acera de enfrente, oía sin enterarse lo que sus amigos le decían.

Curro, tras saludar a su comadre, sonriendo con expresión maliciosa, se dirigió al grupo desde el cual el *Pijota* seguía fogueando con apasionado mirar la fortaleza ambicionada, y

—Caballeros, güenas noches—dijo, y tras los apretones de mano de rúbrica, añadió con acento ponderativo—: ¡Camará!, y cómo está la calle de mujerío, *chavó*, y vaya si está archibonita mi comadre.

—Sí que lo está—repúsole el *Tabardillo*, mirando furtivamente al *Pijota*, que desde la llegada de Curro había disminuído un tanto el número de sus poco mortíferos y amantísimos disparos oculares.

—¿Y su compadre de usted por dónde anda esta noche?—le preguntó Antofñico el *Velonero*.

—Ahora mismito lo acabo de dejar camino de calle Huerto de Monjas, que yo no sé lo que a mi compadre se le habrá perdido en esa calle, que desde jace dos días no jace más que rondarla más que un sereno su distrito.

—Será algún chapú que le habrá caído que jacer al mozo por aquellos andurriales.

—¡Toma, como si lo viera! Por más que en esta ocasión el hombre no se me ha franqueado der to, y cuando le pregunté esta tarde que a qué diba tanto por allí a ciertas horas, en lugar de contes-

tarme me contó el hombre un cuento, con lo cual me dejó más a oscuras que un sótano en una mina.

—Pero ¿qué cuento fue ése tan difícil de entender?—le preguntó el *Tabardillo*.

—Pos yo se lo contaré a ustedes, a ver si ustedes *chanelan* una miajita más que *chanela* mi presona.

—Pos encomience usted, porque yo en eso soy un catedrático; no le diré a usted más sino que no hay acertijo que a *mangue* se le resista—exclamó Antofónico el *Velonero*.

—Pos bien: lo contaré. Ustedes supónganse que me dijo mi compadre: “Míe usted, compadre, una vez había en Gaucín dos contrabandistas, y ca uno de los dos contrabandistas tenía una potranca, y las dos potrancas eran dos prendas de órdago, finas y reondas de culata, con los pechos como cántaros y con la cabeza como dos puños de los de plata meneses. Pos bien (siguió diciéndome mi compadre): uno de los dos contrabandistas, que era la mar de agonioso, no jacia más que pensar en que sería mejor pa él tener las dos potrancas en lugar de tener una sola, pero como el *gachó* se sabía a clavito pasao que el otro antes daría un ala del corazón que dar la que pa él era su tesoro, encomenzó a pillarle las güertas al otro *gachó* por si podía cogerle en un descuido la potranca de su gusto. Pos bien (siguió mi compadre diciendo): el otro contrabandista, que no tenía na de torpe, se comió la partía, y en un principio tuvo tentaciones de darle un tres con tres al compañero, pero uno de sus amigos, enterao de la cosa, le dijo: “Ven acá tú, guasón, y no seas tú lila nunca y haz lo que yo te digo. Tu potranquilla está educá por ti como si la hubieran educao los mismísimos serafines, y no es capaz de permitir que le jurgue ni a la crin otro jinete ni manque sea el Apóstol, asín es que tú la puées dejar sola sin temor ninguno, y pa castigar a ese mal *gachó*, tan y mientras él anda acechándote tu potranquilla de oro, tú lo que debes jacer es dirte por sus *cubriles*, porque sería la mar de regracioso que la tuya, al arrimarse él, le pusiera los cascos en el perfil, y que tú, tan y mientras, recogieras la suya y te la llevaras detrás de ti como si fuese un mansísimo, un cordero.”

—Pos que me maten si yo *pesquibo* naíta de ese romance—dijo el *Tabardillo*, mirando a hurtadillas al *Pijota*, que oyendo a Curro habíase puesto intensamente pálido y con la frente fruncida.

—Pero ¿cómo remató José el cuento?

—Pos lo remató diciéndome: “Yo soy el contrabandista de la potranquilla bien enseñá, y tan y mientras quíee cogermela mi compañero, voy a ver si le cojo yo la suya, que es tamién una potranca de las que quitan los agrios.”

—Pos no entiendo yo esas cositas—dijo zumbonamente el de los *Velones*.

—Ni yo.

—Ni yo.

—Ni yo tampoco—repitió Curro, sonriendo cándidamente.

Un silencio extremo imperó breves instantes en la reunión, silencio que fue interrumpido por el *Pijota*, que exclamó, incorporándose y procurando poner una sonrisa en sus labios contraídos:

—Güeno, pos izo el ancla, caballeros, que entoavía tengo que dir al Morlaco, aonde tengo una cita con Joseíto, el *Barrena*.

Y tras saludar a los allí congregados, se alejó rápidamente, mientras murmuraba el *Torrijas* con mal disimulada ironía:

—Me parece a mí que aonde este *gachó* va a dirse ahora mismito va a ser a calle Güerto de Monjas.

—Vaya—le repuso Antoñico el *Velonero*—, como que me parece a mí que le ha mordió en el corazón ese cuento que mos ha contaotú de los dos contrabandistas.

(ESPAÑA. Rev. de la Asoc. Pat. Esp. B. Aires, 2-II-1908.)

EL NIÑO DE LA TUMBAGA

I

—¡Camará, pos ni que hubiera venío de la luna!—exclamó Pepita la *Ecijana* al notar como a su paso por las callejas del Perchel no encontraba hombre que no intentara comérsela con los ojos y que no diera expansiones a su sensual codicia en pintorescos piropos, ni hembra que no la mirara a hurtadillas y con envidiosísima expresión.

—Es que eres tú mucha mujer, *chavó*; es que tiées tú por cara una reliquia y un proigio por cuerpo—repúsole, al par que la contemplaba con íntima complacencia, la señora Dolores la *Remilgos*, hermana carnal de su padre, el señor Paco el *Talabartero*.

—Oiga usté, señá Dolores—exclamó en aquel instante el famoso *Niño de la Tumbaga*—. Oiga usté, ¿no me quiere usté jacer el favor de darme ese fenómeno, que nunca me ha dao usté naíta?

La señora Dolores midió al *Niño* de arriba abajo con una mirada de afectado desdén, y repúsole, al par que lo apartaba con la mano suavemente de su camino:

—Vamos, hombre, quita, que es mucha la calor que jace, y no está el tiempo pa dar, sino pa peír, y usté dispense, caballero, si no pueo jacer con usté esa obra de misericordia.

Pepita la *Ecijana* no habíase dignado acoger con una sonrisa siquiera la salida del *Niño*, y ya disponíase a proseguir su camino, cuando díjole con voz acariciadora el de la *Tumbaga*:

—Pero ¿es que no la ha jecho a usté gracia lo que yo acabo de decir, señora?

—¡Pues no ve usté que no me pueo tener de risa!

—Pues mire usté, que me den una puñalá si no es la vez primera que me falla esta chirigota, que llevo ya la mar de años de emplearla con la mar de güen resultao.

—Pos cuando me trompiece usté otra vez, me la dice usté de

nuevo, a ver si entonces me jace más cosquillas que hoy me ha jecho.

Y Pepa siguió calle arriba con paso rítmico y acompasado, seguida de la señora Dolores, mientras el *Niño*, plantado como una estatua en el centro de la calle, seguía la con mirada llena de febril apasionamiento, y murmuraba con voz sorda, en que vibraban la admiración y el deseo:

“Vaya un postín de mujer, y vaya unos andares, y vaya un mo de pisar, y vaya unos *clisos* que son dos ventanales, y vaya una boca que parece jechita con un punzón, y vaya un pechito de órdago y vaya una caera de *chipé*, y vaya un talle que es un torzal, y... Oye tú, *Clavicordio*, ¡por el amor de Dios, dame una miajita de algo, que me quemó, que me está ardiendo jasta la Santa Bárbara!

Y esto último lo dijo el *Niño* dirigiéndose al tabernero, que, cruzado de brazos en la puerta de su taberna, había presenciado, canturreando irónicamente uno de los tangos más en boga a la sazón, la casi mortificante derrota de aquél, uno de los más acreditados por aquel entonces catedráticos en lances de amor y bizarría.

—¿Y quién te manda a ti meterte en esas honduras, camará, que no quieres dejar nunca na pa naide, que te lo quieres llevar tú to en el pico u a la bandola?

—Pero ¿tú has visto bien a esa *gachí*?

—¡Vaya!

—¿Y quién es esa *gachí*?

—Pos ésa es Pepa la *Ecijana*, la jembra más rebonita que ha parío madre desde que el mundo es mundo.

—¿Y desde cuándo navega en estas aguas esa goleta de marfil con el velamen de oro?

—¡Pos tres o cuatro días mal contaos, según parece! El *Talabartero* ha tenío que venir a unos negocios, y como tiée aquí una hermana, que es la *Remilgos*, ¡pos velay tú!, en su casa está parando.

—Pos di tú que si lo llego yo a saber me meto en cama y me pongo una bizma por no tropezarme a ese querubín. ¡Camará!, que me ha dao hipo y se me ha cortao toíto el cuerpo.

—¡Pos como no te purgues, no te alivias! Porque lo que es esa tórtola no la alicortas tú, que ésa tiée ya el milano que se la ha de comer con su sal y con su pimienta.

—¿Y quién es ese milano, a quien Dios le dé lo que yo diga?

—Ortigosa el de Osuna, un *gachó* que tiée por nariz un cabalette y por ojos dos estornúos, y que si no da bellotas es por misericordia divina.

—¿Y ese *gachó* está en Málaga?

—No, que yo sepa. Pero ¿a ti qué te importa to eso?

—¿Que a mí qué me importa? ¡Camarál!, pos si tengo el tifus desde que vi a esa *gachí*; si es que me ha embragao el corazón con sus pestañas; si es que esa jembra no pue ser ya pa naide, ni pa el del caballete, sino pa mí, pa el hijo del señor Paco el *Cotufero* y de la señá Dolores la *Pinturera*.

—¡Eso no se sabe!—exclamó el tabernero con acento irónico e incrédula expresión.

—Pos tan y mientras se sabe u no se sabe, dame una miajita de solera, que estoy achicharraíto.

Y mientras aquél se dirigía al barril del amontillado, sentóse el de la *Tumbaga* junto a una mesa, y colocando en ella el codo y en la palma de la mano la cara, canturreó dulcemente, acompañándose con nervioso, rápido y acompasado taconeo:

Que Dios bendiga la hora
en que te hallé en mi verrea,
si lo mismo que te quiero
consigo yo que me quieras.

II

—Pero vamos a ver, martirio—decíale, con acento vibrante de pasión, quince días después de la escena que acabamos de narrar, el *Niño de la Tumbaga* a la bellísima unigénita del *Talabartero*, que sentada tras la reja, bañada en sol y compitiendo triunfalmente en tintas y en perfumes y en gallardías con las flores que lucían en las macetas, contemplaba a aquél con melancólica expresión—; vamos a ver, por qué ese empeño de que yo, en la flor de mi edá, me vista la mortaja; porque si usted se va de la vera mía, sin darme su consentimiento, no voy a encontrar médico que me cure la puñalá que me voy a meter en el sitio que más me duela.

—Pero ¿qué quiere usted que yo le haga? Lo que no puée ser, no puée ser, y querer usted casarse conmigo es como si quisiera casarse con la luna.

—Pero ¿por qué ha de ser eso así? ¿Por qué? Yo tengo veintiséis años no cumplíos; mis méritos o mis desméritos a la vista están; no tengo más familia que un tío embarsamao, una gata morisca, un perro perdiguero y un patio que es un encanto; además, tengo pa vivir sin ayunar manque suban los comestibles; además, tengo un corazón que no me cabe en su departamento; además, buenos procederes. A mí to el mundo me estima, probes y ricos,

chatos y narigones, y lo único que me falta en el mundo pa yo reirme de la pena, es usté, usté, y sin usté no quieo pa na la vía, ni al probetico embarsamao, ni mi gata morisca, ni mi potro alazán, ni mi perro perdiguero. ¿Usté se entera?

—Pero si es que no puée ser lo que usté me pée; si es que no puée ser; si es que yo tengo da palabra de casamiento a otro hombre.

—¿A quién? ¿Al de Osuna?

—¡Al que sea! ¡A un hombre!

—Si yo estoy enterao de toíto; si yo sé que usté no quiere a ese *gachó*; si yo sé que lo que pasa es que ese mal ángel le tiée puesto el pie encima al señor Francisco, que le prestó cuatro ochavos, y que el plazo está cumplío, y que el día que quiera ese mal *arate* se come la finca hipotecá, y como usté es güena y usté quiere a su *bato* como lo debe querer, pos velay usté, por no verle pasar fatigas, está usté dispuesta a pasar por la ruea de las navajas.

—¿Y quién le ha conta a usté to eso?—preguntóle con acento de reproche la *Ecijana*.

—Pos una *calé*, que me ha dicho la güena ventura.

—Pos la *calé* y usté se han dequivocao de medio a medio, porque si yo me caso con Ortigosa es porque lo quiero con toas las veritas de mi corazón y con tos mis cinco sentíos.

—Entonces perdone usté; cualquierita se equivoca, y yo me he dequivocao. Así, pues, quédese usté con Dios y con la Pastora Divina—repúsole el *Niño* con voz triste y reconcentrada.

—Pero es que lo cortés no quita lo valiente, hombre de Dios, y esto que yo le he dicho no es para que me tome usté ojeriza ni me ponga usté esa cara de cólico miserere.

—No, señora; pero es que yo había ensoñao con la gloria, y usté me ha jecho despertar, y como ya aquí no puée crecer pa mí la flor de la esperanza, yo me voy, y me voy pa no volver tan y mientras usté no me mande venir, diciéndome que me traiga ya listos toítos mis papeles.

Y el *Niño*, para evitar que la *Ecijana* viera cómo se le humedecían los ojos, dio media vuelta y se alejó rápidamente, murmurando:

“Ya me mandarás tú venir si es mentira, como creo, lo de tu querer al Ortigosa.”

III

—¡Camarál, hija mía, hoy sí que me he alevantao con la Virgen de cara—exclamó el señor Francisco, penetrando en la habita-

ción donde se encontraba su hija con el semblante contraído y los ojos llenos de vaga y luminosa tristeza.

—¿Qué le ha ocurrido a usted?—preguntóle la muchacha, que pugnaba inútilmente por quitarse el amargor de boca que acababa de dejarle su entrevista con el *Niño*.

—Pos lo que me ha ocurrido es una cosa que no pasa más que una vez en la vía—exclamó el viejo con acento alborozado—. Suponte tú que a poquito de salir de aquí me trompiezo con el *Maroto*, un *gachó* que yo conozco cuasi desde cuando le dieron el jarabe. Pos bien: me lo trompiezo, mos damos un achuchón, y después del achuchón mos vamos a tomarnos unas copas a ca del *Especiero*; ya en ca del *Especiero*, platicando, platicando por la verdá, le dije al *Maroto* lo que me pasaba, porque como yo sé que si tú pasas por toas, y estás dispuesta a pechar con el de Osuna, es porque yo no tenga que dir en mi vejez a peir un mendrugo de puerta en puerta, pos la verdá, platicando, platicando, se me resbaló la sin hueso y le puse toas las cartas boca arriba y fue que Dios me iluminó. ¡Camará!, porque apenitas se las puse, se me queó mirando el *Maroto* con cara de güenas aciones y me dice: “Pus por eso no tiée usted que pisarle un pie, ni lastimarle una alita del corazón a su hija, que por casolidá tengo yo guardaftos cuatro maraveíses, y como precisamente ahora no tengo naíta en que emplearlos, pos se los doy a usted; usted le paga a ese guasón, y usted me hipoteca u no me hipoteca la finca, con interés u sin interés, como a usted le dé la repotente gana, y a pagar cuando a usted más le convenga.” Yo, ¡camará!, al oir esto, me quedé como catalértico; pero como yo no juego más que con los cabales, y no soy capaz de jacerle una charraná ni a un enemigo, le jice ver que lo que debo al de Osuna es cuasi tanto como lo que vale la finca; pero el *Maroto* me dijo que güeno, que queaba enterao, y que esta misma tarde me daría esos *parneses*... Con que ya ves tú, hija mía, si tengo razón si digo que hay días en que se alevanta uno con la Virgen de cara.

Mientras hablaba el señor Paco, el semblante de Pepa había sufrido una extraña metamorfosis, una misteriosa expresión de inquietud y de gozo iluminaba sus ojos, y cuando su padre hubo puesto fin al pintoresco relato, exclamó ella, incorporándose bruscamente y dirigiéndose hacia la puerta:

—¡Tía Dolores, tía Dolores!

—¿Qué se te ha roto, hija mía?—exclamaba momentos después ésta penetrando en la habitación con aire casi asustado.

—Oiga usted, tía, vamos a ver si usted me dice quién es el *Maroto*—dijole su sobrina mirándola con interrogadora fijeza.

—¿Quién es el *Maroto*?... Pos el *Maroto* es un “Viva la Virgen” y un “Me alegro verte güena”. Pero no es mala persona...; uña y carne del *Niño de la Tumbaga*.

—¡Ah!... Uña y carne del *Niño*... Ya me lo suponía yo. Y oiga usted, tía Dolores, ¿ese hombre *habillela* muchos *parneses*?

—¿*Parneses* el *Maroto*?... Pos si no fuera por el *Niño* andaría el *gachó* en cueros vivos y descalzo, y alimentándose de arpiste. ¡*Chavó, parneses* el *Maroto*!

—Eso no puée ser—exclamó el *Talabartero* con voz de asombro y de ira encarándose con su hermana.

—¡Sí, padre, sí puée ser; ya verá usted como cuando vea usted de nuevo a ese hombre no hay na de lo platicao; ya verá usted como to no ha sío más que una broma, una chufla de verano!

—Pos eso mu pronto se ha de ver—exclamó el viejo, dirigiéndose hacia la puerta de la calle en actitud airada—que no soy hombre pa aguantar coces de amos ni burlas de mal nacíos.

—Aquí, aquí están los *parneses*—exclamó el viejo, penetrando sudoroso y jadeante en la sala y mirando a su hija con aire de triunfo, al par que llevaba la mano al bolsillo interior de la chaqueta.

Pepa posó en él sus grandes ojos con extraña y gozosa expresión, y después, dirigiéndose a su tía, díjole con acento indefinible:

—¡Tía, hágame usted el favor de dir ahora mismito a casa del *Niño* y de decirle que venga juyendo, y dígale usted de camino que puede dir ya pensando en arreglar los papeles!

Y mientras su tía y su padre la contemplaban con aire de asombro, ella salió de la habitación con los ojos llenos de luz y el corazón vibrante de alegría.

(EL LIBERAL. Madrid, 14-VIII-1905.)

ENTRE BREÑAS

I

EL CHAVAL

Detuvo el paso de su yegua Pepe el *Zorzales*, y colocándose una mano a modo de pantalla sobre los ojos, arrojó una mirada escrutadora sobre el riente panorama.

Un espléndido sol otoñal embellecía las rápidas pendientes cubiertas por una vegetación exuberante y anárquica, en la que más que verse adivinábanse los rebaños por el lastimoso balar de los recentales y por el lánguido tintineo de las esquilas. Grandes macizos de verdor flanqueaban el río, en cuyas orillas blanqueaban los molinos ribereños, de zafir purísimo parecía el horizonte y de cristal el espacio.

Veintiséis o veintisiete primaveras podría contar nuestro protagonista, y era de tez morena, grandes ojos de lánguidas y adormecedoras pupilas, con facciones de correcto dibujo, curvas mejillas, donde azuleaba la barba cuidadosamente afeitada, como el bigote; sus labios eran frescos y encendidos; como de marfil su dentadura, algo grande y desigual; su cabello, abundante y sedoso, tan oscuro como sus bien arqueadas y pobladísimas cejas y como sus larguísimas pestañas, desbordaba por bajo el ala del airoso rondeño gris, y era vigorosa y cenceña su figura, que avaloraban ajustado marsellés, ceñidor y pañuelo de raso azul que lucía a guisa de corbata sobre la bordada y blanca pechera de la camisa. El pantalón de pana era sustituido en la rodilla por flamantes polainas adornadas con arabescos dibujos y larguísimo flecaje.

Permaneció Joseito inmóvil durante algunos momentos; el silencio era turbado únicamente por el rumor del río al resbalar mansamente por entre verdes tarajes que salpicaba el rojo adelfal y los blancos rosales bravíos; por el melódico doliente piar de las alondras, por los susurros del viento al agitar la frondosa arboleda y por el sonoro latir de los perros guardianes del desparramado caserío.

Pronto el rápido trotar de otro caballo hizo volver el rostro a Joseíto y saludar con una exclamación de júbilo a Cayetano el *Petaquero*, que avanzaba hacia él también airosa y típicamente engalanado, jinete en un jaco de sangre andaluza y cabos finos como torzales, que, al aire la suelta crin, agitaba los encarnados borlones del mosquero y la también roja morillera del ensedado y vistoso atajarre.

—¡Gracias a Dios!—exclamó aquél al ver a su primo, el cual podría contar algunos años más que Joseíto, y era de contextura hercúlea y de rostro bronceado, ojos negros y fulgurantes, y rizosas, negrísimas patillas, evocadoras de las usadas por la gente macarena de la pasada centuria.

—Como que pensé que no diba a poer venir, poique por poquito si me doy de cara con el sargento Cariñena en la encrucijá de los Encinares.

—Pos mía tú, si te parece nos metemos aonde no mos puean ver como no suban en globo.

—Es lo mejor, que no tengo yo ganas de tonteos con estos caballeros que por horas y por minutos van afinando la puntería.

Minutos después internábanse ambos interlocutores por entre los espesos jarales, entre los que tan sólo podían ser sorprendidos por las águilas, que se mantenían como inmóviles y con las poderosas alas extendidas sobre los vértices de la montaña.

—Güeno—exclamó el *Petaquero*, sentándose a la sombra de un nogal, en tanto Joseíto elegía sitio también cómodo junto a él, y los caballos despuntaban algunos tiernos matujos—, vamos a ver pa qué es pa lo que necesitas tú de mi presona gitana.

—Pos na, pa lo que yo te quería era pa icirte que ya estoy decidió der to a dar contigo argunos portes al Campamento.

—Pero ¿es que te vas tú también a jechar al tabaco?

—Lo que yo necesito es arrejuntar más pronto que se ice un puñao de jaras pa poer mercalle a mi jembra las mejores arracás y el mejor mantón de tos los que puean lucir en toica la serranía, y como yo no tengo haberes pa premitirme esos rumbos, pos cuando antier me dio el viejo las tres mil y pico de *tordas* que importa el vencimiento de la hipoteca que le tiéen jecha los *Reondos* de Faraján, pos me ije yo pa mí: “Con estos cuatro ochavos pueo yo dirme en busca de mi primo y dirme con mi primo al Campamento y emplearlos bien empleaos y mercar el mantón y mercar los aretes, y endispues, cuando venda lo que me traiga de Gibraltar, pagar el vencimiento, y si por casolida no arcazara, pos lo que jaría sería gorver a dar otro porte contigo, y como ya sabes tú lo súpito que soy, y

como ya se me ha puesto la cosa sobre el corazón, pos velay tú, por eso te mandé el recazo que te mandé con Perico el *Muletero*.

—Pero ¿por qué te ha entrao a ti esa calentura por mercalle esas dos cosas a tu jembra? ¿Es que ya ha encomenzao a escupir y a sentarle mal lo que come?

—Eso quisiera yo, y no pasa por mo de eso que tú ices, que lo que me escupe la prenda es de la colorá y no pasa un día sin que le entre la pícara calentura.

—Pero ¿no se había mejorao retantísimo cuando estuvo en la Tordillera?

—Sí que se mejoró una miaja, pero apenas gorvió ar pueblo encomenzó de nuevo a toser, y como yo sé que mi prenda no va a jaser los huesos viejos, y como si ella no los jase viejos, en flor se me van a abitocar a mí los míos...

—Lo que tiées tú que jacer es mandalla otra vez en seguidita a la Tordillera.

—Eso será lo que jaré en cuantico llegue el verano, pero antes quieo dalle el gustazo de que ella se mire al espejo con las cosas que te he dicho, poique es que yo creo que ésa es una de las cosas que más peor la tiéen, poique es que ya son muchas las fantesías con que Rosarillo la *Solana* viée achicharrándole la sangre.

—¿Qué Rosarillo? ¿La casá con el *Chirimollo*?

—La mesmita, que no la puée ver, poique como ella se pensó que poique yo le icía cuatro tontunas había yo ya perdío por su cara y por su porte los papeles, pos cuando yo me casé con mi rosa de Jericó, pos a ella le entró el dislocamiento y se casó na más que de rabia que le dió con Robustiano, y como el hombre to lo que le sobra son talegas, y como está más loco que un cencerro por la Rosarillo, pos ésta es la que pica la torva en el molino, y ca vez que quíée mete la mano justa el co en la faltriquera de su hombre, y como de alguna jechura se tiée que vengar, pos no jace más que dalle *chingares* a mi Rosalía con toícos los jarambeles que la merca su hombre, y como ella sabía que mi nena siempre tuvo la ilusión de poer mercarse un güen mantón y unas güenas arracás, pos apenas puso a la venta su mantón y sus salcillos la viuda de *Calcetines*, jizo que su chato se los mercara, y dende entonces no va a una parte aonde ella sepa que va mi Rosalía, que no se ponga dambas cosas no más que por emberrechinarle la sangre a mi lucero.

—¡Camará, y quién eres tú y qué cosillas más de a ochavo que te ponen a ti a cavilar!

—De a ochavo y no de a ochavo—exclamó con acento impetuoso Joséito—, poique es que mi jembra púo casarse con Tobalico el

de Montejaque, que no es pan seco lo que masca, y a pesar de eso espreció ella sus haberes y se casó conmigo sabiendo que yo no tengo más que una choza y dos majuelos, y dende que se casó no le he podido yo mercar na de lo que reluce y de lo que más a ella le gusta, y como la probetica mía es más callá que un sótano y más humilde que el porvo que se pisa, y como además me tiée tanta voluntá, pos en jamás de los jamases ha dicho ni pío tan siquiera; pero como ella tiée pa mí de cristal la frente, pos sé las *ducas* que ella pasará cuando la otra encomienza a tirarle barrumbás y fantesías.

—Pos mía tú lo que son las cosas: eso que tantísimo es lo que vale pa ti, pa mí no vale ni la pleita de un capacho.

—Pos pa mí sí son tejoletas—dijo con voz ya irritada Joseíto—. Poique pa mí es una puñalá trapera que me dan una pluma que le jurguen con mala intención a la que a mí me esteta to lo que a un hombre le enluta er corazón, y tan es asina, que la otra tarde que la vi yo la mar de cavilosa y me enteré de que se había trompezao con la Rosarillo en ca de la *Pechugona*, como yo me comí la partía del porqué estaba ella tan de malito encare, le juré que o perdía yo jasta el segundo apellío o tenía ella, antes de que golviera a crecerle el pelo a los maizales, un mantón y unas arracás doble mejores que las que se pone jasta pa dormir la jembra del *Chirimollo*.

—Güeno, hombre—dijo Cayetano, encogiéndose de hombros—, no hay que inritarse por tan poquilla cosa, y si tan enjotao estás tú, pos por lo que a mí resperta no se irá al joyo tu Rosalía sin que le cumplas tu juramento. Y ya que estás tan decidío, no tiées más que vinirte conmigo, que esta noche salimos a cargar los *Conchinos* de Benaoján, los mozos de Andrés Benítez y los *Zurdos* de Jimena.

II

LA CHAVALA

La azotea, la blanquísima azotea, cegaba con el blancor de sus bien enjalbegados muros y con los espléndidos tonos de las flores, que en numerosas macetas adornaban el murete como una greca florida, a los ardientes rayos del sol que parecía querer incendiar el zafir de los cielos y el cristal purísimo del espacio.

Rosalía, inclinada sobre el muro y asomando la cabeza por entre dos de las florecientes macetas, inspeccionaba con inquieto mirar la riente lejanía.

La enfermedad apenas había conseguido amortiguar los encantos de la moza, que era alta sin exageración, de talle esbelto, de seno

algo tímido que hundíase como para dejar aproximarse sus hombros; sus ojos eran negros, dulces, melancólicos, ojos de oriental abolengo, adoselados por cejas que parecían trazadas con antimonio, de encorvadas y larguísimas pestañas de azabache, que acen tuaban con su sombra sus ojeras, que morían en los algo descarnados pómulos coloreados por el mortal padecimiento y cuyos tonos contrastaban rudamente con el intenso y casi fantástico blancor de su tez empalidecida.

Sobre su frente arremolinábanse los encrespados y brillantísimos cabellos, que desbordábanse en brilladores bucles sobre sus sienes y se retorcían en relucientes vedijas sobre la nuca y amenazaban, al desatarse, inundar la espalda como un torrente de rizos.

Una entre sonrisa y mohín estereotipado en sus labios finos y pálidos hablaba con muda elocuencia del recóndito, silencioso y constante malestar, y sus movimientos estaban llenos de languideces; la falda de color de rosa que vestía, como la chaquetilla del mismo color, que ocultaba del todo casi amplio pañuelo blanco de Canilla, dejaban adivinar lo descarnado de su cuerpo de armónicas elegantes proporciones.

Durante algunos minutos exploraron sus ojos la radiante lontananza, sin que quedara senda que no exploraran, pero convencida la moza de que por ninguna de ellas venía el que con tanta ansiedad esperaban, y como ya el cansancio hacía flaquear sus piernas, dejóse caer en una vieja poltrona colocada junto al murete.

Una profunda inquietud enseñoreábase de su corazón, y un vago remordimiento de su conciencia; la tardanza de Joseíto habíale robado las escasas horas de reposo que la tos le concedía, al recordar el despecho de su hombre por no poder tenerla como a la flor en el tallo, y el juramento que le hiciera recientemente de satisfacer en breve plazo el capricho suyo que ella había cometido la torpeza de revelar un día en que un ala del corazón hubiera dado por haber podido eclipsar con su lujo el de su vanidosa rival.

Este recuerdo era el que más amargura le proporcionaba; ella sabía que su hombre no vivía más que mirándose en sus ojos, que un capricho suyo por satisfacer era una espina clavada en su pecho, y sabiendo que vivía rabiando por no poder tenerla como a una reina en su trono, y soñando con echarse al tabaco para que se acabaran ya de una vez estrecheces y amarguras, había ella cometido la imprudencia de confiarle sus tan vehementes deseos de darle un bocado abajo a la mujer del *Chirimollo*.

Y al pensar que su Joseíto, en lugar de irse a pagar el vencimiento de la hipoteca, hubiese metido su caballo sierra adentro para ir

en busca del *Petaquero*, profunda zozobra apoderábase de su corazón; ella sabía que los tiempos habían cambiado, que ya todos los que al tabaco se echaban tenían que tutearse con la que nos pudre, y que no eran pocos los que, como el *Petaquero*, tenían que andar jugando al *zorro que te vi* entre breñas y abulagas en espera de poder pillar un transatlántico que los llevara a las Américas latinas, y menos mal para los que podían hacer esto, que otros como Antón el *Cantonera*, Paco el *Pecoso* y Casimiro el *Broñigal*, habían pagado con la número uno su ambición y su valentía.

—Pero, chiquilla—exclamó la señá Micaela penetrando en la azotea y acercándose a la moza cuando más engolfada estaba ésta en sus poco gratas meditaciones—, ¿es que tú no vas a catar la gracia e Dios en tanto y cuanto no güerva tu Joseíto?

Miró a su madre con expresión indiferente la muchacha, y dijo:

—Pero si no tengo ganas de abrir la boca tan siquiera, maresita—le repuso.

—Pos sá menester que la abras, que por querer alimentarte con suspiros te estás poniendo ca vez más amarilla y cá día con más ojeras, y

—Señá Micaela—gritó en aquel momento Toño el *Carambuco* desde el umbral de la casa con acento resonante.

—El cartero—exclamó la anciana a la vez que,

—Carta de mi José—decía, incorporándose, pálida y con la respiración anhelosa, Rosalía.

—No se había ésta equivocado; la carta era del *Zorzales*, carta en que éste la decía que no se inquietara, que al llegar a Faraján habíase encontrado con que el *Reondo* estaba en uno de sus cortijos y que como no era cosa de perder el viaje, había decidido esperarle, lo cual le hacía tener que prolongar su ausencia durante dos o tres días.

—¿Qué más ice—preguntó la señá Micaela al ver que la moza callaba, no sin seguir con los ojos puestos en el papel y no sin que vaga sonrisa se bosquejara en sus labios exangües.

—Ná, cuatro tontunas.

—Vaya, güeno—murmuró la señá Micaela cayendo en la cuenta de la indiscreción cometida, y después:

—Entonces, ya podrás tomar una miaja de alimento, ¿verdá, tú?

—Güeno, lo tomaré, pero ná más que una miaja.

—Eso ya se verá, que no quieo yo que cuando güerva tu José iga que en cuantito falta él de aquí ya no hay aquí naide que te cuide, como si hubiera sío él el que te hubiera dao los calostros, cantao la nana y metío los pañales.

III

JABALÍES Y PERROS

La luna plateaba el paisaje hermosamente bravío; mansa brisa hacía ondular las ramas de los nogales y quejigos; de vez en cuando cruzaba el espacio con vuelo blando y silencioso alguna que otra ave agorera proyectando en las riscosas faldas su fantástica silueta fugitiva; el silencio de la noche era turbado únicamente por el sonoro latir de los mastines, que velaban en los blancos caseríos y por el lento caminar de los contrabandistas que, jinietes en caballos enjutos y voladores, precedían y escoltaban las poderosas acémilas por las más ocultas veredas.

Joseíto, junto a Cayetano, en la retaguardia del pelotón, terciada la brillante tercerola sobre la típica y pintoresca montura, exploraba con mirada inquieta la lejanía.

—No sé poiqué, camará—dijo Cayetano, a la vez que ponía en torno suyo una mirada recelosa—, pero me está dando er corazón que vamos a tener una miajita de ruío, y lo sentiría más que ná por ti, que tendría mal ange eso de que por ser la primera vez que sales tú te recibieran de tan malita jechura.

—Pos tamién me está a mí goliendo la noche a pórvora—dijo Antón el *Sarmentoso* con acento indiferente.

—¿Y eso poiqué?—le preguntó Joseíto.

—Pus poique—repúsole Cayetano—no mos hemos trompezao, como esperaba, con José el de Guadiaro en la cañá de las *Palomas*, y pa que él no haiga jecho lo que yo le ije, menester es que lo hayan arrecogío o alicortao, lo que no tendría naica de particular, poique es que ese pícaro teniente Mendiola le viée largo a una cometa, poique es que tiée más vista que un lince y más nariz que un poenco.

Nadie contestó a las palabras de Cayetano, y durante media hora continuaron todos caminando silenciosos y meditabundos, no sin que el más pequeño rumor hiciera estremecerse a Joseíto.

Este sentía que una profunda inquietud aceleraba el latir de su corazón al pensar que un mal encuentro le hiciera perder los dos pequeños fardos de sedería amarrados a las ancas de su *Careto*, y con ellos el codiciado mantón y las dos magníficas arrancadas de oro y diamantes que rabiaba ya por ver adornando las casi invisibles orejas de su Rosalía.

Cuando más engolfado caminaba en tan poco grata meditación, al detenerse bruscamente los que formaban la vanguardia de la cuadrilla, hicieron retroceder algo desordenadamente a las acémilas y a los escopeteros.

—¿Qué es lo que pasa?—preguntó Cayetano, avanzando rápido, seguido del *Zorzales*, hacia los que precedían a la cuadrilla.

—¿Pero qué es lo que pasa?—repitió al llegar junto a ellos y encarándose con Juan el *Pulio*, que delante de todos, y con la tercerola en la mano, exploraba inmóvil como una estatua, la silenciosa lejanía, y el cual, al oír su pregunta, le repuso sin apartar la vista de la lejanía:

—¿Qué argüien viene jaciendo yesca al jaco por el cruce del *Pantalones*.

—Yo ño veo naíta.

—Lo tapan los algarrobos del *Rodrigones*, pero ahora lo verás... ya lo tiées ahí, y pa mí que es el de Guadiaro.

No se había equivocado el *Pulio*, y minutos después llegaba a todo el desesperado galopar de su cabalgadura, Joseíto, el cual exclamó con voz anhelosa, dirigiéndose al *Petaquero*:

—Encimita, pero que encimita, tenemos al tiniente Mendiola con cuasi toa su jauría.

—Pero ¿qué ha sido lo que ha pasao?—le preguntó aquél con voz completamente serena.

—Pos ná, que estando en la caña e las *Palomas* me rodearon sin que los sintiera ni la tierra y me llevaron al Tajo de los Mimbrales, de aonde me he poío escapar, y yo ño sé cómo no me han arrecogío, poique es que uno de los chinazos que me han tiraó me quitó un rizo como ricuerdo, y lo que siento es que se vaya a pensar otra cosa mi morena.

—¿Y hasta aónde te han seguío?

—Pos aonde yo los perdí e vista fue en las lomas del *Fatigas*, pero pa mí que los tenemos aquí antes de lo que se tarda en cantarse unas serranas.

—Pos a ver—dijo Cayetano con voz vibrante como un toque de clarín dirigiéndose al grupo de contrabandistas—tos los de Gaucín y tos los de Iguañeja a tomar con los machos la trocha de *Atanares* pa pillar en un vuelo la venta del *Baticolo* y a esconderse en el Carrascal, y los de Jimera y los de Arriate conmigo por si sá menester pararles los pies un rato a esos caballeros.

Y fijándose en su primo, que continuaba inmóvil a su lado:

—Arza tí tamien con ellos y aspérame con ellos en el Carrascal.

—Yo ño me aseparo e tu vera—repúsole sombríamente Joseíto.

Momentos después, rápidos y silenciosos, se alejaban las cargadas acémilas rodeadas por los escopeteros de Gaucín y de Iguañeja, con dirección a la trocha de *Atanares*, y cuando Cayetano les hubo visto ocultarse tras los árboles que embellecían la vertiente de la montaña, dijo:

—Ahora tos mosotros a lo alto de la loma—dijo a los restantes compañeros—por si vién esos señores, jacelles bailar un rato con la más fea, tan y mientras los otros se lleven la más bonita, y cuando yo pite, ya saben ustés, cá uno por su lao y tos a la torre del Moro pa dende allí cortar el monte por la *Torrentera*.

Ya situados en el repecho al amparo cada uno de los jinetes de uno de los copudos algarrobos, esperaron tranquilos.

La espera no fue de mucha duración; pronto el rápido galopar de sus caballos anunció la llegada del enemigo; éste, al llegar al pie del repecho, se detuvo bruscamente: la vista de águila del teniente había divisado a los contrabandistas, y al divisarlos, un juramento capaz de hacer enrojecer al más bigotudo de sus veteranos, brotó en su boca; como ducho en aquella clase de lides, al adivinar lo ocurrido, se dispuso a maniobrar de modo que pudiera cortar el camino a los que, sin duda, habían huido con dirección a la sierra, y dirigiéndose a uno de los que le seguían:

—A ver, Morales; como, si no me equivoco, esa gente ha metido las acémilas con algunos escopeteros, por la trocha, y a los demás los tenemos en el repecho tras los algarrobos, es preciso que, mientras yo con diez números subo a lo alto, usted con los otros diez vaya a tomar a escape el atajo del *Charambela*, a ver si me los copa usted antes de que pillen los tallares.

La operación dispuesta por el teniente había sido adivinada, sin duda, por Cayetano, y antes de que el sargento hubiese podido alejarse con sus hombres, ya habíanse extendido bajando por el barranco los matuteros, cerrando también el paso por retaguardia a sus perseguidores.

Un nuevo rotundo vocablo tronó en los labios del teniente que, brincando de ira en su montura, gritó:

—Pues a barrer toda esa canalla, sargento, a barrerla, y que no quede ni uno.

Y dicho esto, espoléo a su montura que, encabritándose al sentir el injusto castigo, pretendió despedir a su jinete, dominada por el cual, avanzó por el empinado repecho seguido de sus hombres que, abiertos en guerrilla, pronto se tuvieron que detener y parapetarse tras los árboles para contestar el nutrido fuego que a discreción les hacía desde la altura la gente del *Petaquero*.

IV

EL ENCUENTRO

Joseíto, recto e inmóvil sobre su caballo, contemplaba el espectáculo sin que pudiera darse cuenta de aquellos a modo de dulces



ceceos que modulaba al pasar cerca de él el plomo ya frío; sus ojos no se cansaban de mirar cómo el teniente esforzabase en dominar su caballo, que caracoleaba y arrancando chispas a las rocas al choque de sus herraduras, giraba espantado sin querer obedecer ni riendas ni acicate, impidiendo que su jinete pudiera resguardarse del fuego enemigo.

—Pero ¿es que tú te has pensao llevarte virgen la tercerola? —preguntó con voz desabrida Cayetano a su primo, junto al cual no cesaba un punto de disparar la suya, y después, fijándose en el blanco que aquél presentaba, enhiesto sobre la típica montura, y sin que le resguardase árbol ninguno:

—Pero ¿qué haces que no te arrimas al árbol ni te tiendes sobre el caballo?

Joseíto se sonrojó oyendo a su pariente, y echándose a la cara la tercerola, hizo el primer disparo.

Poco a poco fue apoderándose de él el vértigo de la pelea, y una nunca por él sentida ansia belicosa, fue apoderándose de su espíritu, y haciéndole olvidar toda prudencia, todo instinto de conservación, y ya embriagado por el olor de la pólvora y por el vibrante detonar de las carabinas y tercerolas, saliendo del lugar que le amparaba la sombra del árbol, quedaron él y su *Careto* bañados en la luz de plata de la luna.

—¡Tiéndete! —le gritó con voz resonante Cayetano.

Joseíto oyó la voz de aquél, pero antes que pudiera hacer lo que su primo le ordenara, tronaron como uno solo varios disparos, y el *Zorzales* sintió como si le pasaran por el costado un hierro candente, y después, que le zumbaban los oídos y que se aflojaban sus músculos.

Nuevos disparos retumbaron sonoros y como rodando de cañada en cañada, y encabritándose de pronto *Careto* rebrincó alocadamente haciendo a su jinete aferrarse para no caer con desesperado ahinco a la montura, y después, libre de rienda, y espoleado, sin duda, por el dolor, salió disparado como una flecha, atravesó raudo como una visión, por entre los carabineros, que le saludaron con una nueva descarga, y se perdió de vista, siempre galopando vertiginosamente, tras la loma situada frente al lugar donde tenía lugar el encuentro.

A Joseíto, aferrado con mano crispada a las crines y al atajarre, sin perder felizmente los estribos y apoyándose en las cargas sujetas a la grupa, antojábasele aquello una pesadilla; un dolor vivo y taladrante parecía penetrar su costado; además, la sangre empapaba su camisa.

A medida que avanzaba su caballo en su carrera loca, saltando acequias, parapetos y albarradas, sin respetar ni sembrados, ni vi-

ñedos, iba dejando de oír Joseíto los disparos, y minutos después, que a él se le antojaron todo un siglo de suplicio, empezó a templar la rapidez de su carrera el caballo, que en breve detúvose, bañado en sudor y con la boca espumante.

Joseíto permaneció inmóvil durante algunos minutos como temiéndolo despertar el dolor, que al detenerse la montura habíase amortiguado, pero al sentir que la sangre aún seguía manando de la herida, hizo un esfuerzo poderoso y se medio incorporó arrojando una mirada escrutadora en torno suyo.

A la clara luz de la luna pudo verse todo empapado en sangre; el dolor agudizábase por momentos; una gran laxitud habíase apoderado de él; parecíale verlo todo como al través de un tul vaporoso; sus ideas y recuerdos surgían en su imaginación como loca y vertiginosamente barajados por las manos habilísimas de un prestidigitador; Rosalía, el *Chirimollo*, las arracadas, el mantón, la hipoteca, sus viejos, el *Petaquero*, el teniente Mendiola, todos los seres amados y no amados parecían bailotear en su cerebro una danza fantástica y grotesca.

El instinto hizo resonar en él su voz poderosa, y arrancándose el pañuelo de seda que le servía de corbata, se lo llevó al costado oprimiendo con él la herida, y en aquel momento un extraño de la montura al desesperado latir de un perro, le despidió bruscamente arrojándole a algunos pasos de distancia sobre un terreno blando y movedizo.

En tanto tenía lugar la escena que dejamos narrada, el tiroteo seguía en la loma del *Almendral*; los contrabandistas empezaban a retroceder; ya dos de ellos habían tenido que retirarse heridos y uno de los carabineros, al abrigo de las balas por un corte del terreno, vendábase una pierna, de la que no cesaba de brotar la sangre.

El sargento no conseguía abrirse paso, porque los contrabandistas retrocedían con lentitud desesperante, y ya llevaban tres cuartos de hora de lucha cuando un silbido penetrante dominó el fragor de la pelea.

—¡Cobardes! ¡cobardes! ¡cobardes!—rugió Mendiola al ver cómo repentinamente todos los adversarios volvían grupas y se alejaban veloces como sombras tendidos sobre las monturas y haciendo a éstas trazár caprichosos zig zag burladores de la más certera puntería.

La persecución se hizo imposible; al dominar del todo el repecho, pudo ver el teniente cómo cada uno de aquellos seguía un ca-

mino distinto, y como ya conocía el modo de pelear de aquellas gentes,

—A ver, que se queden aquí dos con el cabo Manzano y con el otro número herido, y los demás conmigo todos hacia la trocha de *Atanares*.

Y momentos después volaba el pequeño escuadrón en la dirección indicada por el teniente, alumbrados por la luna que resplandecía en el charolado corraje y en el reluciente alero de los pesadísimos sables y de las no menos brillantes tercerolas.

V

LA VENTA DEL CARACOLO

Las primeras claridades del día iluminaban vagamente el paisaje; la venta del *Caracolo* presentaba pintoresco golpe de vista; el señor Juan el *Pistola*, de pie en el umbral, empleábase, como de costumbre, en tejer larga pleita con el esparto que sacaba del abultado haz que sujetaba bajo la axila; el *Perezoso*, un zagalillo grefudo y atezado, parecía empeñadísimo en justificar su mote con una interminable serie de bostezos, a la vez que daba suelta a la reducida piara que a diario tenía que conducir a la montanera; Márgara, desnudos los renegridos brazos, recogida la falda, que dejaba ver el encarnado zagalejo, y cubierta la cabeza por un pañuelo de hierbas atado en la nuca, barría la planicie situada bajo el viejo parral que le daba sombra grata en los ardientes días de estío y no cerraba el paso a las caricias del sol en los invernales, y el *Caracolo* colocaba a la yegua el pesado yugo a la vez que canturreaba con voz algo ronca:

El león en su cueva
muere de celos.

Cuando más engolfados y abstraídos estaban todos, al parecer, en sus respectivos quehaceres,

—Ya tenemos ahí a esos caballeros—dijo Joseíto sumando uno más a la larga serie de sus matinales bostezos.

Una mirada del *Caracolo* le hizo enmudecer, y crujiendo hábilmente la honda, gritó dirigiéndose a la oronda matrona de la piara:

—Vamos pa allá, preciosa, vamos pa allá, prenda mía.

Y al ver que ésta, no obstante lo excesivamente galante del adjetivo, no parecía dispuesta a acatar su mandato, hízola obedecer haciendo rebotar una piedra en su torso reluciente.

Poco tardaron en llegar a la venta Mendiola con su gente.

—Buenos días—dijo el primero, con acento brusco y mirando con expresión de amenaza al *Caracolo*.

—¿Cómo tantísimo güeno por aquí, mi tiniente?—repúsole el ventero abandonando la yunta y avanzando lentamente hacia los recién llegados.

—¿Por dónde ha tirao el *Petaquero* con su lobera?—le preguntó Mendiola sin dignarse contestar a su pregunta.

Los recién llegados, sin duda previamente aleccionados, habíanse dirigido rápidos hacia los de la venta, y llevándose aparte a cada uno de ellos, antes de darles tiempo a que pudiesen cambiar una palabra, dieron principio todos a la vez a un mismo interrogatorio.

Aquellas buenas gentes no sabían una sola palabra de lo ocurrido algunas horas antes en los *Chaparrales*; sin duda Cayetano y los suyos habían flanqueado la venta en su huida y habían ido a guarecerse a algunos de los pueblos próximos. Terminados los interrogatorios pudieron apreciar los interrogadores que no había habido entre los interrogados la más pequeña contradicción; las gentes de la venta hacía una hora que se habían levantado; el viejo habíase entretenido en encender la candela; la cortijera, en recoger los huevos en el corral y en amasarles a las gallinas; el pastor, en componer la honda que habíasele roto en el día anterior; el ventero, en echarle unas brazadas de yesca a la yunta antes de llevársela al trabajo.

No obstante esto, el teniente echó un vistazo a la cuadra, al pajar, y no encontrando en aquellos lugares nada que le llamase la atención, dulcificó algo la expresión de sus ojos, y:

—¡Por vida de Dios, v qué diíta que nos espera desnúes de la noche que nos han dado!—exclamó a la vez que arrojaba una mirada escrutadora en los alrededores del edificio.

—Pero ¿es que esta noche ha habío gresca con la gente de ese mozo?

—Dos horas casi de danza en los *Chaparrales*; lo que ese vícaro me tiene que pagar es el haberme lisiao al *Cantimplora*, que ha salido con un balazo en la cabeza, y a Paco el *Dueña*, con otro en una pantorrilla.

—¡Pero qué! ¿se les cogieron las cargas?

—Dos machos que se les cortaron en la loma del *Pisaverde*, y dos hombres que no volverán a matutear por estos terrenos, el *Gazpacho* de Alगतocín y el *Veneno* de Igualaaja.

—¡Lástima de mozos!—murmuró el ventero.

—Lástima de ellos y no lástima de nosotros, ¡por vida de Dios,

que esto no se acabará en tanto no se acabe con todos ustedes, que todos ustedes sois lobos de las mismísimas madrigueras!

Al *Caracolo* le chispearon las negras pupilas con expresión dura y brava, y dos minutos después alejábase el teniente de la venta.

Cuando ya se hubieron perdido de vista, una sonrisa burlona serpeó en los gruesos labios de todos los habitantes del cortijo, y

—Usté, agüelito—dijo el *Caracolo* al viejo, que no había cesado un punto de tejer la sogá—a la loma del *Almendral*, y tú, *Perezoso*, a la del *Grajo*, y tú, *Márgara*, al cruce de los *Matorrales*, a tener cuidao con esa gente, y si los ven ostés de golver, ya sabéis, un escopetazo a la luna.

Y diciendo esto se lanzó rápido hacia lo más espeso del monte.

Durante algunos minutos avanzó por una senda casi invisible a los ojos de los menos expertos, y al llegar a un enorme hacinamiento de rocas, llevóse los dedos a los labios y dejó escapar un silbo agudo que resonó como modulado por un mirlo en los zarzales.

Otro mirlo pareció contestar al del *Caracolo*, y momentos después franqueaba éste la primera línea de rocas y topábase con Cayetano y su gente en reducidísima planicie, donde las poderosas acémilas y los enjutos caballos desaparecían casi del todo como bajo una lluvia torrencial de bien olientes matujos.

—Pos sá menester—dijo Cayetano después de oír al *Caracolo*—meternos más aentro jasta el anochecer que salgamos pa Jimera—y después, dirigiéndose al ventero, continuó:

—¿Y han dicho argo esos armas más de mi primo Joseíto?

—Ni pío; de los que han platicao ha sío del *Gaspacho* y del *Veneno*, a los que, según parece, han arrecogío, pero tocante al *Zorzales* no deben haberle jechao mano, poique si no no se hubieran dejao de icillo, ¡que apenicas le gusta farolar al tiniente Mendiola!

—Pos sá menester que vaya usté a ver si se ha guareció por alguno de esos cortijos, poique pa mí que er plomo lo arrecogío, que cuando al sentirse jerío se le arrancó el jaco, diba galapagueando en la montura, y si er plomo lo ha arrecogío bien...

Y al pensar que un desenlace trágico hubiera podido poner fin a la carrera del mozo, algo siniestro resbaló por las negrísimas pupilas del *Petaquero*, el cual, minutos después, internábase más y más por entre los espesos jarales, seguido de sus compañeros, todos ellos gente avezada a jugarse a diario la piel en la brava serranía.

VI

EL HERIDO

—¿Qué, te sientes mejor?

—Sí, que me duele muchísimo menos.

—Como que el tío *Clavija* tiée en cá deo un bote e bársamo pa eso de curar jerías, camará, que no he visto yo nunca más santas pa estas cosas; verdá es que lo tuyo, felizmente, no es cosa que merezca tratamiento.

Joseíto, tendido en la cama del señor Juan, miraba a éste con expresión triste y meditabunda; su imaginación estaba bien distante de allí; la imagen de su Rosalía no se apartaba un punto de su pensamiento, con sus grandes ojos febriles, su perfil bello y descarnado, sus labios exangües, enjorados por una sonrisa de melancólico irresistible encanto. Cuando pensaba en que el mal rato sufrido hubiérala podido empeorar, parecía que el lecho le escupía, pero el dolor que al moverse le hiciera sentir, hacía exhalar hondos suspiros, y rabiosa y silenciosamente tascar el freno que le impedía volar al lado del ser querido. Respecto a sus viejos, no tenía inquietud ninguna; Cayetano había enviado uno de sus hombres de confianza, el cual había llevado una noche la carga de contrabando menos el pañuelo y los zarcillos; al visitarle aquél a los dos días, entregó el recibo de los *Reondos* de Faraján y, además, algunas monedas, producto de la venta de la sedería sacada del *Campamento*, no sin que al entregárselas le dijera con voz sorda:

—Mal arte has tenío en tu primera salía.

Y al ver que Joseíto se encogía de hombros desdeñosamente, continuó:

—Y el decir esto no es por esa chirigota que te dijeron y que, gracias a Dios, no se ha formalizao, sino por lo negro que estarás ya de no poer alevantarte pa querer a tu morena.

Los ojos del *Zorzales* centellearon de amor y tras algunos momentos de silencio, murmuró con voz sorda:

—Pos lo que más me duele de to es no saber si se ha puesto u no más peorsilla con la pícara noticia.

—Mejor no puée estar, poique la probe no se convencerá jasta que te vea con sus propios ojos, de que lo que tú tiées no vale el romero y el vino que en emplastos se ha gastao.

—¿Pero tú tiées noticias de ella?—le preguntó Joseíto haciendo un gesto de dolor al intentar incorporarse.

—Sí, que tengo, poique hier tarde estuve platicando con Sebas-

tián el *Cachete*, que me ijo que no está ni peor ni mejor, sino que sigue tosiendo y con su mιάjica de destemplanza.

Días después sentíase mejorado nuestro protagonista y, aunque con trabajo, podía incorporarse, y hasta, aprovechando uno de los momentos en que la señora Pepa le dejara a solas, había logrado asomarse al balcón, pero para volver a la cama tuvo necesidad de esperar a que volviera la buena mujer.

Desde aquella intentona no había vuelto a moverse, pero ya estaba decidido a abandonar aquel hospitalario rincón; la impaciencia tomaba en él caracteres de mayor gravedad que el balazo; el sueño había huido de sus ojos, y las noches pasábaselas suspirando angustiosamente y dando vuelcos y más vuelcos. No, él no podía continuar más tiempo sin ver a Rosalía; él había esperado que ésta, al enterarse de que él no podía ir a verla, hubiera ido en su busca, y si no lo había hecho ya, era seguramente porque algo muy grande se lo impedía; porque estaba peor, sin duda, y si ella estaba peor... ¡Dios de los cielos! si ella estaba peor, él tenía, aunque fuese arrastrando, que ir a sus cubriles a comerse a besos aquella carita pálida de pómulos encendidos y aquellos ojos que eran como dos ventanales por los que parecía querer irse el alma de aquel cuerpo tan airoso a la vez que tan débil, tan esbelto, tan febril y tan lleno, a sus ojos, de tan hondos atractivos.

—¿En qué piensas?—le preguntó el señor Juan, que entreteníase engrasando el herraje de su retaco.

—¿En qué quíee usted que piense? En lo dichosos que son tos aquellos a los que Dios ha puesto alas pa poer volar aonde más es de su gusto.

No seas súpito, hombre, que ya entro e ná, según ice el *Clavija*, podrás salir de aquí como de un cañón rayao, que ya lo que te quea no vale naica, gracias a Dios; poique es que perdiste aquella noche más sangre que agua suelta un aguacero.

La ventana daba paso a un torrente de rayos de sol que iluminaban alegremente la estancia, y a dos golondrinas que habíase posesionado de un viejo nidál situado en una de las vigas del techo, y las cuales, al acariciarse al borde del nido, habían hecho a Joseito pensar más de una vez en la querida compañera.

La señora Pepa penetró en la habitación, sobre el encanecido pelo amplio pañuelo de hierbas anudado en la frente, en la mano la escobilla de blanqueo y algunos manchones de cal en el rostro y en los renegridos brazos, que dejaban ver las arrolladas mangas de la chaquetilla.

—Qué, un hombrecito, ¿verdá?—le preguntó la vieja, poniéndose un puño en la cintura y apoyándose con la otra en la escoba.

Joseíto sonrió a la anciana, que con casi maternas desvelos había atendido, y

—Sí, señora—le repuso—, y si no fuese por...

—Si no fuese, ¿por... qué?—le preguntó aquélla, y antes de que aquél hubiera podido contestarle, continuó:

—¡Vaya! Si no fuera porque te está yaciendo muchísima farta la prenda que tú más quieres... ¿no es así?

Los ojos de Joseíto contestaron de modo elocuentísimo a la pregunta, y tras un breve silencio:

—Pos si la cosa no estuviese ya tan pa granar, yo mesma te la traería—dijo la señora Pepa—, pero como ya, gracias a Dios y a la Virgen Santísima, estás tú tan requetemejorao...

—Pero si es que pa que ella no haiga vino sin que naide vaya por ella en los doce o catorce días que llevo aquí, sa menester que esté pa que la embarzamen la probetica mía e mi corazón—dijo con voz reconcentrada el *Zorzales*.

—¿Y poi qué ha de ser eso así? ¿No ves tú que nosotros la hemos dicho que lo tuyo no vale naica?

—Manque ustedes le haigan dicho lo que les haiga dao la repentísima gana, ella hubiera vino fijamente, ¡vaya si hubiera vino!

—Pos bien, sí—dijo el señor Juan—, ella hubiera vino, y si no ha vino es porque nosotros no le hemos querido decir aonde estás tú, por eso mismamente, pa que no se ponga en camino, poi que es que como ella está tan... así, tan poquilla cosa, y como una caminata tan grande le sentaría más peor que un escopetazo...

—Pero es que ha poío venir en jamugas.

—Pero como er méico...

Estas palabras, que se escaparon sin duda, al señor Juan, hicieron a éste hacer un mohín delator de su arrepentimiento, pero comprendiendo que era preciso enmendar a escape el yerro, continuó:

—Como er méico le tiée aconsejao que no se tome calores ni fríos, ni se ajetree por naica de este mundo, pos es naturá, la señá Micaela le dijo a Juanón que no le igiera aónde estás tú pa que no se arrancara y se viniera en busca tuya.

—¡Luego er méico ha tinío que dir a verla!—dijo Joseíto, y después, con voz irritada y vehemente:

—¡Pos esto no puée seguir así; yo esta mesma noche me voy ar pueblo manque sea gasteando!

—¡Tú qué has de dirte ar pueblo de esas jechuras! ¿No ves tú que si tú te pusieras más peor y se tuviera que llamar ar méico, er compromiso sería pa nosotros?

—Tiée usté razón—musitó con voz llena de desaliento el mozo.

—Vamos, el que ha esperao lo más, espera lo menos—añadió la señora Pepa, a la vez que, soltando la escoba contra la pared, arreglaba la almohada y el embozo del lecho al paciente, que tornó a sonreír agradecido al sentir que la mano de la pobre mujer pasaba acariciadora por su frente, apartando de ella los encrespados mechones.

Cuando se vió de nuevo a solas Joseíto, quedó sumido en sombría abstracción, pero algo más consolado al pensar que tal vez el no haber ido su Rosalía obedecía a no conocer su paradero, y no a que estuviera mucho peor de aquel pícaro mal que iba robándole la vida por horas y por minutos.

Y al par que pensaba esto, sus ojos se posaban en el nido en que las dos golondrinas parecían entablar un apasionado diálogo de amor con sus resonantes trinos y sus ardientes gorjeos.

VII

ROSA MARCHITA

Los tonos del crepúsculo pintaban los celajes de incopiables irrisaciones, de opalinas transparencias; tras las enhiestas cumbres habíase hundido el sol dejando a su paso los últimos vaporesos pliegues de oro de su esplendorosa clámide; el valle adormecíase al conjuro de las primeras vaguedades precursoras de la noche; empezaban a esfumarse los contornos de los caseríos y de la arboleda; de vez en cuando turbaba el silencio la voz de alguno de los campesinos, que hablaba a distancia, o el rumoroso tintineo de las esquilas del ganado conducido a los apriscos por los pastores; algo dulce y sedante iba adueñándose del panorama, y allá en lo más hondo de etéreos abismos iban apareciendo los luceros y las estrellas, que parecían parpadear rutilantes y misteriosos.

Rosalía, sentada en una antigua butaca forrada de yute, contemplaba con pupilas en que la fiebre ponía un fuego abrasador la serena perspectiva; extendidos tonos violáceos circuían sus ojos, y las rosas de sus pómulos hacían resaltar los intensamente amarillos que habían sustituido los nacarinos con que en días más felices había dado envidia a los nardos de sus macetas; sus labios entreabiertos constantemente, ponían una mueca de dolor en su pálido semblante.

Arropada en recio mantón de lana, y oculta la rica cabellera por un pañuelo de seda celeste, de vez en cuando sus manos de color de jazmines marchitos, crispábanse al estrechar el mantón, arrebujándose en él al conjuro del escalofrío.

La señora Micaela, procurando enmascarar su profundo desaliento, mirábala a hurtadillas, dejando asomar a sus ojos, de vez en cuando, un chispazo de la terrible pena que envolvía su pensamiento en siniestras negruras ante aquel tremendo avance de la enfermedad, que en tan pocos días habíase adueñado de la muchacha. Cuando la noticia del encuentro de Cayetano con el teniente Mendiola en los Chaparrales llegó al pueblo, no se pudo evitar que una de las hembras más parlanchinas de la vecindad fuese a contárselo a la muchacha; cuando la señora Micaela fué a la casa se encontró con su hija ahogándose y con el pañuelo que oprimía en sus crispadas manos cubierto de sangre; si le hubiera valido hubiera despedazado a la imprudente habladora, pero ésta tuvo buen cuidado de ponerse a salvo. Cuando llegó el médico, sonrió a la enferma y le dijo que aquello, gracias a Dios, no merecía la pena, pero después, cuando estuvo a solas con la señora Micaela, su cara sufrió grave metamorfosis y, triste y meditabundo, dijo a la vieja:

—Esto no me gusta; esa estúpida de Márgara ha cometido una imprudencia imperdonable. ¿A quién se le ocurre venirle con el cuento...? ¡Por vida de...! Pero, en fin, vamos a ver si esto se puede arreglar. ¡Pobre Rosalía!

—Pero ¿usted cree...?—le preguntó, poniéndose lívida, la señora Micaela.

—Lo que yo creo—dijo—es que la ligereza de esa tonta de capirote nos hace retroceder uno o dos meses en la curación. Pero, en fin, todo es cuestión de que se tenga ahora mayor cuidado, y si fuese posible que Joseíto viniera pronto... ¿Dónde está Joseíto?

—Pues mire usted, Joseíto está en ca del señor Juan el *Pullo*.

—Pos, según me ha dicho el *Chusquel*, la cosa, gracias a Dios, no es grave, pero no se podrá mover entoavía en un puñado de días de la cama.

—¿Quién le está asistiendo?

—Pos como el señor Juan es el que pilló más cerca—murmuró tímidamente la anciana—, fué el *Clavija*, y el *Clavija*... Pero yo quisiera que usted...

—Yo no tengo inconveniente, pero si voy tendré que dar parte al Juzgado, y eso no creo que le convenga a Joseíto.

—¡Qué le ha de convenir! Pero es que yo temo que...

El doctor, acostumbrado a las rivalidades del *Clavija*,

—Bueno—dijo, encogiéndose desdeñosamente de hombros—, si ustedes ven que la cosa es grave, me lo dicen e iré a verle; pero si ustedes creen que con lavarle la herida con sublimado al uno por mil, por ejemplo, y poniéndole, bien tintura de yodo o bien yodo-

formo con algodones, también fenicados, puede curarle el *Clavija*, en ese caso no habrá necesidad de que yo vaya ni de dar parte al Juzgado.

Para la señora Micaela no pasó inadvertida la generosa indicación del médico, y en cuanto llegó a la siguiente mañana el *Chusquel*, le preguntó:

—¿Con qué está curando a Joseíto el *Clavija*?

—Pos pa mí que le están curando con un emplasto de romero y vino endispues de lavar la jería con agua de malvaloca.

—Pos cuando vayas le vas a icir e mi parte al señor Juan que jaga el favor de venir a verme, que por favor se lo pío.

Cuando el *Pulio* llegó a la casa, después de enterarse la anciana de que la bala no había interesado más que la piel y los tejidos blandos, dijo a aquél con acento de súplica:

—Pos me va usté a jacer el favor de icirle al *Clavija* que se le está poniendo el emplasto que él ha dispuesto, pero en lugar del emplasto le va usté a poner...

Y la vieja repitió, palabra por palabra, todo cuanto el médico le indicara.

Y cumplido este deber, dedicóse la pobre vieja de lleno a atender a Rosalía, a la que había procurado tranquilizar diciéndole una y otra vez:

—Yo te juro por toítos nuestros difuntos que es verdá lo que te platico, que tu Pepe no tiée naíta, pero que naíta de importancia.

—Pero ¿aónde está? Eso es lo que yo necesito saber, ¿aónde está mi Joseíto?

—Yo te juro que está mu cerca, pero que mu cerca de aquí, y no te lo icimos poique yo te conozco y sé que eres mu capaz de dar un voletón, y eso es lo que no quiero yo, poique si te siguen y sus cogen y se averigua que él estuvo en los Chaparrales, no va a ser esazón la que sus van a dar a mancos y a cojitrancos.

—Pero ¿y si yo le juro a usté que no me muevo de aquí manque sepa aónde está metió?

—¡Josús, y qué requetecabesúa que te jiso Su Divina Majestá!

Rosalía quedó en silencio, no convencida del todo; tras el acento jovial de su madre advertía ella una amargura honda y desalentadora; además, ella se veía por dentro; antojábasele asistir a un tristísimo espectáculo, al desmoronamiento de un edificio; antojábasele que su interior era una vivienda en la que empezaba a caer tabiques, techumbres, pilares, citoras, y en la que en breve no quedaría nada en pie. Cuando pensaba esto, un sudor frío y angustioso empapaba su frente y sus cabellos. ¡Dios santo, cuán hondas eran sus angustias, sus temores, su desesperación! No quería pensar en

la muerte, pero esta idea, pájaro de negrísimo plumaje, parecía empeñado en abatirlo en ella. ¡Qué miedo más grande se apoderaba de su corazón! ¡Morir! Ser enterrada sin que llegaran hasta ella los rayos del sol, las caricias del viento, el aroma de las flores, el cantar de los pájaros y, sobre todo, no ver a su José, no verse retratada en sus ojos, en aquellos ojos suyos tan dulces, tan habladores, tan llenos de caricias; no oír su voz, aquella tan musical con que tantas veces la arrobaba desde la primera vez que, bajo la vigilancia materna, entablara con él el primer diálogo de amor, aquél que con él mantuviera en una noche de luna en la puerta de su vivienda, diálogo que cien veces le había repetido y le repetía su pensamiento en sus horas de amantísimas abstracciones.

VIII

LAS ALAS ROTAS

Rosalía, reliada en el mantón y casi oculto el semblante por el pañuelo, una vez que hubo salido del corral, entornó la puerta, se dirigió jadeante hacia la salida del pueblo; por fin había conseguido enterarse dónde estaba su Joseito; el *Chusquel*, en su diálogo con la señora Micaela, creyéndose a solas con ésta, no se había recatado de hablar del señor Juan el *Pulío* ni de la señora Pepa, su consorte; también se había enterado de que el enfermo mejoraba, pero que su impaciencia por verla era tan grande, que ya se hacía imposible casi retenerle.

Rosalía no había podido seguir escuchando; su respiración empezó a hacerse tan difícil que se vio obligada a apartarse de la puerta desde la que estaba escuchando, pero decidida a aprovechar la primera oportunidad. Apenas vio salir a su madre, tal como estaba, reliada en el mantón, sin arreglarse siquiera el espléndido cabello, salió al campo por la puerta del corral.

La mañana era espléndida y luminosa; el intenso azul del cielo, las fulgencias del cristalino espacio, las ráfagas de luz, el viento saturado de montesinas fragancias, la onda, en fin, de inmensa vitalidad en que se sintió envuelta hízola bambolearse y cerrar los ojos deslumbrada y embriagada por aquella plétora de vida. Durante algunos minutos permaneció inmóvil, apoyada contra el viejo muro de adobe; después, recobrada algo, echó a andar, pero sus piernas temblaban, el viento hería sus pulmones doloridos, su cuerpo desfallecía. No obstante, prosiguió su ruta, al final de la cual adivinaban sus ojos la imagen del hombre querido. ¡Qué sorpresa y qué alegría la de éste cuando la viera llegar! Aquello era lo que ambos nece-

sitaban para ponerse buenos; lo que ella necesitaba para sanar era volver a sentir en sus labios los del hombre querido; esto era lo que a ella habíale de devolver la salud, sentir el calor de sus brazos, oír el ritmo de su voz acariciadora.

Estas ideas la confortaron. El campo presentábase a su vista como acicalado con nunca por ella vistos verdes. ¡Cuán bella destacábase, como arropada por algunos árboles, la huerta del *Breñas*, con sus arriates cubiertos de flores, con el parral que sombreaba la planicie! En cuanto se mejorara era preciso que se fuesen a vivir al valle, en una casita como aquella, hasta tanto que ambos se afirmaran, podrían ir tirando con sus escasas rentas. ¡Y cuán felices podrían ser, y lo serían seguramente! ¡Cuán bello porvenir se presentaba a sus ojos! ¡Vivir con su hombre y su madre en un rincón florido de la llanura, paseando por las orillas del río, al que formaban a trechos a modo de una bóveda maravillosa los árboles seculares al entrelazar su ramaje! ¡Oh, cuando ella recobrara de nuevo los tonos nacarinos de sus mejillas, el brillo de sus ojos, la elasticidad de sus músculos; cuando ella pudiera correr y cantar sin sentir aquella mano de hierro que la ahogaba! ¡Oh, cuán hermoso es poder respirar a pleno pulmón, llenárselos con aquel aire tan rico, tan perfumado! ¡Oh, cuán dichosos eran todos los seres esparcidos por el valle: el zagal que cruzaba cantando por entre los campos de trigo y de cebada; el viejo que, encorvado en el majuelo, deleitábase en contemplar los apretados racimos en agraz; la huertana que cabe las aguas del río brillaba al sol con su zagalejo grana y defendida de sus rayos por un gran sombrero de palma!

Rosalía tuvo necesidad de sentarse: un sudor frío y copioso la inundó toda; la sangre martillaba en sus sienas con ritmo febril; sus manos ardían húmedas y viscosas, su pecho se negaba a recibir aquellas ráfagas de aire puro que al acariciar su rostro, antojábasele a ella que la azotaba como con látigos invisibles.

Sentóse sobre una piedra jadeante y sudorosa; su rostro parecía cadavérico; un terrible desmayo enseñoreábase de todo su ser; un dolor lento, sordo, penetrante, aquel que con tanta frecuencia la atormentaba, empezó a llenarle de angustias; después sintió un ligero cosquilleo en la garganta, y ¡oh infame cosquilleo! Pronto una tos terca, dura, cavernosa, le hizo llevarse el pañuelo a los labios...

Media hora después recibía, llorando, la señora Micaela a su hija, que procuraba sonreír para tranquilizarla; el señor Toño el *Chuchumeco* y su hijo Juanón explicábanle momentos después lo ocurrido a la anciana, diciéndole:

—Pos gracias a que pa dir a ca de los *Frangullos*, en lugar de tirar por la ermitica, se mos ocurrió tirar por la trocha de las chum-

beras, que si no quizás estaría allí la probe entoavía, y ya sin frío ni calentura, poique cuando mosotros llegamos estaba que parecía de hielo mesmamente.

Cuando llegó el médico, no se cuidó ya de recatar su pesimismo, y llevándose aparte a la señora Catalina, hermana de la señora Micaela, le dijo con acento solemne:

—Esto no tiene ya, desgraciadamente, compostura, así es que ya deben ustedes preocuparse de su alma, que por su cuerpo es ya bien poco lo que puede hacerse.

—Entonces habrá necesidá de avisarle a Joseíto—dijo, gimo-teando, aquélla.

Se encogió de hombros el doctor, y:

—En eso harán ustedes lo que mejor les parezca, y en cuanto traigan lo que voy a recetar, que le den una cucharada, y otra cada dos horas. ¡Pobre muchacha!

Y el médico, sacando lápiz y cartera, empezó a recetar apoyando el papel contra el muro, mientras la señora Catalina pensaba en el trago amarguísimo que se veía en la precisión de hacer tomar a su poco venturosa hermana.

IX

CON ELLA

Cayetano, deteniendo el paso de su cabalgadura delante de la puerta del corral de Juan el *Pulito*, dejó escapar un silbido prolongado.

—Ahí está tu primo—exclamó, gozosa, la señora Pepa, apoyando ambas manos en las rodillas.

Joseíto se incorporó bruscamente, y cuando aquél penetró en la habitación:

—No puées tú figurarte lo que me alegro de verte—le dijo—, poique es que yo ya no pueo seguir asina ni una horita más; yo necesito ver a mi Rosalía o que mi Rosalía se venga, y, sobre to, que con eso de mi Rosalía to lo veo yo una miajita turbio, y sa menester que tú me platiques la verdá y que me digas si es que mi jembra está más peor, poique pa mí que tiée que estarlo, cuando ella no se ha arrancao ya por carceleras y se ha vinío a mi que-rencia.

—Como que eso es ya una cosa que se te ha puesto a ti sobre el corazón, y la verdá es que las noticias que yo tengo de tu jembra no son ni mu güenas ni mu malas, poique, sigún me ha dicho a mí el *Cherpa*, que la ve cuasi tos los días, la probe, como está tan de-

licaucha y la pícara calentura no afloja la rienda, y como con estas esazones le ha dao por cerrar el pico...

—A mí me platicas tú sin que te quée naíta por dentro—exclamó bruscamente Joseíto, que había palidecido oyendo al *Petaque-ro*—. A mí me ices tú la verdá, que yo tengo pecho pa to, y si mi Rosalía...

—Hombre, te diré—murmuró Cayetano sin atreverse a mirar a su primo cara a cara—; ya conoces tú lo súpita que es tu Rosalía, y como es tantísima la voluntá que te tiée, pos lo que pasa es que como el méico no quería que se le igiera aónde estás tú, poi que, de enterarse, se hubiera enjotao en vinir, y ella no está pa estos apretones, pos na, se le ijo que tú estabas con una pupa que te había salío por mo de que te dió el relente en la cara, pero ella se *cabreó* y ayer mañana se enteró por casolidá de que tú estabas aquí, y apenitas se enteró y la señá Micaela se fué a la compra, se salió por la puerta del corral, y... na, lo que el méico icía, que como el sol ya encomienza a picar más de lo debío, y como ella está tan... asina, pos le dió la tos más fuerte que de costumbre, y encomenzó a jechar una miajilla e sangre, y...

—Mi Rosalía debe está mu malita—murmuró sordamente, sentándose en el lecho, Joseíto, cuyo rostro delataba la profunda angustia que habíase apoderado de su alma.

—No, hombre, no; mala... sí, pero no mu malita.

—Sí, mi Rosalía..., mi probetica Rosalía...

Y un sollozo ahogado impidióle continuar al *Zorzales*, el cual, momentos después, decía, dirigiéndose a la señora Pepa, con acento imperativo:

—Jágame usté el favor de traerme la ropa, que ahora mesmito me voy yo ar pueblo.

La señora Pepa no se opuso, como otras veces; ya tenía ella noticias de la gravedad de Rosalía, no ignoraba que ésta pedía a gritos no morir sin volver a ver al hombre querido, y comprendiendo que no debía oponerse a satisfacer aquel legítimo deseo de una moribunda, salió de la estancia, regresando a poco con el airoso traje andaluz del *Zorzales*, al que preguntó:

—¿Y cómo vas a dir tú andando dende aquí al pueblo, siendo ésta la primera vez que te alevantas?

—Asperaremos que encomience a caer la tarde y yo le llevaré a las ancas jasta la cruz de los Cipreses, y como dende allí ar pueblo no hay más que un tirón...

—No, yo me voy ahora mesmito.

—Tú no quedarás que a mí me cojan los ceviles, y si te vas andando llegarás más tarde que si asperamos.

Joseíto permaneció silencioso y sombrío; la conformidad de Cayetano y de la señora Pepa, que hasta entonces tan tenazmente había opuesto a su partida, habían llevado a su espíritu el triste convencimiento de la gravedad de Rosalía; sin duda ésta estaba en peor estado que él había podido suponer cuando tan dispuestos veía a aquéllos a que él fuese al pueblo con la herida no cicatrizada del todo y sin fuerzas para salir de la casa, pues cuantas veces había intentado hacerlo sin el apoyo del señor Juan, hubiera dado en tierra con su buena persona.

Las horas que hubieron de transcurrir antes de que el sol empezara a plegar su regia túnica de oro en los vastos horizontes, las pasó Joseíto devorado por una impaciencia febril que no le dejaba sosegar.

Cuando, ya vestido, se vió reproducido en la luna del espejo que conservaba la señora Pepa como valiosa herencia de sus antepasados, se dió cuenta de los estragos que en él hiciera la bala que conservaba como recuerdo: su rostro estaba demacrado; su cabello y barba, crecidos; de vez en cuando doblábanse sus piernas, y cuando ya oscurecido, y ayudado por el señor Juan, montó a la grupa del caballo de su primo, tuvo que abrazarse a la cintura de éste para no caer, pero, no obstante, un suspiro de satisfacción ensanchó su pecho al pensar que en breve iba a ver a la que llenaba de ternuras infinitas su corazón y de luz su pensamiento.

X

MORTAL IMPACIENCIA

—¡Mi Joseíto, madrecita, que quiero ver antes de morir a mi Joseíto!

Y la voz de Rosalía, estertórica, no parecía brotar de aquel pecho destrozado; parecía flotar en torno de ella como si fuese su alma retenida al cuerpo por una fibra sutilísima, pero ya desintegrada de aquellos míseros despojos, del que empezaba a emanar ese hálito inconfundible de la muerte con que el cuerpo da el último adiós a la vida.

Contraído por la sofocación y por la pena, estaba su rostro lívido, con una lividez fantástica; sus grandes ojos, abiertos desmesuradamente, parecían mirar aterrados un abismo insondable; su semblante afinábase adquiriendo apariencias espectrales; sus labios, exangües y contraídos, dejaban ver la antes nacarada dentadura, ya de tonos amarillentos; sus cabellos enmarañábanse sobre su frente; su respiración resonaba sibilante y aterradora.

La señora Micaela, junto a ella, secaba el sudor de su rostro, bebiéndose las lágrimas que corrían copiosas por sus rugosas mejillas. La señora Catalina entraba y salía procurando huir del tremendo espectáculo; la *Florina* y Antonia la *Salpullio* gimoteaban secándose los ojos con el pico del delantal; en el umbral de la habitación, algunos vecinos piadosos fumaban en la antesala esperando el fatal momento y entreteniéndolo la lúgubre espera poniendo orden en la marcha del Gobierno y dando solución a los más grandes conflictos internacionales.

La luz melancólica del atardecer daba tonos tristes al aposento; Rosalía, atenta al menor rumor, no apartaba los ojos de la puerta; la impaciencia adquiría en ella trágicas manifestaciones; comprendía que su fin se acercaba, se lo profetizaba la silenciosa hecatombe que dentro de ella tenía lugar, un algo que dentro de su ser extenuado convertíase en escombros, y al presentir que era llegado el momento de abandonar aquellos miserables andrajos corporales en que habíase convertido la espléndida flor de su hermosura, y al convencerse de que muy en breve hundiríase en lo insondable sin volver a ver por la vez postrera el semblante varonilmente hermoso del hombre querido, sin sentir por última vez el ritmo de su voz robusta y apasionada, la pena licuaba sus entrañas y antojábasele que con su José al lado la muerte no podría arrancarla de sus brazos, que su José la defendería de su terrible zarpazo, y al pensar que pudiera llegar tarde en defensa suya, una horrible desesperación apoderábase de su corazón. Se ahogaba. Aquella mano implacable aferrada a su pecho como una garra de fuego, apretaba más y más sus ahorquilladas falanges; el aire que oreaba sus labios no penetraba en él consolando sus angustias, y “¡Oh José! ¡Oh, mi José!”, decía con voz, con acento cuyas inflexiones habían perdido sus argentinas modulaciones, y al grito supremo del ser adorado contestaba la angustiada madre con engaño piadoso:

—¡Ya vié, prenda mía! Pero si es que va venir en seguítta, pero que en seguítta va a venir—decíale, acongojada, la señora Micaela, que procuraba aquietar sus manos, empeñadas en hacer dobleces y más dobleces las vueltas del lecho. Y sus labios mojados por las lágrimas, que no cesaban de beber, se posaban con maternal, desesperado, ahínco en la frente de la enferma, empapada en el sudor de la agonía.

Todos los allí congregados se apresuraron a ratificar las palabras de la señora Micaela. Joseíto no podía tardar; ya se le había avisado por darle gusto, no porque fuese preciso, porque, felizmente, el estado suyo no era de peligro, ni con mucho; verdad que había sufrido un retroceso en su dolencia, pero esto no tenía la importancia

que ella quería darle, el médico no hacía más que repetirlo por barbechos y rodales que muy pronto podría volver a poner amarillas de envidia a las que más de bonitas y jacarandosas presumían, como en tiempos mejores. Aquella aparente gravedad era la crisis, la esperada crisis, la última dentellada del lobo, pero en aquella crisis se quedaría fijamente el pícaro animal sin la pícara dentadura.

Todo esto oíalo la enferma con expresión ceñuda; adivinaba en todo aquello un puñado de piadosas mentiras. Si aquello fuese verdad, ¿por qué habíale hablado doña Romualda, la hermana del cura, de que convenía recurrir al Divino Pastor y a la Virgen Santísima? ¿Por qué habíale hablado de aquello, sabiendo ella, como sabía, que cuando Dios penetraba en el hogar de un enfermo, cruzábase en el umbral con la esperanza? Ella lo sabía, y a pesar del terror que esta idea le producía, anhelaba ver ante sus ojos el rostro bondadoso y rudo de don Leovigildo, de aquel buen cura que tanto la acariciara de niña, al ver pasar al cual apresurábase siempre a separarse de sus compañeras de juegos y travesuras infantiles par ir a besarle la mano y a pedirle alguna estampita sagrada; a aquel bondadoso apacentador del rebaño de su pueblo, que había bendecido su unión con su Joseíto.

Cuando doña Romualda le habló de su hermano, hízolo sonriente y acariciando sus cabellos con sus manos huesosas y pellejadas. Ponerse bien con Dios no quería decir, como cree la generalidad, que la enfermedad no tiene remedio. ¡Tantos debían a aquello mismo la salud! Si se acudía a Dios y a la Virgen Santísima en aquella ocasión era porque la enfermedad tendría que salir huyendo ante la Divina Misericordia. ¿Qué médicos podían competir con la Divina Voluntad? Y a ella le dolían los oídos de oír contar milagros conseguidos por su santa mediación. Así es que ella tenía la seguridad, la absoluta seguridad, de que en cuanto descargara su conciencia de lo que la podía abrumar, a los dos días estaría en condiciones de bailar un bolero con toda la sandunga y con todo el ángel con que solía hacerlo en sus años infantiles y en los de su cercana mocedad.

Al aparecer, media hora más tarde, el sacerdote en la estancia, un silencio solemne imperó en ella; sólo se oía el estertor de la moribunda; ésta miraba con expresión de terror a don Leovigildo, que habituado a aquellas tristes escenas y a tener que poner un consuelo en todo el que se disponía a atravesar los aterradores umbrales, la contemplaba con serena expresión llena de amor y de dulcumbre.

Todos, menos la señora Micaela, habíanse replegado a los corredores, y don Leovigildo sentóse junto al lecho, y:

—¿Qué es eso, hija mía?—preguntó, a la vez que cogía una de las desfallecidas manos a la enferma, que seguía mirándole con el espanto en los ojos, y al ver que nada le respondía, continuó con voz dulce y acariciadora—: Me he enterado por mi hermana de que estás algo malucha, y ahora, al pasar por la esquina, pues voy a casa de Bastián, que tiene a la menor de sus mozas con un calenturón que la está achicharrando, pues me dije yo: “Ya que estamos tan cerca, vamos en un vuelo a ver a Rosalía, y a llevarle este escapulario de la Santísima Virgen de Lourdes, para que durante tres meses la rece tres Avemarías en acción de gracias por haberle devuelto la salud”. Y digo en acción de gracias porque estoy seguro de que te pones buena a los dos días de tenerlo colgado al cuello.

Rosalía miró a don Leovigildo con ojos en que el terror había ido amortiguando su brillo siniestro; el acento de convicción con que éste había dicho aquello había hecho renacer en su espíritu un pálido destello de esperanza: ¡rezar durante tres meses tres Avemarías cada noche a la Santísima Virgen! Luego era posible que aquello que sentía fuese la crisis que empezaba a librar la última batalla en la enfermedad en derrota.

El semblante de Rosalía reverberó con aquel pálido destello de esperanza surzido en su pecho, y oprimiendo convulsivamente el escapulario blanco y azul que acababa el sacerdote de ceñir a su cuello, lo besó con ferviente ahinco, y

—Gracias, padre—balbució, a la vez que dos lágrimas se perdían como en una placa candente al rodar en sus mejillas.

Cuando don Leovigildo salió de la habitación, ya cumplido su santo ministerio consolador, quedó Rosalía como sumida en un modo de lúcido desmayo; una vaga sensación hasta entonces no sentida habíase adueñado de todo su ser; parecía que empezaba a ver las cosas por cristales nunca vistos: a sus ojos empezaban a confundirse las líneas y los colores; parecía como si estuviese distante de la habitación en que yacía; la mano férrea que aprisionaba su pecho empezaba, sin duda, a sentirse cansada; aquello era, sin duda, la crisis anunciada por el médico.

Su rostro reflejó vago inefable bienestar; sus facciones fueron serenándose, y algo ultraterreno brilló en su semblante, que iba adquiriendo aspecto de estatua yacente; fué a besar el escapulario, y sus brazos se negaron a acatar los imperativos de su voluntad; sus ojos, sus grandes ojos, parecían mirar algo sólo visible para ella, y de pronto, una sonrisa iluminó como un rayo de sol sus labios, que musitaron suaves y acariciadores.

—¡Ah, José, mi Joseíto...! Por fin... José, mi José...

Y esta vez el nombre del hombre querido brotó en los labios de Rosalía como una dulce, una plácida, una vaga melopea.

XI

TARDE

Rosalía parecía dormida; sus cabellos encrespábanse como un reluciente oleaje alrededor de su cabeza; la muerte había devuelto a su rostro la belleza que amortiguaran horas antes las contracciones del dolor, y una serenidad que tenía algo de celeste beatitud, enseñoreábase de aquella faz que con los grandes ojos entornados parecía como sumida en un a modo de plácido sopor; sus manos, cruzadas sobre el pecho, oprimían el blanco escapulario que le llevara don Leovigildo minutos antes, y los tallos de algunas flores, cuyo blancor competía con el del sudario que envolvía modelándolas sus formas rígidas y descarnadas.

La luz de los blandones daba triste claridad a la estancia, de cuyo centro enseñoreábase la enlutada camilla; y una ventana abierta de par en par renovaba el aire enrarecido por el perfume de las flores amontonadas sobre el ataúd, y el de los amarillentos blandones.

Junto a la muerta, cruzados los brazos y balbuciendo algunas oraciones con labios temblorosos luchaba la señora Catalina contra el sueño y el cansancio; en la habitación inmediata, la señora Micaela, rodeada de algunas vecinas y parientes, vestidas de negro, con los ojos enrojecidos, hacía la apología de la pobre difunta con acento trémulo y acongojado.

—¡Probetica mía!—decía dirigiéndose a la señora Sebastiana la *Tabarrerosa*—con qué pena más requetegrande que se me ha dio a la tierra! como que se defendía de morir pa dar tiempo a que viniera su José. ¡Ay, cómo se me partía el corazón oyéndola! ¡Y a quién no se le hubiera partío? ¡y qué dolor tan grande! ¡tan regüena como era, que se va a la tierra el alma mía sin que haiga pasao por su frente un mal pensamiento, ni una malina palabra haiga salío de su boca! ¡Pobrecita mía de mis entrañas! ¿Por qué me la habrá arrecogío su Divina Majestá?

—Por lo mesmo que era güena, esas son las que Dios quiere pa su gloria, las güenas, las más regüenas, las más requetegüenísimas como ella.

—¿Pero poiqué no se jecha usté un ratito, a ver si consigue usté escansar una miaja? Señá Micaela, ande usté, jéchese usté una miaja.

—No, que lo que vas a tomar hora mesmo es una miajita de caldo, que dende anoche no ha entrao naica, pero que naica en ese cuerpo, y con eso no vas a conseguir que la difunta reviva.

—Ejame a mí, por Dios, e cardos; que la Virgen Soberana me arreoja a mí con ella es lo que necesito.

Y la pobre vieja rompió de nuevo en histéricos, y convulsivos sollozos cubriéndose el semblante.

—Pero no llores más, mujer, no llores más—díjole, limpiándose dos lágrimas vergonzantes la mujer del señor Paco el *Reondela*.

—Ejale que llore—exclamó éste incorporándose bruscamente, mirando con expresión de reproche y con acento desabrido a su consorte—, ¿si no trae ahora agua el río, cuando la va a traer?

Un silencio tristísimo y embarazoso imperó en la sala, silencio que fue interrumpido de nuevo por el *Batanero*, que dijo, dirigiéndose a la señora Micaela:

—¿Y Joseíto, lo sabe ya?

—Yo le mandé un recaó esta mañana con el *Chusquel* a su primo el *Petaquero*. ¡Hija de mis entrañas! Ni ese gusto le ha querido Dios dar a tu corazón! ¡Y cómo al morir no tenía boca más que pa llamar a su Joseíto...! ¡Probetica mía, y en qué horita más sin luz que la puse yo en la vía!

Y el llanto volvió a brotar abundante en los ojos de la anciana.

El señor Paco, sintiendo que su voluntad iba siendo insuficiente para poner vendales a una lágrima rebelde que pugnaba por abrirse paso por entre sus párpados, se levantó de nuevo bruscamente, y saliendo de la habitación, penetró en aquella en que la muerta yacía.

—¡Qué requetebonita que era!—musitó posando sus ojos en aquellos ojos tan rasgados que tan de cabeza trajeron un día a casi todos los mozos del pueblo—, ¡lástima de zagala! ¡qué lástima e flor! ¡pícara vía, y qué partías más serranas y más juncas que mos juega a las primeras e cambio! Pos no pueo pensar lo que va a pasar cuando se entere Joseíto, y a ese es a quien hay que tenelle lástima ahora, poique es que el mozo no veía er cielo azul, ni amarillos los madroños, si ella no le decía que eran dambas cosas de aquellos mismos colores.

En aquel momento, un grito ahogado, inarmónico, uno que tenía algo de chasquido resonante detrás de él, precedido de algunas exclamaciones de sorpresa, le hizo volver la cabeza, y

—¡Joseíto!—exclamó lleno de asombro, al ver a éste, pálido, desencajado, con el hirsuto cabello sobre la frente y en los ojos la expresión de un dolor infinito, sin fondo, sin fronteras; a Joseíto, que flaco, amarillento, habíase tenido que apoyarse un punto contra

el quicio de la puerta, como para no caer desplomado, y el cual, de pronto, como si tras el primer momento de estupefacción que en él produjera el trágico espectáculo, hiciera el dolor reaccionar todas sus energías, avanzó impetuoso como un torbellino y, febril, desatentado, con algo aterrador en los ojos, se arrojó sobre la muerta, casi la sacó del ataúd, juntó su rostro al de la muerta querida, y un grito ronco, un a modo de alarido, brotó de su garganta, y momentos después caía de bruces, como desplomado, sobre el cuerpo de la amada compañera.

El señor Paco, tras pasarse el dorso de la encallecida mano por los ojos, intentó arrancar a su amigo de junto a la muerta, a la vez que todos los que formaban el duelo, sorprendidos por el ruido de la terrible escena, penetraban en tropel en la estancia mortuaria, pero Joseíto, apartando un punto su rostro, tan pálido como el de ella, de Rosalía, contempló con expresión llena de atonía a todos los que le acababan de rodear, y sólo al ver a la señora Micaela, hizo explosión su dolor, hasta entonces mudo y reconcentrado, y un sollozo largo, ronco, desgarrador, sollozo que parecía haber roto al explotar las fibras de su corazón y todos los músculos de su garganta, fue el preludio de una deshecha tempestad de lágrimas, que se confundieron con las de la pobre vieja, que había abrazado al cuello de aquél, cuyo dolor se besaba con el suyo al siniestro fulgor de los amarillentos blandones.

XII

LAS ÚLTIMAS GALAS

El *Zorzales* había querido acompañar los restos de la mujer amada hasta el lugar de su eterno descanso, y vestido con el traje corto de luto y rodeado de sus más íntimos camaradas, siguió tras los que conducían la caja al cementerio, casi colgado en la florida falda de una colina donde las cruces de madera aparecían engalanadas de flores y trepadoras, fulgiendo como faldellines de ricos verdes bajo el intensísimo azul del cielo.

Los enterradores, ya abierta la profunda fosa, fumaban indiferentes, esperando el nuevo tributo; algunas cogujadas asustadizas levantaban el vuelo al paso del convoy con doliente piar; don Leovigildo hizo descubrir a la muerta, y el sol acariciaba por última vez, con un torrente de centellas de oro, el rostro de Rosalía, que parecía dormir un sueño apacible envuelta en un mantón de Manila de larguísimo flecaje, un a modo de espléndido chal de los que dieron fama eternal a los artífices del Oriente, a la vez que entre

los bucles de su revuelta cabellera, centelleaban en sus orejas los aretes que la difunta tanto había codiciado.

Todos los que al acto aquel tan triste asistían, miraron tan llenos de asombro aquella riqueza destinada a los gusanos, que algunos se olvidaron de descubrirse cuando don Leovigildo, ceñida a su cuello la estola y en la mano el solideo, dio principio a rezar la última oración con que la Religión acariciaba por última vez al creyente.

Y terminado que hubo don Leovigildo, acercóse a la caja el *Zorzales*, que parecía próximo a caer desplomado, se arrodilló junto a la muerta, y reclinando su frente casi en la de aquélla, puso en su faz su último beso.

—Vamos, vamos ya—dijole Curro el *Madroño*.

Joseíto se incorporó, apoyándose en el brazo de su amigo. Uno de los enterradores cogió la tapadera de la caja y esperó.

—¿Se cierra?—preguntó a Joseíto, y con voz trémula, el señor Pepe el de la *Florida*, a la vez que ponía una mirada francamente codiciosa en el mantón y en los aretes de la difunta,

—Sí, que cierren—dijo con voz sorda el *Zorzales*.

Hubo un momento de vacilación, de perplejidad, de incertidumbre, pero los enterradores, viendo que no había razón para prolongar aquella indecisión, colocaron la tapa en su sitio y quedó sumida en sombras eternas la bellísima cuanto infortunada compañera del *Zorzales*.

Y algunos minutos después descendían de la colina José y los que le acompañaban; el sol seguía bañándolo todo con sus raudales de luz esplendorosa; una brisa cálida impregnada de montesinos aromas agitaban mansamente las ramas de los árboles; el campo todo aparecía como vestido de flores; algunas cogujadas asustadizas levantaban azoradas el vuelo, y cerniéndose sobre los riscos, una alondra piaba dulce y querellosamente, como llamando con quejumbrosos halagos de amor a la amada compañera.

(LOS CONTEMPORÁNEOS. Madrid, 25-VII-1913.)

CASA DE PRESTAMOS

—Mire usted—me dijo el prestamista sonriendo benévolamente—: en esta casa se admite todo, y a esto y a una poca de conciencia que tengo, se debe la prosperidad de mi casa. Aquí se da dinero por todo; aquí vienen todos los afligidos, y todos se van relativamente consolados; y puesto que dice usted que su visita es principalmente por estudiar la miseria del pueblo en este establecimiento, suelte usted el sombrero, siéntese en esa mesa como si fuese un nuevo empleado y así podrá usted presenciar las cien escaramuzas que tengo que librar a diario con mis enemigos, que sólo esgrimen, como armas, las lágrimas, el ruego, la astucia y a veces hasta la amenaza.

—¿Y no resulta usted nunca vencido?

—En un principio, sí, muchas, muchísimas veces, las primeras. Pero ya es muy difícil: en este negocio se puede ser algo tirano con la vanidad, pero no con el hambre; lo que deja de ganarse con ésta se gana con la otra... Pero póngase usted en su sitio, que ya diviso alguna guerrilla del ejército enemigo.

Y tomé posesión del puesto que me indicaba, y pronto vi atravesar la puerta de cristales una vieja rugosa, plegada y carcomida, con el vestido sucio, chancleteando torpemente y con un envoltorio en el delantal.

—Dios le bendiga a osté, señó don José. ¿Cómo está osté de salú? ¿Y el ama? ¿Y la señorita Rosario?... ¡Qué requetebonita que está la señorita Rosario!... ¡Cuánto rocío que le ha puesto Dios en la cara!

—¿Y qué traes hoy por aquí?—contéstale don José, tecleando sobre el mostrador como sobre un piano.

—¡Qué quíee usted que me traiga! Lo e siempre; esto no es viví, señó don José; esto no es vivir. ¡Qué malito que está to! Como que si no fuera por usted, tendríamos ya tos polillas jasta en el cielo de la boca. Supóngase usted: mi hijo, parao, como usted sabe mu bien, dende jace un montón de meses; mi nuerá, pa caer en la ca-

ma, con la barriga en la boca; sus chavales, si no se mueren de frío es porque tienen concha como los galápagos... En fin, un dolor, señor don José, pero que un dolor... Como que entrar en aquella casa es salir aluego con el corazón partío.

—Válgame Dios, mujer, válgame Dios. Y qué, ¿qué es lo que hoy traes por aquí?

—Pos lo único que me quea. Míe usted: esta tumbaga, que como valor no tiene valor ninguno, pero como virtud vale un millón... Mírela usted bien... ¿Usted ve esto que tiene en la rosa?... Pos eso es una cosa bendecida, y to el que se pone esta tumbaga y es calvo, le crece el pelo... No se ría usted, señor don José, por la salud de todos sus difuntos que es verdad. Y si no, ¿se acuerda usted de Mariquita la *Pelona*?... Pus por qué si no por causa de esta tumbaga tiene hoy un pelo que le arrastra? Y Pepa..., ya sabe usted, Pepa, la hija del *Betunero*, aquella que tenía el casco como si le hubieran dado barniz de muñequilla...

—Vamos, mujer. Bueno, ¿qué más traes?

—Pos traigo estas dos cucharas.

—Pero mujer, ¿no ves qué malitas están?

—¿Cómo quíe usted que estén las probes, si jace una eternidad que no catan alimentos...? ¡Ah!, y esta camisa... ¡Quién le daba a decir a esta camisa!... Supóngase usted que el peto de encajes sólo me costó tres pesetas... Como que fue la que me puse la noche de novia... ¡Ay, si esta camisa hablara!

—No, mujer, no, que no hable... Con qué, vamos a ver. ¿Y cuánto es lo que necesitas?

—Yo necesitar..., er Perú... Pero como yo no le voy a pedir a usted lo que necesito ni lo que valen estas cosas tan siquiera, pos con que me dé usted pa ponerle hoy el puchero a esos esgraciaos, tan agradecía.

—Pero ¿cuánto necesitas para el puchero?

—Pos mire usted: dos perras gordas de guifa, una perrilla de añejo, otra de garbanzos y una gorda de arroz, son cuatro gordas, y otras cuatro pa un pan... Míe usted, señor don José, con que me dé usted una peseta..., tan agradecía.

—Pero mujer, ¿cómo te voy a dar una peseta, si todo lo que me traes no vale una seguirilla gitana?

—Que no vale; pos si no más que la tumbaga...

—No, si la tumbaga te la vas a llevar otra vez; si lo que quedan son las cucharas, que de malitas que están parecen tenedores, y la camisa está buena para cazar lúganos o chamarices.

—Pero señor don José, por los clavos e Cristo, que una peseta no es más que una peseta, y que mi hijo está parao donde jace un mon-

tón de meses, como sabe osté mu bien, y mi nuera con la barriga en la boca.

—¿Y quién le manda a tu nuera...?

—Pos qué quíee osté, ¿que se ajilen? Cudiao con el hombre..., cudiao con las cosas que se le ocurren a esta criatura; como que es que está sembrao.

—Toma, toma la peseta, mujer, tómala y vete.

—Si no le doy la peseta, estoy sembrando hasta la tarde—decíame momentos después el prestamista—. Con esta gente no hay más remedio que transigir. Pero ya tenemos un nuevo moro en campaña.

—¡Es verdad!—murmuré al ver penetrar en el establecimiento un hombre de unos cuarenta años, flaco, renegrido, ligeramente encorvado, vestido a la más elegante usanza del barrio, con el sombrero sobre la frente, las manos en los bolsillos de la chaqueta y el aspecto de persona ensombrecida y amargada por la vida.

—Güenos días, señó don José—dijo con voz ronca el desconocido, tocándose ligeramente el ala del sombrero.

—Buenos días, Joseíto—repúsole aquél con voz afable.

—¿Güenos? ¡No son malos, camará!... Como que hoy es uno de esos días en que por un chusco me comería yo las entrañas de Judas Iscariote.

—¿Pues qué es lo que te pasa a ti hoy?

—Pos cuasi na... Que al gobernaor jace unos días le dió el desayuno por asesinar a los probes, y le dijo al jefe de Policía que ni el nuncio jugaba aquí como no fuese a la gallina ciega y al zurro que te vi, y ya tiée usté un montón de padres de familia quitándose el órcido de las glándulas a guantazos. Como que las cosas están ca vez más peores y ca vez lo jacen peor los que gobiernan, y aluego chillan... Pos supóngase usté que yo desesperao pierdo la chaveta y que me meto a revolucionario, y que jago la revolución y acabo con la monarquía... Pos na, si jiciera eso, aluego dirían tos que si patatín..., que si patatán.

—Tienes muchísima razón—le dijo don José, tornando a redoblar distraidamente con los dedos sobre el mostrador.

—¡Vaya si tengo razón! Y a propósito de razón, déme usté un cigarro.

—Toma, hombre.

—¿Tiée usté un misto?... Si usté no sabe cómo estoy yo hoy... Como que anoche nos acostamos tos los e la familia a *pistolete* por barba, y hoy..., hoy ya desesperao empecé jasta a desconchar las paeres por si encontraba qué traerle a osté. Y qué..., naíta... Total, que aquí le traigo a usté lo que más quiero en er mundo, pa que

me empreste usted aunque no sea más que tres *púas* de las de curso forzoso.

Y diciendo esto, y sin darnos tiempo a ver cómo y de dónde lo sacaba, presentó a don José un cuchillo de empuñadura de hierro, de vaina de metal y de imponentes dimensiones.

—¿Tres pesetas?—murmuró, vacilante, don José.

—Y ni un céntimo menos. Y si no me las da usted, me voy ahorita mismo a la calle, y entoavía no la he pisao y ya está usted oyendo los pitos de carretilla.

Y de tal modo hubo de decir esto Joseíto, que momentos después salía de la casa con las tres columnarias en la faltriquera, y cruzábase en la puerta con una tercera visitante, señora de rostro bonachón, de pelo encanecido y decorosamente vestida.

—¡Hola, mi doña Rosario! ¿Tan temprano por aquí?

—Sí, señor, tan temprano—dijo la aludida, depositando sobre el mostrador su correspondiente envoltorio—. Aquí me tiée usted... Como mi Angeles es tan caprichosa, esta noche pasada soñó que le pedía relaciones un hombre que a ella le es muy simpático..., muy simpático... Perdóne usted que no diga quién es...; pero, en fin, un joven que le es muy simpático.

—Pero no veo la relación que pueda tener...

—Sí, la tiene: es que cuando ese joven solicitaba ser correspondido, tenía ella puesto el vestido verde botella.

—¡Ah!—exclamó el prestamista—. Ya comprendo.

—Eso es—continuó la buena señora—. Y apenas echó Dios sus luces esta mañana, se tiró de la cama mi niña. Y: "Mamaíta, mamaíta..., yo quiero el vestido verde botella." Y aunque yo no soy supersticiosa..., como dicen que los sueños a veces son presentimientos..., pues, nada, aquí le traigo a usted el de color de café con leche, para que me haga usted el favor de cambiármelo por el otro.

Y cuando ya despachada a su gusto esta tercera visitante, disponíame yo a despedirme del amable don José, divisé un cuarto afligido, hombre de cuerpo recto y enjuto, rostro de acentuadas y correctas facciones, chupadas mejillas, ojos azules y serenos, mosca y bigote de un rubio sospechoso y de empinadas guías con que dábase al recién llegado marcial aspecto, un calabrés echado sobre la oreja y la actitud llena de dignidad y tristeza.

—¿En qué puedo servirle, caballero?—preguntóle de modo adusto el usurero, neutralizando lo atento de sus palabras con la seca expresión de su semblante.

El recién llegado, grave y silencioso, desató el bulto que llevaba y colocó sobre el mostrador un lienzo en que una mano maestra y

una imaginación privilegiada había derrochado la inspiración y el talento.

Don José arrojó una mirada desdeñosa sobre aquella figura, que parecía como pintada con ráfagas de luz, y murmuró secamente:

—Es muy bonito, pero aquí ya no se admiten esas cosas.

—Es que lo que deseo es una pequeñez... El que me lo encargó está fuera..., y un apurillo de momento... Así es que lo que solicito es poco..., cualquier cosa..., lo que usted decida—exclamó con voz trémula el desconocido.

—Lo siento mucho, pero no puedo ofrecerle nada, caballero.

Y el prestamista volvió a redoblar con los dedos sobre el mostrador, mientras el desconocido se alejaba grave, silencioso y sombrío.

—¡Pero si es una obra de arte!—exclamé, indignado, encarándome con el prestamista.

Este se encogió de hombros y me repuso:

—¿Y quién lo duda ni lo niega? Sé de qué se trata; sé que es un buen artista, pero ¿qué quiere usted que haga yo con eso?

—Pero ¿no me decía usted que aquí se admite todo?

—Naturalmente que sí; ya lo ha visto usted. Pero nada de arte, amigo mío, nada de arte. ¡Eso no hay quien lo compre después ni al peso, ni con dineros encima!

Y dicho esto, y mientras yo me alejaba, lleno de pena y de rabia, el bueno de don José siguió tecleando con los dedos sobre el mostrador de su establecimiento de préstamos, el más popular del barrio de Capuchinos.

(ESPAÑA. Rev. de la Asoc. Pat. Esp. B. Aires, 7-X-1905.)

EN DERROTA

Cuando el señor Juan el *Tarumba* hubo puesto fin al relato de sus amorosas andanzas, quedósele mirando de hito en hito y con expresión irónica el señor Pepe el *Totovías*, y le preguntó con acento no menos irónico que su mirada:

—Compadre, ¿usté quíée seguir un buen consejo que yo le voy a dar ahora mismito, si es que usté me lo permite?

—Eso según y cómo sea el consejo que usté me dé—le replicó el *Tarumba* mirándole con desconfiada expresión.

—Pos bien: mi consejo es que se vaya usté ahora mismito a su casa, coja usté una silla, se siente usté en ella delante del espejo mejor azogao que tenga usté en su *cubril*, meta usté mano a la petaca y se fume usté un par de cigarros mirándose en el espejo.

Fruunció la frente el señor Juan, y

—Pero ¿es que usté se piensa, compadre—díjole a éste con acento malhumorado—, que si yo me miro al espejo me va a dar un síncope? Pero ¿es que usté se piensa que no sé yo que no estoy ya como cuando pa afeitarme el barbero tenía que arrimarme una lupa a los carrillos? Yo estoy mu bien enterao, compadre, de que ando ya con vistas a los cuarenta.

—¡A los cuarenta! ¡*Chavó*, qué mo tiéen los hombres de vestirse el corazón de ilusiones!

—¡Camará con usté, que le quita usté el jálito al más pintao por custión de cuatro o cinco años de más u cuatro o cinco años de menos!

—Mire usté, compadre, usté lo que debe jacer es dejarse ya de valentías, porque un hombre con la panza de usté y con un hijo que le lleva a usté cuatro deos, no debe ya andar como usté anda siempre dándoles el quién vive a toítas las jembras que se le cruzan en el camino.

—¿Sabe usté, compadre, que cualisquiera diría que a usté le dan una cruz por ca puñalá que me pegan en el sitio que más me duele? ¿Le he dicho yo a usté alguna vez si tiée u no tiée usté

emprestá la dentaúra; si se tiñe u no se tiñe usté los tirabuzones, o si tiée usté más jiba u menos jiba que un camello? ¿Le he dicho a usté yo ningunita de esas cosas?

—¿Y usté me ha visto a mí alguna vez jaciéndole mohines a ninguna chavalilla como la *Tumbaga*, a la que no jace naíta de tiempo le veíamos jugando al zorro que te vi u a la gallinita ciega?

—Pero ¿usté cree que sería el primer caso que se daría, si yo por casolidá no le supiera a la Rosarillo a lo que sabe la retama?

—Pero ¿usté cree que a una chavalilla como la Rosarillo le puée gustar un *gachó* que ya lo que jace es erurtar cuando suspira?

—¿Y usté cree que si usté sigue dándole güertas al manubrio no le voy yo a dar a usté un crujío que va a sonar diez veces más que un repique?

—¿Y usté cree que yo me voy a esperar aquí a que usté se cargue conmigo esa malilla faena?

—Vamos, compadre, usté perdone—exclamó el *Tarumba*, al parecer arrepentido de sus belicosas palabras—. Es que usté no sabe como yo estoy; es que yo estoy más loco que una yegua loca, y lo peor es que quién le pone puertas al campo; porque es que esa pícara chavalilla se me ha metío en el corazón y en la sangre. El día en que no platíco con ella, en que no me miro en las niñas de sus ojos, en aquellos dos charranes que Dios le ha puesto en la cara; en que no güelo el olor a nardos y a claveles que le nace en aquella boca suya, que es un cintillo de rubíes; en que no siento el metal de su voz, que es el repiquetear de una campanillita de plata; el día, en fin, que no la veo, ese día me parece a mí que la vía me está poniendo el desahucio y me dan la mar de ganitas de morder y de pelear y de subir a la catedral y desde allí pegar un brinco, u dos brincos, y de meterme en la luna.

—Pos diga usté, compadre, que lo que se le ha metío a usté en el corazón es un temporal deshecho, y si es asín, pos que sea lo que quiera un *divé*, y a la parroquia, a aprovechar lo que le quea de cuerda al reló, que no será mucha, que han sío ya muchas las horas y muchos los cuartos que ha dao en este valle de lágrimas.

—¡Pero qué parroquia ni qué tiro que me peguen! Si la chavalilla, en quantito me pongo a su vera y le hablo de mis propósitos de llevármela como Dios manda a mi abrigo suelta el trapo a reir y encomienza de chuffas y chuffas. Y na, hombre, na, que yo un día de estos me tiro por la escollera.

—Pero algo le dirá a usté, compadre, esa *gachí* pa que le sirva a usté de consuelo.

—¡Vaya si me dice! Pos me dice, pongo por caso, lo que me

dijo esta mañana, que me dijo que no me empeñara en lo que no podía ser, que ella no me podía querer a mí más que como si yo fuera su *bato* o uno de sus tíos por parte de madre, porque a los por parte de su padre, según dice, no los puede ver ni en pintura.

—Pero ¿por qué dice ella que no lo puede estimar a usted más que como si fuera uno de sus parientes más cercanos?

—¿Que por qué? Pos mu clarito que me dijo que ella no se podía comprometer a naíta conmigo, porque a ella quien le gusta es otro gachó, que, según dice ella, es más bonito de cara que el sol y más salao que las pesetas, y el cual hasta anoche no se ha aterminao a peirle una cita, que se la ha pedío pa esta noche, en la ventana.

—¿Y ella está conforme con ese palique?

—¡Y poco clarito que me lo soltó la gachí, camará!, tan clarito y con un retintín tan esaborío que a mí se me emberrenchinó tantísimo la sangre, que se me fué una miajita la singüeso y algo apostarí yo a que le dije algo que no le debí decir, u sea, que al que yo viese esta noche arrimao a su reja, a ése lo diba yo a pegar como si fuera goma laca a los hierros de un guantazo.

—Eso no estuvo bien dicho, compadre, no señó, no estuvo bien dicho. Eso se jace cuando mos acordamos entoavía de lo muncho que mos gustaba tener el biberón en la boca.

—¿Y qué quíee usted? Se me calentó la *mui*, y ya sabe usted quien soy yo cuando se me calienta la pícara charlatana.

—¿Y qué fue lo que le contestó a usted Rosarillo?

—¿Ella? ¡Calle usted, hombre! Se echó a reir y me dijo que yo lo que tenía no era más que música en mitá de la campanilla y que ya me guardaría yo mu bien de arrimarme al gachó que a ella le gusta, y que si me arrimo que no lo jaga sin llevarme un pararrayos siquiera.

—¡Pero qué requetemalitas y qué requetecomprometeoras que son algunas veces las mujeres! —murmuró sombríamente meditabundo el Totovías.

Y el señor Juan el *Tarumba* quedó también meditabundo y tras algunos instantes de silencio gritó al mozo, que canturreaba echado de bruces sobre el limpio mostrador:

—A ver tú, *Chamarí*, una botella del moro, y que sepas que te ernuco si me la traes del cristiano.

II

—¡Camará, y qué mó de apeonar, compadre, pos ni que fuera usted por el Santolio!

—Míe usted, compadre, como me diga usted pío tan siquiera, me busca usted una ruina.

—Pos no piaré, compadre, no piaré; pero por lo menos me podrá usted decir qué es lo que le pasa al hombre que más estimo.

—Lo que a mí me pasa es que quisiera yo que usted me dijiera si conoce usted a arguien que se atreva a darme una puñalá, si se la paga bien y además le doy propina.

—Hombre, si usted me promete dejársela dar como si estuviera lisiao...

—Sí, que me la dejo dar, compadre. ¿Usted sabe lo que me acaba de pasar? No, lo que es la Rosarito me la paga a mí, ¡vaya si me la paga a mí con creces la Rosarito!

—Ya me suponía yo que en esto tenían que andar los jarapos de esa señora.

—Como que toa la voluntá que la tenía se me ha convertío en aborrecimiento, y si me valiera..., si me valiera, no sé, camará, no sé, porque es que traigo la cabeza que me zumba más que un látigo.

—¿Pero es que ha platicao usted con la chavala?

—¡Calle usted, hombre, si lo que me ha pasao a mí no le pasa a naide en el mundo!

—Pero ¿qué ha sío lo que le ha pasao a usted, ¡camará!, que me tiée usted desde que vino aguantando la respiración y ya me falta el resuello?

—Yo se lo contaré a usted; pero antes vamos a cá del *Trompeta* a que yo me refresque la boca, que la tengo más reseca que un esparto.

Accedió el *Totovías* a los deseos del *Tarumba*, y algunos minutos más tarde, después de haber desocupado entre ambos una de la *Pastora*, decíale el último a su compadre con acento en que desbordaba la ira que le llenaba el corazón:

—Pos verá usted: esta tarde, endispués de hacer como que comía, porque apenitas si pue tragar un bocao, me jateé como los mismísimos ángeles, y me fuí a la calle a probarle a la Rosarillo que, cuando yo digo que le doy a un hombre un guantazo, ese hombre debe encomenzar, al verme, por ponerse dambas manos en los carrillos.

—¿Pero no se lo habrá usted dao a ese *gachó* elante de la Rosario?

—Ni elante ni etrás de la Rosario, que es mucho mozo, compadre, pero que mucho mozo, el mozo con quien yo me he trompezao en la ventana de esa pícara mujer a la que conocí por mi malilla fortuna.

—¿Pero es que el mozo estaba en la ventana?

—Con medio cuerpo entro y medio fuera, como que la chavala se había tenío que dir cuasi a casa de una vecina.

—¡Por vía e Dios con el chavall! Porque me creo yo que ése ha de ser un chavalete.

—Y tan chavalete como es, y lo peorcito de este mal chapú es que la indina tenía un peazo e razón cuando decía qué es más bonito que el sol y más salao que las pesetas, y que no es mu vivo el mocito, camará, como que en cuantito me filó, salió de estampía y se me perdió de vista más pronto que un tiro; camará, que me río yo, desde que lo ví correr, de toítas las bicicletas.

—Y Rosarito, ¿qué?

—¿Rosarito? Pos Rosarito, al ver salir al otro de estampía, rompió el trapo a reir como si fuese de aquel mó a ganar un salario, y yo me pegué a la ventana, y ná, hombre, ná, que la mu alma mía no me ha dejao venir jasta que ha conseguido que le prometa que no he de meterme en naíta en contra de sus quereles.

—¡Pero eso como ha sío, *chavó*?—preguntó al *Tarumba* el *Totovías* con aire sorprendido.

—¿Que cómo? Pos prometiéndoselo, camará, prometiéndoselo con toítas las de la ley.

—Pos que me den una puñalá melliza si lo entiendo—exclamó el *Totovías* mirando lleno de asombro a su compadre.

—Pos míe usted—repúsole éste a la vez que llenaba de nuevo las copas con mano temblorosa—, la cosa es más clara que una iluminación; usted no adivina quien es el mocito que...

Y el *Tarumba* no tuvo necesidad de continuar hablando, pues el *Totovías* exclamó interrumpiéndolo bruscamente y con acento en que la risa pugnaba por precipitarse como un torrente desbordado:

—Ya, compadre, ya, ya adiviné quién es ese mocito más rebonito que el sol y más salao que las pesetas.

Y la risa brotó entonces estentórea y poderosa en los labios del *Totovías*, en tanto que el *Tarumba* lo miraba con tragicómica expresión de amenaza y murmuraba con acento sordo:

—Compadre, compadre, que si sigue usted por esa vereíta vamos a tener dambos que pasar la noche metíos en la grillera.

(EL IMPARCIAL, sección de los lunes. Madrid, 12-IX-1910.)

EN EL TALLER

I

—Oye tú, Cayetano, ¿me quiées tú decir, *chavó*, qué es lo que te pasa pa tener como tiées hoy tan frunció el entrecejo?—exclamó el señor Frasquito el *Trebujena* acercándose al banco, donde aquél hacía correr la garlopa, con nerviosa ligereza, sobre un grueso listón de pino del que arrancaba muchas y rizadísimas virutas.

Levantó aquél la cabeza y, soltando la garlopa y limpiándose el sudor, que inundaba su frente, con la manga de la chamarreta,

—Pos ná tengo, maestro—repúsole, poniendo en sus labios una forzada sonrisa—, sino que me duele una miaja la cabeza.

—Pos si te duele, ya puées estar sortando los trastos de matar y poniéndote en franquía y largándote a tus *cubriles*.

Y esto lo dijo el *Trebujena*, como si en lugar de un favor estuviese haciendo un disfavor a Cayetano, el cual como, gracias a los muchos años que llevaba en el taller, sabíase de memoria que el *Trebujena* ocultaba, bajo una superficie un tantico sin pulimentar, un corazón repleto de generosidades e hidalguías, le repuso, a la vez que limpiaba de virutas la cuchilla de la garlopa:

—No, ¿pa qué me voy a dir?, esto ya se irá pasando.

Se encogió de hombros el señor Curro y dirigiéndose hacia el otro extremo del taller, detúvose delante de Joseíto el *Clavicordio*, el más íntimo de los camaradas de Cayetano, que armado de martillo y formón trabajaba silencioso y con la frente fruncida.

—¿Qué? ¿te duele a tí también la cabeza?— le preguntó, deteniéndose a su lado y mirándole irónicamente el *Trebujena*.

—¿A mí?—repúsole Joseíto, mirándole con extrañeza, y después—no, señó, a mí no me duele naita—continuó con acento ligeramente desabrido.

—Pos cualisquiera diría otra cosa, camará, porque es que desde que llegaste esta mañana no has echao ni una copla tan siquiera.

Se encogió de hombros Joseíto y,

—Es que hay días, maestro—le repuso—, y hoy no me píe a mí el cuerpo ni tangos ni garrotines.

—¿Y qué es lo que te pasa a tí hoy pa estar de tan malilla jechura?

Miró Joseíto a su maestro con expresión vacilante y después exclamó de modo brusco, mirándole de hito en hito:

—¿Sería usted capaz, maestro, de prestarme a cuenta de mi jornal catorce o quince *alfonsinos*?

—¡Catorce o quince *alfonsinos*!—exclamó aquél mirando lleno de sorpresa a su oficial—¿Pero es que vas a fincarte tú en Miraflores del Palo?

—No, señor, que no voy a fincarme en un lugar que güele tanto a marisco, pero es que hoy yo por catorce o quince *chuscos* sería capaz de subir a una cucaña.

—¿Pero pa qué necesitas tú hoy tantísimo dinero? ¿te ha vencido alguna hipoteca?

—Mire usted, señor Frasquito, usted, manque tenga la cara siempre como si siempre estuviera jaciendo un embargo, usted tiée un corazón más grande que una carretera.

—Lo tenía, pero es que ya sabes tú que el corazón se gasta cuando se crían ruiseñores...

—Pos si se lo gastó usted en criar esos pajaritos, ya se arremató mi cuento.

—¿Pero es que tú no vas a cantar hoy lo que tú sabes que es tanto lo que me gusta?

—¿No le he dicho yo a usted ya, que hoy estoy yo, que al que le escupa lo enveneno, con lo que le pasa a Cayetano?

—¿Pero a Cayetano, que es lo que le pasa hoy?

—Pos na cuasi, que mañana es día de la Rafaelilla, de la hija de la Infanta, y Cayetano, que está por ella que no vive, pos el muchacho quisiera jacerle una fineza y como no puée estirar el pie más allálla de lo que pillá la sábana, pos velay usted.

—¿Pero es que Cayetano ha pensao en regalarle la Torre del Oro?

—No, señó, pero es que a la Rafaelilla anda jaciéndole la ronsa, al mismo tiempo que él, Antoñico el *Galafate*, y como el *Galafate* tiée *parneses*, como usted sabe mu requetebién, y va siempre la mar de bien jateao, pos lo que pasa, a la muchacha la traen frita los suyos, aconsejándole que se deje de Cayetano y que le jaga cara al Antonio, al que mala puñalaíca le den por el mal ange que tiene.

—¿Pero qué tiée que ver tó eso con el día del Santo de la Rafaela?

—Espere usted, hombre, espere usted, que ya llegaremos Dios me-

diente. Conforme le diba diciendo, la Rafaela está por Cayetano y Cayetano está al cabo de la calle de que la chavalilla está rabiando por tener un güen mantón pa los días de repique, y el otro día, al enterarse de que la señá Trini la *Petaquera* quería vender el suyo que, según ella, le costó a su hombre cuando se casó, cerca de cien *machacantes*, pos Cayetano se fué a verla, a ver si podía jincarle el diente, y endispues de una semana de chalaneo, ha conseguido que la Trini se lo dé en treinta *chuscos*, quince al contao y el resto a dos duros por semana.

—Pero, Cayetano, sin contar con los quince duros, ¿para qué se ha metío en ese fregao?

—Porque él contaba con poer vender rigular el ropero de luna, y no ha encontrao un alma caritativa que le dé más de cuatro chavos por el ropero, y como el *Galafate* se ha enterao de este tra-jín y el hombre está a caza de casolidades, pos el hombre se ha enterao de lo que al otro le ocurre, y lo que pasa, que ahora quiere llevarle el pulso y, seguramente, va a ser él el que le regale el mantón a la Rafaela, y esto es lo que, como es natural, trae sin vivir a Cayetano.

—¡Pero Cayetano ha perdío los papeles!—exclamó frunciendo más que de costumbre el entrecejo el señor Frasquito—¿No comprende ese alma mía que si la Rafaela acerta el mantón del *Galafate*, gustándole él más que el *Galafate*, la Rafaela no se merece ni que él le entorne el párpado, ni que la mire a la cara?

—Eso mismo le he dicho yo un montón de veces, pero es que como Cayetano está más loco que una yegua por esa *gachí*, pos no hay quien le puea meter una rayito de luz en los pícaros sentíos.

Quedó en silencio el señor Paco, y tras algunos instantes de vacilación, volvió la espalda y alejóse lentamente del *Clavicordio*, el cual murmuró, no sin hacer previamente una mueca de disgusto:

—¡Camará, y qué engurruñao que tién a veces el corazón jasta los que la pintan de tan garboso como la pinta el maestro *Trebujena!*

II

Llegado que fue el sábado, después de pagar a sus oficiales y aprendices, exclamó el maestro dirigiéndose a Joseíto y a Cayetano con su eterno acento desabrido:

—Ustedes no se vayan, porque vuelvo ensegúa.

—¿Pa qué nos querrá el maestro?—preguntó Cayetano a su compañero, al quedar a solas con él en el departamento donde el

señor Paco tenía su oficina, que justificaba algo esta designación gracias a una enorme carpeta de caoba que lo invadía casi del todo.

—Pa ná güeno será—murmuró sombríamente Joseíto, el que en toda la semana había podido olvidar la dureza de corazón de su maestro, al negarle a su compañero el anticipo que necesitaba para poder regalarle el mantón, por ella tan codiciado, a la hembra de sus amantes ensueños.

—¿Y por qué ha de ser pa ná güeno?—díjole Cayetano, mirando con expresión de sorpresa a su camarada.

Se encogió éste de hombros, y, colocando los codos sobre sus rodillas, empezó a canturrear uno de los tangos más en boga.

Ya empezaba aquél a impacientarse cuando, penetrando en la sala el maestro con un paquete en la mano, sentóse en un gran sillón forrado de cuero, y

—Pos sus he dicho que sus esperéis, porque tengo yo curiosidá de que me cuenten ustedes, si por fin le regalaste tú—y eso lo dijo el señor Curro dirigiéndose a Cayetano—si por fin le regalaste tú algo en su día a la nena que tú quieres.

Miró con expresión de reproche a su compañero el muchaho, y

—¿Quién ha sío el que le ha contao a usté las cosas que a mí me pasan?—preguntó al *Trebujena*, sonrojándose ligeramente, y mirando al solayo a su compañero.

—Eso sí que maldito lo que a ti te importa—repúsole aquél con acento brusco.

—Güeno, pos bien, sí—dijo, tras breves instantes de silencio, el enamorado de Rafaela—le regalé una tumbaga y un ramillete de flores.

—¿Y qué fué lo que le regaló ese otro que, según dicen, anda arrullando en tu aguaero?

—Pos ése le quiso regalar un mantón, que era lo que yo tenía empeño en regalarle, un mantón que vendía la Trini la *Petaquera*.

—Y qué, ¿se lo regaló u no se lo regaló, por fin, el *Galafate*?

—Se lo quiso regalar, pero ella no lo quiso recibir—exclamó con orgullosa expresión de triunfo el Cayetano.

—¡Eso es, no lo quiso recibir!—repitió el *Clavicordio* con expresión también victoriosa.

Sonrió el señor Frasquito y, tras contemplar en silencio a los dos muchachos durante algunos instantes,

—Pos bien—dijo—eso ya lo sabía yo, pero cuando me contó lo que pasaba Joseíto...

Inclinó éste los ojos al suelo para no ver brillar de nuevo el reproche en los ojos de su amigo, y

—No lo mires así—continuó el *Trebujena* encarándose con Ca-

yetano—, que lo que Joseíto se merece es que le des un beso en cá pómulo; que el pobre estaba aquel día por mo de tí, que jacía la barba y si me lo dijo, fue porque el pobre hubiera dado un ala del corazón por no dejarte a tí aquel día en tan malilla postura.

—Es que yo no quería que usté se enterase de estas cosas.

—Es que manque me lo hubieras tú pedío, yo no te hubiera dao aquel día los parneses, pero ahora que estoy ya enterao de que esa chavalilla ha preferío tu ramo de flores y tu anillo al mantón que el otro le quería regalar, ahora es cuando tengo yo la mar de gusto en que le regales tú este otro mantón que era el mejor que tenía mi mujer, que en paz descanse.

—¡Pero, maestro!—exclamaron al unísono Joseíto y Cayetano, abriendo extraordinariamente los ojos.

—Na, lo que he dicho, aquí soy yo el que manda, asín es que no hay que platicar más de la cosa; con que a llevarle el mantón a la Rafaela, y mañana, como es domingo y la semana no ha sío maleja del tó, y como también yo quiero que Joseíto pague los malos ojos con que me miró aquel día, mañana sus espero a dambos, a las dos en punto, pa que nos vayamos los tres a tomar un bocao a cá del *Quitapenas* y...

—¡Camará!—decía cinco minutos después Joseíto, mientras Cayetano, devorado por la impaciencia, desdoblaba el mantón a la luz de uno de los faroles del alumbrado público, en una de las calles más solitarias del barrio—, pos dí tú que este mantón vale catorce mil millones de veces más que el otro, como que más que mantón es un canasto de flores.

(MUNDO NUEVO. *Madrid*, 18-XI-1910.)

14.

15.

16.

17.

18.

19.

20.

21.

22.

23.

24.

25.

26.

27.

EL NIÑO DEL SONAJERO

Una multitud alegre y abigarrada bullía la noche en que nos permitimos conducir a él a nuestros lectores en el famoso café cantante de Chinitas, donde, decidores y típicamente engalanados, lucían sus hechuras y prodigaban sus donosos decires los mozos más *baries* y pintureros; charlaban, graves y reposados, los prohombres de la estiba y del arrumbo; pintábanla de rumbosos y macarenos algunos señoritos de índole achulada, y extasiábanse, enardecidos por el deseo, varios próceres de Roalabota y Jotrón, contemplando el brillante grupo de bailaoras y cantaoras que lucían, sobre el reducido escenario, sus vestidos vaporosos y crujientes, sus brillantes pañolones de Manila y sus bien peinadas cabelleras tocadas de flores, sus relucientes gargantillas, sus pies de maravillosa pequeñez primorosamente calzados y, a veces, algo más que ofrecían pérfidamente a las miradas codiciosas de los que unían la sotobarba al tablero de la mesa para gozar un punto de vistas tan tentadoras.

El ruido era ensordecedor; el humo de los cigarros y el vaho de la muchedumbre llenaba el ámbito de un olor acre y cálido; una de las cantaoras templábase modulando alguna nota que brotaba, límpida y vibrante, de sus labios carmesíes. Rosita, la bailaora, taconeaba como impaciente por lucir sus habilidades y su maravillosamente torneada pantorrilla en los voluptuosos giros del baile. Juan el *Pito*, el guitarrista, dialogaba en uno de los extremos del tablado con el señor Paco el *Duende*, dueño afortunado del café, que decíale al *Pito*, con expresión contrariada:

—¿Conque es la *chipe* que se le ha puesto al del *Sonajero* sobre el corazón que no cante más la *Veterana*?

—Eso dice, y que es ésta la última noche que canta sobre un tablaio.

—Pos eso es una mala *chanáita* que me juega a mí el del *Sonajero*, al que, si la Rosario se va, le voy yo a cantar un polo, y un medio polo y un par de cartageneras.

—¿Y qué vas tú a conseguir con cantarle esas cosas al *Sonajero*?

—¿Que qué voy a conseguir? Pos quitarme un poco los agrios. ¿Te parece a ti bien lo que jace ese *gachó* conmigo, cuando sabe que la *Veterana* es la que a mí me mete cuatro ochavos en el bolsillo? Y si no, ¿por qué se me ha metío a mí esta noche este lleno, sino porque se ha dicho que esta noche güerve a cantar aquí la que ese pícaro se ha colgao a la bandola?

—Puée que si tú hablas con el *Niño*, el *Niño* transija, por más que hoy han caío sobre él mis razones como sobre un yunque un martillo.

—Pero si es que se necesita estar más loco que un cencerro, *chavó*; si es que el *Niño*, desde que cogió el pasmo, no gana pa comprarle yeros a una tórtola. Y no treinta reales que le doy ahora por fatiga, sino ocho en lugar de los cuatro *chuscos* que le daba, le daría yo si cantara como antes. Pero ahora to lo que se le dé a ese *gachó* es como si se le diese regalao.

—No, hombre, no; tanto como eso no. Es verdá que no canta ni con mucho lo que cantaba; pero treinta reales los gana cualquier grillo cebollero debajo de cualquier mata.

—Güeno, pero no tiée comparación lo que jace con lo que jacia antes que pillara el pasmo.

—Naturalmente que no. Si antes de eso, cuando decía a subir..., con las águilas se diba el *gachó*. ¡Pero cómo!, como quien no jace na, como si no fuera él el que cantaba. ¡Asín estaba el mozo, rifao y requeterifao! ¡Como que era el primerito y el de más estilo y el de más facurtades de toítos los primeros!

—Eso es verdá. Pero es que el *Niño* lo que debía jacer ahora es seguir con su mujer en mi casa, porque con lo que gana él y con lo que ella gana, que gana dos duros y medio, podían dir tirando de la vía, y si él no fuera como es, jasta podían ayudarse con la bebía, que yo a ella le daba el cinco por ciento. Y que te coste a ti que esa *gachí*, cuando quiere, es un proigio pa escupir lo que se bebe.

—¡Cualquier día del año se conforma el *Niño*, *chavó*! Pos si ca vez que veía alternar a la Rosario con cualquiera, cuasi le daba al *gachó* un ataque de meningitis.

—Y oye tú, ¿cómo es que ha conseguío el *Niño* que la Rosario se case con él y que desprecie a José el de los *Melones*, a un *gachó* que tiée más *parné* que metal un belonero?

—Pos to tiée su encarte y su descarte en este valle de lágrimas. A ella no le desazonaba el cuerpo del *Niño* cuando el *Niño* entoavía ponía sus coplas en la luna, y si entonces no le dijo que sí al primer envite, fue porque como esa *gachí* es tan caprichosa y se le había metío en la cabeza no casarse nunca con un hombre que cantara

mejor que ella, pos velay tú, por eso no transigió la primera vez que repicó la campana.

—Pero oye tú, ¿por qué era esa manía de la Rosario?

—¡Y qué sé yo! Porque la Rosario es como la parió su madre, una *gachí* mu rara, mu voluntariosa, mu orgullosísima; una mujer que si hubiera nació estrella hubiera aborreció de muerte al sol, una *gachí* que si, pongo por caso, su marío tuviera el pito de plata, ella se moriría de *chingares* a no tenerlo de oro.

—Pos siendo asín, ¿cómo es que ha transigió con el que transigió?

—¡Toma! Transigió cuando al *Sonajero* le cayó la filoxera, y como por mo de ella le cayó la filoxera al mozo, y como además el mozo no le sabía a retama, y como además le remordería la conciencia por lo del pasmo, pos velay tú, por eso transigiría.

—¿Y es verdá que fue por ella por quien perdió la mitá de las facultaes el *Sonajero*?

—Por mo de ella. Tú suponte que el *gachó* una noche, que llovía más que cuando enterraron a Zafra, al salir de aquí se fué a la reja de la Rosario, y allí se estuvo el alma mía hasta el amanecer, aguantando el diluvio universal, y lo que pasó, que cogió un pasmo que por poquito si se lo lleva con su padre, que esté en gloria.

—Y oye tú, ¿la *Veterana* está conforme en darle gusto en lo del cante al *Sonajero*?

—Ella está que arde, pero como le ha tomao la mar de voluntá al mozo, y el mozo es un vivo y un fenómeno dando coba, pos velay tú, eso pa mí como si tuviera el prescinto.

—Pos veremos a ver lo que me dice cuando venga aluego; pero mientras anda tú y alegra una miaja al público y dile a la *Topacio* que se cante el último del *Mochuelo*.

Y momentos después enmudecían todos a los sonos de la bien tañida vihuela, y cantaoras y bailaoras rompían en un acompasado y sonoro palmoreo, adelantando los bustos de eréctiles arrogancias y alargando los desnudos brazos, dignos todos ellos de ser embellecidos por ajorcas orientales.

II

Rosario, sentada en una mecedora, taconeaba nerviosamente, mientras el *Niño*, de pie y apoyado un codo en el tablero de mármol de la cómoda, contemplaba con algo irónica y acariciadora expresión a la hembra que, gracias a un aguacero providencial, había él conseguido unir para siempre a su buena o mala fortuna; a

aquella tan codiciada por Joseíto el *Melones*, además de por su renombre, por su semblante de tez morena, por sus ojos rasgados y brilladores, por su agitanado perfil, por sus labios encendidos como pétalos de rosas, por su pelo negro y rizado que caíale sobre la nuca en abullonados remolinos, por la voluptuosa languidez de sus movimientos y por la elástica gallardía de su cuerpo arrogante, en aquellos instantes engalanado con una falda color de rosa y un rico pañolón de seda, bordado en los más vivos colores.

La mirada del *Niño* paseábase complacida por todos los encantos de su mujer, pero ésta no miraba al *Niño*, no quería mirarle, no quería que le hicieran vacilar, en su enérgica decisión, los incentivos del *Sonajero*, su figura armónica ni su semblante gracioso y juvenil de tez pálida, de finísimas facciones, de ojos de lánguido y de insinuante mirar, y de labios en que la gracia y la voluptuosidad desbordaban en misteriosas sonrisas.

Durante algunos instantes permanecieron en silencio el *Niño* y la *Veterana*; pero cansado aquél, sin duda, de su mutismo, díjole a Rosario con voz siempre dulce, siempre plácida, siempre acariciadora:

—¡Conque me darás tú gusto, salero! ¡Conque ésta será la última noche en que gozará toíto er mundo de tu piquito gitano!

Se incorporó bruscamente aquélla, poniendo al hacerlo de relieve lo escultural de su figura, y colocándose delante del espejo del tocador, dijo, mientras con mano temblorosa colocábase algunas flores purpúreas y una peineta, de doradas incrustaciones, en la rizada cabellera:

—Ya te he dicho que no, y que no y que no; que yo no me he casao contigo pa que tú me encierres a mí en una jaula como si fuese un lúgano. ¿Tú te enteras?

—Pero, mujer, no seas tú cabezona con quien crucificar se dejaría por tí, como el Nazareno, si algún día fuera tu gusto el verme a mí morir entre dos ladrones.

—Pero—exclamó Rosario, revolviéndose iracunda—¿por qué si pensabas hacer esto conmigo, no me lo dijiste antes de que nos dijera lo que nos dijo el cura de la parroquia?

El *Niño* se acercó a su mujer, que habíase vuelto de espaldas a él de nuevo, para seguir ocupándose, trémula de indignación, de su gracioso tocado, y llegado que hubo junto a ella, le colocó una mano sobre el hombro y, besándola a traición en la nuca, le dijo con acento susurrante:

—¡No seas tú así, por los ojitos de tu cara! ¿Tú no comprendes que si tú siguieras en el café tendría yo que llamar, pa que me sangrase toas las noches, al barbero de la esquina? ¿Tú no compren-

des que ojos que te miraran a ti, puñales serían que a mí se me clavarían en lo más jondo del pecho; que cañas que te ofrecieran y que te bebieras tú, tragos serían pa mí que me quemarían la boca?

—Pero ¿por qué no me dijiste to eso antes de que fuésemos a la iglesia? ¿Por qué, vamos a ver, por qué no me lo dijiste?—tornó a preguntarle Rosario con voz de menos duras inflexiones.

—¡Qué graciosa eres tú! Pos entonces no te lo dije porque si te lo digo antes a estas horas estaría yo muriéndome de la pena, porque yo te conozco a ti, porque yo sé lo cabezona que te jizo a ti el señó Pepe el *Cansao*; porque yo, al prendarme de tu carita, comprendí que ganarte a ti era más difícil que ganarse la gloria sin martirio, y gracias a un *divé* que me mandó el pasmo que me mandó, que si no a estas horas estaría yo ya cuasi comío de gusanos.

—Pero es que manque yo me arrancara y te quisiera dar gusto en lo que me pías, no podía ser lo que tú quieres, Joseíto, no podría ser eso. Si es que con lo que ganamos ca uno solamente no se podría vivir sin tenerle que aguantar sus gritos a la casera.

—¿Y si no fuera asín, vamos a ver? ¿Y si tú estuvieras equivo-caílla der to? ¿Y si yo solito pudiera agenciarme tantos *parneses* como agenciamos reuníos?—le preguntó el del *Sonajero* a su mujer, sonriendo irónicamente y mirándola de hito en hito.

Rosario contempló al *Niño* con expresión burlona, y exclamó, encogiéndose de hombros:

—¿Y cómo irás tu a ganar tanto dinero? ¿Si le irás tú a jacer la competencia al amo del *Martinete*?

—Pos no, señora, na del *Martinete*, que lo que voy a jacer esta misma noche, en cuantito arrematemos nuestra faena, es decirle al amo del café que es preciso que de aquí pa alante me dé tu sueldo y er mío, si es que quiere que yo siga trinando en su pajarera.

—Eso es; tú le dices eso al señor Paco y el señor Paco, como es natural, encomienza a tocar el pito de carretilla y no para hasta verte en la grillera.

—Ca, mujer, tú no conoces al señor Paco. El señor Paco tiée una sangre que es toa arropía; el señor Paco me estima a mí muchísimo, pero que muchísimo; el señor Paco tiée un corazón más grande que un solar. Y si no, vamos a ver lo que te digo: si yo logro que el señor Paco me dé por cantar yo sólo los *parneses* que ganamos dambos reuníos, ¿te comprometes tú a darme a mí gusto en lo que yo de ti quiero?

Rosario, a la que le retozaba la risa en los purpurinos labios, ante la cándida confianza de su don Cuyo, presintiendo la victoria

segura, le preguntó a su vez con acento decidido y con resuelta actitud:

—Me conformo, pero con la condición de que si tú pierdes la pelea, yo seguiré cantando hasta que se me orsie er metá de la voz y se me agile la campanilla.

—¡Trato jecho!—exclamó el *Niño* con la expresión triunfadora.

—¡Trato jecho!—repitió con expresión también triunfadora Rosario.

Y un beso largo, muy largo, un beso de un minuto, selló el pacto aquel entre la gentil *Veterana* y el *Niño del Sonajero*.

III

Un prolongado murmullo de alegría acogió la llegada del *Niño* y la *Veterana*.

—Veremos a ver si es que le ha quitao voz a ese proigio la pícara marimorrena—murmuró, sonriendo picarescamente, Curro el de los *Cascabeles*, dirigiéndose a uno de sus amigos, mientras...

—Mira tú—decíale al del *Sonajero* Juan el *Pito* con voz zumbona—, tú tiées esta noche mu mal color; tú debías tomar mucho, pero que muchísimo, alimento.

Rosario, que habíase ya sentado entre sus compañeras, paseó una mirada complacida por el numeroso público y exclamó, dirigiéndose a la *Topacio*:

—Oye tú, ¿sabes tú que esto está archisuperiorísimo esta noche?

—Oye tú, Rosario—díjole a ésta la *Abalorios*, casi al oído—, ¿es verdá lo que se dice de que te retiras del cante?

Encogióse de hombros la *Veterana*, y

—Eso no se sabe entoavía—le repuso sonriendo,

—Que cante ya la *Veterana*—gritó en aquel momento el *Pollo de los Peroles*, y

—Sí, que cante ya—gritaron al unísono algunos de los asiduos parroquianos.

El del *Sonajero* aparecía tranquilo y risueño, y de vez en cuando miraba a hurtadillas a su mujer, sin dejar de golpear suave y acompasadamente con el recio bastón de puño de asta sobre el tablado.

—Vamos ya—dijo el *Pito* dirigiéndose a la *Veterana*.

Y aprovechando ésta la entrada que el tocao le ofrecía, adelantó un tanto el arrogante busto, echó graciosa y afectadamente hacia atrás la gentil cabeza, y un a modo de prolongado gemido que pareció modelado por una laringe de cristal, probó al *Cascabe-*

les que en nada había perjudicado a la cantadora la pícara mari-morena.

Rosario, animada por los piropos entusiastas con que los doctos y no doctos hubieron de acoger su salida, cantó como únicamente solía hacerlo en las grandes solemnidades:

“Yo que me encierres no quiero
ni en una jaula de flores;
mira que si los encierran
se mueren los ruisseñores.”

Una nutrida salva de aplausos resonó a la terminación de la copla, y llena de orgullo la *Veterana* miró fijamente al *Niño* como ofreciéndole sonriente los aplausos conquistados.

—Pos si está la *gachí* más mejor que antes—exclamó, lleno de entusiasmo, el de los *Peroles*.

—¡A ver si sus calláis o sus mando a la Jefatura!—gritó con voz destemplada el *Mostachones*.

—Sí, que se calle, que ahora va a cantar el *Niño del Sonajero*.

Este, que había respondido a la mirada triunfante de su mujer con otra llena de ironías y de ternura, no se hizo repetir la entrada que el *Pito* le ofrecía, y echó también hacia atrás la cabeza y un a modo de estallido de entusiasmo loco seguido de un silencio profundo siguió a la salida del *Niño*, el cual, tras desabotonarse el cuello de la camisa y arrojar una nueva mirada sobre Rosario, en cuyo semblante pintábase la sorpresa, cantó no como venía haciéndolo desde que un pasmo le restara a su voz la mitad de sus bríos, sino como cuando no había quien le disputara la bandera, como cuando con las águilas se iba al subir y como cuando decía de él la *Veterana*:

—Cualisquier día me casaba yo con ese *gachó* ni manque me gustara catorce veces más de lo que el *gachó* me gusta.

Público y artistas estaban asombrados; el casamiento había sido el unto de la Magdalena para el *Niño*; todos le miraban delirantes de gozo, y cuando éste hubo puesto fin a la copla, una explosión de olés y gritos entusiastas tronó en el reducido local. “Olé”, gritaban en pie los mozos más *baries*. “Olé”, los señoritos rumbosos y macarenos. “Jolé”, los próceres de Roalabota y Jotró. “Olé”, los prohombres del arrumbo y de la estiba, y “Olé por mi *Niño*”, gritaron también las cantadoras, mientras la *Veterana*, llena de orgullo y mortificada a la vez por la superioridad indiscutible de su marido

sobre ella, murmuraba, claveteándose los nítidos dientes en sus labios fragantes y purpurinos:

“¡Ah, *charrán!* ¡Ah, siete veces *charrán*, qué bien que me has engañao!”

Y algunas horas después, ya a solas con su marido en su casa, decíale a éste con acento de reproche:

—Bien me la has pegao y bien me has llevao el pulso, y como el que pierde paga, yo no cantaré más pa la gente; pero por tu salucita, dime cómo se te ha quitao a ti el pasmo que cogiste por mo de mí en mi ventana.

Sonrió el *Niño* con picaresca expresión:

—Es que a mí me dió el pasmo de la pena de pensar que tú no querías casarte con ningún hombre que cantara mejor que tú, y como es naturá, en quantito me casé se me quitó la pena y se me ha quitao el pasmo a fuerza de medicina.

—Eso ha sólo una...

Y no pudo proseguir Rosario: su marido había puesto a modo de dulcísima mordaza sus labios sedientos de caricias en los suyos fragantes y carmesíes.

(LA NACIÓN. *Buenos Aires*, 27-IX-1908.)

NO ES FEA LA QUE RECREA

—Oye, tú, ¿qué es lo que a tí te pasa hoy que estás como si te fuesen a meter en la grillera?

Se encogió de hombros Antofico el *Zaragata* y le repuso al capataz, al par que se dirigía con el cantarillo sobre el hombro hacia el bocoy del trasiego:

—Qué quieé usted que me pase, naita, pero que naita me pasa.

Sonrió aquél irónicamente y, cuando Antofico, ya con el cantarillo desocupado se acercó de nuevo a la tina, continuó:

—Vamos, hombre, ábreme tu pecho, que ya sabes tú que yo soy un proigio en eso de consolar al que llora.

—Pero si es la *chipé*, que no me pasa naita.

—Argo será, te digo; a tí alguna jembra te trae fijamente caviloso, y argo me apostaría yo a que se trata de Martirio la *Primores*.

—Pos no señó, que no se trata de Martirio la *Primores*.

—Pos será de Angeles la *Pelusita*.

—Pos no señó, ni de Angeles la *Pelusita*.

—Entonces tiées que estar así tú por mó del terral u por mó de la sequía.

—Pos no está usted en lo firme, señó Cristóbal, que quien a mí me trae una miajita soliviantao, no es ni el terral ni la sequía sino una *gachí* que, según dicen, no es ningún primor... y la verdad, primor no lo es..., pero tampoco es tan fea como dicen.

—Y oye, tú, ¿quién es esa agachaora que ha puesto medio tarumba al mozo más juncal de los que aquí presumen de güen perfil y de andares pintureros?

Antonio vaciló un punto y, después exclamó, cerrando los ojos para no ver en la cara de su interlocutor la impresión que pudieran producirle sus palabras:

—Pos esa agachaora es Angeles Cárdenas, la *Fea del Altozano*.

—¡La *Fea del Altozano*!

Y el señor Cristóbal, tras algunos momentos de silencio durante

los cuales pareció como atontado por la sorpresa, dijo con ponderativa expresión:

—Camará, pos dí tú que eres más valiente que el Ci, porque pa timar a la Angeles se necesita muncho más valor que pa tomar una trinchera.

—¿Entonces es que usted también es de los que creen que la Angeles es tan fea como dicen?

—Cá, yo soy de los que creen que lo es muchísimo más de lo que dice la gente.

—Pos me parece a mí que tos ustés están una miajita dequivo-cáos, y que usted y que toito er mundo le dicen a la Angeles *la Fea*, no porque lo es, sino porque lo fue, lo mismito que a usted le dicen el *Pinturero* porque lo fue usted, porque lo que es ahora...

Y los ojos de Antofico se pasearon irónicos, insolentes y burladores por la oronda y apoplética figura del señor Cristóbal, el cual exclamó en son de airada protesta:

—De eso había mucho que platicar, manque esto no sea decir que yo esté ahora como cuando tenía que sujetarme, si hacía viento, la cintura con dambas manos pa que no se me tronchara.

—¡Usted no se ha mirao bien al espejo, señó Cristóbal!

—Pero hombre, eso no está ni medio bien tan siquiera; ¿qué culpa tengo yo de que echara su madre ar mundo, tal como es, a la que a tí te ha embragao?

—Pero si es que la Angeles no tiée tan mal perfil como dicen, y si no, vamos a ver ¿es usted capaz de jacer lo que yo le diga?

—Ya sabes tú que por darte gusto soy yo capaz de jacer la mar de primores.

—Pos si es asín y quíee usted darme gusto, esta noche yo voy a ver si pueo platicar con Angeles por la reja; Angeles, sigún me han dicho, va esta tarde a los meceores con los niños del *Sereno*; usted conoce mucho a los niños del *Sereno*, usted se va esta tarde a los meceores, se acerca usted a la del *Altozano*, la mira usted como si la fuera usted a retratar, y cuando la haiga usted visto bien, se va usted pa cá del *Triquitraque* aonde yo estaré aguardándolo a usted como quien aguarda al Mesías.

—Güeno, hombre, te dará gusto, pero antes dime ¿por qué quíees tú darme a mí esta tarde ese suplicio?

—Porque si sigue usted creyendo, después de mirarla despacio, que esa jembra tiée el perfil tan poco de recibo como dicen, yo pierdo dos de la *Pastora* y me doy contravapor y no güervo yo a mirar más a la Angeles a la cara, ni manque me den un salario.

—Pos entonces me parece a mí que ya podíamos dirnos pa cá der *Triquitraque*.

—Pero—continuó Antonio sin parar mientes, al parecer, en lo que aquél le decía—si no le parece a usted tan fea después de mirarla bien, usted paga las dos de la *Pastora* y usted será, cuando llegue el momento, el encargao de dir a peir a la Angeles pa su mejor amigo de usted, el mozo que más presume de güen perfil y de andares pintureros.

—Conforme de toa conformidá, y vamos a ver si ya arrematamos que se viene la noche encima.

Y mientras el señor Cristóbal dirigíase a apuntar con tiza en uno de los arcos de una de las cuarterolas la última arroba trasegada por Antonio, siguió éste en su penosa labor de desocupar la enorme tina desbordante del oloroso néctar que puso Dios en las vides montañas.

II

Ya empezaban a tomar posesión de los portales y aceras de la calle los vecinos ansiosos de respirar la brisa fresca de la noche; la luna a inundarlo todo con sus argénteas claridades y a resonar, acá y acullá, los melancólicos tañidos de las vihuelas con que la gente moza alegra sus horas de solaz en los umbrales de sus respectivas viviendas en las noches de estío, cuando Antoñico el *Zaragata*, ya vestido como en los días de repique, llegó a la puerta del *Triquitraque*, y sentándose junto a una de las mesas en ella colocadas, preguntó al encargado de atender a la numerosa parroquia:

—Oye tú, Cayetano, ¿no ha venío entoavía el señor Cristóbal el *Pinturero*?

—Entoavía no, Antoñico. ¿Y aonde vas tú esta noche tan bonito y tan cruzaito de alas?

—A ver si prendo a la luna.

—¿Es que vas por fin a quitar de pasar penas a la *Primores*?

—A mí no me quiere la *Primores*, a mí quien mejor me quiere es la *Fea del Altozano*.

—Pos no te creas tú, que si esa fea fuese una miaiita menos fea, es una gachí pa un probe por lo güena que es y por lo mujer de su casa.

Antoñico asintió con un movimiento de cabeza, halagado por el concepto que merecía a Cayetano el objeto de su hasta entonces misterioso culto de amor, y le repuso:

—La verdá es que cuando se trata a esa *gachí* parece de caramelo, norque lo que es los ojos los tiée de *chipé*, pero que de *chipé*.

—Sí, que sí, y si no fuera porque tiée una nariz que es un *cus-curro*...

—Sí, la verdá es que la nariz..., pero tiée mu güena mata de pelo, ¡y unas caeras y un talle! ¡y un mó de pisar! y...

—Sí, el cuerpo sí, y el pelo tamién; pero tiée un cutis que está pidiendo una garlopa, y, aluego, una dentaura... chavó, ¡valiente dentaura! ¡como que tiée dos paletones que son dos mesas consolas!

—Pero los tiée siempre más reblandos que el armiño.

—Sí, eso sí, blancos los tiée, ¡pero de cá uno saldría una bola de billar! ¡Pos si ella misma se ríe *chufleándose* de sus dientes! porque, eso sí, lo que es gracia la tiée por capachos.

—¡Toma!, por algo anduvo tirándole los chambeles el *Triguerito*, y eso que el *Triguerito* presume de tener la boca más fina que el terciopelo.

—¿Pero es verdá que ese *Triguerito* le anduvo tirando los chambeles?—preguntó con honda expresión de complacencia el *Zaragata*.

—¡Digo! con toas, pero con toas, las de la ley.

—¿Y quién es ese *Triguerito*?

—Uno mu arto y mu guasón que siempre tiée las narices como si estuviera procurando el estornúo.

—Ah, ya sé quién es. ¿Y ella qué le respondió?

—Pus ella le respondió que lo armitía en cuanto acabara de estornuar..., pero mira, ya tiées aquí al mozo güeno que tú buscabas.

El señor Cristóbal llegó jadeando y así que se hubo sentado junto a Antonio, le dijo al mozo de la taberna:

—A ver tú, Cayetano, a ver si te traes dos sin cristianar de la *Pastora*.

—¿Qué, estuvo usted en los meceores?—se apresuró a preguntarle Antoñico al *Pinturero*.

—Pos de juro que sí, que estuve.

—¿Y qué? ¿Ha visto usted a la Angeles?

—Pos de juro que la he visto.

—Y qué, ¿la ha marcao usted bien?

—Como que ya la *gachí* me preguntó si la diba a jacer una broca con la pupila.

—¿Y qué?, vamos a ver; la verdá, ¿qué le pareció a usted en después de verla despacio?

—¡Vaya, ya están aquí estas señoras!—dijo en aquel momento Cayetano colocando las dos botellas ya descorchadas sobre la mesa.

—Güeno, pos estas dos se las cobra, u se las apunta, al que tiée más fino er talle de dambos.

—Güeno, pos las pagaré yo que soy el que lo tiene más fino—dijo intentando en vano ocultar su profundo despecho el *Zara-*

gata y cuando ya se hubo alejado de nuevo el mozo, le preguntó al señor Cristóbal con acento balbuciente:

—¿Con que tan fea ha pareció a usté la mujer que yo camelo?

—La verdá; simpática y bien formá y con la mar de angel, eso sí, siete veces sí, pero como fea, chavó, también sí catorce veces lo menos.

—Güeno, pos lo será, pero a mí no me lo parece, ¿sabe usté?, y como a mí no me lo parece, en cuantito salga de aquí, pongo la proa a su reja y me arrimo a la reja y la llamo a gritos pa que toito er mundo se entere y en cuanto se asome le digo que ella pa mí es el sol y la luna y jasta el lucero matutino.

—Pos ya debías mentarle también la vía lartea.

—Pos se la mentaré, y si ella se conforma, de aquí a mu poquito tiempo, del preciso na más, va usté a tener que arrimar a la pila, pa que el cura le eche la sal en la mollera, a lo que Dios quiera darnos a mí y a mi Angeles, la *Fea del Altozano*.

—Pos lo arrimaré a la pila, pero quiera un divé que no se parezca a su madre el hijo de tus sentrañas.

Y el señor Cristóbal canturreó con voz ronca y simpática tamborileando con los dedos en una de las botellas:

No es fea la que recrea,
que a veces la más bonita
no vale lo que una fea.

(LA ACTUALIDAD. *Barcelona*.)

AL ALIMON

I

—Pos yo estoy conforme con lo que dice el *Chato Puliana*, que muchas veces lo que encomienza por una chufia acaba en una trigeria, que por chufia encomenzó lo mío con el *Manga* y lo más lejos que tenía yo de mí, al tirar de la cachicuerna, era que diba a dejar en el sitio al probe más tieso que un machete.

Y esto lo dijo Joseito el *Meriñaque* con acento sombrío y no sin dejar escapar previamente un resonante suspiro.

—Güeno, pos vamos a dejarnos de cosas esaborías—exclamó el *Butibamba* con expresión adusta a la vez que colocaba como si quisiera clavarla en el tablero de pino de la mesa, una de las fichas del dominó.

Las palabras de Joselito hicieron inmutarse al *Torongiles* que contempló a hurtadillas, lleno de asombro, a su rival; el principio de embriaguez en él producido por los diez o doce cortados que acababa de trasegar desapareció como por arte de encantamiento; ¡qué sorpresa! luego el *Meriñaque*, aquel hombrequito pálido, rubio, de cara aniñada y de hechuras casi femeniles; aquél que él, no obstante su falta de decisión y de energías, había pensado intimidar ahuecando la voz y poniendo los ojos como si quisiera escupirlos de su cara; aquél que él había creído cualquier cosa al verlo tan modosito, tan suave, tan meticuloso, siempre tan atildado, tan fino, según confesión propia, llevaba en su conciencia los manes vengadores del *Manga*.

Al *Torongiles* se le habían volado de la imaginación todos sus propósitos belicosos; su amor a Rosarito acababa de perder grados de temperatura; la figura de Joselito había adquirido a sus ojos terribles proporciones; sentíase arrepentido de haber ido a meterse en la boca del lobo y lo único que ya deseaba era encontrar una rendija por la que huir de aquel lugar y de José, que parecía ensombrecido por el recuerdo de la trágica escena.

El *Torongiles* sentíase como sentado sobre alfileres; qué mala

ocurrencia había sido la suya de poner su mirada y su pensamiento en Rosarito, primero, y segundo, la de ir aquella mañana a buscarle la boca al hombre por ella preferido.

—¿Qué, quiéees jugar?—preguntó al *Torongiles* Antoñuelo el *Molinete*.

—No, muchas gracias, pero me tengo que dir enseguita.

El *Meriñaque* le miró furtivamente con expresión irónica, y

—Hombre, ¿tan urgente es eso que tiée usté que hacer que no puée jugarse dos copas?—le preguntó a la vez que redoblaba con los dedos sobre la mesa.

—Hombre, le diré a usté, es una cosita regular.

Y el *Torongiles*, al decir esto, se mordió los labios; el tono zumbón de Joselito había aumentado su intranquilidad, y cuando algunos minutos después se encontró en mitad de la calle, respiró a pleno pulmón decidido a no volver a intentar un enganche con aquel mozo, de cuya sangrienta hazaña hubiera querido conocer más pormenores, pero no le pareció discreto inquirir nada, no fuese a pensar la gente que lo hacía aconsejado por la prudencia y el temor.

Decidió, pues, callar por lo pronto, y de modo disimulado ir aflojando en el asedio de la muchacha con toda la rapidez que le permitiera su decoro, porque no era cosa razonable el ir a jugarse la piel con un mozo que ya llevaba en la conciencia tan negro bagaje y, sobre todo, no estando él, como no estaba, la chaveta perdida por la muchacha, que si él había puesto en ella sus ojos, había lo hecho más que pensando en el negror de sus grandes pupilas de antílope febril y en su cuerpo maravillosamente cincelado, acordándose de que el *Calderero* tenía una cuadra de muleros que quitaba las tapaderas de los sentidos, una huerta en el camino de San José, donde los melones que se daban eran más dulces y jugosos que los de Almogía, y, además, en la calle de los Cristos un corralón con más habitaciones que celdillas tiene un panal; no siendo más que una la heredera de tan privilegiada fortuna.

No obstante sus propósitos de no hablar con nadie, ni inquirir noticias ningunas referentes a la muerte del *Manga*, aferrándose como un naufrago a una tabla, a la esperanza de que aquella hubiese sido un farol del *Meriñaque*, aquella noche, al toparse con el señor Cayetano el *Ortigosa*, chalán jubilado que vivía de lo que le rentaba su hija Rosalía, ocho arrobas de carnes frescas, olorosas y juveniles, que olía a tomillo hasta en las canículas, amigo de Joselito, con el cual había visto varias veces jugarse al dominó la convidada; al toparse con él—repetimos—en el *hondilón* del *Cañaver-*

de, acercándose a la misma mesa junto a la cual aquél dormitaba con el codo sobre el tablero,

—Oiga usted, agüelito, ¿me convía usted o yo le convío?—le preguntó con acento jovial y afectuoso.

—Mía, mejor será lo úrtimo, porque yo tengo un costipao que no arremato de estornuar en to er día.

Aunque no comprendió la relación que pudiera tener la convidada con lo del estornudo, sentóse el *Torongiles* junto a aquél, y después que hubieron ambos apurado con todo primor las primeras dos cañas del cañavero, que por indicación de aquél les sirviera el mozo de la taberna, hizo recaer hábilmente la conversación el descorazonado pretendiente de Rosarito sobre lo que tanto le preocupaba, pero aún no había concluido de nombrar al *Meriñaque* cuando

—Ni me lo mientes tan siquiera a ese *gachó*—exclamó con voz vibrante de ira y apretando los puños Ortigosa—ni me lo mientes, que demasiao castigo tengo yo con tener que platicar con él de cuando en cuando, que cá vez que tengo que platicar con él es mismamente que si tomara el paliano.

—¿Pero eso?—le preguntó sorprendido el *Torongiles*.

—Cállate tú, hombre, que lo que me pasa a mí con ese *gachó* es pa que lo egollara; no porque yo le deba los cuatro ochavos que le debo, sino porque yo no pueo olviar que por mo de él a mi compadre Jacinto se lo comieron los gusanos.

—Algo he oído yo decir de eso, pero...

—Ná, que si tú medio me estimas, no me platiques más de esto, porque cá vez que me acuerdo me como er mundo, ¡pobre Jacinto!, tan regüenísima persona que era, mejorando la presente.

El *Torongiles* no se atrevió a insistir. Pero para qué insistir, si ya sabía lo que saber deseaba, si había visto ratificado por el *Ortigosa* lo dicho por el *Meriñaque* delante de él en la taberna del *Chato Puliana*.

II

Cuando el día de la boda vió salir el *Torongiles* al *Meriñaque* llevando del brazo, cual glorioso trofeo, aquella gitana tan bonita, tan llena de donaires y garabateos, a la cual él había pretendido hacer caer en sus poco tupidas redes de amor, una profunda ira se apoderó de su alma. La desposada iba que tiraba de espaldas de guapa, con los dedos cubiertos de cintillos, y los antebrazos, de ajorcas, y de collares la garganta. Joselito, que no le llegaba a las axilas como no se empinara, iba con dos pregoneros de su alegría

por ojos; un tropel brillante de deudos y amigos dábanle escolta. El *Torongiles* no pudo seguir presenciando el desfile y se fué a la taberna en busca de consuelo, pero hasta allí le persiguió la contraria fortuna, pues el dueño del *hondilón* parecía pensionado por los que menos le querían para seguir mortificándole en su vanidad.

—¿Qué es eso? Yo te jacia en el casamiento de la Rosario—díjole con acento zumbón el de la taberna.

Le miró aquél como si quisiera barrenar sus ojos con los suyos, y encogiéndose de hombros,

—¿Y a mí qué se me ha perdido en esa procesión?—le repuso, al parecer, indiferente.

—La verdá es—continuó el tabernero, cruzando los brazos y reclinándose contra el mostrador—que nadie creía que el señor Perico diba a dar su brazo a torcer; pero es que los *parneses* son como el unto de la Malena, y como jace muy poco le llovieron unos cuantos pápiros al *Meríñaque*...

—Pero ¿es que le ha tocao la lotería?

—Cuasi lo mesmo, porque es que se murió un tío suyo, el señor Toño el *Hortelano*, uno que vivía en Benamargosa y que le dejó to cuanto tenía: una huerta y unas viñas y una casa que está lindando con la iglesia. Total, unos tres mil durejos largos e talle, y como al señor Cristóbal le gusta una *torda* más que el arroz con pollos, pos velay tú.

—Que un *divé* sus bendiga, caballeros. ¿Queréis argo pa el sitio aonde van a parar toitos los niños llorones?—preguntó en aquel momento desde el umbral el señor Cayetano el *Ortigosa*.

—Venga usted acá, señó Cayetano, que voy a darle la puntilla con unas del de Jubrique que acabo de recibir y que güele más mejor que el tomillo y que el romero.

No se hizo aquél repetir la tentadora invitación, y momentos después decíale al *Torongiles* con acento zumbón en que brincaba la zumba:

—Alegra ya esa cara, guasón, que hay más mujeres que coquinas. ¿Pos no vas a poner el perfil de medio luto porque se haiga dejao embragar por otro *gachó* la jembra que tú *currelas*?

—Aquello fué una golondrina que se me paró en el alero y que se me fué en seguíta—exclamó con acento despectivo y encogiéndose de hombros el *Torongiles*, y después continuó—: Pos si a mí me hubiera seguío gustando esa *gachí*, diba yo a dejar así como así que fuese otro milano el que se llevara esa paloma.

—Toma, eso por sabío—musitó el *Chato Puliana*.

—¡Digo!—exclamó el *Ortigosa*, mirando siempre con expresión zumbona al *Torongiles*—. Pos güeno hubiera sío que un *gachó* de

tus riñones se hubiera dejao llevar el pulso de mala jechura por un *gachó* como Joselito, que cuando se mata elante de él un pavipollo se tapa los oídos por no oír el cacareo.

El *Torongiles* miró sorprendido al viejo y

—¡Camará, vaya un arma mía, que no puée oír cacarear un pavipollo y púo visarle el rol pa el otro mundo al...

—¡Bah!—dijo, encogiéndose de hombros y sonriendo siempre zumbonamente el gitano—. Es que lo más distante que tenía el *Meriñaque* era que el susto le diba a costar la piel ar probe de Jacinto. Verdá es que naide podía suponer que el *gachó* tenía en el corazón una cosa que le podía causar la muerte con menos de na, con que se intentara quitarle el hipo, na más que con un repullo.

—Pero entonces—dijo, palideciendo, el *Torongiles*—, ¿no fue el *Meriñaque*....?

—Verás tú—dijo el *Ortigosa*, interrumpiéndole y con voz que estaba pidiendo el más contundente de todos los correctivos—, la cosa fue que el probe del señor Jacinto tenía menos espíritu que un lúgano, y una noche que estábamos de gromas le dijimos a José que jiciera como que se abroncaba de veras, pa ver si él ponía pies en polvorosa, y José, que pa cómico vale más de un millón, pos comenzó a ponerse pesao con él y a decirle cosas de las que ningún hombre puée oír sin aguantar el resuello, y tantas cosas le dijo que el Jacinto arremató por achararse y por decirle una fresca al José, y entonces el José tiró de la cachicuerna que le había alargao por debajo de la mesa Pepe el *Chamusca*, el nieto de la *Tartaja*, y se fué pa el otro resoplando como un miura, y mos levantamos tos como pa sujetarlo y..., na, que resurtó una groma la mar de esaboría, tan saboría que a las dos horas y pico estaba ya con Dios el probe de Jacinto, una presona que, mejorando las presentes, era una prenda de gala.

Y al concluir de decir esto se levantó bruscamente el *Ortigosa* para evitar que la risa desbordara en sus labios al ver la cara que había puesto el *Torongiles* al comprender la partidita serrana que habíanle jugado toreando al alimón Joseíto el *Meriñaque* y el más viejo chalán y tunante de los barrios de mi tierra.

LA MIRAFLORES

I

Sentóse el señor Juan el *Cartagenero* en su amplio sillón de Victoria, cruzó las manos sobre el imponente abdomen, y se dispuso a disfrutar de la siesta, para él indispensable en los días más calurosos del estío.

Los rayos del sol, atravesando la roja cortina que defendía de la curiosidad de los transeúntes a los parroquianos, daba tonos brillantes a los antiguos espejos con moldura de nogal, a los tableros de mármol empotrados en los blancos muros, a los recios sillones de altísimos respaldos, a los grandes anuncios de taurómacas fiestas que decoraban las paredes; la cabeza de un berrendo, cuyos pitones recordaban, sin duda, algún trágico sucedido; dos jaulas en que los jilgueros murcianos parecían amenazar con hacer trinos hasta la pintada pluma, y una guitarra, en fin, que en unión de la historia de un famoso bandolero, servía para hacer más entretenida la espera cuando que esperar tenían los innumerables favorecedores del barbero más hábil y popular del barrio de Capuchinos.

El canto de los pájaros, las caricias de una temperatura enervadora, la quietud que imperaba en la calle, todo prometía al ilustre barbero una siesta dulce y plácida, hasta con el ensueño en el regazo, cuando una voz alegre al resonar en los umbrales del establecimiento le hizo desentornar los párpados y posar una mirada casi agresiva en el poco oportuno visitante, que se dulcificó un tantico al reconocer en el recién llegado a Pepito el *Cardenales*.

Arrojó éste el pавero sobre la banquetta, y apenas hubo penetrado en la barbería, plantándose delante del barbero, exclamó con acento jovial y afectuoso:

—¡Camará, maestro, y qué carita de padillazo que tiée usté! ¡Pos ni que se hubiera usté pasao toíta la noche a dormivela!

El señor Juan le miró con ojos casi de moribundo, y le dijo con expresión malhumorada:

—Mira: si no viées a que te enjabone el perfil, me vas a jacer el reverendo favor de poner proa a la mar, porque es que tengo una galbana que me troncha.

—Pos no, señó, que no vengo a que me enjabone usté el perfil, que a lo que vengo yo es a dos cosas: una, a jechar con usté un ratillo de palique, pero eso será cuando no esté usté tan sonámbulo, y además vengo a esperar aquí a un pariente mío, que acaba de llegar de Ecija, y al cual le he dicho que lo aguardo en ca del barbero más garboso del distrito.

—Pos si es asín ya pues estar cogiendo la guitarra y tocándote unas guajiras, que ya sabes tú lo que a mí me gusta verte liao con las primas y los bordones.

No se hizo rogar aquél, que dio comienzo a templar la guitarra, mientras el señor Juan, acoplándose de nuevo lo más cómodamente que pudo en el sillón, tornaba a cruzar las manos sobre el abdomen y se disponía a quedarse dormido a los sonos de la bien tañida vihuela.

Durante algunos minutos acreditó una vez más Joseíto su habilidad de tocador consumado, y acreditándolo seguía, cuando

—¡Olé por los güenos tocaores!—exclamó, penetrando en la barbería, el señor Frasquito el *Bitácora*, uno de los más caracterizados próceres de la gente del *arrumbo*, hombre fornido, cenceño, de semblante tostado por el sol, de rizosas patillas grises y de pelo también gris, que se le rizaba sobre las sienes en indómitos mechones:

—Estimando, señó Frasquito—le repuso el que tocaba, mientras el señor Juan ponía en aquél una mirada hostil y murmuraba con acento de protesta:

—Pero, camará, ¿es que sus habéis juramentao tos pa no dejarme echar hoy mi *rengue* de tos los días?

—¿Y quién te manda a ti ser barbero? ¡Tenías tú más que ser el Patriarca de las Indias!

El señor Juan incorporóse y exclamó, al par que ponía en formidable tensión sus brazos:

—¡Qué se le va a jacer! ¡Más padeció el que subieron al Gólgota!

—Pos entonces—dijo, soltando la guitarra, el *Cardenales*—yo me voy a llegar a ca de Pepe el *Súpito*, a ver si me paga un chalaneo que me debe, y si tan y mientras viniese un primo mío, que se llama Cayetano, me jace usté el favor de decirle que se espere, que yo güervo enseguiíta.

—¿Y ese palique que decías tú que teníamos que echar nosotros?—le preguntó el barbero, al par que volvía el almohadón de uno de los sillones.

—Lo que yo tenía era que preguntarle a usted que si pa escribirle a Antofnuelo se le pone el sobre como antes se le ponía.

—Como antes. ¿No ves tú que sigue de capitán general del mismo distrito?

—¿Y de venir ni dice naíta ese caballero?

—Calla, hombre; más quemao que el carbón de co está el probe, y rabiando por coger el canuto. Y yo no te digo na de las ganitas que tengo de verle por aquí, y de descansar de esto de soba-jearle los carrillos a tantísimo pendón como entra en esta casa.

—Oye, tú, ¿eso de pendón lo dices tú por mí?—le preguntó con expresión cómicamente amenazadora el señor Frasquito.

—¡Calla, hombre, por ti! ¡Tú ya has pasao de esas lindes!

—Pus por si tarda todavía—dijo el *Cardenales*—, me parece a mí que voy a tener yo que escribirle.

—Pero ¿ocurre algo que yo no sepa?—le preguntó el señor Juan, mirándole con expresión interrogadora.

—No, na de importancia. Yo se lo diré a usted cuando vuelva.

Cuando Joseíto hubo salido, el señor Juan, que habíase quedado algo meditabundo, después de sujetar al cuello del *Bitácora* un paño de una más que discutible blancura, exclamó al par que hundía sus dedos entre los larguísimos mechones de la hirsuta melena de su parroquiano:

—Pos di tú, *chavó*, que con que tos fueran como tú tenía yo que traspasar la barbería.

—Es que tú no sabes, hombre, lo que yo sufro cuando siento en el cogote el relente.

El señor Juan se armó de peine y tijera, la cual hizo repiquetear diestramente, y dio comienzo al desempeño de su generoso cometido.

Durante algunos instantes no se sintió más que el sonoro repiquetear de la tijera, y ya la modorra empezaba a cerrar los ojos de el del *arrumbo*, cuando un descuido del señor Juan le hizo exclamar, revolviéndose colérico contra aquél, y llevándose la mano a la parte dolorida:

—¡Por vía e Dios, que no soy de gutapercha!

Como el desacato de la tijera espantó el sueño que empezaba a apoderarse de él, tras algunos instantes de silencio dijo el *Bitácora*, al par que se quitaba con un pico del paño la avalancha de pelo que le cubría casi totalmente las pestañas:

—¿Sabes tú que me parece a mí que yo sé de qué es de lo que tiée que hablarte a ti Joseíto el *Cardenales*?⁹

Y ante la mirada interrogadora del *Cartagenero*, continuó:

—Me parece a mí que lo que ese tiée que decirte es que al *chanelo* de tu Toño anda *cimbeleándolo* el hijo de un ganaero de Ronda, un tal Antoñico el *Pantalones*.

Suspendió su delicada labor el barbero, y

—¡El *Pantalones*! ¿Y quién es ese *Pantalones*?—preguntó a su amigo.

—Pos el *Pantalones* es un mal ange que ha venío de la serranía, y eso de que está *cimbeleando* a la Paca es la *chipé*. Tú supónte que yo vivo cuasi a la vera de la *Miraflores*, y yo no salgo ni entro una vez tan siquiera en mi *cubril* que no me tropiece con ese arma mía. Y, además, que a mí me lo dijo mi Pepa, que jace ya cuasi una semana que me dijo: “Oye, tú, Frasquito, a la Paca anda maullándole un gato morisco que jace mu poco llegó de Ronda, y el cual, según dicen, son la mar de *parneses* los que *habillela*.”

—Pero la Paca—preguntó al *Bitácora* el señor Juan, con voz no exenta de inquietud—¿maulla también cuando le maulla ese gato?

—La verdá es que yo no he visto ni he oído decir que la chavala responda, pero es que sa menester tener mu en cuenta que los *batos* de la *Miraflores* nunca han mirao bien a tu chaval, y que son gentes de las que les da una alferecía en cuantito oyen de sonar cuatro pesetas.

—¿Y dices tú que ese *Pantalones* es de los que no tiéen que reirle las gracias al casero?

—Como que, según parece, es hijo único, y el padre una vez, según dicen, remontó una cometa y le puso por jopo un puñao de billetes de los de circulación forzosa; pero, en cambio, tiée el *gachó* una carita de las que están pidiendo a voces una puñalá traperera.

—Es que ya sabes tú lo que dice la copla, que “el dinero es mu bonito...”.

Cuando media hora después quedó a solas el señor Juan, en vano intentó coger el sueño, y cavilando en lo que el *Bitácora* le acababa de decir estaba, cuando penetró de nuevo en la barbería Joseíto el *Cardenales* preguntándole al barbero:

—Qué, ¿no ha venío mi pariente Cayetano?—y ante el movimiento negativo de aquél, añadió, sentándose—: Pos lo esperaré, porque tenemos que dir a ver cuándo sale el primer vapor pa la Argentina.

—Pero ¿es que se va de emigrante ese pariente tuyo?

—¡De emigrante! Pos si tiene el *gachó* haberes jasta pa jacerle la competencia cuasi a la casa de Comillas.

—Pos que un *divé* se los aumente. Y oye, tú, platicando de otra cosa, ¿se puée saber qué era lo que tú tenías que decirme?

—Pos lo que tenía yo que decirle a usted era que comienzo a estar una miajita cabreado con un pajarraco que anda revoloteando desde jace unos días en la calle aonde vive la *gachí* por quien delira Antoñuelo.

—Eso mismito acaba de decirme el señor Frascito el *Bitácora*.

—Pos eso no puée ser—dijo brusca y enérgicamente Joseíto—. Y no puée ser porque yo conozco a los padres de la Paca, que están siempre rabiando por apartarla de la querencia de Antoñico, y que son de los que se quean aietargaos en cuanto ven una faltriguera en cinta. Y yo le digo a usted que eso no pueo consentirlo yo, porque fueron más de cien mil millones las veces que me dijo Antoñuelo, antes de irse, que se diba tranquilo na más que porque sabía que me queaba yo al cuidao de su clavel de bengala.

—Puée que eso no sea más que un romance, y además que no creo yo que la Paca transija ni con ese ni con ninguno.

—Eso creo yo tamién; pero por sí u por no, voy yo a dir a enterarme bien de lo que pasa, y endispués Dios dirá. Pero que le conste a usted que lo que es este cura no permite que le den una esazón al Antoñico por mo de ese otro, Antoñico el *Pantalones*.

Y diciendo esto se levantó Joseíto, y momentos después alejábase de la barbería, con la mirada torva y con el ceño fruncido.

II

La luz del sol caía en el patio como tamizada por las verdes hojas del parral; las ramas del jazmín y de la madreselva tendían sobre los blancos muros a modo de caprichosos pabellones; brillaban en los limpios arriates casi todas las tintas con que Dios matizara las flores en los campos de Andalucía; trasudaba el renegrido cubo en cristalino goteo sobre el alto brocal del pozo, y sentada en una silla de pequeñas dimensiones en uno de los ángulos del patio, cosía cantando a media voz la bellísima bienamada de Antoñico el *Cartagenero*, y cosiendo y cantando seguía cuando la voz de la señora Pepa le anunció la visita de Joseíto el *Cardenales*.

—¡Dígame usted que entre aquí si quiere!—gritó con voz argentina.

Bien merecía Paca su renombre de mujer hermosa por su cuerpo esbelto, armónico, sin que excesivas arrogancias desdibujaran el

elegante lineal de su figura; por su rostro, si no de una absoluta perfección, sí de una atracción irresistible; de nariz leve, levisimamente arremangada que ponía en su rostro algo de graciosamente picaresco; de labios rojos y fragantes como pétalos de flores; de ojos de una transparencia tan azul, de tan serena profundidad que parecía mirándola que podría verse a su través las más esfumadas matizaciones del alma; a su frente noble y pura servía de reluciente diadema la magnífica rebelión de sus cabellos de oro; su barba uníase en una ondulación suavísima a su garganta redonda y tornátil, aprisionada en aquellos momentos por un collar de abalorios; un vestido de batista celeste modelaba sus formas elásticas y tentadoras, y un pañuelo de encajes, su seno virginal, de elegante curvatura.

Joseíto tardó poco en penetrar en el patio seguido de la señora Pepa, cuyo semblante aún recordaba un pasado esplendoroso.

—¡Gracias a Dios, hombre, que vuelven a verte los ojitos de mi cara!—exclamó la *Miraflores* con acento alborozado, al ver penetrar en el patio a Joseíto.

—Si es que yo no te quiero ver mu a menudo—le repuso éste al par que se sentaba en la silla que la señora Pepa le ofreciera.

—¿Y se puée saber quién ha sío el mal corazón que ha lograo que tú me tomes a mí tantísimo aborrecimiento?

—Si no es aborrecimiento, criatura; si es que cuando te veo tres veces seguías, aluego ya no me gustan más que tres mujeres: tú y tú y la Divina Pastora.

Durante algunos minutos charlaron de cosas indiferentes, y aprovechando los momentos en que un marcadísimo olor a pegado hizo salir de estampía a la *Clavijo* en auxilio de la olla,

—Oye, tú, que yo necesito hablar contigo—dijo el *Cardenales* a la muchacha, la cual le repuso mirando recelosa hacia la puerta:

—Y yo también necesito hablarte, así es que te espero esta noche sin falta, a las ocho en punto, en ca la *Pinturera*.

Cuando momentos después regresó al patio la anciana, se encontró con que Joseíto ponía al tanto a su hija del motivo que había tenido Paco el *Tronío* para poner punto final a sus relaciones con Micaela la *Peinadora*.

Transcurrido que hubo un rato, se despidió Joseíto y se fue en busca de su pariente, con el cual permaneció todo el resto del día, y sentido que hubo de sonar las ocho, se dirigió a casa de Lola, a la que encontró en la ventana en compañía de Paquita la *Miraflores*.

—Así me gustan a mí los hombres, ¡puntuales!—dijo ésta, sonriendo, mientras Dolores sonreía también al recién llegado, y

—Pero vamos a aprovechar el tiempo—continuó Paca—, no sea cosa que venga la madre de Lola y me quede yo sin enterarme de lo que tú tienes que decirme.

—Bueno, pos lo que yo tenía que decirte era que me habían dicho que desde hace unos cuantos días anda gimiendo y llorando por ti un *gachó* que se ha venío de Ronda y que ha perdío los papeles por tu carita gitana.

—Pos eso mismamente, sin lo de la carita gitana, era lo que yo te tenía que decir, y además que tú no puées figurarte el jerre que jerre y el dale que le da que traen conmigo los que me trujieron al mundo porque transija yo y le dé cuartel a ese hombre.

—Pos ya tengo yo ganas de verle las jechuras y el perfil a ese mocito.

—Pos no se meta usted en eso, hijo—exclamó Lola haciendo un mohín desdeñoso—, porque no hay naíta que temer de ese *gachó*, que tiée un trago pa cualquiera presona de gusto; como que a mí ca vez que lo veo se me pone malo el cuerpo.

—Pus por Murillo le parece a mi gente que está pintao, y tan le parece eso que no voy a tener más remedio que transigir y que tener con él algún que otro rato de palique, porque si no er cólera les va a dar a mis padres, y ellos a mí me van a quitar la vía a fuerza de berrinchines.

—¿Que tú vas a tener un rato de palique con ese *gachó*? ¡Vamos, mujer! ¿Quiées tú que en cuanto se entere Antonio me pregunte a mí que si yo estoy pintao a la acuarela en un peazo de cartulina?

—¡Pos no voy a tener más remedio, hijo, porque como mi padre pa mí no es el sereno del distrito ni mi madre la patrona del fiato...!

—Pero ¿no comprendes tú que cuando se entere Antoñillo de eso se va a morir de la pena?

—¡Pero te crees tú que yo voy a transigir con ése! ¡Vamos, hombre! Yo, en to caso, lo que haré será entretenerlo hasta que venga Antonio, y cuando él venga, entonces veremos lo que se jace.

Quedó en silencio durante algunos instantes Joseíto, y después, levantando la cabeza bruscamente, exclamó, mirando con expresión de triunfo a la *Miraflores* y a Lola la *Pinturera*:

—¡Camará, y el *pesqui* que a mí me ha dao Dios! Como que me parece a mí que voy yo a poer arreglar este asunto, si es que tú te sientes capaz de jacer toíto lo que yo te diga.

—Yo soy mu capaz de to; yo soy más valiente de lo que tú te figuras.

—Pos vamos a ver eso enseguiíta; vamos a ver qué es lo que tú dirías si en lugar de arrimársete ese guasón, se te arrimara un mocito la mar de garboso, y la mar de simpático, y la mar de pinturero, y con la mar de *parneses*.

—Oiga usted—exclamó Lola con acento suplicante—, ¿no podría usted jacer una obra de misericordia diciéndole a ese *gachó* que se arrimase a mí en lugar de arrimarse a Paca, que tiée más aquerencias que armendras los Verdiales?

—A ve, explícame tú eso mu clarito, que yo lo entienda bien —le dijo Paca mirándole con los párpados entornados.

—Pos si la cosa es más clara que el sol. Supónte tú que yo tengo un pariente que acaba de llegar de Ecija, y que va a dir enseguiíta pa Buenos Aires; tú supónte que ese pariente mío te ve ese proigio que Dios te puso por cara y que, como es natural, el mozo se quea chalaíto del to, y como es más libre que el viento, pos el *gachó* encomienza a arrullarte. Supónte tú que tú encomienzas a sentir que se te ablandan las entrañas y se entera de esto el de Ronda, que comprende que con un mozo del mérito de mi primo no le puéen salir más que las contrarias, y, como es natural, pos el hombre, por no tener que asesinar a mi pariente larga la vela y pone la proa a la mar. Tus padres, los señores de Clavijo, como el otro tendrá cuasi tantos *parneses* como el de Ronda, porque ya me encargaré yo de que se lo crean, pos encomienzarán a darse a partío, y cuando Antonio esté al venir, pos Cayetano, porque mi primo se llama Cayetano, se *abronca* contigo y tú te *abroncas* con él por si miraste o dejaste de mirar a Fulanito u a Menganito; truenan ustedes, él coge el vapor, el vapor iza el ancla y tú te queas con tu Antonio, y a mí aluego me dan ustedes la laureá, y si no lo jacen ustedes es porque no tiéen ustedes corazón ni saben portarse como Dios manda y manda nuestra Santa Madre Iglesia.

—Y oye tú, ¿a ti qué te parece lo que dice Joseíto?—preguntó Paca a la *Pinturera*, mirándola con expresión interrogadora.

—Pos, hija, a mí me parece la cosa la mar de bien, pero que la mar de bien que me parece.

—No, si a mí tampoco me parece la cosa mal; pero es que no sabemos si ese hombre estará u no estará conforme con meterse en esas honduras.

—¡No ha de estar conforme! A mí no me niega él un favor que yo le pía.

—¡Pos entonces más vivo!—exclamó, incorporándose, la *Pinturera*.

—Pos más vivo—repitió la *Miraflores*, y

—¡Pos más vivo!—repitió también, despidiéndose con un movimiento de cabeza de las dos mujeres, el mejor amigo de Antonio el *Cartagenero*.

III

Cuando Cayetano se enteró de lo que de él solicitaba su primo:

—¡Pero hombre!—exclamó con acento de reproche—. Tú no debes estar bueno de la tetera; yo qué he de hacer eso que tú me pides, ni manque me des la luna.

Joseíto no objetó nada a lo dicho por su pariente, y

—Está bien, hombre—dijo con acento resignado, y tras algunos instantes de silencio, continuó—: Pos si es así me voy a ver si encuentro por ahí alguno que me tenga una miajita de más buena voluntad que tú y que me tenga en más estima.

Se acordó Cayetano de los favores que le era en deber al *Cardenales*, y exclamó con acento desabrido:

—¡Por vía del que menea la mar!, no busques a nadie, hombre, no busques a nadie, que yo lo haré; pero que te coste a ti que jacer yo eso que tú me piés es mucho más grande pa mí que tomar una trinchera.

Sonrió con expresión regocijada Joseíto, y

—Ya sabía yo que arrematarías tú por ahí—exclamó—. No ves tú que yo te conozco y sé que tú no eres capaz de negarme un favor que yo te pía.

Cuando Joseíto salió del parador, se fue a casa del *Cartagenero*, al cual puso al corriente de sus propósitos.

—¡Camará, y lo que tus güesos *chanelan*!—exclamó el barbero asombrado—. Hoy mismito le voy a escribir a Antoñuelo pa que vea lo que es un amigo bueno y leal, un amigo, en fin, con toas las de la ley.

—¡No le diga usted naíta, por su salud! ¿No ve usted que yo a él me lo sé de memoria, y sólo de pensar que otro *gachó*, manque sea de mentirilla, está hablando con su Paca, le va a dar un *sanguinuelo*?

Desde la barbería se fue Joseíto a la casa de la *Pinturera*, a la que encontró en el patio de la casa luchando heroicamente encorvada sobre el lebrillo de lavar, por el aseo de toda la familia, y acompañada de varias de sus convecinas.

Esto desconcertó un tanto al *Cardenales*, que no quería, como

es de suponer, soltar prenda delante de tanta gente, pero Lola, que lo comprendió así, acudió en su auxilio, y

—¿Qué?—le preguntó al par que porraceaba briosamente la ropa—. ¿Se decide o no se decide ese amigo de usted a vender, por fin, el jaco?

—Mi trabajillo me ha costao—le contestó el *Cardenales* con acento indiferente—, porque yo no he visto, ¡camará!, más apego que el que le tiée ese *gachó* a su montura; pero, en fin, como el otro no se lo paga mal, y además él sabe que ha de cuidar al bicho como si fuese de la familia, y además él siempre tiée gusto en que yo me gane unas cuantas colunarias...

—¿Y dice usted que es un buen bicho, verdad?—le preguntó Lola con acento de zumba.

—Como que no se encuentra un jaco más mejor que ése, ni más bien plantao, ni con un pelo como el suyo, que parece sea, y fino de cabos que es y ancho de culata y noblejón; en fin, una prenda, lo que se llama una prenda.

—Usted lo que debe jacer es amarrar el negocio y que el uno dé una señal y que el otro suelte el jaco.

—Esta misma tarde, a las seis en punto, estoy yo con el bicho elante de la casa del otro. Y que no lo voy yo a llevar mu pinturero, *chavó*, con su jato de sea, con su baticola bordá; en fin, con un atajarre de los que quitan el sentío. Lo que es que no sé si podré yo ver a güena hora al otro *gachó* pa que esté en su casa cuando yo vaya a llevarle el bicho.

—A esa hora está allí tos los días, y hoy estará también seguramente.

Y al decir esto, una rápida sonrisa hizo comprender que no tenía que ocuparse más de aquello a Joseíto el *Cardenales*, el cual siguió hablando de cosas indiferentes con Lola y sus convecinas.

IV

Cuando Cayetano quedó a solas en su habitación, sentóse en el borde de la cama, y

—¡Por vía e Dios—dijo con acento malhumorado—, cudiao que esto es más grande que el día del Corpus! ¡Pero, en fin, qué se le va a jacer! A ese charrán de Joseíto yo no pueo negarle na que me pía, y como no pueo negárselo, pos paciencia y a barajar, y que sea lo que Dios quiera.

Terminado su monólogo, se tumbó Cayetano en el revuelto le-

cho, y Dios sabe a qué hora hubiese dejado de atronar la estancia con sus ronquidos, a no haber penetrado en ella como penetró dos o tres horas después Joseíto el *Cardenales*, gritando con enérgico acento de protesta:

—Pero, *chavó*, ¿qué jaces? ¡Valiente mo de roncar! ¡Pos ni que fueras un órgano!

El de Ecija volvió cortésmente las espaldas a su primo, el cual zamarreándolo bruscamente, continuó:

—Anda ya, hombre, anda ya, por tu salucita que andes ya. Mira que yo he quedao en que a las seis en punto pases tú por la reja de Paca la *Miraflores*.

Comprendió aquél que no había escape posible, y se lanzó fuera del lecho y dio principio, adusto y silencioso, a su personal aseo y decorado.

Representaba el de Ecija algunos años más que su primo, y era de regular estatura, de talle largo, de piernas robustas, de pecho arrogante; su rostro oval era de correctas facciones ligeramente acentuadas; su tez, limpia y fresca; su boca, juvenil; sus ojos, grandes y oscuros, de dulce mirar, velados por larguísimas pestañas; su pelo, castaño, rizado y reluciente.

Aconsejado por su vanidad, se engalanó con un traje de alpaca negra y brillante, pañoleta grana, brodequín de becerro blanco y amplio pавero gris, el cual se colocó de modo que dejara libre alguno de los rizados mechones que se le encaracolaban sobre la tersísima frente.

Cuando su primo lo vio ya listo del todo,

—¿Sabes tú—le dijo—que estás pa que te chillen, salero?

Cayetano sonrió, y

—Pos vámonos a que yo mate ya de una vez a esa paloma—le repuso dirigiéndose hacia la puerta de la sala.

—Yo no voy contigo; ahora te vas tú solito, que yo me iré a es-perarte a la taberna del *Tulipa*.

Cayetano se separó del *Cardenales* en la puerta del parador y se dirigió hacia la calle donde tenía que flechar y ser flechado por la novia de Antonio el *Cartagenero*.

No dejó nuestro mozo de sentir acariciado su amor propio durante el camino al notar alguna que otra vez cómo tal o cual hembra ponía en sus ojos lo que hacía el debido recato enmudecer en su boca.

Ya en la calle, merced a las indicaciones de Joseíto, no vaciló un punto respecto a cuál podía ser la casa habitada por la *Miraflores*. Era la más riente de la calle; en su ventana tendía una dama de no-

che sus perfumados verdores. Al pasar por delante de ella quedó sorprendido Cayetano al ver destacarse sobre el fondo a medio iluminar de la habitación la figura gentil de Paca, su rostro de nieve y rosa; de ojos y labios que sonreían con maliciosa expresión, y de frente tersa y nítida, sobre la cual relucía el grecaje de oro de sus cabellos adornados con algunas flores carmesíes.

Cayetano, repetimos, se detuvo sorprendido contemplando aquel cuerpo más elástico, más elegantemente ondulado que el cual no recordaba haber visto ningún otro; aquella tez que herida por la luz del sol, antojábasele a él que tenía opalinas irisaciones; aquellos ojos en cuyas luminosas profundidades parecía nadar un tropel de dulcísimas promesas; aquella boca en que la gracia y la malicia hacíanse sonrisas entre tintas carmesíes; aquel pelo espléndido, áureo y sedoso en que cada cabello parecía una hebra de sol, y al ver aquel conjunto inmutóse ligeramente, puso un tono pálido en sus mejillas, una vaga sensación que recorrió su cuerpo como un ligero escalofrío, y

—¡Virgen Santísima!—exclamó con acento sordo, y—: ¡Virgen Santísima!—repitió mientras Paca sonreía halagada por el asombro que había visto pintarse en los ojos del primo del *Cardenales*.

Cuando llegó Cayetano a la taberna, le aguardaba ya en ella aquél en compañía del señor Paco el *Silguero*, el más vivo de los chalanes de toda España.

—¿De aónde vienes tú ahora?—preguntó el *Cardenales* a su primo con acento indiferente.

—Pos ahora—le repuso Cayetano—vengo de mi casa. Pero, ¡camará!, me dio la mala tentación de venirme por calle del Refino y creí que me queaba en ella marnetizao... ¡Jesús, y qué *gachí* que he visto en una ventana!

—¿Y qué señas tiée esa señora?—le preguntó el señor Frasquito el *Silguero*.

—¿Que qué señas tiée? Pos supóngase usté una chavalilla con talle que es un mimbre, con un cuerpo al que no se le puée quitar ni poner ni lo que aburta un garbanzo; con una carita catorce veces más blanca que el armiño, con ojos más azules que er cielo, con un pelito más rubio que el oro, con un...

—No siga usté, compadre—exclamó con expresión convencida el señor Frasquito—. Por las señas que usté da no puée ser otra esa mujer que Paca, la novia de tu amigo Antoñico el *Cartagenero*.

Y esto lo dijo el señor Paco dirigiéndose a Joseito el *Cardenales*.

Este se puso serio, y

—Sí—dijo con acento grave—; por las señas debe ser esa que

usté dice; pero si es ésa ya te puées está jaciendo la cuenta de que esa *gachí* es la luna u la estrella polar o el lucero matutino.

Y esto lo dijo mirando con expresión casi amenazadora a Cayetano.

—¿Y eso por qué?—preguntó éste mirando con expresión de asombro al *Cardenales*.

—Pos por una razón mu sencilla—le repuso Joseíto, encogiéndose de hombros—: porque a esa *gachí* le habla un *gachó* que es pa mí como si fuera mi hermano.

—Pos lo será pa ti; pero ¿a mí qué me cuentas tú con eso?

—Es que yo no pueo consentir en que tú quieras jacerle un pie agua a un amigo mío.

—Pos si no lo puées tú consentir, ve y cuéntaselo a Santiago Apóstol, porque güeno que si fueras tú, yo le diera contravapor a mi gusto; pero en no tratándose de ti, en mi gusto nadie manda.

—Güeno, por si a ti te gusta la Paca—dijo el *Cardenales*—, se lo cuentas al mismo Verbo Divino.

—Pero, hombre—exclamó el señor Paco dirigiéndose a Joseíto—, si la cosa no merece la pena. ¡Pos ni que este caballero le hubiese quitao a esa paloma, con sólo haber puesto los ojos en ella, toas las plumas de las alas.

—Güeno, pos no platiquemos más de esto y que traigan más bebía.

—¡Y pa qué más bebía!—refunfuñó el señor Frasquito.

—Porque es mucha la sé que me ha entrao de pronto. Con que a ver tú, *Tulipa*, tráete pa acá dos cañeros.

V

Antoñico el *Pantalones*, peine en mano y de pie delante del espejo, ponía en éste una mirada rencorosa al verlo reproducir de modo tan poco lisonjero para él su rostro de tez oscura y pecosa, su nariz de aventados cartílagos, sus ojos insignificantes y su boca de labios pálidos, que al entreabrirse dejaban ver la dentadura desigual y amarillenta.

Durante algunos minutos maniobró el peine ordenando y desordenando para volver a ordenar los mechones de pelo oscuro, hasta que cansado y desesperanzado el prócer de la rondeña serranía de poder dar a su rostro lo que el Supremo Hacedor de todas las cosas le negara, dio fin a su labor decorativa, se puso de cualquier modo

el flamante rondeño, encendió un cigarro cuyo fagín delataba lo aristocrático de su estirpe, y se lanzó a la calle a continuar el asedio de aquella hasta entonces inexpugnable preciosísima fortaleza que tan sin gusto, y tan sin sosiego, y tan sin vivir le traía.

Llegado que hubo a la esquina de la calle donde estaba la ermita de sus amorosas devociones, clavó sus ojos en la reja donde tan breve número de veces había conseguido ver a Paca, y chasqueado en aquella como en tantísimas otras ocasiones, al llegar a la otra esquina penetró, para allí consolarse de sus amorosos infortunios, bebiendo y charlando con el tabernero, en el *hondilón* famoso de Tobalo el *Quitapena*.

Este, que entreteníase en colocar ordenadamente las limpias copas en uno de los extremos del mostrador, salió precipitadamente al encuentro del de Ronda diciéndole con acento servicial y desesperado sin duda por no poder poner más de una sonrisa en sus labios:

—¡Hola, don Antonio! Ya lo estaba echando yo a usted de menos. ¿Quiere usted que le sirva un Montilla que acabo de recibir, que dicen que es el que beben los ángeles en el cielo?

—Sí, tráeme unas copas—le repuso aquél, limpiándose el sudor de la frente con un pañuelo de seda azul—. Por más que lo que yo debía beber no era más que zarzaparrilla de Bristó.

—Eso iase la sangre agua—dijo en aquel instante el señor Frasquito el *Silguero*, el cual, en uno de los ángulos del *hondilón*, en una silla retrepada contra el muro, entreteníase en pasar por el lomo a un enorme gato rabón, colocado sobre sus escuálidas piernas, la mano enjuta y renegrida como un sarmiento.

Saludó al de Ronda con un movimiento de cabeza al viejo chálán, y

—Por eso yo no la bebo—le repuso—. Pero ahora créalo usted que me sentaría mu requetebién el beberla.

—Porque usted, y usted disimule la franqueza—dijo el dueño del *hondilón* al par que colocaba algunas copas sobre una de las mesas—, es más súbito y más voluntarioso que nadie, y las cosas en la vía sa menester tomarlas con más calma, y sobre to las cosas de las mujeres.

—¡Ese es un mal ganao!—murmuró con voz sentenciosa el señor Frasquito—. Otro gallo nos cantara si Dios no hubiese puesto más que a Adán en el paraíso.

—¡Vaya si es un mal ganao!—dijo el *Quitapenas*—. Y además de mal ganao, que la más viva tiée de cordobán los sentíos, porque pensá que haiga *gachí* que le ponga a usted cara de hule por poner-

sela de raso a un mocito sin más fortuna que el canuto cuando se lo den... Vamos, hombre, que hay cosas que le dejan a uno como tonto de remate.

—Como si lo viera: se trata de la *Miraflores*.

—De la *Miraflores*, hombre, de esa *gachí* que pa jacer lo que jace debe tener cinco cascabeles en vez de cinco sentíos.

—¿No quiere usted probar este Montilla, que no es malejo del to?—dijo Antonio dirigiéndose copa en mano hacia donde estaba el *Silguero*.

Este colocó cuidadosamente el gato en la silla y tomó la caña que aquél le ofrecía diciendo:

—Lo probaremos—y tras apurar la copa con tal elegancia que acreditaba su habilidad y larga práctica en aquella clase de trasiegos, añadió después de hacer castañetear la lengua contra el cielo de la boca—: No es malejo del to, no, señor, que no es malejo.

El *Pantalones*, después de asomarse a la puerta y dar un nuevo vistazo a la reja que continuaba solitaria de la *Miraflores*,

—¡Camará con esa *gachí*!—dijo—. ¿Querrán ustedes creer que no la veo desde antier por la mañana, que la vide por casolidá?

—Como que yo usté—dijole el señor Frasquito—lo que hacía era agüecar ya el ala de una vez, porque me parece a mí que pensar en querer llevarle el pulso al *Cartagenero* es tiempo perdío, no porque el *Cartagenero* valga más que usté, sino porque a la trágala no se consigue na con ninguna de las que gastan chaponas, y lo mismo que le pasa a usté con ella le pasará seguramente a Cayetano, el primo del *Cardenales*, que cuando la vio ayer por vez primera, por poquito se empieza a tocar el pito de carretilla. Por cierto que si no es por mí, se agarran dambos parientes, porque como el Joseíto es tan uña y carne del *Cartagenero*, pos al hombre se le puso sobre el corazón que su primo no había de mirar siquiera a la Paca, y el primo dijo que a él le importaba tres coquinas el *Cartagenero*. Total, que si no es porque me cogió a mí allí, tienen un enganche, y hubiera sólo una cosa mu esaboría, porque Joseíto es más duro que un acebuche, y el otro me parece a mí que no es de to comer, ni es de to mantequilla de cacao.

El *Pantalones* había palidecido oyendo al señor Frasquito, y cuando éste hubo concluido, le preguntó con voz en que se notaba la celosa incertidumbre de su espíritu:

—¿Y usté cree que el Cayetano hará caso de su pariente?

—Y qué sé yo—repúsole el *Silguero*, encogiéndose de hombros—. Pero si al *gachó* se le ha quedao pegá a la pupila la cara

de la chavelta, entonces un *divé* sabe lo que puée ocurrir, porque la verdá es que el tal es un mozo de órdago, toíto un mozo de tronío.

Y el famoso chalán guiñó un ojo al tabernero al ver la cara que, oyéndole, había puesto Antofico el *Pantalones*.

VI

Cuando Paca vio detenerse delante de su ventana a Cayetano y retratarse en los ojos de éste la impresión que en él causaran sus hechizos, acariciada por aquellos ojazos elocuentes y de adormecido mirar; al escuchar aquella invocación a la Virgen, hecha por el de Ecija con una voz tan dulce y tan varonil en una explosión de entusiasmo; cuando se enteró, para lo cual bastóle una sola mirada, de que el primo del *Cardenales* podía rivalizar en gallardía y en elocuencia con el mozo de mejor empaque del barrio, quedó mediatubunda, y al siguiente día apenas logró quedar a solas con la *Pin-turera* en el patio de su casa, exclamó dirigiéndose a su amiga, con acento entusiasmado:

—¿Sabes que ayer tarde vi al primo de Joseíto? ¿Y sabes tú que es un real mozo, con la mar de rocío, y sabes tú que creí que le diba a dar algo cuando me vio? Porque ¡vaya si sabe hacer sus papeles el mocito!

Cuando más engolfadas estaban en su diálogo ambas amigas, un tropel de muchachas alegres y alborotadoras penetró en el patio y una granizada de besos crepitó durante algunos instantes bajo el dosel formado por el parral y a modo de las verdes enredaderas.

—¿A que no sabes a qué venimos en comisión la flor y nata del barrio?—preguntó, dirigiéndose a Paca, la que parecía acaudillar el gracioso grupo.

—Como tú no nos lo digas...

—Pos venimos pa que esta tarde se vengan ustedes con nosotras a mecerse en unos mecedores que han puesto en la huerta del *Soniche*.

—Yo, en consintiendo mi madre, ya mismito.

—Tu madre acaba de decirnos que está conforme.

—Pues entonces no hay más que hablar.

—Bueno, pues nosotras vendremos aluego a recoger a ustedes, que ahora vamos a decírselo a Lolita la *Campechana*.

Y acaudillado por Pepita la *Caperuza* huyó aquel tropel de muchachas como un alegre bandurrio de pájaros tropicales.

Mientras Paca y Lola seguían charlando en el patio, decíale la señora Pepa a su dignísimo esposo, el cual, en mangas de camisa, se entretenía en cuidar su percha de camachos y trigueros que era envidia y desesperación de los aficionados del distrito.

—Pos lo que yo te digo, Pepe, es que me parece a mí que tenemos en la calle otro palomo de cola un montón de veces más de recibo que Antoñico el *Pantalones*.

—¿Y se sabe quién es ese caballero?—preguntó a su mujer el señor Pepe al par que llenaba de alpiste el casillero de una de las jaulas.

—Yo no lo sé, pero por la pinta me parece a mí que no es de los que empiedran las calles ni de los que apagan las luces.

—¿Y dices tú que es hombre más de recibo que el otro?

—Un puñao de veces más, como que es la mar de güen mozo y la mar de bien plantao.

—Pos lo siento, porque pudiera gustarle a la niña más ése que el de Ronda.

—Lo que no tendría na de particular; por más que a la niña no le sabe a azúcar cande ninguno como no sea Antoñico el *Cartage-nero*.

—Un porvenir pa cualisquiera.

—¡Toma!, pos por eso sa menester dir quitándole poquito a poco eso de la cabeza. Pero me parece a mí que lo que es con el que nosotros queremos no transije la niña, ni pa Dios ni por su Santísima Madre.

—Y con razón. ¡Porque mira tú que ese hombre tiée un trago!

—Tamién lo tenías tú, y ya ves tú como to es jacerse.

—Pero ¿es que me vas a comparar tú a mí con el *Pantalones*? Acuérdate tú de que cuando éramos novios ponías mi retrato en la mesa consola y le ponías delante siempre un manojito de flores.

—Aquello de las flores era liria pa cogerte. Pero acuérdate también de cómo al siguiente día de haberte cogió ya no había ni retrato, ni flores ni na en la mesita consola.

En aquel momento fue interrumpido el diálogo por Paca, que llegó preguntándole alegremente a la señora Pepa:

—Oiga usted, madre, ¿es verdá que está usted conforme en que yo vaya aluego un ratito a la huerta del *Soniche*?

—¿Va también la *Pinturera*?

—Ya lo creo, como que se ha díó ya a ponerse sus cuatro trapos de gala.

—Pos anda tú a ponerte los tuyos; pero mucho cuidao con ton-

tear con nadie como no sea con el que tú sabes que es el que más nos conviene.

Media hora después se colocaba la Paca delante de su madre con un vestido de batista blanco, adornado de nítidos entredoses; un lazo de seda con un broche dorado le oprimía la esbeltísima cintura; un velo de tul celeste, salpicado de lentejuelas de plata arrollábase a su cuello y resbalaba por sobre su seno firme y redondo; sus pies aparecían primorosamente calzados con finos zapatos de charol, que dejaban ver las caladas medias oscuras; una pulsera con un caprichoso colgante de oro adornaba una de sus muñecas; un puñado de jazmines, que parecían prendidos por la mano de un artista, destacábanse entre los bucles de oro de su espléndida cabellera.

Contempló la *Claviño* con muda delectación aquella obra maravillosa que ella, con el concurso del señor Pepe, hubo de traer a este valle de lágrimas, y después de dar una vuelta en torno de ella, dispuesta a enmendar cualquier olvido, yerro o torpeza, exclamó con acento complacido:

—Estás mu bien, pero que mu bien, pero que mu requetebién; estás pa que esta tarde no haiga flor que se puea comparar contigo en el huerto del *Soniche*.

VII

Los mecedores estaban suspendidos de las ramas más robustas de dos álamos que proyectaban su movable sombra sobre un espacio libre entre un campo de maíz y un grupo de naranjos, entre cuyos florecientes verdores amarilleaba el dorado fruto; espacio libre desde el cual divisábase la casa de la huerta sombreada por un viejo parral, y casi todos los terrenos de la finca en que las acequias y los bien labrados cuadros de hortaliza fingían un a modo de alfombra de geométricos dibujos y brillante colorido. Próximo a la casa habitación del hortelano, un amplio cobertizo de cañas y palmas secas prestaba sombroso refugio a la yunta que descansaba del duro y lento trabajo del día, mientras un bandurrio de gallinas tomaba por asalto con irrespetuosa osadía sus torsos aleonados y brillantes. Dos hileras de macizos de margaritas y de rosales silvestres flanqueaban el camino de la casa, y tras ésta un campo de cañas en que ya se reseca el *gabazo*, se extendía como un manso oleaje de oro hasta ir a morir en la próxima carretera.

Un tropel de muchachas, todas engalanadas con los vestidos de

los días de fiesta, bullía y rebullía alegremente procurando ocultarse a los ojos avizores del *Soniche*, que en el camino de la casa departía grave y circunspecto con Antofónico el *Pantalones*.

Paca y Lola y dos de sus compañeras, sentadas sobre un murete adosado a un albercón ruinoso, charlaban y reían, no sin que de vez en cuando asestaran todas y cada una de ellas una mirada más o menos viva y centelleante en el grupo de mozos congregados al pie de los mecedores.

Cuando las que más corrían de acá para allá, como vivientes ramos de flores, se cansaron de correr,

—Vamos, niñas, a los mecedores—gritó la *Caporal* con voz sonora y estridente como un toque de corneta.

—¡Sí, a los mecedores!—gritaron aquéllas, sujetándose al correr las flotantes faldas.

Lolita Hinojosa, una gitanilla esbelta y morenucha y de rostro de acharranada expresión, fue la primera en llegar a uno de los columpios, del cual tomó posesión tan ágil y rápida como un pájaro; el otro se lo disputaron casi a puñadas Lolita la *Peine* y Rosa la *Caperuza*.

—¿Quién nos va a mecer?—preguntó la Hinojosa, intentando hacerlo sin más ayuda que el extremo de su pie casi invisible.

Enrique el *Melenudo* se acercó a la *Caperuza*, y a la Hinojosa, Perico el de la *Calera*.

Los mozos no favorecidos colocáronse algunos en sitio tan estratégico, que las muchachas hubieron de protestar con tal energía, que tuvieron que abandonar aquéllos sus bien escogidas posiciones.

Pronto la Hinojosa y la *Caperuza* empezaron a hendir el espacio impelidas vigorosamente por las manos del *Melenudo* y de el de la *Calera*, manos que parecían recrearse más en acariciar que en despedir a las que con las faldas sujetas a los tobillos no dejaban de gritar exigiendo a sus galanes mayor ímpetu en las mecidas.

En tanto los garridos columpiadores esforzábanse como por hacer llegar a las columpiadas más allá del horizonte visible, las otras amartelábanse acá y acullá, cada una de ellas con el mozo más de su gusto, mientras las encargadas de vigilar el graciosísimo rebaño no las perdían de vista, charlando y evocando, melancólicas, sus pasadas mocedades.

Antonio el *Chirigota*, que no había encontrado mujer con quien pegar la hebra, exclamó, dirigiéndose a dos de sus amigos que, tan poco afortunados como él, fumaban tranquilamente contemplando el riente panorama:

—¿Vamos a quemarle una miajita la sangre al *Pantalones*?

—Como no se la quememos con un misto...

—Ca, si pa que al *gachó* le dé un síncope no tenemos más que arrimarnos y ponernos de pico con Paca la *Miraflores*.

—Pos si tú lo que quieres es que le dé un síncope a ese *gachó*, ya no tiées que jacer más que ponerte a mirar los toros desde el tendío.

Y al decir esto, Pepe el *Tallista* señaló al *Chirigota* el de Ecija, que avanzaba con pausado contoneo por el comienzo del camino.

—Pos es verdá—exclamó, gozoso, el *Chirigota*—. Y mira —continuó—: Mira la carita que ha puesto ya el *gachó* de la serranía.

—Pos ya lo ha *marcao* también la Paca.

—¡Digo! Y que parece que ése no le pone la boca tan de tuera como el otro.

No habían mentido ni se habían equivocado ninguno de ellos: el *Pantalones*, al ver a su rival, habíase demudado; Paca, por el contrario, habíale dicho a Lola con expresión de gozo:

—¡Mira, mira! Por ahí viene Cayetano.

Este llegó casi junto al grupo que formaban la *Pinturera*, la *Miraflores* y sus amigas, y exclamó, llevándose la mano al ala del amplísimo sombrero:

—¡Que Dios bendiga a lo más bonito de España!

Las mejillas de Paca se colorearon ligeramente, miró a sus amigas, que le sonreían maliciosas, y

—Buenas tardes—murmuró, mientras el *Chirigota* le decía a Pepito Cantillana:

—Me parece a mí que ése no va a tardar tres minutos en empalmar con Paca la *Miraflores*.

No se equivocó el *Chirigota*, pues todavía no habían transcurrido tres minutos, cuando aprovechando el de Ecija un momento en que Paca habíase dirigido a arrancar algunas margaritas de uno de los grandes macizos, acercóse a ella, siempre con pausado contoneo, la contempló en silencio breves instantes y le dijo con voz ligeramente conmovida:

—Na más que por verla a usted de cerca, carita al sol, me he metío yo en esta huerta sin conocer al hortelano.

Tomaron a enrojecérsele las mejillas a la *Miraflores*, y con voz temblorosa y bajando los ojos antes la mirada de aquél, le repuso, procurando enmascarar su turbación con una sonrisa:

—¡Josús, y qué cosas más grandes que pasan en este pícaro mundo! ¿Con que to eso ha hecho usted na más que por verme a mí carita al sol? Pos no creo yo que se merezca tanto mi cara.

—Yo no sé lo que su carita de usted se merecerá. Lo que yo sé es que desde que yo la vi a usted ayer por la tarde, unas tijeritas de oro fino le han cortao dambas alas a mi corazón y dambas alas a mi pensamiento; lo que yo sé es que ayer por la mañana era yo más libre que las olitas de la mar y que ahora estoy más preso que si estuviese metío en un calabozo; lo que yo sé es que antes me reía yo de la pena y que es ahora la pena la que se ríe de mí; lo que yo sé es que con usted de aquí palante de flores estaría sembrao pa mí el caminito de la vía, y sin usted lo va a estar de clavos y de puñales; lo que yo sé es que yo, que había venío aquí na más que pa coger la escala de un trasatlántico, no me siento con valor pa dirme de estas arenas en tanto y cuanto no me devuelvan lo que me han quitao unos ojitos azules y una carita charrana.

La *Miraflores* había ido perdiendo las tintas de rosa de sus mejillas; la voz de Cayetano, llena de mal refrenadas vehemencias, tenía algo que había hecho vibrar un a modo de misterioso cordaje allí en donde jamás hasta entonces había puesto ni un solo eco la voz de hombre ninguno.

Cuando dejó de hablar Cayetano, se acordó Paca de que todo aquello no era más que una ficción, que todo aquel raudal de cadencias y de palabras amantísimas no había brotado en el alma de aquel hombre, y dominando aquella especie de encanto que su voz y su mirada le produjeran, retuvo un instante en sus labios una sonrisa que pugnaba por desaparecer, y

—Cualquiera, oyéndole a usted, pensaría—dijo con voz no limpia del todo de una vaga inflexión de despecho—que eran verdá toítas esas cosas tan regraciosas que acaba usted de decirme.

Una sombra resbaló por la frente de Cayetano, y

—Oiga usted—le preguntó con acento brusco—, ¿esta noche podría yo hablar con usted por la ventana?

—Por mi ventana no—le contestó mirándole con extraña y luminosa fijeza la *Miraflores*—; pero podemos hablar por la ventana de Lolita la *Pinturera*.

—¿Y ahora no me permitiría usted que yo siguiese a la verita de usted pa que se me fuera acostumbrando el corazón a gozar poquito a poco, no sea cosa que se me vaya a romper esta noche de repente de la alegría?

Paca pensó en el *Pantalones*, y

—No, señor—le repuso—, que lo que va usted a jacer ahora mismito es dirse de aquí, que no quiero yo que por mo de usted me den aluego mis padres un puñao de sofoquines.

Una ligera contrariedad se pintó en el semblante del primo de

Joseíto, y clavando sus ojos en los de Paca con vaga expresión de súplica, le repuso:

—Yo me voy ahora mismito, si usted lo manda. Pero si usted no quiere hacerme sufrir, prométame usted que no subirá a ningún meceor cuando yo me vaya, ni permitirá usted que ningún otro hombre y sobre to uno que yo sé, tenga la suerte de poder estar mirándose, como estoy mirándome yo ahora, en los ojitos de su cara.

Paca contempló a Cayetano como si no supiera qué valor debía dar a sus palabras, pero al fijarse en lo dulce y persuasivo de su mirar, le repuso sonriendo:

—Bueno, hombre, bueno, le daré a usted gusto y no hablaré con ningún hombre y no me meceré. Y váyase usted ya, no sea cosa que vaya usted a peirme que cierre los ojos y que aguante la respiración, u que me vaya a un convento.

VIII

Cuando el de Ecija llegó al camino de Churriana, el sol caía, sin amortiguar todavía su fuego casi tropical, sobre la polvorienta carretera, flanqueada por dos acequias y por dos hileras de álamos blancos que brindaban pobre refugio a los abrumados por aquel sol que hacía relumbrar como de plata los pintorescos caseríos. Con paso lento y haciéndola rechinar con lastimeros sonos, arrastraba el paciente tiro la pesadísima galera, cuyo vientre hundíase en el polvo del camino y bajo cuyo toldo abovedado de cañas y de lona cantaba el mayoral una copla melancólica; mientras un mastín corpulento jadeaba junto a ella con los hocicos a ras de tierra, y un rapaz hacía crujir el resonante látigo; una recua polvorienta y acansinada seguía con desesperante lentitud al liviano que hacía resonar la melancólica esquila; un cortijero barrigón y encanecido, jinete en un macho, adornado con vistosísimo atajarre, entregábase lánguidamente a los movimientos de su cabalgadura, defendido del sol por una gran sombrilla de seda encarnada; allá a lo lejos, una nube de polvo envolvía la diligencia que alejábase, no sin que el zagal hiciera resonar de vez en cuando la resplandeciente bocina; por delante de Cayetano desfiló una pareja de la Guardia Civil, grave, circumspecta, jinete en briosos corceles, abrigados por el sol los vistosos uniformes.

El de Ecija lo contemplaba todo con una inusitada alegría; veíalo todo como al través de un encantado cristal, parecíale que aquel día tenía el paisaje algo no advertido hasta entonces por él; antojá-

basele que todo cuanto le rodeaba se complacía en vivir, el sol en iluminarlo todo, el cielo en ser azul, el ambiente en ser cristalino, el campo en estar cubierto de verdores; todos los ruidos se fundían, para él, en una a modo de vaga y dulcísima melopea.

Cuando algunas horas después se encontró con su primo,

—Vamos a dar una vuelta por ahí—le dijo éste—, y me contarás lo que te ha pasao en el huerto del *Soniche*.

—¿Qué quieres que haiga pasao?—repúsole aquél, encogiéndose de hombros—. Que fui y que pegué la hebra con la Paca y que he quedao en ir esta noche a hablar con Paca por la ventana de Lola la *Pinturera*.

—¿Y el *Pantalones*?

—¡Y qué sé yo! Por más que yo creo que del berrinche debe estar a estas horas por lo menos con una junta de médicos.

—Pos di tú, *chavó*, que va la cosa de *chipé*—exclamó alegremente Joseíto.

—Tan de *chipé*—le repuso con acento sordo Cayetano—, que lo mejor que tú hacías era premitirme que no fuese yo esta noche ni nunca a platicar con esa mujer por la ventana.

—¿Y eso por qué?—le preguntó sorprendido el *Cardenales*.

—Pus porque en estas cosas Dios no sabe la hora que es, y lo mejor de las cartas es no jugarlas, porque lo mismo puée salir la de uno que salir la del compañero, y supónete tú que por manos del demonio me gustara a mí una barbaridad la *Miraflores*.

—Pos peor pa ti—dijo, encogiéndose de hombros, Joseíto—, porque a Paca no hay quien la arranque de la querencia de Antonio.

Y mientras charlaban ambos amigos, Paca columpiábase lánguidamente en una mecedora en el patio de su casa, aún con los adornos con que se engalanara para ir al huerto del *Soniche*. Entreteníase en evocar su diálogo con el primo del *Cardenales*, cuyo acento parecía haber dejado una estela rítmica en sus oídos, y dedicada a tan para ella grato esparcimiento seguía, cuando la voz de su madre le hizo abandonar de mala gana la mecedora y dirigirse al interior del edificio.

Penetró Paca en la estancia que servía de comedor a los distinguidos señores de Clavijo, y a la vez de pajarera al jefe de la familia, y

—¿Me llamaba usted, madre?—preguntó a ésta, que la miraba con expresión adusta, mientras el señor Pepe empleábase en enseñar a posarse en la *varilla* a un triguero recientemente embragado.

—Sí, te llamaba—repúsole aquélla con voz llena de enojo—, y también te llamaba tu padre—y al decir esto posó la buena mujer

una mirada casi homicida en el semblante de su don cuyo, que proseguía impertérrito en su paciente labor de educar al pájaro prisionero.

Comprendió la *Miraflores* que se avecinaba alguna tempestad, y

—Pos ya estoy aquí—dijo, sentándose frente a su madre, la cual, tras breve silencio, continuó:

—Tu padre y yo te hemos llamao pa que nos digas quién es ese mocito que desde antier no sólo no deja la calle ni pa vestirse de limpio, sino que esta tarde ha pegao la hebra contigo en el huerto del *Soniche*.

Paca se encogió desdenosamente de hombros, y

—Pos ese mocito, según parece, es uno de Ecija, un primo del *Cardenales*, que está aquí de paso pa la Argentina, y si ese hombre se ha arrimao a mí esta tarde en el huerto del *Soniche*, no ha sío seguramente porque yo le haiga llamao. Ya sabe usted que yo no le doy pie a ningún hombre, porque maldita la gana que tengo de que se me arrime ninguno, que bastante tengo yo con lo que tengo.

—A quien tú no le das pie—exclamó la señora Pepa con voz irritada—es a quien debías dárselo; a un hombre que es más güeno que el pan y que te quiere más que a las niñas de sus ojos, y que está prendaíto de ti y que te tendría como a una pajarita de plata en una jaula de oro.

—Mire usted, madre: lo que es a ése ni manque me lo trujieran engarzao en brillantes. ¡Si siquiera fuera el otro!

—¿Qué otro? El de esta tarde, ¿verdá? ¡Algún diputao a Cortes!

—Yo no sé que sea diputao, pero tampoco me parece a mí que es de los que tienen que pedir una chaquetita empréstá en cuanto llega el frío.

—No, encuerino no lo es—dijo el señor Pepe sin dejar la alta ocupación en que se empleaba y sin apartar los ojos del pájaro—. Yo sé que no es un descarcito del to ese primo del *Cardenales*.

—¿Y qué sabes tú?—exclamó, colérica, la señora Pepa. Y después, con acento irónico, continuó—: Cuando él se va a América, no le llegará el agua por mu debajo de las glándulas fijamente.

—Pos tampoco debe estar a punto de beberla contra su voluntad, porque yo sé que tié en Ecija un cortijo que vale tirao seis u siete mil duros, y que por el traspaso de la guitarrería le han dao cuatro o cinco mil pesetas de guante.

La señora Pepa había ido desarrugando el entrecejo a medida que hablaba su marido: si realmente el hasta entonces para ella desconocido tenía lo que la gente aseguraba, tampoco era cosa de

ponerlo en la corriente de la calle, y mucho menos si de aquel modo y por mediación de él se conseguía arrancar a la muchacha de la querencia del hijo del señor Juan. Y al pensar esto la buena mujer, preguntó a Paca con acento ya algo menos belicoso:

—¿Y dices tú que ése te es más simpático que el *Pantalones*?

Paca permaneció silenciosa durante algunos instantes, y después exclamó:

—Lo que digo yo es que de tener que pechar a la fuerza con alguno de los dos, pecharía más a gusto con ése que con el otro.

IX

Quince días eran transcurridos desde aquel en que Cayetano se acercara por primera vez a la ventana de Lola para hablar con la bien amada de Antoñico el *Cartagenero*. Y para que se enteren los que nos leen de cómo iban las cosas, nos permitiremos conducirles de nuevo a la barbería del padre de Antoñico, en un momento en que a la luz de los mecheros de gas veíase a Joseíto el *Cardenales*, que, con los brazos atrás y con el sombrero en la coronilla, iba de acá para allá con el semblante contraído y diciendo con voz irritada:

—Es que las gentes son mu malitas, ¿sabe usted, señó Juan? Pero que mu malitas, y si Cayetano no se fue ya en el vapor del día cinco no fue por culpa suya, sino por mo de los documentos, que se le quearon orvíaos en Ecija cuando vino.

—Hombre, mira tú qué casolidá, y no lo echó de menos sino en el mismísimo día del embarque.

—Naturalmente. ¿Usted cuándo echaría de menos la *barbera* sino cuando fuese usted a afeitar a algún amigo?

—Desengáñate, Pepe; lo que yo te digo es el Evangelio; cuando el río suena... Además, hombre, que no es una sola persona la que ha venío a decírmelo, ¡sino to el barrio en romería cuasi! ¡Si no hay uno que no me diga que el Cayetano está más loco que una cabra por la *Miraflores*, y que la *Miraflores* está más loca que otra cabra por Cayetano!

—¡Pos eso se ha de saber mu pronto! Vamos a ver, ¿cuándo cree usted que esté aquí ya el Antoñuelo?

—Pasao mañana, que es cuando yo debo tener carta suya, te lo diré fijamente; pero yo carculo que lo tenemos aquí, a lo más tardar, el domingo.

—Pues yo le prometo a usted que cuando vuelva Antoñuelo, el

domingo no se encuentra en la reja de la Paca a mi primo Cayetano.

Y minutos después golpeaba el *Cardenales* con los nudillos en la puerta de la habitación que ocupaba su pariente en el más típico de los paradores de Málaga.

Al brioso llamamiento no tardó mucho en abrirse la puerta por manos de el de Ecija, el cual, al ver el semblante adusto de su primo, exclamó con voz ligeramente turbada:

—¡Camará, pos ni que vinieras por los Santos Oleos pa alguno de la familia!

—Pa que me los den aquí mismo vengo yo. ¿Tú sabes el berrinche que me acaba de dar el *Cartagenero* y el falso testimonio que a ti te han alevantao?

—¡A mí un falso testimonio!—exclamó aquél, poniéndose ligeramente pálido.

—Supón-te tú si lo es; tú supón-te que al señor Juan le han dí-o con el cuento de que tú estás loco por la Paca y de que la Paca está loca, pero que loquita perdía por tu presona.

—¿Por mi presona? Vamos, hombre, no digas tonterías. No diré yo que no me puea ver, pero de eso a esta guillaíta por mí hay un tirón como desde aquí a Pamplona.

El *Cardenales* miró con ojos escrutadores a su pariente; no había pasado inadvertida para él la habilidad de éste para contestarle, no hacer mención más que de Paca, y no conforme con aquel modo de hurtar la propia persona a la contestación, le preguntó con acento firme:

—Güeno, está bien, estamos conformes en que tú no crees que ella esté por ti loquita perdía. Pero y tú, ¿es verdá u no es verdá que te has prendao de Paca la *Miraflores*?

Cayetano se quedó sin saber lo que contestar a pregunta tan la-cónica y terminante, y tras algunos momentos de vacilación, sacudió los hombros como si intentara despedir una carga invisible, y mirando firme y decidido a su primo, le repuso con voz enérgica y con resuelto ademán:

—Pues bien: sí, es verdá que estoy prendaíto del to de la novia de Antonio el *Cartagenero*.

No esperaba el *Cardenales* respuesta tan firme, tan categórica, tan fulminante, como la que le acababa de dar el de Ecija, y desconcertado ante aquella contestación inesperada, quedó en silencio durante casi un minuto, y tras aquel minuto de silencio exclamó con voz vibrante:

—Pos eso es una mala *chanaita* que yo no te pueo consentir, porque yo no pueo consentir que por causa mía, y con mi ayúa, le haigas tú sacao la tierra de debajo de los pies al *Cartagenero*.

Cayetano había recobrado la serenidad de espíritu, y con voz apacible y apacible mirar, dijo a su primo:

—Mira, Pepe, vamos a ver: si Paca me hubiese tomao a mí tanto apego como yo le he tomao a ella, ¿qué es lo que tú conseguirías con que me fuera?

—Pos conseguiría que el Antoñuelo al volver no se tropezara contigo en la ventana y no pudiera decir, por lo tanto, que yo le había traicionao.

—¿Y qué dirías tú si Paca, deirme yo, cuando volviera el *Cartagenero*, no le permitiera arrimarse a su reja?

Joseíto, que se había sentado en una de las sillas, una pierna sobre la otra, y descansando la barba sobre una mano, no contestó a su primo, que continuó con acento al parecer tranquilo:

—Mira, Joseíto, ya viste tú que yo me metí en este lío contra to el torrente de mi voluntad. Desde el primer día que mis ojos se clavaron en la carita de esa mujer se me pegó fuego al corazón, y yo, en cuantito vi el humo, me fui a ti y te diíe: “Mira, Joseíto, que esto es un mal negocio y que no quisiera tallar, por lo que pudiera suceder, en esta banca.” Tú te echaste a reir y me diísti: “Peor para ti, porque a esa *gachí* no hay quien la arranque de la querencia de Antoñuelo.”

—¿Y no dices tú—le dií bruscamente el *Cardenales*—que tú crees que a la Paca no le alteras tú el pulso por mucho que tú le digas?

—Eso lo digo yo porque... lo digo. Pero vamos a jacer una cosa. ¿Tú no dices que el domingo viene Antoñuelo?

—Eso creemos, que es el domingo cuando viene.

—Pos bien: yo tos los días, como tú sabes, me arrimo a la reja a las ocho en punto de la noche. Pos bien: yo ese día voy a las ocho y media o las nueve, y si veo que Antonio está de palique, pos no me arrimo a la ventana más en to lo que me resta de vía.

—Eso es—exclamó sin poder ocultar su cólera Joseíto—, y se arrima el Antoñuelo y se encuentra la ventana cerrá, y aluego te ve a ti en ella y... Vamos, hombre, que no puée ser eso, que yo no pueo premitirte que te arrimes más a la reja, y—continuó Joseíto, cada vez con voz más vibrante y amenazadora—si el sábado te veo yo en la reja...

—Si el sábado me ves allí, ¿qué?—le preguntó el de Ecija pali-deciendo ligeramente.

Joseíto vaciló un punto, pero pensó en el *Cartagenero* como para cobrar bríos, y

—Si te veo allí—dijo precipitadamente, como si le corriera prisa decirlo—, si te veo allí, ya sabes tú que lo he jurao al señor Juan, que a ti y al arcángel San Gabriel lo quito yo de la ventana.

Cayetano se puso fría y serenamente de pie, y

—Esta noche—le repuso—le preguntaré yo a Paca si quiere ser mi mujer o ser la mujer de Antoñico el *Cartagenero*, y si es que me dice que quiere ser la mía, entonces te aconsejo que no intentes cumplir tu juramento.

Y dicho esto señaló la puerta a Joseíto, el cual salió de la habitación pensando en lo malita que había sido la hora en que pensara hacer que su primo aventase del distrito de Antonio el *Cartagenero* a Antoñico el *Pantalones*.

X

—¿A qué hora viene Cayetano?—preguntó Dolores la *Pinturera* a Paca, que le contestó con acento distraído:

—A las ocho en punto viée toftas las noches, pero sin que falte una.

—Pero ¿me quieres tú decir a mí qué es lo que a ti te pasa pa estar tan triste, chiquilla?

—¡Pero si yo no estoy triste, Dolores, si ésas no son más que figuraciones tuyas!

—¡A mí me dejas tú de figuraciones! ¡Si te conoceré yo a ti! Si sabré yo que tú estás que no vives porque Cayetano se te ha metío en el corazón y se te abren las carnes de pensar que mañana llega Antonio el *Cartagenero*.

Inclinó la cabeza Paca, y después, cogiendo las manos a su amiga y acercando su rostro al de aquélla,

—Pos bien, sí—le dijo con voz suave como un susurro—; es verdá que ese hombre se me ha metío en el corazón.

—Me lo temía—murmuró Lola—, me lo temía y tenía que pasar; ese hombre vale cien veces más que el otro. Pero lo malo es que el *Cardenales* dice que él no puée permitir que al volver su amigo se encuentre con otro hombre en la ventana y que cuando vuelva ha de encontrarte en esta reja más solita que la una.

—¿Y cómo evito yo que Cayetano tenga un enganche con Joseíto, si Joseíto le provoca?—exclamó con voz angustiada la *Miraflores*.

—Y qué sé yo, hija. ¿Tú le has dicho alguna vez si le quieres o no le quieres a Cayetano?

—Yo no sé—balbució la *Miraflores*, inclinando la cabeza—. Los primeros días hacíamos como que hablábamos de broma, pero aluego..., aluego yo no sé, pero él parece que está loco, ¡pero que loco perdió!

—¿Y tú...?—le preguntó, mirándola fijamente a los ojos, Dolores.

—Yo...—dijo Paca con voz trémula.

Y tras algunos instantes de silencio inclinó la cabeza bruscamente sobre el pecho de su amiga, y con voz en que apuntaba levísimamente el sollozo, continuó:

Pos bien, sí, Dolores: yo también estoy loca por él, ¡pero que loca perdía!

—No, si no me sorprende. ¿No te digo que me lo sospechaba?—dijo Lola—. Pero no te pongas así y vamos a pensar cómo se va a salir de este atolladero en que mos hemos metido.

—Yo estoy iechita un mar de confusiones. Yo no sé... A mí no se me ocurre nafta: yo no pienso sino en lo que aquí va a pasar en cuantito venga Antonio.

—¿Y por qué no le dices a Cayetano que deje de arrimarse a la ventana siquiera por unos días?

—Porque no querrá fijamente hacer lo que yo le diga.

—Pos yo tú lo que hacía—exclamó Lola, encogiéndose de hombros—era decírselo, y si él no lo quiere hacer..., si no lo quiere hacer..., pos que truene lo que truena y que sea lo que Dios quiera.

XI

Paca se sentó, meditabunda, en el poyo de la ventana, y minutos después decíale Cayetano con acento apasionado:

—Qué ganitas que tengo ya de poder ver yo esos ojitos a toas las horas del día.

Paca sonrió dominando sus inquietudes, y

—Vamos, hombre, que no serán tantísimas esas ganas que usted dice—le repuso.

—Pero ¿es que usted se cree que yo necesito estar aquí pa estar viéndola a usted a toftas las horas del día? Yo pa verla a usted no tengo más que cerrar los ojos; como que la tengo a usted clavaíta en mitá der corazón, y tan clavaíta la tengo a usted, que hoy cuando me

dijeron que era preciso que fuera desenclavándola a usted, por poquito si la entrego de la pena.

—¿Y quién ha sido el que le ha dicho a usted que me desenclave?

—¿Quién había de ser sino Joseíto?

—¿Y usted qué fue lo que le contestó a Joseíto?

—¿Yo? Yo le contesté que pedirme a mí eso era como pedirme una estrella, y que a mí no me apartaba de esta ventana más que la voluntad de usted.

—Y si yo le dijera a usted que me desenclavara, ¿usted me desenclavaría?

—Eso no puede jacerlo más que Dios—dijo con voz entristecida Cayetano—. Lo más que yo podría hacer sería dirme de aquí con usted clavaíta pa siempre en mitad del alma y en mitad del pensamiento.

—Pero vamos a ver, Cayetano. Usted cuando se arrimó por primera vez a mi ventana...

—No me diga usted naíta—exclamó el de Ecija interrumpiéndola bruscamente—. Yo me arrimé aquí por servir a Joseíto, nero desde punto y hora en que pasé por primera vez por esta reia y la vi a usted. sentí como si de pronto se me metieran dentro del alma to un río de sol y to el azul que había en el cielo; y cuando al día siguiente hablé con usted en el huerto del *Soniche*, cuando la sentí a usted hablar, tanta música me metió usted en los oídos, tantos hechizos me llevé después de mirarla a usted de cerca, como retrataos en las niñas de mis ojos, que comprendí que ya na mí no había naíta en el mundo sin usted, y que usted era pa mí el sol que me alumbraba, y el aire que respiro y el agua que bebo. Y como comprendí esto, pos dejé que se fuera el vapor, y como sé esto, yo le digo a usted ahora, porque ha llegao el momento de decirlo, que yo necesito saber si son verdá u no son verdá las ilusiones que yo me he hecho, o si toíta esa buena voluntá que yo me he creído que usted me tiene no es más que una ilusión mía. Eso es lo que necesito yo saber: la verdá, manque la verdá me mate.

Paca estaba trémula; la voz dulce, querellosa y ardiente de Cayetano había hecho subir la sangre a sus mejillas y relampaguearle los azules ojos, en cuya cristalina profundidad tremolaba el amor triunfante sus victoriosas banderas.

No obstante esto, se acordó Paca del conflicto que se avecinaba, se acordó de las amenazas del *Cardenales*, de la ira loca que se apoderaría seguramente de Antonio a su llegada, parecióle ver al de Ecija caer inerme a la tremenda acometida del *Cartagenero* o del

Cardenales delante de su reja y, dominando su profunda emoción, exclamó con acento trémulo:

—Pero, entonces, ¿es que usted ha tomado por lo serio nuestros quereles, Cayetano?

A éste se le demudó el rostro de modo intensísimo, temblaron sus labios, sus ojos se posaron con angustiosa expresión en los de Paca, y

—Pero ¿es que esto no ha sido pa usted más que una broma?—le preguntó con voz tan angustiada, tan triste, tan llena de amargura y de llanto, que Paca se olvidó de todo: de Antonio, de Joseíto, del riesgo que amenazaba al de Ecija; no pensó más que en lo que éste sufría en aquellos instantes, en que ella era la causa de su dolor, en que le estaba viendo parpadear con nervioso ahinco para cerrar el paso a las lágrimas, y al sentir cómo su ser todo respondía a aquel dolor con un dolor igual, exclamó con acento apasionado, con acento vehemente, con acento que no tenía nada que envidiar al más dulce de los arrullos:

—No, Cayetano, pa mí no ha sido nunca una broma. Usted no se engañó al pensar como ha pensado, ¡que yo también le quería!

Y el de Ecija, no encontrando palabras con que expresar el gozo que inundara de pronto su alma toda, enmudeció, pero Paca pudo sentir cómo se le estremecían todas las fibras de su pecho al ver cómo una lágrima, una sola, oscilaba un punto entre las encorvadas pestañas del rival ya victorioso de Antonio el *Cartagenero*.

XII

—¡Camará, señores, y qué cosas más requetegraciosas que se pintan en este barrio! ¿Se han enterado ustedes de lo que ha pasado entre Antonio el *Cartagenero* y Pepico el *Cardenales*?

Y esto lo preguntó el señor Frasquito el *Silguero*, dirigiéndose a varios de los que jugaban al tute la convidada alrededor de una de las mesas del *hondilón* del *Tulipa*.

—¿Y qué ha sido lo que les ha pasado a esos dos tórtolos?—le preguntó Currito el de los *Belones* sin apartar la vista de los naipes, que formaban entre sus dedos un a modo de abanico.

—Pos ha pasado una cosa la mar de graciosa: ustedes sabrán que el *Cardenales*, pa espantar a aquel de Ronda que se había empeñado en saber cómo está de trapillo y acababa de alevantar la Paca, jizo que su pariente Cayetano le metiera los cimbeles, diciendo a los cuatro vientos que su primo tenía más billetes de Banco que el verano golondrinas.

—Eso está ya jechito mojama de puro sabío—exclamó con acento desdeñoso Tobalo el *Talabartero*.

—Y saben ustés también—continuó impasible el señor Frasquito—que el *Cardenales*, al ver que se había colao tamién de *chippé* con su primo, cogió a su primo anoche cuando su primo acababa de asepararse de la reja de la Paca y, que quiso u que no, hizo que se fuera con él a los tejares del *Faránaula*, y si no es por Manolico el *Tato*, que pasaba por allí por casolidá, se jura anoche la Constitución en los Tejares.

—Toma, eso está también amojamao—murmuró con tono de zumba el de los *Belones*.

—Y saben ustés—continuó el *Silguero* siempre impasible—que endispúes cuasi lloraba el Joseíto de pensar en lo que había hecho, porque según parece el Cayetano no quería pelear con él ni man-que le dieran un vitalicio, y cuando el otro le estaba insultando lo que hizo fue sacarse del bolsillo la cachicuerno y tirarla en una de las lagunas.

El orador, tras decir esto, arrojó una mirada interrogadora sobre los jugadores, y al ver que éstos parecían prestar alguna más atención a sus palabras continuó:

—Y saben ustés que Cayetano esta mañana, porque el *Cachimba*, que ya saben ustés lo comprometeor y lo bruto que lo jizo la Divina Voluntá, se premitió decir, estando él delante, que pa él era como cuasi la mitá de un pingo to el hombre que cuando llegaba el momento de pelear tiraba la jerramienta, el Cayetano se fue pa él y le dijo que como él había tirao la noche anterior la suya, tenía la mar de ganitas de que él le diese la que tuviera metía en la faltriquera.

—¿Y qué le contestó el *Cachimba* al Cayetano?—le preguntó el *Tulipa*, al que lo interesante del relato le había hecho abandonar el mostrador y aproximarse al señor Frasquito.

—Pos lo que dijo fue—continuó éste—que le soltó una coz, y el Cayetano, al ver al otro tirarle una coz, se fue pa él y le metió un crujío en el perfil que lo puso en cucullilla, y en menos que se dice me lo cacheó mejor que un pincho a un matutero, y le quitó un *Hontoria* y una de Albacete que cogía como desde aquí a Tarifa, y le dijo que si quería que se los devolviera que no tenía más que dir a peírse los al sitio que más fuera de su gusto. El *Cachimba* se pensó, sin duda, que diba el otro a jacer con él lo que con su primo, que lo jizo seguramente no sólo por tratarse de uno de la familia, sino también porque yo sé de mu güena tinta que el Cayetano le debe más de un favor a su primo el *Cardenales*. Pos no está mu

arrepentío ya el Joseíto de lo que ha jecho con su primo Cayetano.

—¿Y to eso era lo que nos tenía usted que contar?—preguntó socarronamente al *Silguero* Periquito el *Butibamba*.

—No, señó—repúsole aquél—; que aún me quea algo que decir y que, por cierto, es cosa que sus va a dejar sin cantar, manque las tengáis, las cuarenta. ¿A que no saben ustés a quién ha sío al que le ha dao un guantazo que ha sonao como un barreno Joseíto el *Cardenales*?

—¿A quién?—preguntaron casi simultáneamente varios de los jugadores.

El señor Frasquito sonrió satisfecho al ver despertar, por fin, la curiosidad en sus oyentes, y repitió al par que fijaba en ellos una mirada de triunfo:

—¿A que no saben ustés a quién ha sío, vamos a ver; a que no lo aciertan ustés?

—Me parece a mí que como usted no mos lo diga...

—Pos bien—dijo aquél con acento enfático—: Joseíto el *Cardenales* le acaba de soltar un guantazo que vale lo menos por diez mil a Antonio el *Cartagenero*.

—¡Eso no puée ser, hombre!—exclamó con expresión incrédula el *Butibamba*.

—Ya lo creo que no puée ser—repitió el de los *Belones*.

—¡Pos vaya si puée ser!—dijo imitando la voz de éste el señor Frasquito—. Y tan puée ser que acabo yo de hablar con el *Cardenales*, y como yo ya tenía noticia de la cosa, pos le tiré los chambeles, y lo que me dijo Joseíto fue que lo que sentía era que no le hubiera dao tiempo pa meterle el segundo, y el tercero, y con más razón que nadie..., porque es que él me dijo, que me dijo: “Míe usted, señó Frasquito, hay cosas que a cualisquiera le jacen pólvora la sangre: ya sabe usted de más las faenitas que yo me he cargao por el Antonio porque ni el relente le diera en la cara a la *Miraflores*; ya sabe usted el enganche que por mo de él, por defender lo suyo, he tenío yo con mi primo Cayetano, que era pa mí como si fuera mi ojito derecho, y con el cual ya he arrematao pa siempre por mo suyo.”

—Sí, hombre, que sé to eso—le dije yo a Joseíto.

—Pos bueno—me dijo él—; usted también sabe que yo fui a esperarlo al vapor; pos bien: me fui a esperarlo al vapor, y en cuanto saltó en tierra, yo, como es natural, quise ir preparándolo poquito a poco pa que le doliera menos la cosa, y mu poquito a poco le fui diciendo lo que pasaba, jasta que por fin le arrimé la mecha a la niña.

—¿Y él qué dijo a eso? ¿Le faltó al respeto, quizá?—le pregunté yo, y

—¡Calle usted, hombre!—me dijo el *Cardenales* cuasi rechinando los dientes de rabia—. Eso es lo que esperaba yo: un estallido, que me faltara al respeto; pero en lugar de dar el estallido y de faltarme al respeto, pos se me quedó mirando el *gachó* y me dice:

—¿Y por eso te apuras tú? Vamos, hombre, no te apures tú por eso, que de eso sabía yo ya algo y eso se me importa a mí una haba. ¿No ves tú que me he dejao yo en Cáiz una *gacní* que me tiée a mí hipotecao el corazón y tos sus alrededores?

—Y es natural—continuó el *Silguero*. El Joseíto, al escucharle así y al pensar que él se había dao tantísimos malos ratos, y que había temio un enganche tan guason con su pariente por mo del Antonio, y al ver que el Antonio se le echaba a reir, pos al hombre le entro el vértigo, y lo natural, y lo que hubiéramos hecho tos los que nos semos mancos: al verle reirse, alevantó la mano, y na, que, según dicen, el Antonio tiée un carrillo que parece una ponchera.

Y mientras el señor Frasquito pedía como justa compensación a las noticias que acababa de dar, una dei de jubrique a cargo de los jugadores, penetrando Joseíto el *Cardenales* en la calle del Retino con paso firme y resuelta actitud, se dirigió rápido y resuelto a la reja donde el de Ecija hablaba con la *Mujieres*, que al verle llegar se puso densamente pálida, y encarándose con ella, mientras su primo le contemplaba demudado el rostro y centelleante la mirada, le dijo con acento emocionado:

—Oye tú, Paca: por los ojitos tuyos me vas a jacer el favor de decirle al hombre que tú más quieres que perdone una mala partiíta que le ha jugao un primo suyo que se llama Joseíto Utrera y Utrera, y al que le dicen por mal nombre Joseíto el *Cardenales*.

Y mientras Paca, ebria de gozo, desempeñaba el encargo de Joseíto, llegó hasta la reja el dulce trinar de una guitarra bien tañida y una voz de simpático timbre sonoro que cantaba:

Mata una pena otra pena
y mata un día otro día,
y otro querer ha matao
el que yo a ti te tenía.

(Los CONTEMPORÁNEOS. Madrid, 10-XII-1909.)

EL DEL ALTOZANO

—Pos lo que yo te digo a ti es que el *Niño del Altozano* es siete veces más de ácana que Periquito el *Manguela*.

—Y lo que te digo yo a ti también es que vale como catorce mil millones de veces más, en tos terrenos, el Periquito el *Manguela* que el *Niño del Altozano*.

Y como al decir esto se incorporara el *Petaca* y cogiera con el mayor primor del mundo por una de las solapas de la chaqueta a Joseíto el *Tomiza*, se incorporó éste también, y adelantando el busto, exclamó con acento belicoso, mirándole con expresión de desafío:

—En cuantito me güervas tú a jurgar a la americana, es cuando te van a llevar a ti al *Batatar* en uno de la *tertulia*.

—Vamos, caballeros—dijo el señor Curro el *Velones*, haciendo entrar su encanecida cabeza a modo de cuña entre las de los que discutían de modo tan mesurado—, que la cosa no se lo merece, que en eso de valentía hay sus más y sus menos, y hombres conozco yo a los que se les encoge el corazón si oyen maullar a un minino, y aluego si se ven en un aprieto jarrean muchísimo, pero que muchísimo más que puée jacerlo un piquete.

—Si yo no digo lo contrario—exclamó el *Tomiza*, cuyo fiero mirar habíase dulcificado un tanto—; pero es que esta criatura—y al decir esto señalaba al *Petaca*—siempre ha de decir las cosas cogiéndole a uno alguna parte del terno, y no me he jecho yo esta chaquetita de jelga azul pa que me la jurgue naide de tan malita manera.

—Pos peor te pones tú, *chavó*, cuando te subes a la bolina, que le metes siempre a uno por los ojos no esa nariz, sino ese acordeón que Dios te puso en la cara.

—Vamos, caballeros—dijo el *Tulipa*, que presenciaba la borrascosa escena tamborileando tranquilamente con los dedos en uno de los cálices vacíos—, que no hay razón pa que a dos hombres tan de *chipé* como lo seis dambos se les agrie la saliva.

—Y sobre to—dijo, sentándose, el *Velones* cuando ya el *Tulipa* y el *Petaca* lo hubieron hecho—que platicando es como las gentes se entienden, y como la razón no es más que una...

—No, pos lo que es en este caso—dijo el tabernero, que, al barruntar la al parecer conjurada pelea, habíase acercado al grupo—no es el *Petaca* el que está en lo firme, que no es el más valiente el que da más puñalás, que casos hay en que no darle a un *gachó* un crujío es siete veces más de macho que zumbarle la pandereta.

—Diga usté que sí—exclamó el *Velones* con aire sentencioso—. Y la hombrá más grande que yo conozco del *Niño* es una de ésas que usté dice; una en que el hombre tuvo que darse la mar de contravapor pa no tener que buscarse una ruína.

—A ver, cuéntenos usté eso—dijo el señor Curro el tabernero, a la vez que se sentaba para oír más cómodamente el relato.

—¿Conoce arguno de ustedes por casolidá al *Chiquito de Pujerra*?—preguntó el viejo a los que le rodeaban, y al ver que todos movían negativamente la cabeza,

—Pos el *Chiquito de Pujerra*—continuó—es un mozo al que por verle las faiciones sa menester un cuenta hilo, y que no da, puesto al sol, más sombra que puée dar un lapicero.

—¿Y con ese tigre tuvo el enganche el *Niño*?—preguntó zumbonamente el *Petaca* al *Velones*.

—Pos sí, señó, que fue con ése. Ustés figúrense que el *Chiquito*, que entoavía no sabía lo que era pagarle una iguala al barbero, estaba el mozo que berreaba por una tal Antoñuela la *Picúa*, una chavalilla más espigá que un lentisco, y más torneá que una pirindola, y más rebonita que el sol, hija del cartero de Gaucín, aonde había díó por aquel entonces el del *Altozano* a cerrar un tratillo de una yunta que tenía encargá jacía ya la mar de tiempo Tobalico el *Caracola*.

—Pos, señó—continuó el señor Curro, después de detenerse un punto para paladear una copa que acababa de ofrecerle el *Tulipa*—, el *Niño*, ya arrematao el tratillo que le había llevao a Gaucín, encomenzó un día a tallarse cuatro *púas* en la posá del *Tomillares*, y lo que pasa, que se puso a medias con el *Carilargo* de Utrera y arremataron por montar un tenderete, y como el *Niño* cuando se puée ganar honradamente la vía tirándole el pego al lucero de la tarde se la gana, y como en eso de tirar el pego, dicho sea sin ánimo de agraviarle, es el mozo to un catedrático, pos es naturá, a las dos semanas de haberse estableció tenían el *Carilargo* y él pa mercar dos cortijos en la vega.

—Pero ¿qué tiée que ver to eso con la hombrá que usté decía?—preguntó al narrador el *Zurdo*, que empezaba a impacientarse.

—¡Camará, y que to pórvara que es usted!—exclamó el viejo, y tras algunos instantes de silencio, continuó:

—Pos como diba diciendo, la Antoñuela, que tenía un carácter to cascabeles, desde punto y hora en que vio por vez primera al *Niño* le gustó el *Niño*, lo cual no tiée naíta de particular, poique el *Niño*, dicho sea mejorando a los presentes, no tiée mal perfil ni malas jechuras, y le ha puesto Dios en el mo de mirar y en el mo de sonreir la mar, pero que la mar, de rocío, y como ya se sabe que el *gachó*, en *habiyelando parneses*, le gusta vestir más mejor que a los mismísimos serafines, pos lo que pasa, que a la tercera o cuarta vez que se lo tiró a la cara la Antoñuela, encomenzó la jembra a alegrarse de haber nació, y encomenzó a golerle a coles el de *Pujerra*, y como el *Niño* prevelica por lo bonito y la Antoñuela era un pasmo, y además ca vez que se lo trompezaba encomenzaba la *gachí* a citarlo a banderillas, pus a la tercera u cuarta vez que se la trompezó de tan regüenas jechuras, pos tiró el hombre de capote y a los cinco capotazos estaba ya el bicho pidiendo misericordia. El *Chiquito*, al que to lo que le faltaba de yerbas y de postín le sobraba de hígado, y que además estaba por la Toñuela jaciendo más espumas que una gaseosa, pos apenitas se tragó el paquete de lo que pasaba, empezó a pisarle los *pinreles* al del *Altozano*, y el del *Altozano* encomenzó a darle quiebro al chotillo aquel, peleando con el cual no podía sacar honra ni provecho. Y asín diban corriendo los días, cuando una noche el *Chiquito*, al que por horas y a to vapor se le diba repudriendo la sangre al ver cómo la *Picúa* encomenzaba a dejar su querencia por la del otro, y ya cansao de nunca poer empitonar bien al del *Altozano*, se metió una noche en la posá del *Tomillares* y encomenzó a jugar, como el chaveíta lo sabía jacer, como si ca *chusco* de los que ponía fuese un güeso de aceituna. El *Niño*, que comprendió que algo que no eran *parneses* era lo que buscaba allí el chaval, encomenzó a tirar a la barda, pero como tenía de cara la suerte aquel día, pos a la media hora no le queaba al *Chiquito* por perder más que el terno que llevaba. El *Chiquito*, cuando hubo pirdió jasta la última *torda*, se puso a jechá el hombre un cigarro mirando al *Niño* con las e Caín, y cuando ya toíto er mundo creía que diba a dirse del tenderete y ya estaba bajo el quicio e la puerta, se güerve de pronto el chaval pa el del *Altozano* y le dice:

—Quéese usted con Dios, so malino. Ya sabía yo antes de entrar aquí que tenía que dirme de tan malita manera, que es usted hombre capaz de darle tres y raya al que a los ricos robaba y a los pobres socorría.

Naturalmente, el *Niño*, al oír aquello, se puso del color de la gayomba; pero sin dúa se acordó el hombre de que el de *Pujerra* estaba entoavía, como quien dice, tomando la denticina y de que no abultaba lo que un chamarí en el pelecho, y pensó, y pensó bien, que si se diba del seguro con aquel chaval, diba a ser mismamente como si escupiera al cielo, y encogiéndose de hombros y mirando al *Chiquito* como si le fuese a ofrecer una biscotela, le dice:

—Eso que acaba usted de decir no se lo pueo yo contestar más que al que lo trajo a usted ar mundo con tan poquilla maera.

El *Chiquito*, que lo que menos esperaba era aquella salía, no se andó por las ramas, sino que metiendo mano a una del doce, le dice al del *Altozano*, encañonándolo desde la puerta del corral:

—Pos ya está usted metiendo mano, porque si no lo que es mi presona no sale de aquí esta noche sin jacerle a usted más boquetes que da fruto un almechino, y si no quíee usted pelear, yo le escupo a usted en la cara.

Y de tal modo hubo de decir esto el mozo, que comprendió el *Niño* que no tenía más remedio que jacer lo que el de *Pujerra* le decía si no quería que le mojara los carrillos, y como esto no lo podía consentir, pos mete mano el hombre a un pistolón que más parecía un trabuco naranjero, y le dice al *Chiquito*, sin que se le mée tan siquiera la voz y más fresco que una horchata:

—Pos tire usted ya, y jaga usted bien la puntería, porque si me marra usted, va usted a dir, der primero que yo le tire, a visitar los Gaitanes.

—¿Y le tiró el de *Pujerra*?—preguntó al viejo el *Bitácora*.

—¿Que sí le tiró? ¡Camará!, como que se resguardó tras el quicio de la puerta y encomenzó a soltar zambombazos, y gracias a un *divé* que en toíto lo que yo llevo ya andao no he visto yo *gachó* con más mala puntería.

—Entonces, ¿no le jurgó con ninguna al del *Altozano*?

—Un chasponacillo na más que le quemó dos pestañas.

—Y el *Niño* ¿qué hacía tan y mientras el otro le jarreaba?

—Pos ahí está lo que el *Zurdo* sus decía antes, de que a veces sa menester tener más corazón pa no jarrear que pa jarrear. Ustés supónganse que tan y mientras el de *Pujerra* no jacia más que soltar berrios y más berrios y toíto er mundo estaba pegao a la paré como si fueran mismamente carcamonías, el del *Altozano* aguantó sin pestañear tan siquiera los seis zambombazos como si hubieran sío bizcochos y mostachones.

—Pero ¿qué jacia él tan y mientras con la pistola que en la mano tenía?

—¿Que qué jacia? Pos na, decirle al otro ca vez que el otro le marraba:

—Pos si no afnas una miajita más, te vas a quear lucío.

—Y entonces, ¿cómo fue como arremató la faena?

—Pos de un mo mu sencillo, que cuando el de *Pujerra* quemó el último cartucho salió de pies que volaba, y el del *Altozano*, que no se había movió de su lugar tan siquiera, se guardó la pistola y encomenzó a barajar de nuevo tan tranquilo, como si le acabaran de tirar en lugar de seis cañonazos otros tantos polvorones.

—¿Y eso se puée creer con los ojitos cerraos?—preguntó, mirando con incrédula expresión, el señor Curro el *Tulipa*.

Miró éste con grave expresión de reproche al que osaba poner en duda su relato, y

—Tan se puée creer—le repuso con acento desabrido—, que cuando se arremató la faena, estopa y pez les costó a tos los que estaban allí despegarme del tabique.

Y ante tal afirmación dióse por convencido el *Tulipa*, el cual, según nos dicen, no ha vuelto a poner en duda el indiscutible temple de alma del *Niño del Altozano*.

EL ESCAPULARIO

I

Penetró Pedro el *Ancora* en la vivienda del señor Frasquito el *Levantino*, y tras dar los buenos días a Angeles, que, sentada junto a la ventana, entreteníase en componer un trozo de malla, se dejó caer frente a ella sobre un tosco taburete.

La luz del día, penetrando por la entreabierta ventana, iluminaba la habitación, en la cual, además del humilde mobiliario, consistente en una mesa de pino, varias sillas y un viejo aparador con cortinas azules, veíanse algunos enseres de pesca, varios remos apoyados contra uno de los ángulos, y dando una nota risueña al conjunto, un pájaro, que cantaba en una jaula de alambre, y dos macetas de geranios en flor, que decoraban el alféizar de la ventana, junto a la que cosía la unigénita del *Levantino*, la cual contestó al poco expresivo saludo del recién llegado con una apenas perceptible inclinación de cabeza.

Sacó aquél de uno de los grandes bolsillos de la amplia blusa una enorme pipa, y tras encenderla con toda parsimonia y arrojar algunas bocanadas de humo,

—Y su padre, ¿por dónde anda?—preguntó a la muchacha.

—A ca del *Chumacera* ha díó—repúsole Angeles sin levantar la cabeza.

—¿Tardará?

—Creo que sí.

—¿Te incomodo?

—¿A mí, por qué?

Un nuevo embarazoso silencio sucedió al breve diálogo, silencio que fue Pedro el primero en romper, diciendo a la muchacha con acento suplicante:

—Qué, ¿me das, por fin, u no me das el escapulario?

Sostuvo aquélla la mirada con retadora expresión, y

—No, no te lo doy—le repuso con voz enérgica—. Ya te lo he dicho muchas veces: no te lo doy porque ese escapulario no lo bor-

daron las manos mías pa que seas tú el que se lo cuelgue al cuello.

—¿Ese lo has bordao pa que sea el que se lo cuelgue Antofiuelo el *Gaviota*?

—Ni él, ni tú ni nadie. Pero manque fuera asín, manque fuera pa él, ¿qué te importa a ti ni a nadie que yo se lo dé a quien a mí me dé la repontentísima gana?

—¡Pus no se me ha de importar!—exclamó Pedro, acercándose a la muchacha y pretendiendo coger una de sus manos, que ella hurtó rápida de entre las suyas—. ¡No me ha de importar! Demasiao sabes tú que tú eres la única mujer que a mí se me ha metío en lo más rejondo del pecho con toíto su velamen. ¿No me ha de importar si lo único que yo coício es tirar alguna vez el ancla en esa badía de náca, aonde yo tengo cimentás toítas mis ilusiones?

Y la voz de Pedro resonó apasionada y vibrante.

Angeles le miró con turbada expresión, y

—Pero ¿por qué te emneñas—le dijo, tras algunos instantes de silencio—en lo que no puée ser? ¿Crees tú que en el corazón se manda? En el corazón no manda más que el que Dios dispone que mande, y ¿qué se le va a jacer si Dios le dijo a mi corazón que sólo te quisiera a ti como se quiere a un amigo?

—Pero manque sea asín, ¿me quiées decir tú qué es lo que tiée Joseíto más que yo, pa que sea él quien se cuelgue al cuello el escapulario?

—¿Y qué tiées tú más que él pa que seas tú el que se lo cuelgue?—exclamó Angeles con voz ligeramente irritada.

Pedro la miró con expresión casi amenazadora, y

—Pos mira—le dijo con voz seria—, lo que yo te juro a ti que lo que es ese escapulario no ha de ser el *Gaviota* el que se lo cuelgue. ¿Tú te enteras?

—Pus me lo colgaré yo—dijo Angeles algo intimidada por la mirada de su enamorado.

—No, ni tú ni él, que Dios mediante voy a ser yo el que se lo va a colgar, que quieras tú u que no quieras.

—Me paece a mí que eso lo has ensoñao tú esta noche u que te has alewantao con algo de calentura tú hoy.

—Yo no sé si tendré u no tendré calentura—exclamó, clavándose las uñas en las palmas de las manos, el *Ancora*—, que lo que yo te digo es que esta noche necesito yo que tú me mandes el escapulario a mi misma casa, porque si no me lo mandas...

—Si no te lo mando, ¿qué?

—Si no me lo mandas, bien pudiera pasar que aluego te arre-pintieras.

Y dando media vuelta salió Pedro bruscamente de casa del señor Paco el *Levantino*, haciendo palidecer a la enamorada de Antofue-lo el *Gaviota*.

II

El señor Frasquito penetró en ella con aspecto malhumorado, y arrojando la gorra de hule sobre una silla, sentóse en la banqueta, con la frente fruncida, mientras Angeles le miraba con interrogadora expresión.

—Pero ¿se puée saber qué es lo que le pasa a usted, padre?—le preguntó ésta, tras algunos instantes de silencio, acercándose a él en humilde actitud.

Miró a su hija el *Levantino* con extraña expresión y en silencio durante algunos momentos, y le preguntó después con acento desabrido:

—¿Sabes tú lo que acaba de decirme el *Áncora* al salir de ca del señor Pepe el *Chumacera*?

—¿Yo?—balbució la muchacha, encogiéndose de hombros y palideciendo ligeramente.

—Pos lo que me ha dicho ha sío...

Y el viejo se detuvo, como si no se atreviera a repetir lo que el *Áncora* le dijera.

—Pero ¿qué ha sío lo que le ha dicho a usted ese hombre?—le preguntó Angeles al ver la indecisión retratarse en su rostro bronceado.

—Pos lo que me ha dicho ha sío.... ¡mal sudeste le coja y lo tumbe y lo convierta en salitre! ¡Pos no me ha dicho que sa menester que tú te cases con él antes que llegue el verano!

—¡Yo casarme con el *Áncora*! Antes me tiro a la mar en un día de resaca.

—¡Eso mismito le respondí yo..., eso mismito..., y que como güerva a platicarme tan altillo de tono como hoy me ha platicao, lo cojo y no le va a quear ni foque ni mesana! Lo malo es que en-dispués me miró de un mó...—y tras algunos instantes de silencio, continuó el viejo—. Y como mentó a nuestro Tobalo, me paece a mí que a ése voy a tener yo que cogerle por el mascarón de proa y que jacerlo masilla pa los chambeles.

—Pero ¿qué ha sío lo que el *Áncora* ha dicho de mi hermano?

—Pos decir mismamente no ha dicío na; pero algo dijo que yo no entendí, pero pa mí que sabe aónde está escondío nuestro To-

balo, y como ése es mu capaz de darle el soplo al comandante del puesto...

—Pero ¿usted cree capaz al *Áncora* de jacer esa porquería?

—Yo no sé; él nunca ha jecho ninguna de esas charranás, pero como ahora paece que está tan arrancao por ti, y como según parece, ha sío tanto lo que le ha escocío lo que yo le he contestao...

—Oiga usted, y si Pedro da el soplo y cogen a mi hermano, ¿qué le puée pasar a mi hermano?

—Si le cogen... Vamos, mujer, que se me abren las carnes na más que de pensarlo... Yo no sé..., hija mía, pero el *Cuco* sigue mu malito, y el méico ice que es mu posible que no puea alevantar más el ala, y si no alevanta más el ala...

Padre e hija quedaron sombríamente meditabundos durante algunos instantes, y

—¿Cuánto tiempo tardará todavía en poer dirse al Brasil mi hermano?—preguntó a su padre la muchacha.

—En quantito acabe de cargar el bergantín *El Valiente*.

—Pero ¿cuánto tiempo cree usted que tardará entoavía en poer izar el ancla ese barco?

—Pos yo creo que será cuestión de quince días, a lo más tardar.

—Pos no se apure usted entonces, padre—dijo Angeles tras algunos instantes de meditación—; no se atosigue usted, que to se podrá arreglar cantando yo la gallina—y después murmuró sombríamente—: Lo malo será que se entere el *Gaviota*.

—Pero ¿qué es lo que tú estás diciendo del *Gaviota*?

—Pos na, que Pedro ha jecho cuestión de amor propio que yo le dé el escapulario que acabo de bordar pa Antonio, y que yo se lo voy a dar pa que el hombre se salga con su cabezoná alante.

—Pero ¿qué va a decir Antoñuelo?

—No sé, allá veremos. Pero lo primero es atar a ese mal bicho, no sea cosa de que vaya a tener un mal pensamiento; que aluego cuando ya mi hermano esté en alta mar, entonces haré yo que ese mozo se entere de lo muncho que le estimo.

—Pero ¿tú le vas a decir al *Gaviota* lo que pasa?

—No, porque si el *Gaviota* se entera de las amenazas del otro, va a ser más peor el del Poniente que el temporal de Levante.

III

—¡Cía babor, avante estribor!

Los remeros, obedientes a la voz del patrón, hundieron los remos en las aguas espumeantes...

El mar sacudía sus hirvientes olas con furor creciente; el viento

azotaba como con invisibles látigos el dorso de las olas que se en-crespaban al poderoso castigo; en el cielo amontonábanse las nubes cerrando el paso a los rayos del sol, que ponía en ellas fantásticos cárdenos matices de un fulgor amarillento.

El timonel, firme en su lugar, calada la gorra hasta los ojos, parecía adherido al barco; los remeros se encorvaban y desencorvaban jadeantes; la barca avanzaba lentamente entre remolinos de espuma.

—Mala cara presenta esto—dijo el *Ancora*, dirigiéndose al patrón al mismo tiempo que ponía su mirada en la imponente lejanía.

Aquél no le contestó, y asiéndose al cordaje, puso una interrogadora mirada en los confines más remotos.

El *Gaviota*, próximo también al patrón, contemplaba ensimismado y sombrío la imponente perspectiva.

—Oye tú, Cayetano—gritó de pronto el patrón, acercándose al timonel—, ¿podríamos meternos en la Cala del Almejero?

El timonel arrojó en torno suyo una mirada exploradora.

—Poique me parece—continuó el patrón, siempre gritando para poder dominar los agudos silbos del viento y el rugir de las olas—que esto va tomando malas jechuras y que el Sudeste viée cargao de muchísimas esazones.

—Probaremos.

—A ver, muchachos, tos a los remos—gritó el patrón, empuñando la bocina.

Momentos después la barca acercábase a la costa en dirección a la Cala del Almejero.

—Yo no me atermينو—gritó de pronto el timonel, al ver cómo las olas revolvíanse como formidables reptiles en torno de las rocas que a flor de agua defendían parte de la costa en peligrosas rompientes.

El patrón empujó de modo brusco al timonel, colocándose en su puesto, no sin gritar antes con voz poderosa:

—¡Avante, muchachos, duro y avante!

Los remeros, apercibidos de lo grave del paso que se disponía a dar el patrón, hicieron crujir los remos al tremendo ímpetu de sus brazos.

La barca avanzó lentamente por entre los torbellinos que formaba el oleaje entre las piedras.

—No puée ser, patrón, no puée ser. Vamos a embarrancar—gritó el timonel con acento estridente.

Y en aquel instante un crujido inconfundible para los expertos oídos de los pescadores confirmó el terrible augurio; la barca pa-

reció encabritarse como un corcel de carrera ante un precipicio, al embestir contra una de las rocas, y

—Hemos tocao—gritaron todos al unísono, inclinándose sobre la borda con el temor retratado en los curtidos semblantes.

Un instante, uno solo, cundió el pánico entre los tripulantes; pero después se impuso el ánimo esforzado de aquellos hombres habituados a disputar casi todos los días la existencia a las olas en las más trágicas lides.

La barca, tras aquel a modo de salto sobre el escollo, había quedado como enclavada en una enorme hendidura; frente a ella otros remolinos delataban otros escollos, y allá, algo más distantes, divisábanse las aguas mansas de la cala, defendida por la escollera.

El viento seguía presagiando cada vez más lágrimas y catástrofes; las sombras del triste atardecer fundíanse con las amontonadas nubes que iluminaban los relámpagos; la tormenta dejaba oír sus imponentes rugidos; los marineros se despojaban presurosos de sus chamarretas dando al viento el pecho hercúleo y bronceado, sobre el que la fe había suspendido alguna que otra cruz, alguna que otra santa reliquia.

El *Gaviota* posó sus ojos en el *Ancora* y vio brillar en su pecho un flamante escapulario, todo bordado de oro y lentejuelas, aquel que él esperaba ver sobre el suyo como prenda de amor. Se demudó su semblante, y

—No, será otro—murmuró, acercándose a Pedro; pero la realidad se impuso de modo abrumador: el escapulario que aquél lucía sobre su pecho era el que él viera tantas noches en manos de la mujer querida, el que hubo de prometerle, mirándole con ojos llenos de pasión, la hija del *Levantino*.

—¿Qué quieres?—preguntó el *Ancora* al *Gaviota* al ver a éste contemplarle con expresión iracunda y amenazadora.

La barca crujía a los embates del mar, de modo cada vez más amenazador; el patrón meditaba con los brazos cruzados sobre el pecho y la desesperación retratada en el atezado rostro.

—¿Será menester tirarse a ganar la playa a fuerza de brazo?—le preguntó el timonel.

—Las olas nos jarían peazos contra la escollera—repúsole aquél, y tras breves instantes de silencio,

—Lo que sa menester—dijo con expresión fría y resignada—es que uno pruebe llevar un cabo—y después, dirigiéndose a sus compañeros, gritó: A ver, muchachos, un cabo.

Un rumor de protesta brotó de todos aquellos pechos varoniles, y

—Ca, patrón, usted no—dijo el *Ancora* acercándosele rápido.

—¿Poiqué no? Si a mí me traga la mar, no se traga más que una quilla que está pidiendo a voces que la carenen.

Y el viejo empezó a despojarse rápidamente de su chaqueta de lona.

Pero antes de que el patrón hubiérase desnudado, Antoñuelo el *Gaviota*, que había estado oyendo el diálogo, cogió uno de los cabos arrollados en la popa y, antes de que pudieran darse cuenta de su decisión sus compañeros, lanzóse rápido y decidido en el hirviente oleaje.

Todos dejaron escapar un grito, y todos corrieron a la borda para ver al que por ellos se sacrificaba.

Este no tardó en reaparecer sobre la superficie del mar, y una nueva lucha titánica y desesperada dio comienzo entre el mar poderoso y embravecido y el hombre. El *Gaviota* avanzaba cortando ágil las imponentes olas, no sin que de vez en cuando alguna le envolviese en su inmenso torbellino; ninguno de los de la baroa respiraba. Antonio siguió luchando contra el terrible enemigo con indómita pujanza durante algunos minutos.

Un grito, un vibrante grito de victoria, que brotó al unísono en todas las bocas de los que tripulaban la *Santa Elena*, dominó un punto los fragores del mar; el *Gaviota* desplomábase en aquel instante ensangrentado y maltrecho sobre la roca que acababa de escalar, y después, agotando, sin duda, sus últimos bríos, incorporóse trabajosamente, y momentos después sujetaba a la roca el fuerte cabo que había de ser la salvación de todos sus compañeros.

Y una hora después, cuando todos ellos, en una de las concavidades de las rocas, apiñábanse los unos contra los otros para mejor resguardarse del viento huracanado y del frío intolerable, sintió Antonio posarse suave una mano sobre su hombro y escuchó una voz susurrante, la voz de Pedro el *Ancora*, que le decía a la vez que ceñiale al cuello el escapulario que para él bordara la hija del señor Paco el *Levantino*:

—Tómalo, que es tuyo. Ya te lo explicaré yo to, y perdóname, Antoñuelo, perdóname, que nadie está libre nunca de una mala tentación ni de una malita hora.

EN LA TIMBA DEL FRESCALES

I

—¡Mala puñalaíta que le den al que inventó la trampa y mala puñalaíta que me den a mí en el sitio aonde más daño me jagal

—¿Y me quisieras tú decir qué es lo que a ti te pasa hoy pa estar soltando por esa boca tantas mieles de panales?

—¿Qué quiées tú que a mí me pase? Que estoy más negro que el betun, que bien dijo el que dijo: "Comio te veas de trampas chicas". Que no sé ya por dónde tirarme, que el corazón le hipotecaría yo hoy por dos pesetas al peor de mis enemigos, que no se puée vivir de estas jechuras que yo vivo; que el día menos pensao me voy a jacer yo más boquetes en mi presona que tiée boquetes una criba garbancera.

—Vamos, Paco, una miajita de *pesqui* y una miajita de contravapor, que no creo yo que la cosa sea pa tanto; que, a la fin y a la postre, tú tiées un jornal que no es un puñao de virutas.

—¿Y qué son cuatro *puas*, que son las que yo gano; qué son cuatro *puas* teniendo que darles, manque no sea más que un *pistolete* por barba a los seis gurripatos y a mi María, y a la madre de mi María, y a mi sobrina Cloto? Y además de los *pistoletes*, tener que vestir, y que pagar casa, y que tumar, y que areitarse y que...

—Sí, en eso tiées muchísima razón—dijo, interrumpiendo a Paco, Antónico el *Muñequero*—; que no tengo yo más que dos gorriones en mi *cubril* y gano catorce riales, y el día que se me ladea el carro, ese día nos tenemos que acostar tos más reimpios que patenas.

—Yo es que me he díó jechando la cuerda al cuello poco a poco, porque es que hoy se píe, pongo por caso, cinco duros a ganancias, y como no se puéen pagar, pus pa pagarlos se buscan otros cinco, y aluego se buscan diez, y aluego se buscan veinte... Y, total, que la gente se cansa y los amigos se cansan. Y con razón, y con más razón que naide, el tendero, que tiée que pagar lo que vende. Y lo que le pasa al tendero le pasa al del carbón, y lo que le pasa al del carbón le pasa al del aceite, y lo que le pasa al del aceite le pasa al

de la berza. Y, total, que estoy ya tan requetellao, que pa medio dir tirando tan siquiera del *argatjo* necesitaba yo cien *chuscos* por lo menos, y como eso es como si se necesitara una mina en el Perú, pos velay tú, aún estoy pensando en qué sitio me debo meter el zambombazo pa acabar de una vez de pasar fatiga.

Y dicho esto, quedó Paco sumergido en una meditación honda y sombría, mientras su amigo le contemplaba con expresión también meditabunda.

Durante algunos instantes permanecieron en silencio ambos amigos, silencio que fue el primero en romper el *Muñequero*:

—Pos mira: lo mejor que hacemos es agüecar el ala y dirnos a ca del *Frescales* a tomarnos dos chatos del de los Moriles, que nos caerán la mar de requetebién, porque es que yo no he visto bálsamo más archisuperior pa cuando uno tiée pintaos al negro humo toítos los interiores.

—Sí, vámonos aonde te dé la repotentísima gana—exclamó Cárdenas, que de buen grado hubiera huído de sí mismo por huir de aquel tropel de tristezas que abrumaban y entenebrecían su espíritu y amargaban su existencia.

II

El *Frescales* estaba que hacía la barba, y con razón, que con la entrada en la cárcel de Manolito el *Gallareta* habíase quedado desamparada su timba, de la que empezaba a huirse la gente más formal de la aficionada a jugarse hasta el cuero cabelludo, por temor al enganche con alguno de los que, acaudillados por el *Maroto*, dedicábanse a cobrar el barato en los lugares no garantizados por alguno de sus colegas en arrogancias y bravura.

Y como este bandurrio famoso, enterado de que el *Gallareta* había ido a pasar la temporada veraniega a sus posesiones del Pasillo, habíase metido, decidido a escribir una de sus páginas más gloriosas, en el garito del *Frescales*, andaba éste de tan mal humor, que al notar que Paco Cárdenas y su compadre, Antoñico el *Muñequero*, pedían con acento un tantico despótico que dejara de servir a los demás por servirles a ellos primero Periquito el *Tarambana*, mozo de la taberna, díjole a éste con acento brusco y desabrido:

—Sí, hombre, sí, tira lo que tengas en la mano, manque lo que tengas en ella sea una luna veneciana, y si arguno dice que él ha llegao primero, le das una puñalá en la ingle, que lo primero de to es servir a esas dos balas perdías.

Paco Cárdenas, que jamás había sabido hablar alto a nadie, ente-

róse en aquel momento, por primera vez, qué era sentirse con ganas de pelea, y avanzando lentamente hacia el *Frescales*, cogió a éste con dos dedos por uno de los botones de la limpia guayabera, y

—No sea usted inocente, señó Frasquito—le dijo con voz suave—. No sea usted inocente, porque a veces ya sabe usted lo que pasa en esta vía, y hoy por cuasi na, de balde cuasi y cuasi, si sa menester poniendo dinero encima, le daría yo una puñalá al mismo sol que reluce.

—Pos ajúntate conmigo, *chavó*—dijo el *Frescales*—, que estoy más requemao que un cirio. Tu supónte que al *Gallareta* le han metío en chirona a cumplir lo que le echaron el mes pasao por mo de lo del *Cartulina*, y al enterarse de qua ya no hay espantajos en la jaza, se me ha colao toa la pandilla del Altozano, y como es naturá, no hay quien se talle dos pesetas, porque es que nadie está dispuesto a buscarse una ruina.

—¿Y por qué no le habla usted al *Toli* u al *Espartales*?

—¡Quita, hombre! Porque ésos tiénen la *condinga* en el velo del paladar, y como ellos saben que el que lleva la bandera con los del Altozano es el *Maroto*, pos velay tú, no hay nadie que se atermine a decirle ni pío. Y lo que yo te digo que como Dios no lo remedie, voy a tener que cerrar o traspasar el establecimiento.

Paco Cárdenas habíase quedado pensativo oyendo al tabernero, y cuando aquél hubo concluido,

—Y oiga usted, señó Frasquito—le preguntó—, y usted disimule la curiosidá, ¿cuánto es lo que le da usted por vigilar esto al *Gallareta*?

—Pos dos *chuscos* ca veinticuatro horas y to lo que quíee tomar de café y de bebía y de to lo que el cuerpo le píe, y además que siempre que a cualisquiera le sopla una güena racha, le da lo más o lo menos. En fin, que pa mi cuenta que la noche que menos, se lleva por ca remo un *machacante* a sus *cubriles*.

Paco Cárdenas se acordó de que él ganaba cuatro pesetas trabajando desde que el sol echaba sus luces hasta que se ponía, y en cambio de que el *Gallareta* vestía y vivía como un príncipe, que todo el día no hacía otra cosa que lucir el garbo por el distrito, que tenía en un dedo un solitario con el cual hubiera tenido él bastante para salir de apuros. Y pensando en todo esto, un profundo suspiro se escapó de su garganta.

III

El *Maroto* penetró escoltado por su guardia pretoriana en la sala de juego, decorada con una larga mesa de pino cubierta por amplio

y no muy flamante tapete verde; algunos cuadros en que se veían representadas algunas de las suertes más clásicas del toreo, alguna mesa pequeña para servir en ella lo que pedía a la distinguida concurrencia, una lámpara con varios mecheros de gas y algunas sillas de las de más humilde abolengo.

La mesa estaba rodeada por una multitud heterogénea que envenenaba el espacio con su hálito impuro, y el humo del tabaco envolvía como en una neblina los rostros de los jugadores; los que ganaban reían y *chufleaban* refrescando las reseca fauces con algún que otro cortado de aguardiente; los perdidosos, con las cejas fruncidas, ponían miradas siniestras y amenazadoras en las cartas que con atormentadora lentitud iba haciendo aparecer uno de los que tallaban; los más veteranos en aquellas clases de lides, sentados en torno de la mesa, apuntaban algunos las jugadas creyendo poder someter a sus cábalas la veleidosa fortuna.

Paco Cárdenas, grave y cejijunto, fumaba silencioso, recostado contra la pared, próximo a los que tallaban, y cerca de él le observaba con disimulo el tabernero, que no confiaba mucho en lo que de modo tan decidido hubo de decirle aquél en la noche anterior, al oírle lamentarse de la ausencia del *Gallareta*, que le dijo:

—Pos si usted quiere y me da lo mismo que al otro, yo le prometo a usted que no va a haber quien diga ni pío tan siquiera tan y mientras esté yo arrimao a la mesa del tapete.

Pronto cundió la chilla de que Paco Cárdenas era el sustituto del *Gallareta*, y

—¡Camará, mucho cudiao, caballeros!—dijo el *Sordina* en tono de zumba al verle penetrar seguido del *Muñequero* y del señor Frascuito en la habitación—, que está ahí el que nos va a decir a tos los que estornudamos que aquí nadie se constipa sin pedirle antes premiso.

La velada fue deslizándose como una seda, y ya el *Muñequero* empezaba a tranquilizarse cuando un murmullo sordo le hizo volver la cara hacia la puerta, en la que acababa de aparecer el *Maroto*.

El *Sordina* sonrió sin poder disimular el júbilo que le proporcionaba la presencia del famoso baratero, y aprovechando la primera oportunidad, díjole a éste, con acento mortificante, a la vez que le indicaba disimuladamente al suplente del *Gallareta*:

—Esta noche sa menester que se vaya usted con la mar de cudiao, compadre, que, según dice el papelito, ha vinío en lugar del

Gallareta a no dejarnos ni resollar Paco Cárdenas, el nieto de la *Boliche*.

El *Maroto* fijó una mirada desdeñosa en el tallista, y

—Pero si ese alma mía es to azúcar, hombre, si eso es más dulce que un *petisú*; si ése dicen que ha nació del beso de dos panales.

Paco Cárdenas adivinó que el *Sordina* le disparaba al *Maroto*; se acordó del asedio que le tenían puesto las necesidades más perentorias de sus hijos encuerinos y casi hambrientos; de su María, casi aniquilada por la adversidad, y acercándose, pálido pero con reposada actitud, al *Maroto*, díjole a la vez que se hurgaba cortésmente el ala del amplio pавero:

—¿Me permite usted dos palabras?

—¿Y usted qué es lo que tiée que platicar conmigo?—le preguntó aquél, mirándole con expresión desdeñosa.

A Paco Cárdenas se le descompuso el semblante al oír el acento mortificante con que aquél hubo de pronunciar aquellas palabras; mas disimulando sus impresiones, no obstante, le dijo con algo de siniestro en la mirada:

—Ya le he dicho a usted que tengo que platicar con usted dos palabras y que me quisiera beber con usted dos cortaos de aguardiente.

El *Maroto* se encogió de hombros, y

—Güeno, hombre, si es un capricho, no quiero yo que por mí se malogre la criatura.

Y descendieron ambos; delante, Paco, con serena actitud, y el *Maroto* contoneándose gallardamente, y diez minutos después volvían a penetrar ambos en la sala de juego, y una hora después se alejaba el caudillo de los del Altozano seguido de su temible guardia negra, sin que hubiera turbado la tranquilidad de los honrados padres de familia que pasaban allí el rato en tan edificante, solaz y honestísimo recreo.

Y cuando aquella madrugada, ya terminada la partida, se encontró el *Muñequero* con Paco Cárdenas a solas con éste en la calle, a la sazón solitaria, sin más testigos que la luz de la luna y un sereno que dormitaba en el zaguán de uno de los edificios, preguntó el primero al segundo:

—¿Me quisieras tú decir, que estoy rabiando toa la noche por saberlo, qué fue lo que tú platicaste con el *Maroto* cuando le sacaste de la sala?

Paco Cárdenas le repuso, sonriendo y encogiéndose de hombros:

—Pos lo que le dije fue: “Mire usté, compadre, cuando yo acerté anoche el puesto del *Gallareta*, lo acerté poique estaba pensando con qué jerramienta me había de cortar la yugular, si con una navaja barbera o si con una de Albacete. Y tan es la *chípé* lo que le estoy a usté diciendo, que yo le juro a usté por los *chorreles* que Dios me dio y por la mía compañera, que si no da la casolidá de que el señó Frasquito me hubiera ofreció este puesto, no hubiera visto el sol de hoy ni estaría yo como estoy aquí con usté bebiéndome estos cortaos.”

—¿Y qué fue lo que te contestó el *Maroto*?

—El *Maroto* me miró a las niñas de los ojos, como si quisiera metérseme por ellas dentro del corazón, y después de mirarme a las niñas de los ojos, se alevantó y me tendió la mano, y me la apretó y nos fuimos arriba, y na... Créelo tú, Antonio, créelo tú, que eso de la guapeza es cosa muchas veces más mollar de lo que muchos se piensan.

LA NIÑA DE PORCELANA

I

—Pero ¿tú te has fijao en la carita que tiée ese *gachó*?

Y esta pregunta se la hizo Lolita la *Caperuza* a Consuelo Cárdenas, más conocida por la *Niña de Porcelana*, una chavalilla que justificaba cumplidamente su mote con lo maravillosamente nacarino de su tez y lo delicado de su figura.

—Pos mira tú lo que son las cosas—repúsole ésta—. Tan feo me había dicho tofto er mundo que era ese hombre, que hoy al verle me ha pareció cuasi, cuasi, una pintura.

—Pos di tú algo, *chavó*, que valiente se necesita ser pa decir que es el mozo una pintura.

—No, hija, si ya he visto yo mu bien que tiée ese *gachó* una nariz que es tofta una saboneta y por labios dos botes de runquinquina; pero es que dijieron ustedes tantas veces que no tenía nafta de medio recibo, y lo que es los ojos ya lo quisieran muchos de los que más presumen de bonitos.

—Sí, los ojos son rigulares, y como mal plantao tampoco lo es; pero es mucha nariz su nariz y es mucha boca su boca.

—Vamos, mujer, que detrás e ca mata los hay peores, y sobre to que en eso del gusto no se ha escrito nafta. Y ya ves tú si no se habrá escrito nafta, que a mí no me gusta lo que a ti más te gusta, porque lo que es yo no me casaba con Pepico el *Miriñaque*.

—Pero ¿es que no te gusta a ti Joseíto el *Miriñaque*?—preguntó a Consuelo, llena de asombro, la *Caperuza*.

—¡A mí qué me ha de gustar eso!—exclamó con enérgica expresión de protesta la de *Porcelana*—. A mí me gusta que los hombres parezcan hombres y no rosas en capullo.

—Pos, hija, nadie lo diría, porque el *Mandolina* también cuasi, cuasi, es un clavel de Bengala.

—¿Y qué me importa a mí que sea u no sea un clavel el *Mandolina*?

—A ti no te importará na, pero anda y convence tú a la gente de que tú no ensueñas un día sí y otro no con el *Mandolina*, el cual, por otra parte, sople u no sople el terral, no jace otra cosa que dicir que mu prontito tiée que enterarse él, como Dios manda, por supuesto, del corte de tus chaponas.

—Pos lo que yo te digo a ti, y le diré a él si llega el caso, es que la hija de mi madre no le diría que sí a ese mocito asíñ me lo pidiera con el corazón encogío. Yo no te diré más sino que si no tuviese más remedio que escoger entre él y Joseíto, a Joseíto esco-gía yo con dambos ojos cerraos.

—Pos, hija, lo que es yo—dijo haciendo un gracioso mohín la *Caperuza*—antes de casarme con un hombre como el *Ecijano*, mejor me tiraba a un pozo.

II

Alto, esbelto, de gallardo empaque, limpio como el agua y siempre típica y elegantemente acicalado, hacíase Joseíto el *Ecijano* perdonar lo incorrecto de sus facciones, gracias a lo generoso de su condición, a lo expansivo y jovial de su carácter y a saber anticiparse siempre y ser el primero en poner en solfa las condiciones antiestéticas con que Dios le hubo de poner en este valle de lágrimas.

Joseíto, que, como acabamos de decir, tenía la modestia de creer a pies juntillos lo que los espejos mejor azogados le decían, había tenido buen cuidado de hurtar el corazón a todo serio escarceo amoroso por temor a no ser debidamente correspondido, y vista habíale dado ya a la edad anatematizada por el poeta sin sufrir quebrantos de mayor cuantía en sus amorosas andanzas, y arribar esperaba a la en que la sanere aminora sus hervores sin tener que llorar los desdenes de hembra alguna, cuando quiso su mala o buena suerte que se tropezase un día manos a boca con la *Niña de Porcelana*, al ver a la cual púsose intensamente pálido, y

—¡Camará!—balbució—. Esto sí que no estaba en mis libros. Y si yo llego a saber esto, antes de pasar hoy por aquí me voy a las Baleares.

Intentó matar en flor, como su buen juicio le aconsejaba, aquello que a la vista de la *Niña* hubo de sentir; pero en aquella ocasión no le valieron sus energías, y dándose por vencido cuidóse tan sólo de ocultar su pasión a los ojos de todo el mundo, y sobre todo a los de Consuelo, de la cual no tardó en conquistarse las más hon-

das y al parecer fraternales simpatías, de igual modo que las de la madre de ésta, la señora Rosario, la cual nunca parecía tener boca bastante para alabar la índole jovial, campechana y generosa de Pepico el *Ecijano*.

Este, que parecía resignadísimo a no paladear más goce que el no exento de amargura que su intimidad con la *Niña* le proporcionaba, no había día en que no pasase, al dirigirse al taller, por su reja para en ella dejar a su paso un misterioso suspiro; en que a la salida del trabajo no cambiase en la ventana de la *Niña* algunas frases con ésta, y en que llegada que era la noche, no echara el ancla casi a diario en su bahía durante algunas horas, distrayéndola con sus donosos decires o cantándole los tangos más en boga a los sones de la por él bien tañida vihuela.

III

Consuelo, regadera en mano, recogida en la cintura la falda de percal, que dejaba ver los pulidos zapatos, y que ceñíase con pérfida ductilidad a la pierna nerviosa y fina; luciendo vistoso collar de abalorios, y tocado de flores el espléndido cabello, entreteníase en regar los geranios que embellecían el largo arriate que adornaba el patio de la casa en que vivía, en tanto la señora Rosario charlaba animadamente con la señora Angustias la *Veterana*, sentadas las dos en uno de los extremos del patio, y retrenado en su silla contra el ruinoso muro, dormitaba el señor Curro el *Almejero*; cosía la *Caperuza* a la sombra que proyectaba un jazmín que escalaba el añoso parral, y Joseíto el *Ecijano*, reclinado también en su silla contra el muro, entreteníase en templar su reluciente guitarra.

—Pos diga usted, Pepe—exclamó, dirigiéndose a éste, la *Caperuza* y deteniéndose en su labor—; diga usted que le va a amanecer, sin haber conseguido templarla, con la guitarra en la mano.

Hizo un brusco movimiento aquél, y

—Es que—repúsole a Lola—estoy esperando a que arremate Consuelo.

—Pos lo que es yo ya arrematé—dijo en aquel momento la *Niña*, y soltando la regadera dirigióse, haciendo ondular su talle maravilloso, adonde aquél estaba sentado, plantóse delante de él, al par que se llevaba las manos a la nuca para arreglar algunos de sus indómitos mechones, y

—Pos, hijo—continuó con voz dulce y jovial—, ya púee usted estar dándome gusto a mí y gusto a to el publicquito.

Al oír cómo el tocaor se formalizaba, acercáronse a él la *Caperuza* y el señor Curro, que había abierto los ojos al sentir el primer enérgico rasgueado.

Joseíto no se hizo rogar, y una vez que la guitarra podía desafiar al oído más experto y exigente, cantó con voz dulce y de simpático timbre:

Corazón mío, no llores
manque te mate la pena,
y deja ya que te entierren
por su carita morena.

Consuelo le contempló meditabunda, y Joseíto siguió cantando, jaleado de modo entusiástico por el auditorio.

—¿Por qué no cantas la “Gabriela”?—preguntó a Joseíto el *Almejero*.

—Veremos a ver si puedo—le repuso aquél, sonriente, y momentos después resonaba su voz rítmica y querellosa como un lamento dulcísimo.

—Eso sí que es platicar canela—exclamó el señor Curro, palmoreando enérgicamente, y después

—A ver, dime cómo es la copla, que yo no la he entendido bien—le preguntó a la vez que miraba a Consuelo con expresión maliciosa.

—Yo tampoco la he oído bien—dijo ésta, sonrojándose ligeramente—; pero si quieres aprenderla, que José te la repita.

Miró ligeramente turbado a la *Niña* el aludido, y

—Pos la copla—murmuró dirigiéndose a Lola—dice así:

Ya ves si es grande mi pena
y si es mala mi fortuna,
que me he vinío a preñar
de la cara de la luna.

—Pues lo que es la coplilla es de las que se las traen—exclamó Lola, siempre sonriendo maliciosamente y haciendo turbarse de nuevo al cantaor y enrojecer de nuevo a la de *Porcelana*.

—Güeno—dijo el señor Curro interrumpiendo el diálogo—; ahora lo que sa menester es que se cante una miajita Consuelo.

—¡Que yo cante!—dijo ésta mirando como asombrada al viejo, y después añadió—: Vamos, usted no sabe bien lo que me acaba de peír; eso es pedirme una estrella.

—Pos entonces es que a mí me han engañao también—dijo Joseíto—, porque la misma presona que se lo ha dicho al señor Curro me lo dijo a mí esta mañana.

—Eso se lo diría a ustedes alguno que no me quiere bien, porque quién en este mundo está libre de una malita lengua ni de un farso testimonio.

—Si eso es lo que sabe ella mu requetebién—murmuró el viejo, y después, dirigiéndose al *Ecijano*—. Mira: si tú quiées que hoy oigamos cantar a este fenómeno, yo sé por quién hay que peirle que cante.

—¿Y por quién hay que peirme a mí que cante?—preguntó al viejo, poniéndose seria, la *Niña*.

—Pos pa que cantes tú lo único que sa menester es llegarte al corazón, y pa llegarte a ti al corazón y pa que jagas lo que se te pía, sa menester peírtelo por el mozo más rebonito y más armionao y más cruzaíto de alas del barrio de la Victoria.

—Me parece a mí—dijo Lola mirando a hurtadillas al *Ecijano*, que oyendo al señor Curro habíase puesto pálido como un muerto—que está usté la mar de dequivocafillo, que Consuelo no canta si es que se lo pñen por el hombre más bonito y más pinturero del barrio que usté ha mentao.

Consuelo miraba con vaga expresión acariciadora a Joseíto, el cual procuraba en vano dominar la congoja que en su pecho despertaran las frases del *Almejero*, el que de no estar seguramente convencido de lo que decía, no hubiese, según él pensaba, aventurado afirmación tan rotunda.

—Pos señó—dijo el viejo, sorprendido y un tanto molesto por la mala acogida dispensada a lo dicho por él—, si yo he creío lo que por ahí se dice, es porque naíta tiée de particular, y como el *Mandolina* se pasa cuasi to el día debajito de este alero...

—¡Y le voy yo a pegar un tiro al *Mandolina* pa que se vaya!—exclamó la *Niña* con acento en el que la ira había puesto sus más leves inflexiones.

—Güeno, pos yo no he dicho naíta—exclamó el señor Curro, mirándola con extrañeza.

Y volviéndose hacia Lola,

—Pos entonces tú dirás por quién hay que peirle que cante a esta criaturita, porque tú lo debes saber más mejor que toíto er mundo—le dijo, mirándola con expresión interrogadora.

Lola miró a su amiga, que con el ceño fruncido seguía con los ojos puestos agresivamente en los del *Almejero*; miró después a Jo-

seito, que con la más angustiosa incertidumbre retratada en el semblante, no apartaba la vista del mástil de su vihuela, y tras vacilar algunos instantes y cerrando de pronto los ojos como quien se tira al mar de cabeza,

—Pos píaselo usté—dijo con voz ligeramente temblorosa—por el hombre más..., más... Vamos, cómo lo diré yo. Por el hombre que sea una cosa una miajita contrario de lo que es el hombre que usté ha mentao.

Y momentos después, mientras Joseíto, embriagado de júbilo, hacía sonar la guitarra como nunca había sonado, ni volviera a sonar seguramente en sus manos, y el viejo contemplaba lleno de asombro ora al tocaor, ora a la cantaora, y no se atrevía la *Caperuza* a mirar cara a cara a la de *Porcelana*, cantó ésta con voz agradable de timbre sonoro a la vez que sus ojos acariciaban dulcemente los de Joseíto:

Diga er mundo lo que diga,
piense er mundo lo que quiera,
mírame con alegría
y no me mires con pena.

SANGRE TORERA

I

Antoñuelo se sentó en una de las sillas que solían dejar en el patio las vecinas, y retrepándose contra el muro, con el cigarro en la boca y en las manos una de las revistas de toros a la sazón más en boga, dejó vagar su mirada distraída por el patio que el sol, a modo de maravilloso artífice, recamaba de oro y de resplandores.

Antonio podía contar veinte años, y era alto, descarnado, de cuello largo y musculoso, de brazos y piernas de armónica proporción y de acharranado rostro moreno que avaloraban sus grandes ojos oscuros y su boca, si grande, de blanca dentadura y labios purpúreos, y las negrísimas, hirsutas y brillantes guedejas que se le encaracolaban sobre las sienes.

En el momento en que le sacamos a escena, Antonio, luciendo un pantalón de lienzo de achulado corte, ceñidor color de grana que hacía más intenso el blancor de la pechera adornada con amplio tableado, reducido pañuelo de seda azul a guisa de corbata, y sobre la sien flamante gorrilla, dejaba vagar—repetimos—su mirada distraída por el patio, sin enterarse sin duda de lo intensamente que fulgían los geranios y las margaritas en los maltrechos arriates; de lo espléndidamente que decoraban los muros, renegridos, las trepadoras con sus a modo de faldellines, salpicados de azules campanillas; del artístico golpe de vista que presentaban Rosario la *Jaquetona*, poniendo de relieve sus arrogancias estéticas, golpeando con el cubo, para poder llenarlo, en las aguas dormidas del pozo de brocal de piedra carcomida, y el gato, que se desperezaba al sol con felinas elegancias, y el gallo, que prisionero entre carrizos, lucía los más bellos tornasoles en la bien alisada pluma.

El día reía y reía el patio a su conjuro; una mujer cantaba una copla gitana; llegaban hasta él los rumores de la calle, el gritar de los chavetas encuerinos; el pregonar cadencioso de los vendedores ambulantes; las notas acordadas de algún organillo callejero, amparado de la pereza famélica.

Antonio pensaba en que muy en breve había de jugarse la carta definitiva; en que el domingo inmediato, si tenía de cara a la Santa Virgen, ya podía reirse a todo trapo de la oscuridad y de la miseria en que hasta entonces había vivido, y al pensar esto, todo su pasado resbalaba dulce y rápidamente por su imaginación.

Antonio recordó sus años infantiles, aquellos que pasara en mitad del arroyo, churretoso y encuerino; sus travesuras, su profesión, su encuentro con Maricucha, aquella chavalilla espigada como un junco, y como el junco ondulante y suave. Maricucha había sido la hembra de sus pensamientos desde aquellos días en que, oficiando de hormiga, procuraba llevar a su hormiguero el producto de sus correrías por calles y plazas, dedicado a la busca y captura de las puntas de cigarros. Maricucha en aquellos años primeros fue su compañera de juegos y travesuras; todos los días, a las primeras luces, lanzábase nuestro mozo a la calle con su lata debajo del brazo, enseñando las carnes por entre los jirones del calzón y por los de la destrozada chamarreta, caminando alegremente hacia el puente de la Aurora, donde, a la sombra en estío, y en invierno soleándose sobre el muro, descalza y apenas vestida, pero limpia y peinada, y a veces con un matujo en el negrísimo cabello, aguardábale Maricucha, que contaría dos o tres años menos que él y que era de tez suave y aterciopelada, de grandes ojos dulces y risueños, de cabellera espléndida, de labios carmesíes y de facciones de lineal maravilloso.

La amistad de ambos rapaces nació un día en que Toñuelo, viendo que el *Granzones* golpeaba a Maricucha por arrancarle un cigarro casi entero que aquélla habíase anticipado a recoger, sintió que algo inusitado se le incorporaba dentro del pecho, y sin medir el tremendo desarrollo muscular del enemigo, cerró con tal denuedo contra el colega, que, intimidado éste por tan inesperada acometida, tomó heroicamente las de Villadiego, y momentos después, no sabiendo Maricucha cómo galardonar la galantería del encuerino, desfacedor de sus agravios, ofrecíale, con los ojos aún llenos de lágrimas, y con la sonrisa en la boca, el cigarro causa del poco varonil atentado del *Granzones*.

Desde aquel día apenas si pasaron uno distante el uno del otro, hasta aquel en que la madre de Maricucha, que había mejorado de fortuna, gracias al décimoquinto de sus enlaces matrimoniales, al ver el desarrollo progresivo y tentador de las pantorrillas de su unigénita, y fijándose en las miradas codiciosas que empezaban a poner en ellas los de más encanecidos cabellos de los ternes del distrito, juzgó conveniente poner a salvo de espejuelos a aquella alondra descendiente de una de las más famosas de las dinastías gitanas.

Esta decisión no fue anunciada a Maricucha; ésta se lo juró cien y cien veces a Antonio al contarle lo ocurrido. Ella, al disponerse, en la mañana de un día de su santo, en que cumplía los trece años, a salir, como de costumbre, a hacer la diaria colecta, se encontró con que su madre, al verla saltar del lecho, cogióla por un brazo, y sin decir oste ni moste, y después de dejarla tal y como la pusiera en el mundo, la colocó sobre un barreño lleno de agua cristalina, empuñó casi toda una barra de jabón, y minutos después salía otra de entre sus manos y de entre las jabonosas espumas del barreño, aquella Venus de tez tostada en cuyas formas empezaba a poner la pubertad sus hechizos más tentadores.

Ya rechinante de limpia, la vistió, encima de una camisa flaman-te y acartonada, una falda de color de rosa de amplios volantes ribe-teados de felpilla negra, que apenas si dejaba ver el pie pulidamente calzado, corpiño azul y amplio pañuelo de crespón amarillo que de-jaba ver el collar de abalorios; cordobesas arracadas que casi rindie-ron con su peso sus orejas, casi invisibles; peinó primorosamente su gran cabello a estilo gitano, puso entre sus relucientes ondas una re-ducida peineta y dos claveles, y, después de contemplarla, haciéndola girar una y otra vez delante de ella, exclamó en un arranque de maternal orgullo:

—¡Eres la *calé* más siete veces bonita y más siete veces graciosa que parió madre en la tierra del salero!

Maricucha estaba como atontada. Cuando su madre la puso de-lante un trozo de espejo, le costó trabajo reconocerse; no se cansaba de mirarse reflejada en el cristal. “¿Qué dirá Toño cuando me vea?”, pensó. Y un estremecimiento de alegría recorrió su cuerpecillo ondu-lante como el de un antílope.

La señora Rosario la hizo desfilar por delante de todos los veci-nos del corralón, primero; después, por delante de todos los de la calle; por todos los del barrio, por último. Y una hora más tarde, ya terminado el desfile, decíale con acento zalamero:

—Dende mañana a pelear por la vía, que sa menester que quan-do venga por mí la que nunca marra, sepas tú buscarte los pícaros garbanzos. Y además, que a mí ya se me van abitocando los regato-nes, y pa tirar de mi cuerpo necesito yo ya cuasi dos locomotoras.

Maricucha, en medio de aquella alegría que súbitamente habíala invadido, sentía profundo desconsuelo; ya no podría estar a todas horas con Toño; se acabaron para siempre sus juegos, sus alegrías, sus paseos por la Farola, por el camino de la Caleta, por el de Chu-rriana, por el Arroyo de los Angeles; sus expediciones a las huertas próximas a ayudarles a recolectar sus frutos contra su voluntad a los

pobres hortelanos. Todo su ayer acudió aquella noche a su imaginación, y en vano procuraba conciliar el sueño; inmóvil para que no la sintiera rebullir el matrimonio que dormía, evocaba todos los detalles de su vivir con su camarada. ¡Qué cara puso éste cuando, al llegar en busca de ella extrañado por su ausencia, se la encontró tan empernejilada! Sus ojos la contemplaron como espantados; después se miró él sus calzones sucios y rotos, su chamarreta gemela de los calzones, y su rostro se contrajo, y hundiéndose rabiosamente ambos puños en los bolsillos, y dejándose por olvido sin duda la lata con toda lo recogido en el día, se alejó sin hacer caso de Maricucha, que le gritaba llena de angustia al verle alejarse tan sombrío y silencioso:

—¡Pero ven acá, tonto perdío, ven acá, por los ojos de tu cara!

Toñuelo no volvió, pero a la mañana siguiente, al lanzarse Maricucha a la calle en compañía de su madre, pensando en Antonio, éste, escondido tras una esquina, atisbaba la casa, y al ver salir y alejarse a la hembra adorada, colocó un brazo contra la pared, la cara contra el brazo, y algunas lágrimas ardientes humedecieron silenciosas la desgarrada manga de la no muy limpia chamarreta.

II

El sol caía como una inmensa caricia de oro y de fuego sobre la plaza de la Constitución; las gentes desfilaban rápidas por las aceras al amparo de la sombra que proyectaban toldos y marquesinas; los establecimientos defendían sus puertas y escaparates con rojos cortinones; los cocheros dormitaban en el interior de sus vehículos; un elegante quiosco y dos o tres improvisados tenderetes, casi del todo cubiertos de flores, ponían en el cuadro una nota de frescura; ni la más ligera nube empañaba el azul purísimo del cielo; los vendedores de periódicos guarecíanse bajo los balcones. El Imperial rebosaba gente; junto a una de sus puertas, en lugar protegido por la sombra, jugaban a las cartas Pepe el *Tano* y Paquillo el *Cardenales*, a los que contemplaba con expresión hurafia el *Cartulina*, cuyo rostro reflejaba la honda tristeza en que le sumergiera la deserción de Maricucha.

El primer día en que se encontró Antonio sin ella, se lo pasó solo, apenado, tendido ora acá, ora acullá. Y cuando llegó a su *cu-bril* aquella noche, tuvo que inclinar la cabeza ante los duros y justificados reproches de sus viejos. Cuando se arrojó sobre el misero petate que le servía de cama, tuvo que ahogar una serie inacabable de suspiros; antojábasele que habíase quedado solo en el mundo;

ya le faltarían en lo sucesivo los poderosos estímulos que le habían hecho competir con los más expertos de sus colegas; ya no necesitaba ganar, además de lo que tenía la obligación de llevar a sus padres, algo con qué regalar a Maricucha. ¡Cómo le gustaban a ésta las chucherías, los caramelos, las chocolatinas, las sortijas aquellas de dúblé y piedras monumentales que él le regalaba, y que ella guardaba en una cajita de cartón como el más preciado tesoro.

Cuando, extrañado por su ausencia el primer día, acudió a su casa y vióla transformada, quedóse mirándola como entontecido; antojósele otra mujer, e intimidado por aquella metamorfosis, pareció darse cuenta de su inferioridad, y un atán sordo de redención se apoderó de su alma. El necesitaba escalar los peldaños que acababa de escalar Maricucha; él quería presentarse a ella llenándola del mismo estupor que ella le acababa de hacer sentir, y al pensar esto arrojó iracundo contra el suelo la lata de conservas, almacén de su poco lucrativa industria, y se alejó meditabundo y ensimismado, y huyendo de los camaradas que intentaban unirle, fuese al Parque a peírles, sin darse cuenta de lo que buscaba, inspiraciones a los grandes macizos de plantas y flores que embellecen el amplio paseo, y amparándose en una rinconada algo distante del lugar donde los automóviles hacían sonar sus sirenas, su rodar los carruajes y el tintinear de sus timbres los velocipeaistas, tendióse sobre uno de los asientos de mármol artificial y sumergióse en una honda y triste meditación.

Durante algunos días vivió algo alejado, al parecer, de Maricucha; pero todos ellos se los paso siguiendo a su ex compañera, la cual recorría diariamente el barrio acompañada por su ilustre progenitora, que acogía esponjándose de satisfacción las enhorabuena y felicitaciones de todos los que la conocían, sin conseguir la muchacha que sus ojos tropezasen con aquellos tan queridos que no se apartaban un punto de su amante pensamiento.

—Qué, ¿no juegas?—preguntó a nuestro héroe Joseíto el *Cardenales*, a la vez que peinaba con manos expertas los mugrientos naipes.

Antonio movió negativamente la cabeza, y continuó mirando jugar a sus camaradas, que no tardaron en poner fin al juego; el *Cardenales* había hecho saltar la banca.

—Si tú tuvieras er canto de un duro de vergüenza, na más que er canto de un duro, me darías la revancha jugando de palabra. Pero como te falta ese canto que yo digo...

—Por eso los mozos de Coimenar llevan los cuellos tan tiesos...

El *Tano* se desesperó; él necesitaba recuperar el capital perdido a todo trance, y dirigiéndose con acento suplicante al *Cartulina*:

—Bien poías tú emprestarme una *torda* tan siquiera—le dijo con acento quejumbroso.

Y ante el gesto negativo de aquél, continuó:

—Vaya, empréstatmela y te dejo el cajón en prenda.

Antonio fue a negar al *Tano* lo que éste le pedía, pero una idea le hizo variar de propósito.

—Güeno, te lo emprestaré—le dijo, sacando las últimas monedas de cobre en que consistía todo su capital.

Ya con el cajón en la mano, penetró en la calle de Larios y se detuvo delante de uno de los más importantes hoteles.

—¡Eh tú, capitalista, a ver si me los dejas como si fuesen de cristal de roca!—díjole un señoritingo de terno de corte achulado y amplio pавero, señalándose el elegante calzado.

Antonio vaciló un punto, pero esta vacilación fue de un segundo, y cuando una hora después se encontró con que en este tiempo había conquistado lo que solía ganar en toda una jornada, una sonrisa de satisfacción asomó a sus labios, y cuando al llegar la tarde se le presentó el *Tano* a suplicarle la devolución del cajón, le repuso con resuelta actitud:

—Te lo merco, si es que me lo quieres *pulir* horita mesmo. ¿Tú sabes?

El trato quedó ultimado. Antonio le dio dos de las tres pesetas que había ganado en aquel día, y aquella noche soñó nuestro héroe que se presentaba ante Maricucha vestido también de gala, con un terno flamante, con una gorrilla también flamante, de seda, y luciendo en lugar de miserables alpargatas, elegantísimos brodequines.

Un mes y pico transcurrió durante el cual apenas si consiguió Maricucha echar la vista encima a Antonio. Esto la tenía apenadísima; no podía acostumbrarse ella a no ver a su amigo; a todas las horas del día y de la noche tenía como claveteado en el pensamiento; sabía por varios de sus amigos que Antonio había abandonado el oficio, y que había ingresado en el gremio de limpiabotas con no contraria fortuna.

Dos meses después, aproximadamente, se levantó Antonio un domingo casi de madrugada; la impaciencia no le había permitido cerrar los ojos en toda la noche, y en cuanto el gallo de la casera dejó oír su toque de diana, se lanzó sigilosamente del lecho; junto al cual y sobre una silla, su madre había cuidado de dejárselo todo preparado: la camisa de pechera tableada, el pantalón de abotinado

corte, los zapatos de becerro amarillo, la guayabera de pana gris como el pantalón; el pañuelo de seda azul y la flamante gorrilla de seda oscura.

Antonio se lavoteó impaciente, procurando no despertar a sus padres, que roncaban, y alumbrado por la luz de una mariposa, y cuando las primeras claridades del día alumbraron vagamente el corredor, salió de puntillas de la estancia, con los zapatos en la mano, y, ya en el corredor, se los puso y se dirigió a la calle, embriagado de gozo y de esperanza.

Cuando penetró en el *hondilón* del *Marimoña*, el tabernero, en mangas de camisa, con el rostro aún abotagado por el sueño, limpiaba los vasos y copas en la gran pileta de cinc, colocándolos después en correctas filas sobre el mostrador, en tanto dejaba oír sus hervores la gran cafetera dorada.

—¡Camará, chiquillo, pos di tú que viées más repinturero que un loro!

Antonio se contemplaba reproducido en la puerta de cristales de uno de los anaqueles, donde algunas tandas de bollos de aceite aguardaban las famélicas acometidas de los más madrugadores de los parroquianos.

Estos casi tributaron una ovación al *Cartulina*.

—¡Lo que es la compostura, *chavó!*—murmuró Pepe el *Sereno*, en tanto le contemplaba llena de admiración Lola, la sobrina del *Marimoña*, una chavalilla de ojos brillantes y de reducida estatura.

Paladeando su triunfo, se dirigió Antonio hacia donde abrigaba la esperanza de tropezarse con Maricucha, a la cual hacía dos semanas había dejado por fin sin andadores la señora Rosario.

—¡Camará, pos di tú que si no te pones un letrero no va a haber quién te conozca, saleroso!—díjole al verle pasar por delante de su puesto la señora Dolores la *Quinquillera*.

Antonio sonreía a cada nueva frase que arrancaba su metamorfosis, y al pensar en la mujer amada un dulce atosigamiento se apoderaba de él, y espoleado por la impaciencia ya se disponía a dirigirse hacia casa de su ídolo, cuando de pronto palideció intensamente: una voz dulce y de timbre armónico y quejumbroso acababa de llegar hasta sus oídos, dulce voz conocida que pregonaba:

Niñas, las randas mejores,
encajes que son primores,
lo mejor de lo mejor;
sal ya, niña, a la ventana,
que ya está aquí la gitana
con toa la gracia de Dios.

El encuentro de Maricucha y Antoñuelo hizo enmudecer un punto a ambos; a la primera se le quitaron las ganas de pregonar, y su semblante se demudó, a la vez que sus grandes ojos brillaban pletóricos de alegría y de sorpresa; Antoñuelo se comía con los suyos a su ex compañera.

—¡Toño!—musitó por fin la muchacha, poniendo una caricia intensa en las trémulas inflexiones de su voz.

—¡Maricucha!—murmuró él con acento vibrante de pasión.

Maricucha se arrepintió de su exclamación de gozo; ella había estado acariciando durante muchos días la idea de vengarse de Antonio por las horas amargas que habíale éste hecho pasar, y haciendo un gracioso mohín:

—La verdá es que yo debo haber vendío la vergüenza uno de estos días atrás, cuando te miro a la cara.

Antonio la escuchaba como embelesado. ¡Qué ganas que tenía ya de volver a oír aquel metal de voz tan dulce y tan querelloso!

—Pero ¿es que tú no oyes lo que yo te digo?—volvió a preguntarle Maricucha.

Antonio sonrió zalamero, y

—¿Y eso poiqué?—le preguntó, y antes que ella pudiera contestarle—: Poique no he vinío en busca tuya, ¿verdá?—continuó—. Pos bien: no he vinío poique er día úrtimo que fui a tu casa, al verte tan requetebién jateá, se me cayeron los palitos der sombrero; como que no pués tú figurarte las *ducas* de muerte que he pasao, y er corazón me hubiera yo jugao a la *raba* aquel día por haberme poío poner elante e ti con cuatro plumas encarnás y cuatro plumas azules.

—Y lo que se me importará a mí que te pongas un plumero... ¡Por más que estás así pa que te chillen, salao!

—Como que por darles gusto a esos dos luceros que un *divé* te puso en la cara, he peleao yo pa poer presentarme a ti como si acabase de arrecoger una herencia.

Durante todo aquel día apenas si se separaron los amantes. Antoñuelo no cogió los trebejes del oficio, y al despedirse de ella al llegar la noche, ya habían dejado hecho un pacto: él, todas las mañanas, la aguardaría en la calle del Cañaveral y la acompañaría durante una hora; después se iría de nuevo al trabajo, a seguir buscándose la vida de aquella nueva y más decorosa manera.

III

Cinco años eran transcurridos cuando volvemos a poner a plena luz a nuestros protagonistas, años durante los cuales apenas si algu-

na que otra nube de verano había logrado empañar el radiante cielo de aquellos juveniles amoríos; en vano los padres de Maricucha habían intentado romper aquellos tan dulces lazos; sus consejos habíanse estrellado en la firmeza de la muchacha, y en vano también los mocitos de más bandera habíanla puesto tenaz amoroso asedio. Ante sus muros habían tenido que abatir sus pendones los más irresistibles ternes del distrito. Paco el *Tulipa*, Juan el *Jequero*, Curro el *Ventolina*; aquel trío inmortal en las tradiciones percheleras y trinitarias había sufrido la humillación de verse preteridos al *Cartulina*; éste habíase visto precisado a abandonar el oficio que adoptara años antes. Maricucha habíase ingeniado para dejar la cesta de los encajes y ya no callejeaba pregonando rítmicamente sus mercancías. Todos los días de subasta acudía a las agencias de su predilección, y revendiendo los lotes de alhajas que en ellas adquiría, fue progresando hasta el punto de poder trabajar por cuenta propia, en tanto su madre pasábase el día charlando en el patio del corralón, y su viejo en cualquiera de las tabernas próximas, poniendo cátedra de vago y de alegre y de chirigotero.

Este paso de avance de la gitana hízole a Antonio pensar en abandonar para siempre el humilde oficio, decisión que le hizo llevar a la práctica Maricucha, que hubo de decirle un día señalándole los útiles de su industria:

—La verdá es que tengo ya la mar de ganitas de que tires ese trasto a la mar salá, a ver si se lo come ya de una vez un rancho de calamares.

Estas palabras hicieron que Antonio se decidiese, y al siguiente día, cuando su madre, como de costumbre, le despertó para que fuera a buscarse la vida, repúsole el muchacho con acento decidido y en resuelta actitud:

—Eso ya se acabó, marecita. Yo ya no güervo a limpiarle el calzao más que a quien yo sé cuando a mí me dé la repotentísima gana.

—Pero ¿es que vas a poner un bazar en la Alamea?

En vano la señora Frasuquita se mesó las grises y no muy limpias aceitosas guedejas; en vano el señor Curro hizo algunos mohines como si estuviera a punto de llorar; en vano recurrieron después, ya a la desesperada, a más contundentes e impropias razones; todos sus esfuerzos se estrellaron en la inconvencible actitud de Antonio.

Una noche en que éste paseaba silencioso y meditabundo por las calles del barrio, hízole su buena fortuna tropezarse con Pepe Fajardo, un torerillo en agraz, vivaracho y alegre como un repique, el cual habiendo bebido más de lo que necesitaba para que se exacer-

baran sus ternuras, dióle el exceso del montilla por adorar al ex limpiabotas, al cual invitó a cenar en celebración de lo bien que él había quedado en la última capea, en que luciera su habilidad, y media hora después, sentados frente a frente a una mesa en Los Corales, decíale Pepe al *Cartulina*:

—Mía tú: a mí tú me eres la mar de simpático, y me alegraría yo de que tú te atrevieras a ser uno de mis peones o uno de mis banderilleros.

—¡Yo tu peón! Pero, chiquillo, si yo no pueo ver cerca una vaca de leche sin que me dé una alferecía.

—Pero, guasón, si eso de ponerse delante de un toro es más fácil que cantarse unas serranas; si los toros cuasi tos tienen los pitones como pilones de azúcar.

Antonio quedó perplejo. Bien podía ser aquélla una solución inesperada; él siempre había tenido amor decidido a los toros, y si no se había metido en la afición era porque él no había creído nunca que tuviesen los pitones de azúcar, como Fajardo decía. Antonio vaciló; la oferta no era de las más tentadoras, porque para llegar a ser algo de provecho hacíase preciso no ir a lucir sus facultades a Moclinejo o Totalán; para llegar a ser algo hacíase preciso lucirlas en los grandes ruedos. Pero también es verdad que principio quieren las cosas, y al pensar esto se acordó de Pepe el *Mangaño*, su compañero de estudios, el cual, al año no cabal de meterse en harina, había llegado a convertirse en uno de los de más cartel de todos los novilleros, tanto que la última vez que hubo de tropezarse con él, por poco si le da un síncope al ver los brillantes que lucía el mozo en la pechera de la camisa.

—Qué, ¿te atreves?—insistió Pepe Fajardo, que le contemplaba con ojos escrutadores.

Antonio pensó en que si dejaba perder aquella ocasión, tal vez no la volviera a encontrar, y sin darse cuenta de lo que decidía y viendo solamente relampaguear ante sus ojos los brillantes del *Mangaño* y los bellísimos ojos de Maricucha:

—Pos ya lo creo que sí, que me atrevo—le repuso por fin con voz firme.

No tardó en presentarse una oportunidad en que el mozo pulsara sus facultades en una capea en Cártama.

Maricucha se opuso fieramente a la decisión de Antonio; ella no quería que fuese torero así lo emborriizaran en polvos de diamantes. Las mujeres de los toreros tenían que vivir muriéndose. No, ella no quería sufrir tan horrible martirio; estopa y pez le costó al mozo convencerla de que en aquella ocasión no había nada que temer; se

lo había dicho Pepe Fajardo, que ya conocía íntimamente las vacas que se habían de lidiar: eran tres buenas mozas que no podían con las ubres y a las cuales él sabía que hasta los cuernos, antes de correrlas, se los echaban en remojo.

Tuvo que resignarse, aunque siempre protestando, Maricucha, y un amigo de Antonio proporcionó a éste un capote de raso de algodón azul rabioso.

Cuando el novel lidiador regresó de Cártama, tuvo necesidad de quedarse en cama dos o tres días, a consecuencia de que a una de las de los cuernos en remojo habíanselo resecado, sin duda, el teral, y el mozo salió de su ensayo taurómico con el cuerpo dolorido y con todos los colores del iris en su gallarda persona.

—Con que aprendas a menear una miajita el percal, tenemos en ti la mar de gente, porque bien puées decir que estás elante de los toros como si estuvieses elante del casero de tu casa.

En esto no mintió Fajardo: Antonio al verse delante de aquellas imponentes cornalonas no se había sentido intimidado ni mucho ni poco; a cada acosón con que le hacían rodar por tierra, entre el griterío del pueblo entusiasmado, levantábase más y más encoraginado y con más decisión tornaba a colocarse delante de aquellas testuces imponentes para al minuto volver a rodar molido y maltrecho.

—¡Camará, pos di tú que te ha parío cuarenta y siete veces esta tarde la señá Frasquita! ¡Vaya un mo de aguantar achuchones! —díjole ya terminada la corrida el *Cardenales*.

Antonio fue el héroe de la jornada; todos los que presenciaron la capea entonaron un himno en honor suyo.

—¡Vaya un mozo con *condinga*! ¡Vaya un *gachó* con toa la *si güela*! Pa decir to lo bruto que es se necesita una bula pontificia.

Antonio se esforzó en ocultar a los ojos de Maricucha su quebranto físico, pero no lo consiguió del todo; a veces un movimiento brusco le arrancaba un quejido ahogado.

—¿Lo ves tú?—decíale entonces la muchacha en dulce expresión de reproche—. ¡Si te lo venía diciendo! ¿No ecías tú que le echaban en remojo los pitones a los toros? Pos bien: esta vez pase, pero lo que es otra vez no toreas tú como no sea un bote de bar samina.

Antonio empezó a gustar la gloriosa compensación a los achuchones recibidos; la buena nueva corrió como por regueros de pólvora. Pepe Fajardo y su cuadrilla habíanse convertido en trompeta difundidora de sus proezas, hásta tal punto que los padres de Ma-

ricucha, que apenas si se dignaban antes mirarle, dijeron a su hija con acento complacido:

—¿Conque según parece va a resultar otro *Gallo* esa gallinita de Guinea?

Maricucha encogióse de hombres, y no obstante lo mucho que la contrariaba que Antonio se hubiese aventurado por aquel derrotero, no pudo evitar que una vaga sonrisa serpeara en sus labios oyendo ensalzar la serenidad ante los toros del hombre que llenaba su alma de ternuras, y de luz sus amantes pensamientos.

Antonio desde aquel día empezó a dejarse la trenza y a asistir a la tertulia que formaba en la entrada del Pasaje de Alvarez cuando no tenía ninguno de los contertulios con qué pagar una convidada, o en la cervecería cuando no carecían de los medios necesarios para pasar el rato de manera más confortable.

Un mes después tuvo ocasión el *Cartulina* de probar de nuevo su resistencia ante la tarascada de las fieras, y al año escaso había coseguido eclipsar los esplendores de Pepe Fajardo, merced a su arrojo matando dos novillos en uno de los pueblos próximos a la capital.

Aquellas dos muertes fueron a modo de zancos sobre los cuales se encaramó el *Cartulina*, logrando, merced a esto, empezar a destacarse sobre la turba de coletas que hormigueaba en esta tierra de nuestros amores.

—Ustés no saben—decíale una tarde a su regreso Pepe Fajardo a su pintoresco auditorio, sentado en la cervecería—; ustés no saben qué fenómeno es el Antoñuelo matando, ¡camará!, y qué modo de cruzar y de perfilarse y de jarrear más rerto que una vela y de doblar entre los mismos pitones, y de mojarse las uñas y de vaciar, como si en lugar de estar entre dos pitones estuviera entre dos meringues de fresa.

La aparición en la cervecería de Antoñuelo fue acogida con una salva de aplausos. Antoñuelo, merced a lo ganado durante aquel año, había conseguido patentizar su amor a las galas típicas, y su figura, que habíase redondeado un tanto, había acrecido en gentileza y en elasticidad; un ceñidor asomaba por bajo del marsellés de urdimbre gris perfectamente entallado; el pantalón, de la misma tela, modelaba sus caderas a modo de malla; su calzado era pulido; todo cuanto ganara casi en sus expediciones a los pueblos próximos, gastábalo en ataviarse con arreglo al gusto imperante entre los que han tenido el buen gusto de no divorciarse de lo típico y de lo tradicional, tan bello y tan sugestivo.

IV

Antonio contestó sonriendo a los que le jaleaban, y sentándose junto a Pepe Fajardo, dijo a éste:

—Tengo que darte una buena noticia: es muy posible que atoreemos el mes que viene en el circo antequerano.

Pepe y los que le rodeaban posaron una mirada de sorpresa y alegría los menos, de envidia o de incredulidad los más, en el *Cartulina*. ¡Torear en Antequera!

—¿Y eso cómo?—le preguntó Pepe, más con la mirada que con los labios.

—Pos na—repúsole el *Cartulina*, echándose hacia atrás el flamante pavero gris y apoyando el codo en la muleta de hueso del roten—, que esta mañana entré a tomar un cortafillo en ca del *Pipiricando* y me trompecé con el *Chiripa*, y como el *Chiripa* es mu amigo de don Marcelino, el empresario, pos lo que pasa, que encomenzamos a platicar de toros y de toreros, y al *Chiripa* se le ablandó el muelle rial con la miajita de zarzaparrilla que mos habíamos bebío, y... na, que me dijo que o se sale con la suya y atoreamos en Antequera, o que pierde las narices, y ya ves tú que es cosa difícil eso de que el *Chiripa* se quée sin sus narices.

La noticia fue la comidilla de todos; cada cual expuso su criterio: el *Llerena* y el *Clavijo* opinaron que aquello no era más que un farol del *Chiripa*; el *Cuquí* y el *Clavicordio*, que era un arranque del de Jubrique, del que tanto solía abusar aquél; Pepe Fajardo y el *Cartulina* confiaban en él: el *Chiripa* era hombre de tanta palabra como narices.

Cuando se quedaron solos Pepe Fajardo y Antonio, echaron a volar ambos su imaginación; la promesa del *Chiripa* había iluminado como una aurora boreal el horizonte que a diario ellos ensanchaban, recorriéndolo en alas de su ambición. Indudablemente el *Chiripa* lograría su objetivo, y ni que decir tenía que ellos habían de quedar como los mismísimos ángeles, después de lo cual, las contratas caerían sobre ellos como lluvias torrenciales; la fama llevaría sus nombres coreados por vítores y aplausos de zona a zona, y la Prensa reproduciría sus rostros y sus hechuras en todos los momentos más solemnes y culminantes de su vivir. Este tan dulce divagar les llenó el corazón de júbilo, y aquella tarde, al pasear su garbo y su bazaría por las calles más populosas del barrio, lo hicieron como si ya llevaran en la mano la palma de la victoria.

El *Chiripa* cumplió lo prometido, lo cual puso en un brete a nuestros noveles espadas; se aproximaba el momento ansiado, y no

era cosa de tirarse ya seriamente al ruedo sin más atributos taurómacos que cuatro pelos más bien o más mal trenzados, y las algo deterioradas zapatillas. Y espoleados por lo urgente del caso, lanzáronse en busca de algunos ternos de luces con que poder engañar las personas, logrando, tras infinitos esfuerzos, Antonio que le prestara el que un tiempo luciera el hermano de un famoso carnicero.

No estaba en muy buen uso el terno encontrado, terno de un verde bilioso y de una plata inempeñable, terno en que la suciedad celebraba sus bodas de plata con el zurcido, es decir, que a poder sentirse orgulloso, orgulloso hubiérase sentido aquel terno de luces de sentir, en el ocaso de su vida, latir un corazón de hombre bajo su deteriorada urdimbre.

Antes de devolvérselo, algunos días después, a su dueño, tuvo necesidad la señora Frasquita de lavar la taleguilla y de zurcirle el tremendo desgarrón que dejara en él el asta del cornúpeta, que antes de caer hecho un taco a los pies del *Cartulina*, dejó a éste un recuerdo doloroso que le tuvo en el hospital cerca de dos meses, bajo la amenaza de que le tuvieran que amputar una de las extremidades pedestres.

Durante todo el tiempo que permaneció en el lecho no dejaron de ir en las horas que les era permitido, además del señor Curro y de la señora Frasquita, Pepe Fajardo y los que formaban la cuadrilla, y lo que más contribuyó a que recobrara en plazo más breve la salud, la gentil Maricucha, la cual al recibir la noticia del grave percance, por poco si cae al suelo accidentada.

El primer día que llegó junto al lecho en que yacía Antoñuelo, al ver a éste pálido, sudoroso, con los ojos hundidos y la mirada febril; con el cabello apelmazado sobre la frente, sintió que una congoja se apoderaba de su corazón, y en vano quiso contener la hirviente avalancha de llanto que asaltaba de modo irresistible sus ojos, y estrechando entre las suyas la mano que el paciente le tendía, pretendiendo enmascarar con una sonrisa sus dolores, no pudo evitar que una contracción angustiara su rostro, y que algunas lágrimas rebeldes oscilaran un punto en sus larguísimas pestañas antes de resbalar por sus empalidecidas mejillas.

—¡Si te lo tenía dicho, si por algo no quería yo que te tiraras al redondel; si es que me lo estaba dando el corazón, malditos sean los *parneses*!

—Pero no te apures tú, tonta perdía, que esto que tengo no vale naíta. Esto se cura con una salivilla de tu boquita granate. Como que ni tan siquiera me cortan la pierna, que era lo que yo más te-

mía, que quiero yo cuando vaya a tu verita que digan las gentes al verme pasar: “¡Vaya dos mozos juncales!”

Los enfermos que reposaban en los limpiísimos lechos que en correcta formación ocupaban los laterales de la sala, en cuyo fondo destacábase una bellísima Dolorosa, se incorporaron, los en estado de poder hacerlo, para recrear sus ojos en la belleza de Maricucha, que ponía con sus típicos colorinescos atavíos una nota exótica y brillante en aquel escenario, al que daban los dolores mudos y las miradas calenturientas un sello extraño de austeridad y tristeza, que no podían esfumar del todo el sol que bordeaba los alféizares de las simétricas ventanas, ni el blanco reluciente de los estucados muros, ni las nevadas coberturas de las camas, ni el piar de los pájaros en las ramas de los árboles que asomábanse regocijantes por los amplios ventanales; ni la suave serenidad de los rostros de las hermanas que iban de unos a otros prodigando consuelos y administrando pocimas; con sus sayales azules, sus manguitos de igual color y sus cofias nítidas y las no menos nítidas cornetas.

Los enfermos—repefimos—se incorporaban algunos; los más jóvenes y menos combatidos por el dolor, contemplaban con sensuales codicias a Maricucha, en tanto los más viejos y doloridos la miraban indiferentes; algunos ni aun movían los párpados; varias mujeres y hombres del pueblo consolaban a sus deudos. Maricucha entregó un pequeño envoltorio a su amado.

—¿Qué es esto?—le preguntó éste poniendo en ella una mirada curiosa.

—Un retrato mío, pa que no te quées tan solico cuando yo me vaya, y además te traigo un diario que habla de ti.

—¿De mí?

Y una llamarada de júbilo iluminó los ojos del paciente.

—Sí, de ti, y te dice unas cuantas chufas, pero también te dice la mar de cositas güenas. A mí me lo trujo la *Melindres*, la sobrina del *Chapuces*, y me lo leyó Pepe el *Churro*.

—¿Y qué es lo que dice de mí?

—Pos dice que en ti hay la mar de cosas metías, que si sigues, que no seguirás con salú que Dios me dé, jarreando pa adelante, que sé yo, yo no me acuerdo ya de las muchísimas cosas que el periódico te dice.

Cuando se quedó a solas Toñuelo, colocó el retrato debajo de la almohada, desdobló el diario paseando su mirada por sus nutridísimas columnas y lamentando el no haber aprendido a leer con don Leandro—maestro de todos los menesterosos del barrio—, y aprove-

chando algunos momentos en que quedaron solos los enfermos, díjole a uno de los que la suerte había deparado por vecino:

—Oiga osté, señó Pepe, ¿sabe osté leer, por casolidá?

—Pos ya lo creo que sí, pero no por casolidá, sino porque a mí me educaron cuasi en el extranjero, y si ahora trabajo en la fragua es por mo de que mi padre, que esté en gloria, que era tambor del regimiento de Chiclana, perdió jasta el parche por una *gachí* de Eciija que de güena moza que era no podía andar sin agrietar los ladrillos, y como es natural, se gastó en ella to lo que tenía agenciado, que no era poco gracias a lo rumbosa que fue pa con él una señora alicantina que había ya matao a fuerza de jacerles caricias a tres turroneiros de su tierra, y...

—¿Y me jaría osté el favor de leerme lo que dice este periódico?

—le preguntó interrumpiéndole, impaciente, el *Cartulina*.

—Ya lo creo que sí, hombre, horita mesmo.

Y minutos después leía el hijo del difunto tambor de Chiclana, en tanto Antonio le escuchaba con los ojos en la techumbre y una sonrisa de íntimo regocijo en los descoloridos labios.

TOROS EN ANTEQUERA

“Según nos dice nuestro corresponsal en su crónica, que no insertamos íntegra por falta de espacio, en la corrida de novillos celebrada allí el domingo pasado, se dio a conocer como una esperanza en el arte de Pepe Hillo, el joven malagueño Antonio Heredia y Heredia, más conocido en la buena sociedad por Toñuelo el *Cartulina*, el cual mató alternando con Pepe Fajardo, otro chavalete que también se trajo al mundo lo suyo para no tener que pedir a préstamo los riñones que le sobran.

Según pudimos apreciar, el joven del mote tan poco resistente viene dispuesto a eclipsar las glorias de *Garros* y de *Vedrines*, pues al menos, en muchísimo menos tiempo que éstos lo pudieran hacer, en el modelo más perfeccionado y con el más poderoso motor, se elevó hasta los espacios interplanetarios con billete de vuelta, sin más artefacto que la taleguilla, una que lloraba sin duda la ausencia de su legítimo dueño, y merced al ímpetu de dos pitones, casi centenarios, que tenían su poderosa raigambre en el testuz de un bueyancón del más plebeyo origen.

Pero en honor a la verdad—dice nuestro diligente corresponsal—, debemos decir que el mozo, que en cuanto se relaciona al arte vive todavía en una desnudez paradisíaca, nos parece un hombrequito cuando llega el momento de jugarse capifal e intereses, pues

en los imponentes ancianos que le correspondieron, metió la barri-guita como un hombre, se perfiló como si estuviese delante de una cámara fotográfica, y cuando sonó la hora de tocar a tarará, entró las dos veces a por azúcar de pilón, con tan buenísima voluntad, que casi se quedó dormido en el morrillo, y los bicharracos dieron la última voltereta sin adoptar disposiciones testamentarias.

En el último que le correspondió quiso el hombrecito tomarle el hociquillo al mastodonte, pero éste, que no quería morir abintestato, hizo por el diestro, el cual salió enganchado, y gracias a que al bicho no le quedaban fuerzas para firmar el protocolo, que gracias a esto no ha puesto ya fin a su carrera de modo trágico el chavallillo, al cual recomendamos que estudie, que aprendiendo a defenderse tardará muy poco en sonar más que una salva.

En cuanto a Pepe Fajardo, el chavalete está más enterado de para lo que sirve el percal, y en la hora suprema, sin conseguir ponerse delante de su compañero, tampoco se queda en el tendido.

Si el *Cartulina* se corrige y estudia, y no pierde la golosina que parece traer, creemos que aquí hay gente y riñón para que un día pudiera venirle largo a Paco Madrid y a Rafael Gómez, nuestros valientes paisanos, y quién sabe si alguna vez le pudiera hablar de tú por tú a *Machaquito* y al *Gallo* y al *Bomba* y hasta al mismísimo *Guerrita*."

A Antoñuelo no le sonó muy bien aquello de las latitudes interplanetarias, pero como el último plato que el corresponsal le servía habíale sabido a mieles, después de agradecer el servicio que acababa de prestarle el señor José y de guardar el periódico en el cajón de la mesa de noche, entornó los cansados párpados y dio rienda suelta a su imaginación, que empezó a volar por horizontes bañados en luz y en alegrías, y en el que vogaban como divino tropel de nevados cisnes, las más dulces y risueñas esperanzas.

V

—En tres o cuatro meses no hay que pensar en toros, si no quieres ir a manejar la muleta a la estrella polar—dijole el médico al darle de alta.

Y Antonio, al abandonar el benéfico establecimiento apoyado en el brazo de su colega, comprendió que lo que el médico habíale dicho era la santa verdad; la pierna lesionada no prestaba el debido acatamiento a sus mandatos, y desde el siguiente día cualquier buen observador hubiera podido notar que el señor Curro prego-

naba con mayor brío que de costumbre su habilidad en el arreglo de cerraduras y llaves, y que la señora Frasquita no abandonaba ningún día el campo de batalla hasta ya bien entrada la noche, lo cual, como comprenderán los que nos lean, obedecía a un imperativo ineludible: a la necesidad de atender mejor al mozo en su convalecencia y a las palabras del *Chiripa*, que le hubo de decir al día siguiente del ingreso de Antonio en el hospital:

—Acabo de hablar con el médico, que me ha dicho que de momento no hay naíta que temer, felizmente, porque confía en que quedará bien del todo, y si queda bien, esto le servirá de enseñanza para que, de aquí pa adelante, se entere mejor de que los toros tiran con las de Caín, pero también me ha dicho que será preciso que en dos o tres meses vea a los toros los días, pero a cachos y después de pasarlos poquito a poco por las parrillas.

—Un *divé* le oiga a su mercé—repúsole, gimoteando, la vieja—. Porque supóngase usted qué sería de nosotros si por desgracia lo escupiera la Virgen Santísima de los bordes de su manto.

—Y aluego que sería un dolor que se malograra un chavalete como él, que si sigue jaciendo lo que Dios manda, de aquí a dos años van ostés a tener jasta quien les jaga cosquillas cuando tengan ganas de reirse.

Los progenitores de Antonio quedaron como maravillados; el *Chiripa* era un a modo de Zaragozano en todo lo que se relacionaba con los toros; sus palabras eran escuchadas por chatos y narigudos con más respeto que un tiempo las de la famosa sibila. El *Chiripa*, tal vez protegido por su mote, jamás se había equivocado, y si aquella vez acertaba, ¡adiós para siempre llaves y cerraduras! ¡Adiós para siempre alhucema y orégano y cuerdas para el pelo! ¡Tal vez llegará un día en que, deseoso de reir el matrimonio, pudiera ordenar que le hicieran cosquillas en las extremidades pedestres, como decía el profeta.

—Entonces, ¿es que usted cree que el chavalillo...?

—Yo creo que el chavalillo tiene en él una mina de oro si no se amanaera, si no se acoquina y si no se echa a perder, y que cuando les llegue a ustedes su hora van ustedes a llevar un coche de los de ocho caballos por lo menos.

Desde aquel día, y sobre todo desde que el mozo abandonó el hospital, pudieran notar—repetimos—los más observadores del barrio que los pregones del matrimonio habían ganado en intensidad, y sus piernas, en bríos; los viejos comprendieron que se hacía preciso extremar el cuido con su presunto heredero, al objeto de que

éste recobrara lo más pronto posible la perdida elasticidad de su pierna lastimada.

Durante aquellos meses de forzosa inacción entreteníase el *Cartulina* ora recurriendo, en los días de mayor apuro, a su vieja maestría con los naipes en la mano, ora charlando en la tertulia de la cervecería y escuchando el simpático divagar y los atinados consejos del *Chiripa* y platicando con Maricucha, unas veces en la puerta de su casa, otras en la ventana; algunas noches, las menos apacibles, en la sala con alcoba, no sin el beneplácito de los padres de ella, a los que había ablandado un tantico el corazón lo que de su probable futuro yerno la gente decía.

A los dos o tres meses, la generosa sangre juvenil del mozo consiguió devolver a su pierna la perdida elasticidad, pero el *Chiripa* comprendiendo que para aligerar su total restablecimiento, y para que pudiera volver a pisar los terrenos de los toros, conveníale al chavalillo ir haciendo algunos pinitos, consiguió que el contratista encargado de abastecer el matadero de carnes importadas del litoral mauritano, le permitiese ejercitarse con aquellos moruchos tábaros, y pronto se encontró nuestro mozo en mejores condiciones físicas que nunca, merced a la experiencia adquirida en sus ensayos con las reses destinadas a ser colgadas en los garabatos de las carnicerías malacitanas.

Y ya de acuerdo con Pepe Fajardo andaba nuestro protagonista a caza de contratas, cuando una tarde en que paseaba su aburrimiento con el *Cardenales* por la plaza de la Constitución, tropezáronse manos a boca con el *Chiripa*, que paseaba también su *boquerismo* crónico y el gran bagaje de sus ilusiones muertas y el cual, uniéndose a ambos mozalbetes, díjoles con acento complacido:

—Que me pudra si no me alegro de trompezarme con la flor del romero y con la flor de la canela, porque es que estoy tan der to, que estaba pensando en qué sería mejor, si tirarme a la mar u si tomarme un veneno.

—Pos lo mejor sería que nos tomáramos un cristalito en ca der Paco el *Marimoña*.

—Mía tú—dijo el *Cardenales*—: pos la mar de veces que me han preguntao allí por ti, sobre to la Lola, su sobrina, que ya se ha vestío de largo y está que tira de espaldas de requetepinturera.

—Cudiao, caballeros, con no peir del de N. P. U., que no llega a una colunaria to lo que puée mal parir la faltriguera.

—No hay cudiao—dijo el *Cartulina* con aire de protección—, que esta tarde he dejao al *Cascabeles* con menos ropa que un mis-

to; como que seis *lúganas* que tenía se prendaron de mi manera de cimbrar er talle y aquí las tengo a disposición de las empresas.

Cuando llegaron a casa del *Marimoña*, éste, con la barba en el ombbligo, las manos cruzadas sobre el pecho y el semblante congestionado, roncaba de modo lento y resonante, en tanto Lola, su sobrina, acodada sobre el mostrador, avizoraba con ojos avispados a Joseíto el *Cangrejo*, que se multiplicaba para poder atender a la numerosa parroquia.

—Oye tú, Lola—exclamó, dirigiéndose a la muchacha, el *Cardenales*—, aquí te traigo a Toño, al que le he dicho que si no venía pronto a verte dibas a caer en cama con un tendón encogío.

—Como que ya estaban pensando tos los que bien me quieren en una junta de méicos.

Y al decir esto, una mirada intensa y acariciadora desmentía la sonrisa burlona que serpeaba en sus labios encendidos.

Antonio contempló con descarada insistencia a Lola; ésta acababa de cumplir los dieciocho años, y era de mediana estatura, de formas precozmente opulentas, de talle que acortaba la curva de su seno de excepcionales arrogancias y la amplitud de su cadera; su rostro, de tez cálida y suave, era de facciones vulgares, embellecidas por la expresión hondamente sensual que adormecía sus ojos; una sonrisa vaga dejaba ver sus dientes primorosos.

Su cabellera, profusa y abundante, encrespábasele sobre la frente, adornada con vistosos peñecillos; un cuerpo de batista floreado contorneaba su seno temblador; entre los pliegues de su garganta perdíase una ligera cadena de oro que sostenía sobre su pecho, en un relicario de oro, el retrato de su difunta madre; las mangas cortas dejaban desnudo el antebrazo carnosos y sonrosado; un delantal blanco orlado de encajes brindábale abrigo, en sus coquetones bolsillos, a sus enjoyadas manos diminutas.

Desde el día en que Lola apareciera detrás del mostrador ayudando a su pariente, fue aumentando el marchanterío. Lola ponía una nota alegre en el *hondilón*, y sin querer, su presencia fue mejorando la parroquia: los que antes achabacanaban el lenguaje sin darse cuenta de ello fueron moderándolo; los que tenían el vino más belicoso, cuando era llegado el momento de tener que pedir o negar explicaciones, íbanse a la del rey, y un bandurrio de mozos, muchos de ellos aún con el bozo en gestación, declaráronse pelmazos crónicos de la taberna, donde se pasaban la vida charlando de cosas heroicas o jugándose las convidadas, bebiendo en actitudes aprendidas de los más pintureros decanos de la gentileza, y pro-

curando aprisionar a la muchacha entre las redes de sus varoniles incentivos.

Lola manteníase en un estratégico término medio, que ni la comprometiera ni ahuyentara a sus cortejadores; pero justo es decir que ninguno de aquéllos había conseguido ocupar su imaginación ni una sola noche, y que el único chavalete que de vez en cuando asomábase a ella sonriéndola con expresión acharranada y sugestiva era Toñuelo el *Cartulina*.

Este conocía a Lola desde rapaza; cien y cien veces habíala visto en el arroyo de la calle jugando con sus amigas o bailando en torno de los organillos callejeros, asediada casi siempre por un bandurrio de rapaces que parecían dormirse en la contemplación de su seno incipiente y de sus imponentes pantorrillas, pero Antonio no había engrosado nunca las filas de sus admiradores; jamás los encantos infantiles de Lola habían tenido para él imantación bastante para someterle a su yugo, y por tanto nunca se pudo dar cuenta de que siempre que él estaba cerca de ella, los ojos de Lola posábanse en él con persistente dulcedumbre, y que un gesto de contrariedad entristecía su semblante ante su desdeñosa indiferencia.

No obstante, al llegar aquella noche a la taberna, se sintió gratamente sorprendido; sus sentidos se exaltaron un punto ante el paisaje tentador, y alentado por el mirar francamente más que tolerante, provocativo, de Lola, dejó que sus ojos rebasaran las lindes de lo prudencial, se quedaron como descansando en el nacimiento del seno y en los labios húmedos y rojos y sensuales de la *Mari-moñita*.

—¡Conque ya se estaba pensando en una junta de méicos! —murmuró sonriendo con expresión jactanciosa Antonio, y después:— Pos mira tú—continuó con voz dulce—, no una junta de méicos, sino el argahijo es lo que voy a necesitar yo de aquí a un rato, si sigo mirando toíto lo que Dios te dio en un arranque de rumbo!

—¿Y quién te manda a ti mirar lo que mardito lo que se te importa?

—Eso es lo que no sabes tú. ¡A mí siempre me importó lo mío!

—¡Lo tuyo!

Y una carcajada infantil se desgranó en notas perlinas en los labios de la muchacha.

Sentáronse nuestros amigos cerca del mostrador, y momentos después uníase a ellos el tabernero, al cual habían impedido—según decía—coger el sueño aquellos pícaros maletas.

—Pos, ¡camará!, usté no dormiría, pero los ronquíos se estaban oyendo en Santo Pita.

—Es que yo jago el carretón como los gatos cuando estoy a dormivela.

El rato de conversación fue un himno entonado en honor de Antoñuelo; el *Chiripa* aseguró repetidas veces, en la más solemne actitud, que el *Cartulina* tenía que pasar forzosamente a la posteridad en glorioso ramillete con el *Súpito*, con el *Canela*, con el *Cantimpla*, con el *Tarasca* y con todos los que por aquel entonces fulgían en el horizonte visible de la tauromaquia como astros de primera magnitud.

Y a la vez que el jaleado escuchaba, esponjándose de orgullo, aquella anticipada apología de sus aún problemáticos triunfos, Lola sentía agitársele la respiración. Antonio era el mozo más de su gusto de todos los que hasta entonces habían desfilado por delante de ella; además, según opinión de todos los que podían pintarla de angures, probablemente llegaría a ser uno de aquellos que ella veía retratados en las primeras planas de los periódicos y revistas más importantes, y si Antonio conseguía llegar a ser uno de aquellos y ella lograba encadenarle a su yugo, ¡Dios de los altos cielos!, si Antonio conseguía escalar aquellas cúspides supremas y ella realizaba sus aspiraciones, ni que decir tenía que ella también saldría en los papeles la mar de bien jateada, en las más gallardas actitudes, y que su vida deslizárase como un manso río de venturas y de alegrías.

Aquella noche, cuando Antonio se fue a su diario palique con Maricucha, estuvo algo distraído, hasta el extremo que hubo de preguntarle la muchacha:

—Pero ¿qué es lo que a ti te pasa esta noche, so guasón, que paece que te han dao una toma pa que se te muera to el salero?

VI

—¡Que no reculo yo como los cangrejos! ¡Que no voy yo más a capear madres e familia; que yo o me contrato pa matar toros distinguíos en redondeles aonde u me sangren los bichos o gane fama y renombre, o no güervo a coger la percalina!

Y esto lo dijo Antonio con tan resuelta actitud y con acento tan decidido, que Pepe Fajardo se encogió de hombros y dijo:

—¡Pero es que tú y yo y los compañeros estamos que por una *ancha* semos capaces de meterle un estoconazo al torreón de la Al-

cazaba! Como que dende que atoreamos en Antequera no ha habío quien nos diga por ahí te pudras, más que los que antes nos contrataban.

—Pero ¿tú no comprendes, so ciego der to, que si la gente ve que gorvemos a lo del prencipio y que no nos contratan como novilleros, endispúes de haber trabajao como novilleros, van a icir que es que nosotros no teníamos más que dos onzas de chocolate y que nos las hemos tomao de una sola vez en una jícara?

—Güeno, no iremos a Alfarnatejo, poro lo que yo te digo es que ya les he corrió tos los puntos a las trinchas de los pantalones, porque es que eso de no alimentarse de otra cosa que de sopas e ruío, no puée durar mucho tiempo sin que entregue uno toítos los documentos.

El *Chiripa*, interesado en la reaparición de Antonio, no descansaba poniendo por las nubes a su protegido. Por fin, un día sus ojillos chispearon de gozo; uno de sus compadres le pedía condiciones para que trabajaran sus protegidos en el circo de La Malagueta.

Cuando le dio la noticia a Antonio, casi tocó éste en las nubes con la coleta, del brinco que le hizo dar la alegría; aquello era lo que él esperaba: volver a lucir su entereza y lo que había progresado ante un público de los que dan y quitan. Las condiciones fueron rápidamente pactadas; los chavales dieron plenos poderes a su protector, que cerró el trato, y dos días después decíales una tarde a sus patrocinados:

—Pos ya se arregló toíto gracias a un *divé* der cielo, y no este domingo que viene, sino el otro, matan ustedes seis desechos de los de don Perico Castuera, vecino de Algotocín, y ya podéis encomenzar a disponer ca uno de un billete de veinte *chuscos* y de otro de diez, que es toíto lo que he podío sacarle al empresario después de meterle en prensa.

El *Chiripa* estuvo a punto de morir entre los brazos de los toreros, que se echaron inmediatamente a la calle en busca de lentejuelas con que concurrir a la solemnidad en que iban a figurar como pontífices soberanos.

Cuando Antonio más desesperado estaba, se fue en busca de consuelo a casa de Maricucha, la cual, al enterarse de lo que ocurría, frunció el gracioso entrecejo y

—Pero ¿es que tú vas a volver a las mismas?—le preguntó con voz sorda y parpadeando nerviosamente.

—¡Pos no he de seguir, chiquilla! ¿Qué quiées tú que jaga yo? ¿Que ponga un taller de plancha?

—Pero es que tú me has prometido no gorver a pisar ese terreno.

—Eso te lo prometí pa que no me dieras más matraca, porque es que cuando se te pone una cosa entre ceja y ceja...

—Pos no puée ser eso, ¿sabes tú?, no puée ser porque es que tú me tiées que cumplir tu juramento, porque es que no quieo yo morir de angustias y de congoja, ¿sabes tú?, porque desde lo que pasé cuando te cogieron en Antequera, jasta me calzo de lona por no ponerme zapatos e becerro, que no quieo pensar los sobones que me di yo rezándole al Señor de Coluna y Azotes pa que te salvara, y además que le prometí una cosa, y... na, que no puée ser eso, que antes de salir tú de aquí te corto yo la coleta.

—Pero, chiquilla, ¿es que me vas a dejar tú con la caspa al re-lente? ¿Te crees tú que a mí me va a coger otro toro? Pos no estás tú mu chalaíta, ¡camará! Aquel me cogió a mí porque me dio un calambre en un tobillo, pero ya sé yo con qué se curan esos calambres, y sobre to que yo ya tengo veintiún años y no tengo oficio ni beneficio, y a mí me gusta vestir bien y comer bien y vivir bien y que me traigan y que me lleven en lenguas a toas las horas, y además que ensoñando vivo yo con que llegue er día en que te puea yo coger por ese mimbres que Dios te puso por talle y llevarte al *cubril* que yo te haiga ya preparao, que te tendré, Dios mediante, más rebonito que un estuche, con tos los muebles doraos y forraos de telas azules y colorás, con muchísimos espejos biselaos y muchísimas cortinas de terciopelo granate y con muchísimas flores, y con muchísimas alfombras, y con muchísimas...

—Con mucho menos quieo yo vivir, ¿sabes tú?—exclamó interrumpiéndole Maricucha—. Que lo que yo quieo es que te metas en un trajín cualisquiera que te dé a ganar un *chusco*, porque con uno que tú ganes y otro que gane yo, son dos *chuscos*, y con dos *chuscos* diarios y contigo a la mía verita, me río yo de tantísimo espejo biselao y de tantísimo terciopelo. ¿Tú te enteras?

—Pero es que si tú te conformas con eso, yo no me conformo; es que yo quieo que tú vivas como los mismísimos serafines.

—Es que yo le tengo jecho a Nuestro Señor de Azotes y Coluna la promesa de no casarme con ningún torero.

—Eso se lo prometiste tú al Señor en voz tan baja que no te oyó fijamente.

—No lo tomes tú a *chunga*, Antonio, que eso se lo prometí yo al Señor, y yo al Señor no le faltó a mi promesa.

—Vamos, de eso se platicará cuando yo salga de la corría.

—No, te repito que no. Y tan de *chipé* te lo ripito y tan con toí-

tas las veras e mi corazón, que si estás decidido a torear, sa menester que matemos nuestros quiereles.

—¿Qué ices? Pero ¿qué es lo que tú ices?—preguntó a la muchacha, palideciendo, el *Cartulina*.

—Lo que oyes, que si atoreas, ya puées estar poniéndole una cruz a nuestro cariño.

—Pero ¿platicas en serio?

—Y tan en serio como te platico.

Antonio miró adusto a Maricucha; era aquélla la vez primera en que la muchacha declarábase tan franca y rudamente en rebeldía; además, en sus ojos entristecidos se reflejaba su decisión.

Antonio juzgó aquello una astucia femenil para apartarlo de aquel camino; en el fondo agradecía a la moza su actitud, porque comprendía que la causa de ella era el cariño que le profesaba, pero a la vez sintió profundo desconsuelo; él necesitaba quien le alentase, quien le arropara en ilusiones, al verle proseguir por aquel derrotero que tan caro había ya podido costarle, y la hostilidad de la hembra, dueña de su corazón, le robó bríos, le robó ilusiones e hizo palidecer sus esperanzas.

—Pos yo vengo mañana a la noche, como tos los días—díjole seriamente al despedirse.

—Pos si vienes es pa que yo te corte la trenza.

—Antes me punzo yo er corazón que cortarme la coleta.

VII

Antonio no creyó capaz a Maricucha de llevar a cabo su amenaza, y a la siguiente noche se encaminó, como de costumbre, a su reja, pero al llegar a ella díjole la señora Rosario con acento zalamero, como si quisiera consolarle de la noticia que le iba a dar:

—Mía, Toñuelo: mi Mari se ha díó a ca de Mariquita la *Chacona*, y me dijo al dirse que si venías te preguntara si estabas dispuesto a lo que tú sabes, y que si estabas le avisase ensegúa, y que si no venías dispuesto, no le avisara manque tú me lo dijeras.

—Pos na, no tiée usté que avisarle—le repuso secamente Antonio, y dando media vuelta se alejó irritado y sombrío.

Aquella noche, cuando se metió en la cama no pudo conciliar el sueño; no se explicaba él aquella decisión de Maricucha; cierto era que desde que abandonara el hospital había ella dado principio a librar la gran batalla; cierto era que habíale exigido juramento de que se dejaría ya para siempre de toros y que él se lo había prome-

tido, pero él habíasele prometido pensando que llegada que fuese la hora él podría convencerla. Y cuando en la noche anterior la vio tan decidida se sintió irritado; aquello, más que súplica, se le antojó una orden despótica, y esto le ensoberbeció. ¿Había sido aquello un pretexto para poner fin a sus relaciones? ¿Sería que otro hombre...? Ante esta idea, un sudor frío inundó copioso su frente; los celos habían hecho de pronto su aparición en su alma, pero no como otras veces, de un modo fugitivo y sin consistencia, sino sombríos y preñados de amenazas trágicas. Y a su aparición tembló todo. Sin Maricucha no quería él ni glorias, ni aplausos ni dineros; jamás habíasele pasado a él por las mientes que aquella mujer pudiera pertenecer a otro hombre; habíala creído siempre tan suya que le pareció que disputársela siquiera era un atentado contra las dos alas de su corazón. Y asustado ante aquella idea, su pensamiento empezó a buscar, sin lograr dar con él, al causante de aquella decisión tan inesperada de Maricucha.

Antonio se arrojó del lecho, y cuando los primeros claros del día despertaron a los gorriones que dormían en los mechinales del tejado vecino, se volvió a echar en ella; la luz del nuevo día encalmó un tanto el embravecido oleaje de su espíritu y puso en dispersión los fantasmas amenazadores que tanto le hubieron de atormentar durante aquellas horas de insomnio.

Irritado contra la causante de sus congojas e inquietudes, ya mediado el día, empezó a acariciar imprecisados proyectos de venganza. ¡No le perdonaba él a la gitanilla las angustias que le había hecho sentir! No sería el hijo de su madre, seguramente, el que volviera a su ventana a adormecerla con sus arrullos. ¡Pues a bien que no había mujeres en el mundo! La culpa era suya, que teniendo como tenía a su disposición un serrallo casi, no había tenido nunca más aspiración amorosa que Maricucha. Bien decía el *Chiripa*: "Para que una mujer lo quiera a uno de verdad, es preciso que lo quieran muchas de mentirijillas." No, pues ya se enteraría ella de que lo que a él le sobraban eran chaponas; a bien que la Lola no andaba metiéndole por los ojos aquel seno tan retador que no ardía al conjuro de tantos ojos incandescentes como en él se recreaban por misericordia divina.

Al acordarse de Lola, se dirigió hacia la taberna dispuesto a cruzar el puente levadizo que tanto tiempo le tenía echado, invitándole a pasar tan graciosa fortaleza.

Cuando llegó al *hondilón* era la hora del *pardillazo*; algunos concurrentes habíanse guarecido en el recientemente bien regado establecimiento. Lola cosía sentada detrás del mostrador; un pa-

ñuelo de crespón de un rojo sangriento contorneaba su pecho de nodriza santanderina; un clavelón del mismo color del pañuelo brillaba como un borbotón de sangre entre las relucientes, negrísimas, guedejas; un imperdible de oro limitaba el escote; dos pulseras doradas relucían en sus muñecas.

Cuando vio penetrar a Antonio, una sonrisa asomó rápida a sus labios, y sus ojos brillaron con inusitado alborozo.

—¡Camará, y yo que venía buscando una miajita de fresco! —musitó Antonio, acodándose sobre el mostrador y echándose previamente hacia atrás el amplio rondeño.

—Y qué, ¿no le parece a usted que jace fresco en esta casa?

—Yo lo que sé es que al entrar me ha encomenzao a jechar borbotones y a jacer espuma er corazón.

Lola le miró algo sorprendida; antojósele que aquel día tenía otra cara el mozo; que era otra su sonrisa, otro su modo de acariciarla con los ojos, y halagada por el cambio para ella tan lisonjero,

—¡Josús! —dijo, poniendo al descubierto la nívea dentadura—. No creía yo que le pudiera a usted pasar nunca eso en esta casa.

—¿Pos dónde mejor? ¿Dónde hay dos ojos que sean dos tabardillos a la vez que dos luceros?

—¿Habrá que jacerle a usted un vaso de cuajaíta?

—El Santolío pa hombre es lo que va a ser preciso peir si me mira usted dos veces seguías como me acaba usted de mirar.

—Pos diga usted que yo le estoy a usted acariciando con los ojos.

—Y con las pestañas.

—Pos jeche usted fantasía.

—¿Qué quiere usted? Yo soy asín. ¿Usted sabe lo que me acaban de decir sus ojos?

—Los habrá usted entendío mal. Mire usted que los míos suelen platicar muchísimo en chirigota.

—Pos si eso es asín, no he dicho naíta.

—No, hombre, no; yo le prometo decirle a usted si se ha dequívocao o no. Con que vamos a ver, ¿qué ha sío lo que le han dicho mis ojos?

—Pos lo que han dicho ha sío que si yo me empeño va a llegar un día en que no se van a entornar más que pa darles gusto a los míos.

—¿Y no le han dicho a usted más que eso?

—Sí, señora, que me han dicho muchas cosas más, pero ya se las iré diciendo a usted poquito a poco, pero mu poquito a poco.

—Pos una cosa deben haberle dicho a usted si es que han sabío explicarse.

—Y esa cosa es...

—Que el hombre que ha de cruzar con las mías sus pestañas tiée que ser uno que se puea dar tono jasta con el *Guerra*.

Una sonrisa contrajo los labios de Antonio, y después, mirando fijamente a la muchacha, sugestionado por su mirar hondamente pasional y voluptuoso, le dijo con voz ligeramente suspirante:

—La vía, pero que la vía diera yo por...

—¿Por qué?—le preguntó ella, entornando retadora y maliciosamente los párpados y dejando subir a las niñas de sus ojos todo el torrente de sus deseos.

Antonio sintió que la sangre quemaba sus mejillas y que su hábito parecía brotar de un horno.

—Pos mire usted—balbució—, algo diera yo por ser el amo y jacer lo que me diese la repotentísima gana con ese cuerpecito de marfi y con esa carita de náca.

—Hombre, por Dios, ¿quiere usted que venga Maricucha y me asesine?

Al recuerdo de la hembra querida se inmutó Antonio; parecióle que la veía delante de él con el reproche en los ojos y en los labios, y casi se sintió arrepentido; pero recordando a la vez la decisión de la mujer amada, tan mortificante para su vanidad, exclamó, encorpiéndose de hombros:

—Eso de Maricucha lo trajo un levante, y un terral se lo ha llevao.

—Pero ¿es verdá lo que me está usted diciendo?—le preguntó, trémula de gozo, la *Marimonia*.

—¡Y tan verdá!—repúsole sombríamente el *Cartulina*.

—¿Me lo jura usted?

Antonio vaciló un punto, y

—Pos sí, señora—le repuso—; se lo juro a usted, y que si miento, que un toro me jaga der corazón una criba garbancera.

VIII

Maricucha había perdido el sueño y el apetito; desde el día en que, quemando las naves, hubo de decirle a Antonio que porra dentro o porra fuera; era su vivir un continuado martirio. Ella había creído que el amor hacia ella era mayor en el mozo que sus ambiciones, pero al recibir el recado que se apresuró a llevarle su madre a casa de Mariquita la *Chacona*, sintió que el arrepentimiento le retorcía algo en el corazón, y de seguir los naturales impulsos, hubié-

rase ido en busca de Antonio y a fuerza de caricias y besos le hubiera arrancado el perdón de aquella ligereza suya nacida de su profundo cariño. Pero como no era cosa de dar su brazo a torcer, a la primera de cambio, ocultó sus inquietudes dispuesta a mantenerse firme en tanto no se le saltara uno de los bordones a la guitarra, como ella solía decir en su constante monólogo.

Ya iban transcurridos varios días durante los cuales sólo había vuelto a ver al *Cartulina* más que una o dos veces desde lejos, veces una o dos que estuvo a pique de un repique, pues al verle sintió que se le quitaba la vista, que se le llenaban de lágrimas los ojos y que se le demudaba el bellissimo semblante. Pero al notar que aquél, después de verla, seguía al parecer impassible su camino, hizo de tripas corazón y siguió también el suyo aparentando indiferencia, pero con el llanto en los ojos y con la agonía en el alma.

Pronto una noticia llegó como una bomba a sus oídos convirtiéndola casi en estatua; una mañana díjole la casera con mentido acento de indignación:

—¿Has visto cómo ese charrán de Antonio se arrima al sol que más calienta? Si es lo que le digo yo a mi Angustias, que en el mundo no ha nacido más que uno güeno, y como era Hijo de Dios, pos le crucificaron en el Gólgota.

—Pero ¿qué es lo que está usted diciendo?—le preguntó la muchacha, cuyo rostro había adquirido repentinamente lívidas tonalidades.

—Pos na, que, según acaba de decirme Mariquilla la *Rabicor-tona*, el mu charrán, que, según parece, jace tiempo venía *cimbeleando* a la Lola, la sobrina del *Marimónia*, ha tirao el ancla en aquella badía.

Nunca necesitó Maricucha hacer esfuerzo tan supremo para no caer al suelo como herida por el rayo; ya se explicaba ella la actitud de Antonio. Ella, sin querer, hábale facilitado la retirada, cuya idea seguramente venía acariciando hacía tiempo el mozo.

—Pero, chiquilla, ¿te vas tú a apenar por ese trasto?—le preguntó irónicamente la casera, que no podía olvidar que su Angustias había intentado inútilmente prender en la red de sus encantos al torero.

Maricucha recurrió a todas sus energías, y una sonrisa despuntó en sus labios, y procurando dominar los temblores de su voz, dijo:

—¿Y qué me importa a mí ya el *Cartulina*?

—Vamos—dijo socarronamente la señora Frasquita—, que no será tan poquilla cosa, que como el panal de la cera se te ha puesto esa carita gitana.

Cuando Maricucha penetró en su sala, se sentó en la mecedora en que solía hacerlo Antonio cuando alguna vez le era permitida la entrada en la habitación, y sus lágrimas corrieron silenciosamente por sus mejillas y tuvo que morderse los labios para refrenar el sollozo.

Realmente, mientras más pensaba en ellos, más y más se convencía de que aquellos amoríos de Lola y el *Cartulina* eran cosa ya pactada misteriosamente, cuando aún ella no había exigido a Antonio seriamente que abandonase el toreo.

Pensando en la ingratitud del mozo, súbitamente se apoderó de ella un ardiente deseo de venganza; ella tenía los hombres a puñados. Por él, por no causarle el más pequeño motivo de enojo, ella había desdeñado a los de más tronío. ¡Pocas veces habían ido en su busca, de modo misterioso, las más famosas protectoras de la hermosura y la juventud desvalida para susurrar en sus oídos las ofertas más tentadoras!

Indudablemente Antonio no merecía su sacrificio, por más que su sacrificio no lo era, porque es que a ella no le tiraba la inclinación; a ella le asqueaban aquellas, un tiempo sus amigas, a las que veía pasar por su lado renegando de su origen gitano, casi desnudas con arreglo a la moda imperante; poniendo a chavo y cuarto los detalles más recónditos de sus hechizos estéticos, pintarrajeadas los rostros, teñido el pelo, empapadas en esencias. No, a ella no le tiraba aquello; ella prefería la realización de sus ensueños de amor; ella había soñado muchas veces en un porvenir honrado y apacible; con una casa pequeñita y blanca, con muchas macetas y con un mobiliario limpio y modesto; una mesa consola con su tablero de piedra, y encima del tablero una imagen del Cristo adorado por los de su estirpe; un sofá, varias mecedoras, varias sillas, una alfombra, algunos cromos con molduras relucientes, y en la alcoba una cama dorada con su gran colcha azul y con las vueltas llenas de bordados, y además de la cama y de una mesa de noche, un ropero con una gran luna, y...

Y la imaginación de Maricucha no olvidaba detalle alguno para engalanar el nido en que soñaba *acubrilarse* para toda su vida con aquel mozo que tan adentro habíasele metido en el corazón desde el día en que por defenderla desafiara la tremenda pujanza muscular de Joselto el *Granzones*.

La situación de ambos muchachos fue definiéndose de modo más brioso a medida que los días pasaban. Maricucha, ansiosa de venganza y tal vez acariciando la idea de que los celos pudieran ser sus mejores aliados, había dado comienzo a coquetear con don Paco

el *Musiquero*, uno de los tenorios de más renombre de los que por aquel entonces mariposeaban en los barrios populares, sembrando el terror entre amantes y maridos, con su figura gallarda, con su semblante atrayente y con el buen gusto con que siempre acicalaba su persona, a la vez que con su facilidad en poner a contribución la por su buena fortuna constantemente bien repleta faltriguera.

Don Paco, que hasta entonces había intentado inútilmente adueñarse de aquel castillito de plata fina, como él designaba a la graciosísima vendedora, un día en que viéndola pasar por delante de él, después de haber asestado contra ella la artillería de mayor calibre de sus pintorescos piropos, al verla acoger sus requiebros con una mal reprimida sonrisa,

—¡Te veo!—murmuró sonriendo irónico.

Y media hora más tarde decíale a la señora Paca la *Golondrina*, a la que acababa de encontrar en la sala en que ésta vivía en el corralón de las Flores.

—Menester es que te dejes caer por casa de Maricucha y que empieces a trabajar la partía, que me parece a mí que lo que es esta vez no vamos a salir con las manos en la cabeza.

—¡Cualquier día me meto yo en esa jaza! Que es mu capaz la Maricucha de dejarme pidiendo a voces un bisoñé y con to er cuerpo dolorío.

—Cuando yo te digo que vayas es porque he visto algo que me ha llenao el cuerpo de esperanza. Ya sabes tú que ese ganao sé yo cuándo está en voz y cuándo no lo está. Pos bien: la Maricucha está más fría que un ajo con la mala partía del *Cartulina*, y está que muerde por hacerle purgar lo suyo, y al verme a mí se ha dicho pa sus adentros: “Pues éste ha caído como del cielo pa que yo lo arrecoja en los pliegues del capote, y ahora lo utilizo ya pa lo que me conviene, y después, cuando ya me haya hecho el avío, tomo el olivo y que te alivies, moreno!”

—¡Pos si usted comprende eso...!—exclamó mirándole sorprendida la señora Paca.

—Es que si las mujeres no se pasaran, no habría quien pudiese con ellas. Tú haz lo que yo te digo; tú te dejas caer a ver si la pillas sola, y si la pillas sola, empiezas a hablar de mí, de lo mucho que padezco del lao izquierdo por mo de una estrella; que tú no sabes lo que a mí me ha pasao de poco tiempo a esta parte, que no encuentro *gachí* que sea de mi gusto, que la una porque pía y la otra porque no pía, he perdío de tal modo el punteo que te crees tú que la *gachí* que me tiene a mí embragao al querer podía con-

vertirme en un carrete y sacar de mí más hilo que to el hilo que se lleve una cometa.

Cuando don Paco concluyó de dar sus instrucciones a la *Golondrina*, salió del corralón con el semblante sonriente y lleno de esperanzas el corazón y de cálidas visiones el pensamiento.

IX

La fecha en que había de celebrarse la corrida se aproximaba; ya en los quioscos y en los cuadros anunciadores veíanse los carteles rojos y amarillos donde en letras de a tercia destacábanse los nombres de Antonio Heredia el *Cartulina* y el de Pepe Fajardo el *Bienvestido*.

Ambos novilleros no se cansaban de ver sus nombres en los carteles, y no pasaban una vez delante de uno de ellos que no se detuvieran a contemplarlos como en éxtasis; además, la afición no se ocupaba de otra cosa. Todos se sentían profetas; el papel de Antonio subía como la espuma; Antonio iba a quitarle la mar de moños a la mar de gente; indudablemente con el capote no estaba en condiciones todavía de eclipsar los resplandores del *Gallo*, pero matando, ¡Dios de los cielos! Matando no había quién le hiciera inclinar la cerviz ni besarle la porrilla.

Antonio había conseguido encontrar un terno. Gracias a la protección del *Marimoña*, que recordando su amistad con el señor Paco, un recobero de Triana, tío segundo del *Canguelo*, consiguió que éste, que tenía la misma estatura que Antonio, le prestara uno de los suyos, y algunos días después de haber escrito al recobero recibía el *Marimoña* por paquete postal uno grana y oro, vestido con el cual pavoneóse durante casi una hora el *Cartulina* delante de un espejo que al objeto le hubo de prestar la señora Dolores, la casera.

Todas estas alegrías no consiguieron, no obstante, hacer desarrugar el entrecejo a Antonio ni desentenebrececer su espíritu más que a ratos. Antonio no podía olvidar a Maricucha; el no verla iba haciéndosele cosa intolerable; cada noticia que llegaba a él de sus coqueteos con don Paco le hacían pasar horas de suprema angustia; los celos se le enroscaban al corazón como serpientes venenosas; el amor y la vanidad seguían batiéndose en su alma con silencioso forcejeo; durante las noches el amor se imponía a la vanidad; en todas ellas decidíase a, en la siguiente mañana, dirigirse en busca de la mujer querida para decirle que él no podía vivir sin su cariño, y a pedirle que por Dios no le cerrara con su terquedad las puertas del porvenir glorioso que quería compartir con ella; todas

las noches se decidía—repetimos, pero al conjuro de la luz solar, tornaba a flaquear en sus propósitos; indudablemente Maricucha ya no le quería como antes, y el haberle puesto en aquel dilema no obedecía más que a sus deseos de romper aquellas lazadas que la unían a él desde niña, y seguramente al verle llegar a ella humilde y suplicante, se crecería llena de arrogancia y le volvería las espaldas, para comentar después sabrosamente con don Paco, con aquel aborrecido rival, su actitud de súplica. ¡No, y cien veces no! La suerte estaba echada; además, él estaba casi comprometido con Lola; ésta sí que le quería..., es decir, le quería a juzgar por sus miradas ardorosas, por su hablar anheloso, por las atenciones de que le hacía objeto; mientras él estaba en la taberna no había que pensar en que ella tuviese una mirada para otro hombre, pero...

En la víspera de la corrida vio Antonio a Maricucha. Se celebraba en el barrio el bautizo de un hijo del *Trompeta*, el carnicero; éste colgó la casa para celebrar la solemnidad. Numerosas lámparas eléctricas iluminaron la planta baja del edificio; ésta fue aligerada de muebles para que las gentes pudieran bullir con todo desahogo; cuando llegó la hora de que los padrinos reintegraran al regazo materno el *Trompetita* en pañales, ya estaba puertas adentro lo más florido del barrio.

En la puerta del patio formaban animado corrillo el *Cartulina*, el *Cardenales*, Pepe Fajardo y el *Niño de la Portera*, en torno de los cuales apiñábase un tropel de mocitos por cuyas actitudes y galas adivinábanse sus aficiones taurómacas.

Antonio estaba elegantemente ataviado; el sastre del barrio habíase confiado en su palabra honrada, y merced a su ayuda lucía nuestro mozo, con elegante desenvoltura, un elegante marsellés y pantalón que dibujaba sus caderas armónicas y caía graciosamente abotinado sobre el calzado pulido de charol; la pechera de la nivea camisa era el bizarro alarde de una bordadora privilegiada...; un ceñidor azul aprisionaba su talle elástico; un broche dorado cerraba el cuello bajo de la camisa; una cadena de fino metal adornaba el entreabierto chaleco; su cabello limpio y reluciente anillábase a un lado y otro de la raya a usanza casi femenil.

—¿Sabes tú que está Antoñuelo pa que le chillen?—dijo Mariquita la *Claviija* a Lola, que jadeaba a consecuencia de la tremenda tiranía del corsé, que poníale casi a nivel de los labios el arrogante seno y en cuyas mejillas parecía pronta a saltar la sangre.

Lola, que no apartaba sus ojos de Antoñuelo, sonrió oyendo a Mariquita; se aproximó a aquél como si temiera que fuesen a arrebatárselo, la inquietud no la dejaba sosegar. Habíanle dicho que

Maricucha estaba invitada a la fiesta, y esto le traía a mal traer; sentíase intimidada por la belleza de su rival y por el largo historial de aquellos amores.

La animación crecía por momentos; la madre del recién nacido tuvo necesidad de ampararse en una de las habitaciones más retiradas para que no turbase la alegría de la concurrencia el sonoro berrear del infante, que parecía haber venido al mundo con dos cornetines por pulmones; el padre, orgulloso, paseaba su vanagloria por entre sus amigos y camaradas.

La entrada de Maricucha fue un éxito. Maricucha penetró acompañada de Pepita la *Picúa* y de Mariquita la *Chacona*, dos chavali-las de gitanesco abolengo, cuyos encantos palidecían ante los de aquélla, que avaloraba los suyos con una faldá de percal azul, corpiño de igual urdimbre y un gran pañuelo de Manila en el que fulgía sobre la delicada curvatura de su seno un relicario de plata. Su gran cabellera relucía cayéndole sobre la nuca y partida en dos bandas sobre la frente y lucía en la castaña dos clavelones y una peineta de argentina labor cordobesa, igual que la de las grandes arracadas que abrumaban con su peso sus orejas diminutas.

Un rumor lisonjero para ella acogió su entrada. No las prendas humildes que vestía, sino aquel cuerpo suyo espigado, flexible, ondulante, aquel talle prodigioso, su cuello grácil y tornátil que distanciaba armónicamente el rostro del seno; sus piernas cuyo robusto dibujo delataba lo dúctil de la urdimbre; sus brazos largos y bien modelados; su pie arqueado y breve; el perfume a limpieza y a juventud que manaba de todo su ser y la expresión dulce y picaresca de su rostro a la sazón pálido, hicieron que todos los hombres dejaran escapar, en honor suyo, unos, resonantes suspiros; otros, una exclamación; otros, algún que otro ardiente piropo.

Este rumor hizo volver el semblante a Antoñuelo, el cual al ver a Maricucha tembló todo, y olvidándose de que a pocos pasos de él estaba Lola, posó sus ojos llenos de ansiedad en la hembra de sus pensamientos.

Ella también vio a Antonio; le vio en el instante en que aquél ponía en ella su mirada. Pareció como que los ojos del torero hurgaban los suyos acariciándoles; un punto parecieron dispuestos a saludarse, pero a la par ambos se replegaron instintivamente. El espíritu de la discordia arrojó un nuevo haz en la hoguera por ambos encendida al ver que amenazaba con extinguirse, y Maricucha recordó los incipientes amoríos del *Cartulina* con la *Marimoña*, y Antonio los coqueteos de Maricucha con don Paco, y ambos se apres-

taron a continuar la enconada lucha convirtiendo la casa del *Trompeta* en misterioso campo de batalla.

—¡Ay, Toño, y qué ganitas que tengo de que pase er día de mañana y le vea a usté entrar en mi casa a hombros de sus amigos! Porque yo supongo, primero, que le sacarán a usté en volandas del reondel y, segundo, que su primera visita será pa mí y pa mi tío, ¿verdá usté?

Y al decir esto oprimía dulcemente con el suyo el brazo del torero, en que apoyábase con dejadez retadora a la vez que acercaba su rostro congestionado por el calor, por las copas de manzanilla que habíánla hecho beber y por el deseo que le reseca los labios, al par que las fauces al de Antonio, que ardía al conjuro de aquel hálito juvenil de mujer hermosa y enamorada y procuraba embriagarse en él para no mirar el coqueteo de Maricucha con don Paco, que había sacado a relucir, para con la gitana, todo su vasto repertorio de habilidades y tunanterías de hombre ducho en tales andanzas y aventuras.

Antonio no contestó a la pregunta de Lola; en el momento en que ésta se la hacía había visto él, sin mirarla, pasar por su lado a Maricucha perseguida por el *Musiquero*, que decíale a media voz y con acento amartelado:

—Por los ojitos de su cara, martirio, que me permita usté que vaya yo mañana por la noche a morirme de alegría delante de su ventana.

Antonio no pudo oír la contestación de Maricucha, pero sus manos se crisparon y sin darse cuenta fue a seguir tras la gentil pareja que se alejaba riendo. Pero en aquel instante el brazo de Lola le contuvo, y ya se disponía, irritado, a echar por las calles de las imprudencias y de la descortesía, cuando la mirada de reproche que en él pusiera la *Marimonia* hízole detenerse; en verdad, Lola no merecía aquel pago. Lola no tenía ojos para mirar más hombres que él, ni oído para oír más palabras que las suyas.

—Conque será pa mí su primera visita, ¿verdá?—volvió a preguntarle la muchacha con voz persuasiva y acariciadora, transcurridos que fueron algunos instantes.

—Pos naturalmente que sí—repitióle Antonio con voz iracunda, con voz que parecía querer clavetear cada una de sus palabras en los oídos de la moza—. Pos de juro que la primera visita será pa usté. Pa usté mi primera visita y pa usté mi...

—Para mí ¿su qué?...—le preguntó ansiosamente Lola, estremeciéndose de gozo al pensar que Antonio se aprestaba a franquear la linde que aún le separaba de ella.

Antonio enmudeció irresoluto; él no debía, él no podía contraer con mujer alguna un compromiso que pudiera pesarle en lo sucesivo, y replegándose al pensar esto rápidamente, balbució hurtando su mirada a la ávida de caricias de Lola:

—Y la mar de agradecimiento por el cariño con que usted me trata.

El rostro de Lola retrató su desencanto, pero dominándose al punto,

—Pero irá usted a mi casa cuando arremate la corrida, ¿verdad? —le preguntó con acento mimoso, y sus ojos se posaron con honda expresión de ansiedad en los del gentil novillero.

X

La salida de la plaza fue en hombros de sus antiguos colegas, como le profetizara la *Marimóna*. El novel matador no había burlado las esperanzas de sus amigos: en los tres toros que le hubieron de corresponder acreditó una vez más la casi completa desnudez de arte en que estaba con el percal en la mano; pero, en cambio, ¡qué modo de plantarse entre pitón y pitón! ¡Qué modo de clavar en el terreno del enemigo y de dormirse metiendo hierro! ¡Qué modo de vaciar el cuerpo sintiendo el asta del bruto llevarse los alamares de la reluciente taleguilla!

Lola, trémula, anhelante, embriagada de satisfacción y orgullo, seguía con mirada ávida todos los detalles de la lidia desde la grada en que en compañía de su tío, lucía su seno voluptuoso, motivo de cien y cien requiebros, procaces los más, y blanco de cien y cien miradas descaradamente codiciosas.

Cuando herido por el sol vio aparecer en el ruedo al *Cartulina*, al frente de sus peones y banderilleros, andando casi musicalmente, terciado airoosamente el capote de paseo y arqueado el brazo libre, al oír, estremecida, los aplausos y vítores de la multitud, un escalofrío de entusiasmo recorrió su cuerpo. ¡Qué alegría más grande poder decir que aquel hombre tan gallardo, tan airoso, el más airoso y gallardo de todos los que en aquel momento pisaban la arena, era el destinado a ella por su buena fortuna! Porque era indudable que Antonio había olvidado ya del todo a Maricucha; en un tris estuvo que en la noche anterior no le confesara su amor y le implorara ser correspondido. No se atrevió, y no se atrevió, sin duda, por temores a un descalabro; por esta razón aplazó el decírselo, sin duda, para cuando ciñera ya sus sienes el laurel de la victoria.

—¡Camará, vaya si tiée planta de torero el chavalillo!—murmuró el *Marimoña*, y después, bajando la voz, continuó—: Y que paece que lo cortaron pa él el terno de Joseíto el *Canguelo*.

Antonio estaba nervioso. Al penetrar en la plaza había intentado inútilmente dejarse el recuerdo de Maricucha en la puerta. Maricucha no se apartaba un punto de su imaginación llenándole de ira y de pena. Desde el punto y hora que oyó a don Paco pidiéndole permiso para ir a hablar con ella por la ventana, comprendió que peligraba su felicidad. Don Paco era un rival temible; don Paco era famoso por su garbo, por su rumbo y, además de sus simpatías, por su jarabe de pico; espejuelo el más eficaz, y como tal reconocido, para la caza de corazones románticos.

Cuando mirándolas, en la noche anterior, a la una cerca de la otra, comparó a Lola con Maricucha, la figura de aquélla quedó completamente esfumada y empequeñecida. ¿Dónde iba a compararse con Maricucha la *Marimoña*?

Las palabras de ésta no dejaban de resonar en sus oídos con ritmo especial, con un ritmo que le irritaba. Lola, las horas que pasó junto a él la noche anterior, se las pasó ella hablándole de sus futuras heroicidades: “¡Qué alegría si consigue usted pegar y encaramarse como se han encaramao muchos otros! ¡Qué ganitas que tengo de oír pregonar sus valentías!”

—Es que puede ser que lo que oiga usted pregonar sea la cogía y muerte de Toñuelo el *Cartulina*—díjole él con amarga ironía.

—¡Quién piensa en eso!—refunfuñó, encogiéndose de hombros desdeñosamente, la muchacha.

Al oír estas palabras, Antonio sintió como si de pronto una ola congeladora cristalizara de repente sus entusiasmos. ¡Buena diferencia entre Maricucha y Lola! Esta encogiéndose de hombros al pensar en una probable cogida. ¡Aquélla riñendo con el hombre querido por no querer que se expusiera a un desastre, por reunir dinero con que poder ofrecerla un porvenir glorioso y risueño!

Ya en el corral acercósele Pepe Fajardo, y

—Mira, ven acá—le dijo con voz ligeramente turbada.

Y haciéndole entrar tras uno de los burladeros, continuó:

—Porque es que si no cumplo el encargo y te pasa algo, aluego me voy a morir de reconcomio de consencia.

—¿Y ese reconcomio por qué?

—Pos porque... Mira: esta mañana, al pasar por ca de Maricucha, me llamó Maricucha y me jizo que le jurara que había de darle gusto en el favor que diba a peirme.

—¿Un favor?—le preguntó lleno de mal disimulado regocijo el torero.

—Pos sí, señó; un favor que yo no diba a jacer, por si a ti te caía mal la cosa, pero es que ya estando aquí, tengo un desasosiego, y... na, que pa eso te he llamao, pa que me jagas el reverendo favor de colgarte al cuello este escapulario de la Virgen del Carmen que Maricucha me jizo prometerla que te había de poner con mi propia mano antes de pisar la arena.

Antonio lo tomó, depositó en él un beso ferviente y, arrojando el capote sobre el maderamen, colocó en su cuello el escapulario, nuevo testimonio de amor de la gentil gitanilla. Cuando a los acordes de la música pisó Antonio la arena, iba lleno de gozo: la imagen de la Virgen, su patrona, y el recuerdo de Maricucha llenáronle de confianza.

—Mira a la *Marimoña*—tuvo que decirle Pepe Fajardo para que correspondiera con una mirada y una sonrisa displicentes a los reiterados saludos de aquélla, que parecía empeñada en que todo el mundo se enterase de que ella era la que saludaba al héroe de la jornada.

Cuando terminó la corrida y Antonio se encontró de nuevo en su casa, después de los naturales achuchones de su padre y el lloroso besuqueo de su madre y de las felicitaciones de los vecinos, que formaban cola en la puerta del corralón, exclamó dirigiéndose a los que llenaban la sala:

—Pues si ustedes me lo permiten, me voy a jechar un ratillo, a escansar una miajita.

—¡Que va a dormir! ¡Que va a dormir!—empezaron a decir todos ya en voz baja para no espantar los propósitos de reposo del nuevo ídolo, y con extremoso caricaturesco alarde de respetuoso silencio, hubo quien salió casi de puntillas y aguantando la respiración del humilde nuevo santuario.

Cuando quedó a solas el *Cartulina*, en tanto sus padres se miraban como felicitándose de haber sido ellos los que trajeron al mundo tal prodigio, quitóse éste el terno de luces que le prestara el sevillano y se vistió el flamante de calle con que en el día anterior asistiera al bautizo del primogénito del *Trompeta*.

—Qué, ¿vas de paseo?—le preguntó Pepe Fajardo, que llegó en el momento en que aquél pisaba la puerta de la calle.

Y ante el silencio de Antonio, continuó:

—Yo vinía pa que mos fuéramos a comer a ca del *Marimoña*, que me ha encargao que venga a conviarte en nombre suyo y en el nombre de su sobrina.

Antonio sonrió a su colega, y

—Eso me parece mu propio, pero antes...

—Antes ¿qué?

—Antes quisiera llegarme en un vuelo a ca de Maricucha pa darle las gracias por lo del escapulario.

—A mí eso me parece mu propio también, con tal que no me vayas a tener sin comer jasta que pite er sereno.

—¡Ca, hombre, ya verás! En un periquete espacho yo eso. Espérame en ca de Iuanico el *Cortijano*.

—Pos anda, y te dejaré en la esquina de la calle.

Antonio y Pepe tardaron media hora en recorrer dos de las callejas del barrio. Todos les detenían para felicitarles; algunos rapaces vendedores de periódicos se desgañitaban pregonando las proezas de Antoñuelo el *Cartulina*.

Este se impacientaba, no por llegar pronto a dar las gracias a Maricucha, sino por ver si se encontraba en la ventana de Maricucha con don Pedro el *Musiquero*.

XI

La sala estaba sumida en medrosa claridad; una mariposa encendida delante de una imagen de la Virgen la iluminaba vagamente. Maricucha estaba sola; Maricucha sentíase contenta; ya era pasada la hora de peligro.

No se merecía Antonio los malos ratos que ella había pasado, los que le hiciera pasar toreando en Antequera y lo sufrido en aquel día. La lengua y el corazón dolíanle de tanto rezar por él, como que no había cesado de hacerlo hasta que entró el señor Frasquito diciéndole:

—¡Camará, superió, pero que superiormente que ha quedao el hombrecito!

—Pero no le ha cogió ningún toro, ¿verdá?

—¡Qué le había de coger! Pa que vuelva a coger a ése un toro sa menester que se lo pongan delante metío en una licorera.

Ya tranquilizada, pensó en él de nuevo con ira. No, sin duda Antonio habíale perdido todo el apego que le tenía. En la noche anterior pudo convencerse; durante toda ella permaneció impassible ante sus coqueteos con don Paco; verdad que hubo varios momentos en que le vio palidecer, en que creyó notar en él aquellos movimientos iracundos que tan conocidos le eran, pero lo cierto es que había permanecido toda la noche de palique con Lola. ¡Y cómo le

miraba Lola! ¡Qué modo de querer comérselo con los ojos! ¡Qué manera de imitar a las gatas moriscas en los meses invernales!

Pensando en esto se sentó junto a la ventana; un chiquillo pasó voceando el periódico en que daban cuenta del éxito del torero, e incorporándose rápida al oírlo, se abalanzó a las rejas, y

—Dame uno—dijo al muchacho, alargando su mano diminuta por entre los hierros.

Y como si hubiese estado esperando que apareciera ella en la ventana, exclamó en aquel momento Antonio, que acababa de llegar, al oír a la mujer querida:

—No lo compres, chalaíta der to. ¿No ves tú que vengo yo a contarte toíto lo que ha pasao jasta por seguirillas gitanas?

Pepe Fajardo estaba desesperado; diez veces habíase asomado a la esquina de la calle, y las diez veces había visto al gran matorral inmóvil delante de la reja de Maricucha; sin duda, éste no estaba dispuesto a ir a casa de la *Marimoña*. Pepe Fajardo se alegró; el empaque de Lola era cosa que llenaba sus sueños de ensueños ardentísimos, y cansado de esperar, se dirigió, por fin, hacia la taberna con paso rápido, y momentos después decíale a Lola, que paseaba nerviosa por el establecimiento, desde el mostrador a la puerta, y desde la puerta al mostrador:

—Pos tiéen ustés que perdonar, pero me parece a mí que lo que es Antoñuelo no va a poer venir a comer, porque va ya pa hora y media que se pegó a la ventana de Maricucha y ni que tuviese jalapa la reja, ¡camará!, como que ni se mueve tan siquiera.

Lola apoyó una mano sobre una mesa, y una contracción angustiosa quitó hechizos a su semblante y quedó en silencio, en un silencio triste. Las palabras de Pepe Fajardo acababan de desgajar las más bellas de todas las flores que habían brotado en el árbol de sus ambiciones.

Y en tanto Lola metíase en su cuarto para poder dar rienda suelta a sus lágrimas, decíale Maricucha al *Cartulina* con acento acariciador:

—Pos pa cumplirle mi promesa a la Virgen del Carmen, voy a tener necesiá de to el aceite que den los olivares e Córdoba y de toíta la cera que den los panales de mi tierra.

(LOS CONTEMPORÁNEOS. *Madrid*, 14-VII-1912.)

INDICE

INDICE

CUENTOS

	<i>Página</i>
En la venta del Tiznao	5
En el Polo Norte	11
Alma andaluza	23
El Cangrena	27
La Moruchita	33
En la cama y en la cárcel	63
¡Y que viva la alegría!	69
A la sombra de un chaparro	75
El Niño de los Caireles	79
Hombres de bandera	115
Curarse en salud	121
En la fuente	129
El consejo del Torrijas	133
El Niño de la Tumbaga	139
Entre breñas	145
Casa de préstamos	177
En derrota	183
En el taller	189

El Niño del Sonajero	195
Al alimón	209
La Miraflores	215
El del Altozano	249
El escapulario	255
En la timba del Frescales	263
La Niña de Porcelana	269
Sangre torera	275

